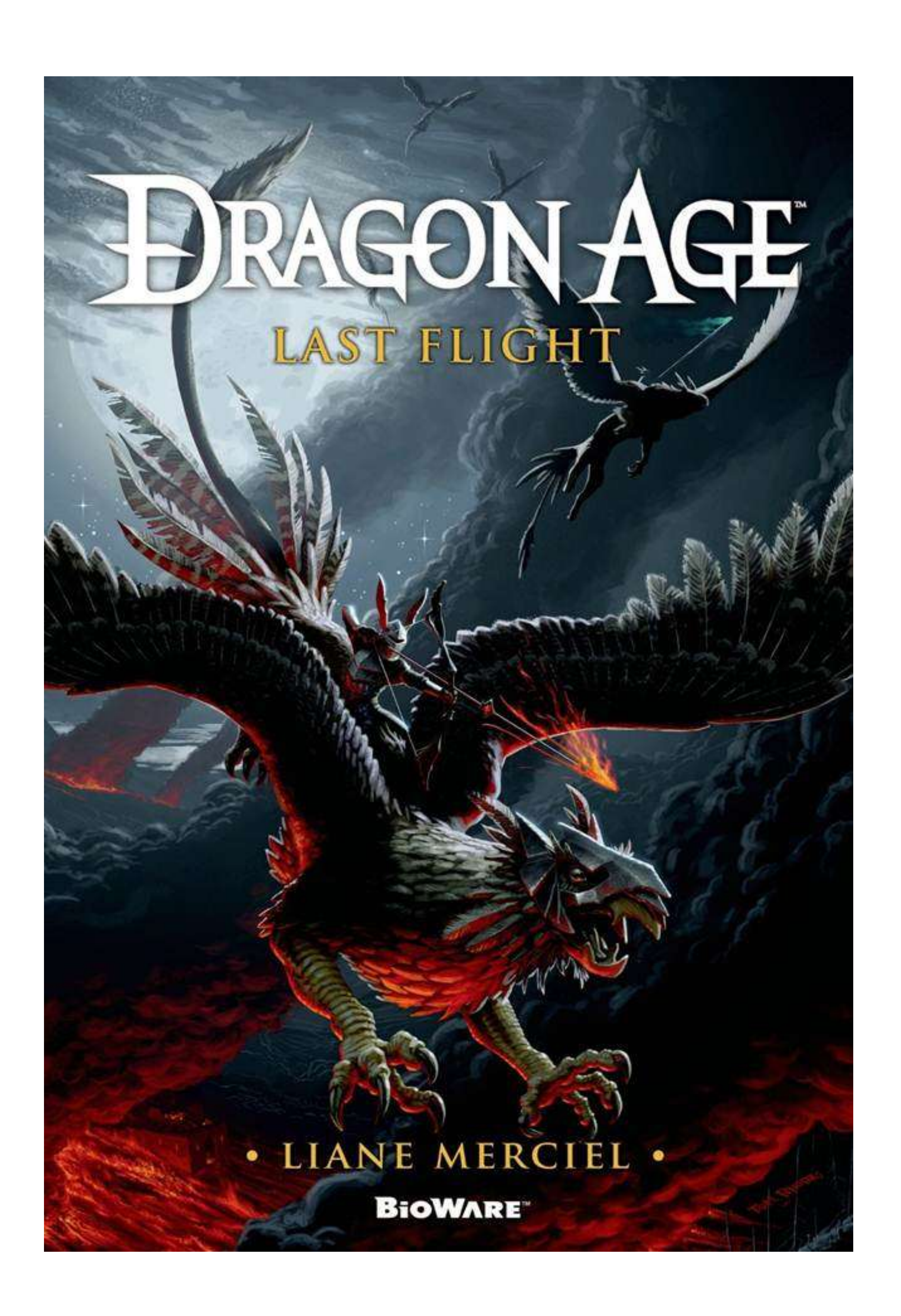

DRAGON AGE™
LAST FLIGHT
• LIANE MERCIEL •
BIOWARE™

Regresa a Thedas, el escenario del galardonado drama de fantasía oscura de Dragon Age de BioWare, y descubre qué secretos oscuros y olvidados se esconden en la historia de los legendarios Guardas Grises.

Una vez más, los Guardas Grises son héroes por todo Thedas: el Archidemonio ha sido derrotado con relativa facilidad y los dispersos engendros tenebrosos están volviendo bajo la tierra. La Plaga se ha acabado. O al menos así parece.

A Valya, una joven maga elfa recientemente reclutada por los Guardas, le ha sido encargado de estudiar el registro histórico de anteriores Plagas con el fin de entender mejor al fenómeno recién reportados, e inquietante de los engendros tenebrosos. Su investigación sobre el Cuarto Blight la lleva a una referencia codificada garabateada en los márgenes de un antiguo mapa, y al diario oculto de Issenya, uno de los últimos de los legendarios jinetes de grifos. A medida que los oscuros secretos enterrados en la historia de Isseyna se desarrollan, Valya comienza a cuestionar todo lo que creía saber sobre los heroicos Guardas Grises...



Dragon Age 5

Último Vuelo

Liane Merciel



Título original: *Dragon Age: Last Fligh*
Autora: Liane Merciel
Publicación del original: diciembre 2011

Traducción: CiscoMT
Revisión: Holly
Maquetación: Bodo-Baas
Versión 1.0
22.05.17
Base LSW v2.2

Declaración

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Dragon Age y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

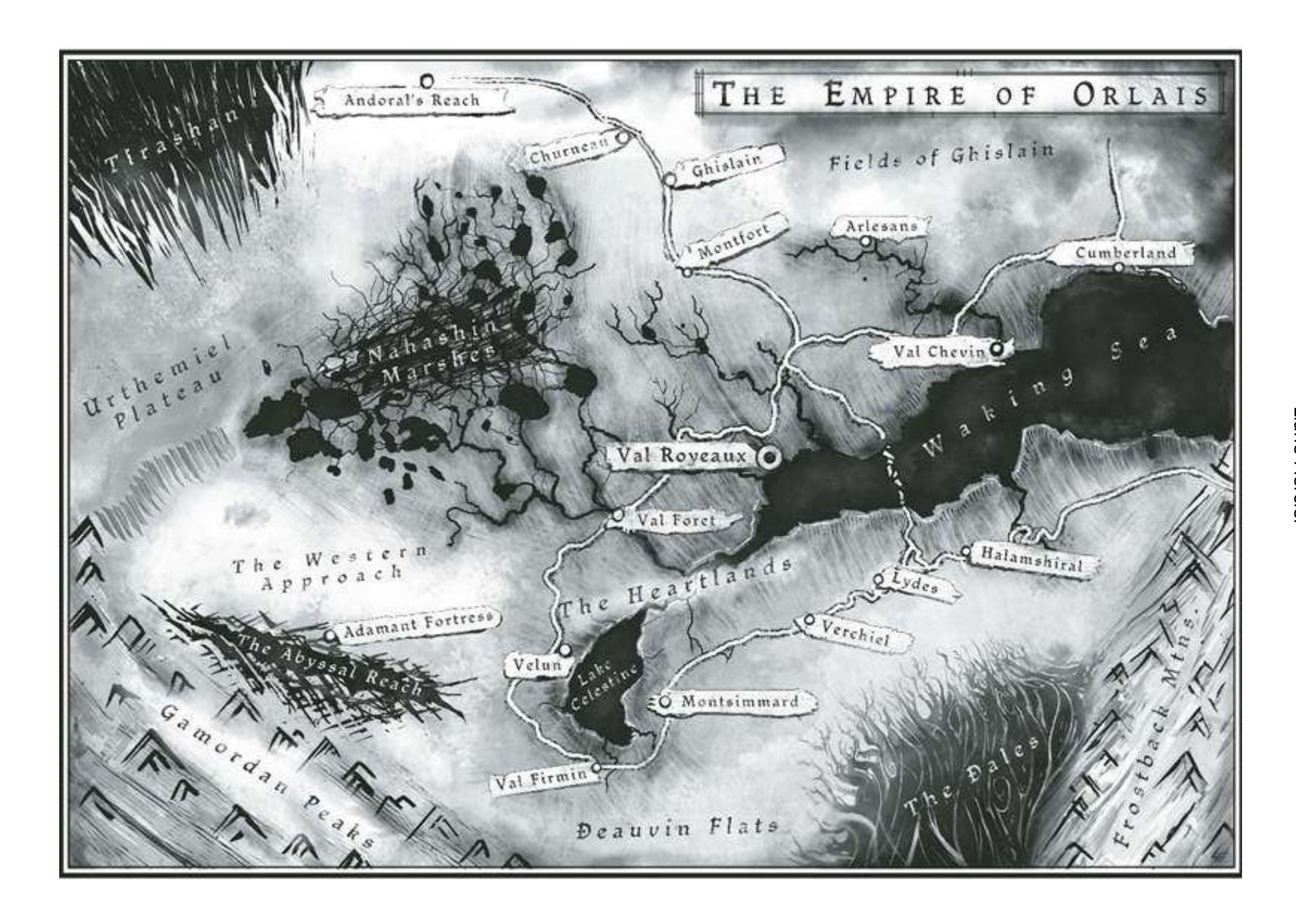
Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

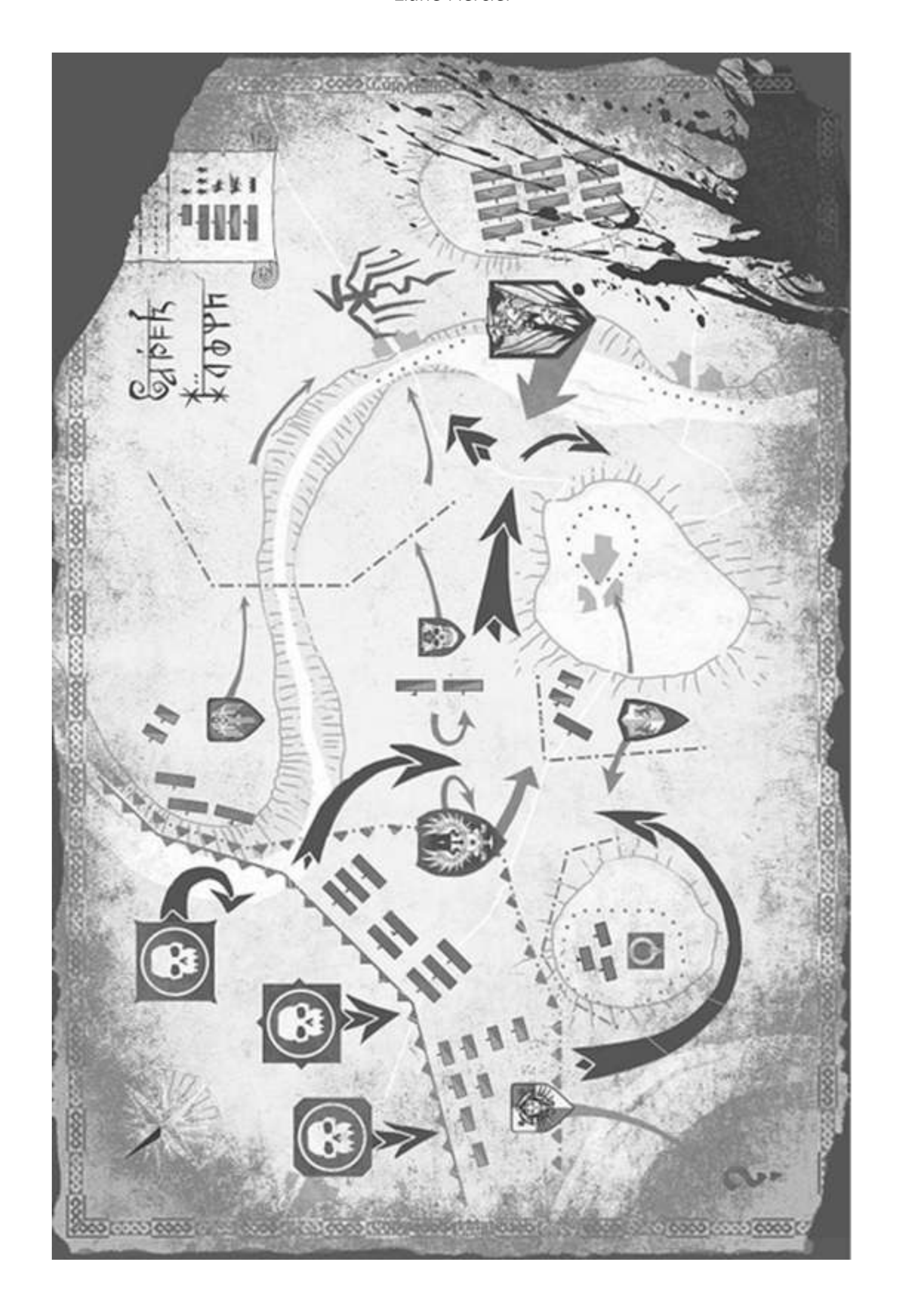
Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars


The Empire of Orlais
Andoral's Reach
Tirashan
Churneau
Ghislain
Fields of Ghislain
Montfort
Arlesans
Cumberland
Nahashin Marshes
Urthemiel Plateau
Val Chevin
Waking Sea
Val Royeaux
Val Foret
The Western Approach
The Heartlands
Halamshiral
Lydes
Verchiel
Adamant Fortress
The Abyssal Reach
Velun
Lake Celestine
Montsimmard
Gamordan Peaks
Val Firmin
Deauvin Flats
The Dales
Frostback Mtns.

Para Peter, como siempre.
Y para los perros, que me enseñaron qué buenos compañeros de trabajo podían ser.



1
9:41 Dragón

Weisshaupt.

Respaldada por la gran colina de marfil del Diente Roto, la fortaleza distante se alzaba ante los ojos asombrados de Valya. Estandartes con franjas plateadas ondeaban desde sus torres, sus emblemas indistinguibles a esta distancia, pero Valya sabía que mostraban un grifo gris acerado sobre un campo de azul. Ante ellos había una única puerta de gruesa madera y acero. El Hermano Genitivi había escrito en sus historias que era lo suficientemente amplia como para que tres caballos pasaran a través, pero desde donde estaba Valya, estaba tan empequeñecida por el grueso de piedra de Weisshaupt que parecía tan diminuta como la uña de su pulgar.

Durante semanas había soñado con este lugar. La antigua fortaleza de los Guardas Grises, el lugar de descanso final para los héroes de las eras, primer y último baluarte contra los horrores de las Ruinas… y ahora su hogar también. El pensamiento le hizo estremecerse con un placer temeroso.

Nada de esa excitación estaba reflejada en las caras de sus compañeros. El miedo estaba ahí, aún así, pese a sus mejores esfuerzos por enmascararlo.

Había cuatro de ellos además de Valya… un extraordinario número de reclutas para ser tomados de una vez, según le habían dicho. Variaban de edad desde los dieciséis a los diecinueve, excepto por el Encantador Sénior Eilfas, cuya barba desaliñada era más blanca que marrón. Todos ellos eran magos, lo cual era otra cosa extraordinaria. Por tradición, los Guardas sólo tomaban un recluta de cada Círculo de Magos de Thedas.

Pero esa tradición se había roto. Violentamente.

Empezando en Kirkwall y extendiéndose rápidamente a través de Orlais, los magos de Thedas se habían visto siendo cazados y perseguidos por todas partes. La Orden Templaria, supuestamente su protectora y defensora, se había vuelto contra ellos. Cómo y por qué había ocurrido, Valya no estaba segura; sólo había sido una aprendiz hasta hacía un par de semanas, así que nadie le había contado mucho de nada, y los rumores eran imposiblemente confusos.

Lo que sí que sabía era que Weisshaupt, y los Guardas Grises, representaban un santuario.

En cualquier otra parte de Thedas, el mundo podría haberse vuelto loco. En cualquier otra parte, había oído, Círculos de Magos enteros habían sido destruidos. Sus torres habían sido tiradas abajo, y cada mago y aprendiz había sido masacrado —incluso los niños pequeños— por ningún crimen aparte de haber nacido con el don de la magia. Se decía que otros Círculos se habían alzado en rebelión y se habían unido a un ejército de magos amasándose en alguna parte alrededor de la Marca de Andoral.

Pero eso era en otra parte. No aquí. Aquí en los Anderfels, los hombres y mujeres recordaban los auténticos peligros del mundo, y no desperdiciaban preciosas vidas luchando los unos contra los otros. Cuando los primeros rumores alcanzaron su Círculo,

el Encantador Sénior había mandado un mensaje rápido a Weisshaupt, y en unos días la respuesta de los Guardas había vuelto. Cualquier mago que deseara unirse a los Guardas Grises era bienvenido. Ningún mago tal iba a ser molestado por los templarios. El Derecho de Llamamiento de los Guardas era inviolable… y eso significaba que su promesa de santuario también lo era.

Incluso así, pocos habían escogido aceptar la invitación de los Guardas. Convertirse en Guarda Gris significaba una dura vida y una muerte segura, de una u otra forma. Era una orden noble y antigua, sus relatos cantados por los bardos de todo Thedas… y nadie, absolutamente *nadie*, salvo el auténticamente heroico o el auténticamente desesperado, quería convertirse en miembro.

Valya no estaba segura de cuál era ella. Pero sabía que no quería morir luchando contra los templarios, y sabía que los Guardas Grises, aún más que el Círculo de Magos, ofrecían un lugar donde una elfa podía ser igual a cualquier humano. Ninguna otra parte de Thedas podía darle eso.

Así que había empaquetado sus pocas pertenencias y había anunciado que acompañaría al Encantador Sénior Eilfas y a un puñado de otros magos júnior a Weisshaupt. Para convertirse en una Guarda Gris, o morir en el intento.

Ahora, bajo la sombra del Diente Roto, podía ver a los otros arrepintiéndose de sus decisiones. Era tan evidente como el miedo que trataban de ocultar tanto. Los templarios eran fanáticos, pero aún eran hombres. Podía razonarse con ellos, engatusarlos, acosarlos, sobornarlos. No habría nada de eso con los engendros tenebrosos. Sólo una vida dura, y una muerte segura.

Valya caminó hacia delante, comenzando el largo camino escalonado a las puertas de Weisshaupt.

* * *

Era la última hora de la tarde cuando volvieron al camino a Weisshaupt, pero estaba completamente oscuro para cuando alcanzaron sus puertas. Dos veces Eilfas había llamado a un alto para agua y descanso. La vida en la torre del Círculo, con todas aquellas escaleras interminables en espiral, habían mantenido al Encantador Sénior razonablemente en forma para su edad, pero no había nada en ningún Círculo de Magos que se aproximara al camino por el Diente Roto.

Mil pies de distancia vertical separaban la puerta de Weisshaupt de la tierra polvorienta. El camino que trepaba por toda aquella piedra era al menos de tres millas de giros bruscos puntuados por escalones antiguos tallados donde la cuesta era demasiado escalonada como para correr. Cada paso había sido desgastado por las botas de innumerables Guardas Grises a través de los siglos, dejando cuencos superficiales que lanzaban pequeños soplos de polvo de color hueso mientras las túnicas de los magos las frotaban.

Unos bancos angostos estaban tallados en la piedra en dos puntos más amplios en el camino, ofreciendo un respiro espartano, pero de otro modo no había comodidades en el viaje hacia arriba. Ni se suponía que debiera haberlas. Las rendijas finas negras de las ventanas de los arqueros miraban hacia ellos, señaladamente premonitorias, pero difícilmente necesitaban estar allí. Cualquiera que tratara de caminar el camino bajo la completa mirada del sol habría sido derrotado por el calor y el viento mucho antes de llegar a estar a tiro de arco. Incluso en la frialdad del crepúsculo, el camino era punitivo.

Al fin, justo cuando Valya pensaba que sus piernas estaban a punto de ceder y mandarla cayendo sin piedad por la ladera de la montaña, alcanzaron el último juego de escaleras. Sobre ellos, la luna brillaba blanca en un cielo sin nubes; abajo, la tierra devastada de los Anderfels se extendía interminablemente en tonos de gris y rojo. Una puerta más pequeña, apenas visible como una incisión en la enorme pared, les miraba. El Encantador Sénior la golpeó con el extremo de su bastón, y tras un momento se abrió hacia dentro.

Una mujer de cara campechana con una túnica gris y pantalones estaba dentro. Las mangas de la túnica habían sido desgarradas, mostrando unos brazos tan musculados como los de un herrero. Una vieja herida le había partido el labio; se había curado con una mara plana blanca sobre sus dientes delanteros, y los propios dientes estaban hechos de plata que resplandecía a la luz de las estrellas. Un martillo de guerra con púas colgaba de un aro bien anclado en su cinturón.

—¿Vosotros seréis los magos de Hossberg? —dijo ella. Valya no podía ubicar su acento. Fereldeña, quizás. No había conocido a muchos Fereldeños.

El Encantador Sénior Eilfas inclinó su cabeza grácilmente, pese a su cansancio.

—Lo somos.

—Entrad. Os mostraré vuestras habitaciones. Habrá agua para lavaros si queréis, y comida. Descansad por esta noche. Por la mañana podemos hablar sobre lo que estaréis haciendo.

—Por supuesto, —dijo el Encantador Sénior—. ¿Puedo preguntarte tu nombre? Yo soy el Encantador Sénior Eilfas del Círculo de Hossberg… o lo *era*. Supongo que no sé si aún lo soy. Mis compañeros son Valya, Berrith, Padin y Sekah. Son jóvenes, pero todos muy buenos. Hemos venido a ofrecer nuestras habilidades a vuestra causa.

—Sulwe, —dijo la mujer de los dientes de plata—. Daremos buen uso de vuestros talentos. —Ella caminó de vuelta hacia la fortaleza, cayendo en la oscuridad. Eilfas bajó su bastón, diciendo una palabra, y la gema en su cabeza empezó a brillar suavemente.

En un suave desfile de luz, liderados por la radiante gema sobre el bastón de Eilfas y llevados por la magia inferior de los estudiantes, los magos de Hossberg pasaron a Weisshaupt.

* * *

Al romper el día Sulwe volvió y se llevó al Encantador Sénior Eilfas para una conferencia privada. No les dijo a los otros adónde iban, y nadie preguntó.

Un par de minutos más tarde un joven elfo atractivo golpeó su puerta. Llevaba el gris y azul de los Guardas con una arrogancia casual, pero sus modales eran mucho menos intimidantes de lo que la corrección militar de Sulwe lo había sido, y parecía escasamente cinco años mayor que ninguno de ellos. Su pelo era del color de la rica miel, y caía sobre sus hombros en rizos amplios. Una sonrisa fácil calentaba su cara. Llevaba una gran cesta cubierta, desde la cual el aroma seductor del pan recién horneado les abofeteó.

Berrith, desvergonzada a sus dieciséis años, se sentó firme en su cama y se bajó la blusa de un tirón. El Guarda elfo pareció no percatarse, excepto por una ligera sonrisa que provocaba la punta de su boca. Apartó cuidadosamente la mirada de la joven maga mientras dejaba la cesta en una mesa.

—Bienvenidos a Weisshaupt, —dijo él. Valya resultó estar sentada al otro lado de la habitación que Berrith, así que el Guarda dirigió su saludo a ella—. Me llamo Caronel. Yo os entregaré vuestras primeras evaluaciones y lecciones introductorias. También, vuestro desayuno. —Él hizo un gesto a la cesta—. Servíos. Pan y queso de cabra. Bastante simple, pero bueno. No tenemos muchos lujos aquí.

—Gracias, —tartamudeó Valya, debido a que alguien tenía que decir *algo*. Sintió un rubor subir a sus mejillas. Caronel realmente era injustamente atractivo. Para cubrir la rojez, se levantó apresuradamente y sacó un trozo de pan de la cesta, luego pasó la cesta a Sekah—. ¿Qué necesitas evaluar?

Si Caronel se percató de su rubor, no mostró señal de ello. Se sentaba amigablemente al lado de la cama vacía del Encantador Sénior, volviéndose de forma que pudiera verlos a todos.

—Lo que aprendisteis en Hossberg. Lo que sabéis de los engendros tenebrosos y los Guardas y nuestras obligaciones en Thedas. Lo fuertes que sois en vuestra magia, tanto si tenéis algún talento particular en el arte, como si sabéis algo que pueda sernos ya de utilidad.

—Eso es un montón de preguntas, —murmuró Valya alrededor de un bocado de pan. Tragó con dificultad, contenta de tener una excusa para su boca seca.

—Tenemos un montón de tiempo, —dijo Caronel con una sonrisa irónica—. Bueno, tenemos *algo* de tiempo. Quizás no un montón. Empecemos con la pregunta más crucial: ¿Qué sabéis de los engendros tenebrosos? ¿Habéis luchado alguna vez contra alguno?

—Yo lo he hecho, —dijo Sekah. Era un chico pequeño serio con pelo oscuro liso y unos enormes ojos que le hacían parecer mucho más joven de sus dieciséis años—. Antes de venir al Círculo, los hurlocks atacaron nuestra granja. No pudimos contenerlos con flechas o lanzas, así que los quemé. Así es como me llegó la magia.

Valya miró a su compañero con sorpresa. Nunca había oído esta historia antes, y no tenía ni idea de que él hubiera sobrevivido a tal peligro. Sekah ni siquiera era un auténtico mago aún, estrictamente hablando; no había pasado por la Angustia, lo cual significaba que aún era un aprendiz.

O quizás no lo era. Quizás ya no *habría* más Angustias ahora que eran todos apóstatas. Sólo los magos del Círculo tenían que resistir tal horroroso ritual, y ya no había más Círculos.

En ese caso, quizás Sekah era el más mago entre ellos.

Caronel ciertamente parecía impresionado. El Guarda elfo asintió a Sekah con auténtico respeto. Entonces miró a los otros.

—¿Y vosotros?

Silenciosamente, Valya sacudió la cabeza junto con el resto de ellos. Ella había leído acerca de engendros tenebrosos en las historias, por supuesto, y había oído innumerables historias de aquellos que habían luchado contra las horribles criaturas. Ningún niño de los Anderfels, elfo o humano, crecía sin ser aterrorizado por los cuentos para dormir de hurlocks y genlocks y ogros come-bebés. Pero nunca había puesto sus ojos en uno personalmente, mucho menos se había enfrentado a una horda aullante de ellos en combate.

—Entonces tendréis un montón que aprender, —dijo Caronel—. *Si* os convertís en Guardas, vuestro deber primarios será, por supuesto, proteger a la gente de Thedas de la depredación de los engendros tenebrosos. No sólo tendréis que luchar contra ellos personalmente, sino que tendréis que liderar a otros en esa lucha. Necesitaréis saberlo todo sobre ellos: sus tipos, sus tácticas, y todo lo que sabemos acerca de sus orígenes y habilidades. —El elfo se detuvo—. Todos vosotros sois magos, ¿así que supongo que sabéis leer?

Valya asintió, como sus compañeros. Caronel les dio otra mirada aprobadora.

—Muy bien. Entonces, hasta que sea la hora de que paséis por la Unión, podéis ganaros la manutención, y quizás empezar a aprender algo útil, en nuestras bibliotecas.

—¿Ganarnos la manutención cómo? —preguntó Sekah.

—El Chambelán de los Grises ha solicitado vuestra asistencia con su investigación, —dijo Caronel—. Deberíais estar honrados de asistirle. Tiene algo que ver con la magia de sangre, creo, aunque el chambelán está siendo muy silencioso acerca de los detalles. Antiguo, sea lo que sea. Pero vosotros los magos amáis los libros antiguos, ¿no? Deberíais pasarlo bien con ello. Todo eso… pergaminos. Y polvo.

—¿Magia de sangre? —Sekah se hizo eco con un susurro, lanzando una mirada nerviosa a Valya.

Ella compartió los sentimientos silenciosos del chico. Los magos de sangre eran temidos y denigrados por todo Thedas, ya que su magia se extraía a través del dolor y el sacrificio, y a menudo podía usarse para controlar las mentes o los cuerpos de otros. Si fuera lo que fuera esto involucraba también a los engendros tenebrosos…

Valya nunca había oído de engendros tenebrosos que poseyeran tal magia. Siempre había pensado que eran brutos sin mente, y la magia de sangre requería una sofisticación considerable.

—Algo así, —dijo Caronel—. Estaréis buscando registros donde los Guardias actuaran… de forma extraña. Sin hacer caso de sus órdenes, abandonando sus puestos,

cosas de esa naturaleza. También buscaréis menciones de engendros tenebrosos inusuales… que pudieran hablar y pensar como hombres. Esas cosas pueden ocurrir juntas o separadas. No importa. Tomad nota de ambas.

—No todo el mundo que fuera testigo de tales cosas las habría reconocido por lo que eran, por supuesto. Los registros podían ser crípticos, y propensos a la exageración o a la distorsión. Pero cualquier referencia que podáis encontrar sería útil. Entiendo que podría ser difícil distinguir incidentes en los que los Guardias inexplicablemente evadían la justicia de las deserciones ordinarias, o de puestos que fueron masacrados durante la pelea. También entiendo que el lenguaje puede presentar ciertas dificultados, ya que os centraréis en materiales que pueden tener varios siglos de antigüedad. Hacedlo lo mejor que podáis.

—¿Cuándo te gustaría que empezáramos? —preguntó Valya.

—Hoy, —respondió Caronel. Se levantó, cepillándose unas arrugas invisibles de su túnica azul oscuro—. Tan pronto como hayáis acabado de comer, de hecho.

La conversación acabó después de eso. Valya, iluminada con una excitación nerviosa, tuvo que forzarse a sí misma para tragar la comida. Tan hambrienta como había estado antes, el pan y el queso ahora parecían tan insípidos como el serrín.

Cuando hubieron terminado de comer, Caronel les llevó desde su habitación por un largo pasillo polvoriento. A su derecha, las paredes de piedra estaban decoradas con tapices de Guardas ataviados con armaduras de placas montados sobre grifos y haciendo llover muerte sobre ejércitos de engendros tenebrosos aullantes. A la izquierda, las rendijas de los arqueros permitían justo la suficiente luz del sol como para traer los tonos desvanecidos de los tapices.

Había armas acopladas entre algunos de los tapices. Parecían armas de engendros tenebrosos: salvajemente cristalizadas en negro, crueles y torpes y aterradoras. Manchas antiguas cubrían sus hojas. Sangre, quizás. O algo peor. Valya no tenía ni idea. Estremeciéndose, evitó la mirada.

—Tienes que mirar, —susurró Sekah junto a su codo. Los ojos del chico estaban fijos en un escudo ensangrentado, abollado—. Tienes que soportar ser testigo y entender por qué es tan importante detenerlos. La Unión, la Llamada… todo merece la pena si contiene a los engendros tenebrosos. Una vez entiendes lo que *son*.

Valya sacudió la cabeza, sus labios presionados firmemente. Pero alzó la mirada, brevemente, hacia las armas antiguas ancladas en las paredes, y los tapices que conmemoraban las espeluznantes batalles en las que aquellas armas supuestamente habían sido tomadas. Y entonces lanzó su mirada hacia abajo, estremeciéndose de nuevo, y mantuvo su mirada fija en sus propios pies mientras Caronel les llevaba por el pasillo bajando un juego de escaleras y hacia la gran biblioteca de Weisshaupt.

Era una visión que inspiraba asombro, más una catedral que una biblioteca. Unas enormes ventanas acorazadas estaban colocadas sobre un patio adyacente e inundaban las cámaras entrelazadas con una luz del sol nublosa. Filas y filas de estantes de piedra gris, todos fuertemente cargados de libros amarillentos y pergaminos guardados en hueso, se

extendían por lo que parecía ser una infinidad enfrente de los magos. Los candelabros de velas aromatizadas colgaban de los marcos de hierro agrietados de encima, llenando la biblioteca de la fragancia mezclada de cera de abeja, madera de cedro y humo antiguo. Las paredes estaban ricamente talladas con la heráldica de grifos y escudos de armas antiguos y plantas ornamentales: naranjas, granadas, y uvas rollizas y jugosas. *Todas las frutas que el escultor había echado de menos en los áridos Anderfels*, supuso Valya.

—Comenzaréis con materiales de la Cuarta Ruina, —dijo Caronel, llevándoles a una cámara más pequeña que se abría a un lado de la biblioteca principal—. Los registros más antiguos están más allá de la mayoría de nosotros. Si habéis hecho un estudio de las lenguas antiguas, nos alegraremos de que les echéis un vistazo a ellos… pero supongo que no lo habéis hecho, en cuyo caso las crónicas de la Cuarta Ruina serán lo suficientemente difíciles.

Él se quedó junto al arco y les hizo un gesto para que entraran. Los libros forrados de cuero en filas uniformes cubrían los estantes que perfilaban las mitades superiores de la cámara. Tenían el aspecto de historias oficiales, registradas después de los hechos por escribas en habitaciones silenciosas. Bajo aquellos limpios tomos grises, enormes arcones rodeados de hierro descansaban contra la pared. Dos de ellos estaban abiertos, revelando un desbarajuste de libros, papeles, trozos de pergamino y otra miscelánea que parecía haber estado vagamente seleccionada por tamaño pero por otra parte desordenada.

—Los arcones contienen materiales primarios. Informes originales, notas de campo, cartas de los Guardas y soldados. Lo más probable es que encontréis lo que estáis buscando ahí, —dijo Caronel desde el arco.

Valya apenas le escuchaba.

En el centro de la habitación había un sarcófago de cristal alzado sobre una tarima de mármol blanco brillante. A su cabeza, un par de enormes cuernos negros se alzaban en espiral casi hasta el techo, sus puntas perdidas en las sombras. El sarcófago obviamente era muy antiguo; casi ligeramente tintado, los paneles de cristal convertidos en sus paredes y tapa habían sido dolorosamente cortados para evitar boquetes, ondulaciones, u otros defectos comunes en el cristal antiguo. Los paneles del ataúd no eran más grandes que la palma de Valya, pero cada uno era impecable.

Sintiéndose como si hubiera caído en algún tipo de trance, la joven maga elfa caminó a través del arco y se aproximó al sarcófago. A través del entramado de cristal y plomo, podía ver un traje de placas de malla de platerita brillando levemente a la pálida y gris luz del sol. No parecía una armadura ceremonial. El grifo de los Guardas estaba grabado en la placa pectoral, y había algún trabajo de grabado en el castillo y las hombreras, pero tenía el aspecto de malla de servicio muy usada. El sudor antiguo manchaba las tiras de cuero, y quien fuera que hubiera pulido la armadura por última vez no había sido del todo capaz de quitar todas las abolladuras.

Los guanteletes vacíos de la armadura estaban plegados sobre dos armas: un largo cuchillo en una funda de cuero simple, y un arco largo grácil, curvado, con un par de plumas grises y blancas atadas en su extremo superior como una borla. Fue la visión de

aquellas plumas moteadas, quebradizas con la edad, lo que hizo que Valya cogiera aliento repentinamente por el reconocimiento.

Eso es de Garahel.

Garahel fue el mayor héroe elfo que Thedas había conocido. Como Guarda Gris, había sido crucial al reunir aliados para luchar contra la Cuarta Ruina… y él mismo había abatido al Archidemonio Andoral, dando su propia vida para romper la horda de engendros tenebrosos.

Cada niño elfo conocía la historia. Garahel ocupaba un lugar especial de orgullo en sus corazones. Como elfo, había sufrido las mismas indignidades que ellos. Exiliado, escupido, considerado completamente sin respeto, no obstante se había alzado por encima de ese desdén y no sólo había perdonado a sus antiguos enemigos, si no que les había salvado de una condena segura.

Solo, había acabado con la Cuarta Ruina y había salvado Thedas.

Valya pasó sus dedos reverentemente sobre el entramado de cristal del ataúd. No se atrevió a tocarlo; dejar manchas en el monumento funerario de Garahel habría sido impío. Pero incluso ese ligero roce lanzó un cosquilleo estremecedor a través de su piel. *El héroe de la Cuarta Ruina.*

Los otros magos habían penetrado en la habitación tras ella. Ellos, también, miraban el ataúd con su corona de cuernos negros retorcidos. Sus expresiones cambiaron de confusión a asombro mientras cada uno se daba cuenta silenciosamente de a quién pertenecían aquellas armas y armadura que yacían en el contenedor de cristal… y a quién pertenecían aquellos cuernos que se erguían como una lápida sobre su monumento funerario.

Tras ellos, Caronel sonrió.

—Mantenemos reliquias de todas las ruinas aquí. Esto no es sólo una biblioteca. Es un monumento en honor a los caídos. —Él se alejó, apartando su mano del arco—. Llamad si necesitáis algo. Siempre hay Guardas en la biblioteca, y la oficina del chambelán está cerca. Hay un lavabo cerca de la parte trasera a la derecha, tras la caja de los cuernos de ogro. Volveré para convocaros para la cena.

Entonces se fue, y los cuatro se quedaron solos con los libros y los arcones y los cuernos del archidemonio.

—¿De verdad creéis que son las armas de Garahel? —susurró Padin. Ella era la mayor, y la más alta, una desgarbada chica rubia con mejillas marcadas de viruela y un hábito de lanzar sus hombros hacia dentro en un fútil intento de hacerse parecer pequeña.

—Por supuesto que lo son, —dijo Valya—. Los Guardas no tendrían *imitaciones*.

—¿Por dónde queréis empezar? —Preguntó Sekah—. ¿Con las historias oficiales o los arcones?

Valya vaciló. Sabía muy poco acerca de la auténtica historia de la Cuarta Ruina. El heroísmo de Garahel era un relato familiar, y había oído canciones antiguas como “El Lamento del Comeratas” y “El Huérfano con Cinco Padres,” que databan del infame asedio de Hossberg, pero los detalles de los movimientos de tropas y las batallas eran un

misterio para ella. La Cuarta Ruina había durado más de una década, ¿no? Era una enorme cantidad de peleas. ¿Por dónde deberían empezar a buscar rastros de engendros tenebrosos anormales, o Guardas que hubieran evadido sus obligaciones?

—Empezaremos con los mapas de batallas, —decidió ella—. Podríamos ser capaces de decir algo de los movimientos de tropas de los Guardas. Una imagen se supone que vale más que mil palabras, ¿no es así?

—Si sabes cómo leerla, —murmuró Berrith. La hermosa rubia aún parecía estar enfurruñada después de que Caronel la hubiera ignorado.

Nadie más protestó, aún así. Padin levantó el descomunal libro que contenía las versiones oficiales de los mapas de batalla de los Guardas y empezó a hojear cuidadosamente a través de las páginas. El libro era muy antiguo, pero había sido diseñado para aguantar el paso de las eras y había sido reforzado con hechizos para ese propósito, y las líneas coloreadas denotaban ríos y bosques en el burdo pergamino beis donde habían sido dibujadas tan brillantes como el día.

Casi desde el principio, las hordas de engendros tenebrosos abrumaban los mapas. Sus fuerzas estaban representadas como simples símbolos negros, amenazantes en su austeridad. Marchaban cada vez más hacia delante, tragándose reinos, borrando los nombres de aldeas y pueblos y ciudades bajo su masacre. Pero la uniformidad de las marcas no le decía a Valya nada acerca de qué engendros tenebrosos habían sido, o cómo efectuaron sus conquistas.

Ella volvió su atención a los movimientos de los Guardas en su lugar. Quizás sería más fácil adivinar un patrón en sus respuestas a la horda.

Al contrario que los engendros tenebrosos, los Guardas no estaban todos marcados con los mismos símbolos en el mapa. Los grifos estaban diseñados con una cabeza de águila estilizada, a veces en azul y a veces en rojo; suponía que aquellas eran las fuerzas dirigidas por dos comandantes diferentes. La caballería eran cabezas de caballo, de nuevo en diferentes colores, y la infantería estaba marcada por puntas de lanza. Pequeños penachos marcados bajo las lanzas designaban si eran Guardas o aliados de diversas naciones.

Pero no había mucho patrón en aquello, tampoco, al menos ninguno que pudiera ver al mirar a los mapas sin contexto. Gradualmente los otros magos alcanzaron la misma conclusión y se alejaron, abriendo los arcones y empezando a moverse a través de los documentos primarios.

Valya se ciñó esquiva a los mapas. Quería al menos llegar al final del libro antes de abandonar y tratar de buscar otra pista.

Una nota en el margen de un mapa captó su mirada. A primera vista parecía sólo otra ciudad o aldea en alguna parte fuera de Refugio Celeste, justo al borde de la horda de engendros tenebrosos e indudablemente pronto destruid por los mismos. Nada destacable.

Pero el nombre era la palabra élfica para "grifo," lo cual parecía una elección improbable para una aldea humana, y había un sutil brillo de polvo en el pergamino bajo él. *Lirio*. Era sólo una diminuta cantidad, y muy diluido, pero tras años de aprendizaje en

el Círculo de Magos, Valya reconocía el polvo del lirio inmediatamente. Ese brillo verde-azulado, constante a través del mundo de los vivos y el Velo por igual, era completamente único en Thedas.

Ella miró por encima de su hombro. Nadie le estaba prestando ninguna atención; todos estaban inmersos en buscar a través de sus propias cartas y diarios.

Cuidadosamente, pero con curiosidad, Valya sacó un hilo de maná del Velo y trató de ver el mapa a través de la lente variable de la magia. El ágata azul pálido de su bastón brilló, sólo levemente; podía pasar como luz del sol reflejada si alguien miraba hacia ella.

Nadie lo hizo, aún así, y cuando Valya miró al mapa, se alegró mucho de ello. Una única frase de escritura Elvish brilló en el mapa, brillando de un azul pálido mientras la magia fluía a través de la tinta espolvoreada de lirio con la que había sido escrita.

Lathbora viran.

Valya liberó su agarre del Velo tan pronto vio las palabras. Se desvanecieron a la invisibilidad de nuevo en el pergamino, pero permanecieron brillantes en su mente. *Lathbora viran*.

Las palabras eran arcaicas, como lo eran las formas de las letras, pero entendía las palabras igualmente. No había ninguna traducción exacta a ninguna lengua humana, hasta donde Valya sabía, aunque la frase podía reducirse torpemente a “el camino hasta un lugar de amores perdidos.” Era una cita de uno de los pocos de los grandes poemas que eran recordados a través de las tradiciones orales de los Dalishanos y las elferías, y describía un deseo nostálgico por la belleza que uno no había experimentado realmente nunca en la vida. Era una sensación dulcemente dolorosa, similar a la nostalgia pero teñida de una mayor amargura, ya que un hombre nostálgico recuerda el placer que ha perdido, mientras que uno experimentando el *lathbora viran* anhela una cosa que realmente nunca puede conocer.

—Bajo las zarzamoras, lo sentí, —murmuró Valya entre dientes. Así era como abría el poema: con la fragancia almizclada de las zarzamoras maduras, amarga y dulce, y un deseo de recordar los aromas hace tiempo perdidos de Arlathan.

El poema en sí era un *lathbora viran*, porque ningún elfo que hubiera conocido nunca lo recordaba en el Elvish original. Los elfos tenían un par de palabras fragmentadas y el grueso de la historia, pero el poema en sí había sido vacilantemente recreado en lenguas humanas. Ningún elfo de las elferías conocía lo suficiente acerca de su propia historia o lengua natal para recordar las obras de arte perdidas de su civilización. Ni siquiera conocían el título original. “Bajo las Zarzamoras,” era llamado, porque nadie conocía ya el auténtico nombre.

Era algo extraño que encontrar en un mapa de guerra de la Cuarta Ruina. No había duda en la mente de Valya de que el mensaje espolvoreado de lirio era contemporáneo al dibujo original del mapa. De hecho, el hechizo que lo ocultaba de la vista casual podría haber sido entretejido en el mismo encantamiento que conservaba las marcas más obvias del mapa.

¿Pero por qué? ¿Por qué alguien ocultaría un trocito de poesía para que pudiera ser encontrado sólo por un mago y que sólo pudiera ser entendido por un elfo? A no ser que no fuera sólo una línea de nostalgia caprichosa…

¿Había habido zarzamoras entre los grabados en la otra habitación?

Valya volvió para averiguarlo. La biblioteca principal estaba principalmente vacía, con sólo un Guarda de pelo gris mirando a través de las ventanas a los pájaros cantando en el patio interior. Valya se movió silenciosamente alrededor de él para examinar los grabados de fruta en las paredes.

Eran como los había recordado: higos, granadas, cítricos… y una zarzamora solitaria con flores de pétalos anchos floreciendo junto a capullos apretados y bayas suculentas. La zarzamora grabada rodeaba un arbotante de antorchas metido entre dos estantes, luego bajaba hacia un banco de piedra gris construido en la pared.

Valya miró bajo el arbotante. No había nada que le llamara la atención allí. Bajo el banco, sin embargo, había otro leve brillo de polvo de lirio frotado en una de las piedras en las paredes. Esta vez era tan ligero que nunca lo habría visto si no hubiera estado ya aferrándose al Velo.

Con otra mirada hacia atrás para asegurarse de que nadie estaba mirando, tocó el Velo de nuevo y canalizó una segunda voluta de magia en la piedra. Vibró mientras su magia tocaba la roca frotada con lirio, y el bloque se movió hacia fuera un centímetro.

Tensa con una anticipación nerviosa, Valya agarró los laterales del bloque con las puntas de sus dedos y extrañamente lo soltó. Cuando estaba ya casi fuera, lo colocó en el suelo con cuidado, y exhaló silenciosamente con alivio por el poco sonido que hizo.

Tras el bloque suelto había un pequeño agujero en la pared, y en ese agujero había un único libro, pequeño pero grueso. Sus cubiertas estaban arañadas y manchadas de sangre, y sus páginas estaban envueltas de humedad antigua, pero parecía estar en buenas condiciones. Mordiéndose el labio, Valya lo sacó, y luego cuidadosamente volvió a colocar el bloque de piedra y se sentó en el banco como si no pasara nada raro.

Abrió el libro, sin estar segura de qué esperar. Estaba lleno de escritura con una mano rápida, descuidada, femenina pero no suave en lo más mínimo.

En el año 5:12 Exaltada, comenzó, mi hermano, Garahel, y yo volamos a la Ciudad de Antiva.

2
5:12 EXALTADA

La segunda vez que Isseya trepó en la silla de montar de un grifo, estaba montando para unirse a una guerra.

Ni ella ni su hermano, Garahel, estaban ni de cerca preparados para ello. *Más verdes que las ranas mareadas*, los había llamado su teniente, y había tenido razón.

Los dos se habían convertido en Guardas Grises escasamente un año antes, y habían sido asignados al Ala Roja de los jinetes de grifos sólo cuatro meses antes. Aún estaban practicando en caballos con grandes tablones de madera en sus sillas de montar para imitar la obstrucción de las alas de los grifos. Sólo una vez, atados en las sillas de montar traseras con Guardas más experimentados en las riendas, habían volado Garahel o Isseya… y eso fue meramente una prueba para ver si los jóvenes elfos sufrían de vértigo o miedo que pudiera hacer de su posterior entrenamiento una pérdida de tiempo. Bajo circunstancias normales, no habrían visto un combate aéreo durante otro año.

Pero la Ruina no esperaba a nadie.

Cuatro meses antes, los engendros tenebrosos habían venido desbordándose desde el norte, respondiendo a la llamada de un recién despertado Dios Antiguo. Bullían desde las profundidades de la tierra, usando los antiguos Caminos de las Profundidades para viajar sin ser vistos por los ojos humanos. Cogidas por sorpresa, las naciones de Thedas habían sido completamente incapaces de montar una defensa efectiva contra las hordas de engendros tenebrosos.

Antiva, que había sido la primera en estar bajo ataque, había perdido terreno tan rápido como el monstruoso ejército podía reclamarlo. Las milicias dispersas de las ciudades y aldeas en sus tierras periféricas no eran obstáculo para los engendros tenebrosos. Sus muros fueron aplastados y pisoteados, sus ciudadanos masacrados o llevados a los Caminos de las Profundidades para encontrar un destino peor.

La ciudad rivera de Seleny, legendaria por sus gráciles puentes y esculturas, había caído tras un asedio que sólo duró cuatro días. Durante semanas después el río había sido atestado de cadáveres. La gente de la Ciudad de Antiva los había visto flotar, girando hasta el mar, día tras día, y con cada cuerpo abotargado su miedo había crecido.

En tales aprietos desesperados, no había tiempo de terminar el entrenamiento de los jóvenes Guardas. Y mientras Isseya volaba hacia la Ciudad de Antiva, aferrándose a la espalda del Guarda sénior delante de ella y encogiendo los ojos contra el viento que la azotaba, entendió justo cómo de extrema era la situación de la capital.

La Ciudad de Antiva se asentaba en el borde de una bahía azul brillante. Las ricas granjas verdes y los huertos de frutales la rodeaban en un cinturón de diez millas hacia dentro, extendiéndose más por las costas del río que corría hacia las ruinas de Seleny.

Más allá de esa linde de fertilidad, la Ruina se había tragado a Antiva. La corrupción que fluía a través de los engendros tenebrosos había envenenado la tierra a su paso.

Incluso desde mil yardas en el cielo, Isseya podía ver que la tierra estaba embarrada y retorcida por donde la horda había pasado. Sobre ella, el cielo se arremolinaba con coágulos de nubes negras. Los árboles sin hojas se alzaban como centinelas esqueléticos sobre riachuelos encogidos, los cuales llevaban poco caudal como si la propia tierra se los estuviera bebiendo hasta dejarlos secos. Los campos de grano yacían marchitos y podridos, con ningún parche de verde a la vista en medio de sus vallas grises torcidas. Los pocos animales que vio eran principalmente cuervos y buitres, sus cuerpos agachados costrosos y sin plumas por la enfermedad de la Ruina que habían contraído mientras se alimentaban de los cuerpos de los engendros tenebrosos.

El propio ejército de engendros tenebrosos era un borrón de cota de malla negra y estandartes maltrechos. Isseya apenas veía nada de ellos. Pese a que los propios engendros tenebrosos no podían volar —aparte del Archidemonio, el cual hasta el momento pocos habían visto— sus flechas y hechizos podían alcanzar cierta distancia en el aire, y por lo tanto los grifos subían bien alto para evitarlos. Las nubes segaban la visión de los hurlocks y los genlocks amasados alrededor de sus emisarios y ogros, y por eso, Isseya estaba agradecida en silencio.

Pasando al ejército, descendieron de nuevo, ya que el aire por encima de las nubes era muy escaso y frío para aguantar a los grifos demasiado tiempo. Isseya no vio gente en las tierras apestadas mientras cruzaban Antiva. Estaban muertos, habían huido, o se habían escondido. Había cientos de campamentos fuera de las puertas de la Ciudad de Antiva, aún así: refugiados vestidos de harapos y desesperación, viviendo en carretas y refugios burdos improvisados, comiendo lo que pudieran encontrar. Su hedor era abrumador. Las puertas de la ciudad estaban cerradas para ellos, y lo habían estado desde que las noticias de la Ruina llegaran a la capital, pero no tenían otro lugar al que ir.

—No pueden seguir así, —susurró la elfa a la espalda de su compañero.

No había esperado que sus palabras fueran llevadas por el correr del viento y las alas del grifo, pero de algún modo el Guarda sénior la había oído. Su nombre era Huble, e Isseya no le conocía bien. Era un viejo veterano entrecano, superviviente de innumerables escaramuzas contra los hurlocks y genlocks, y pasó la mayor parte de su tiempo manteniendo la distancia de Weisshaupt en la espalda de su grifo, Blacktalon. No era alguien que se asustara fácilmente, pero su cara era seria cuando se volvió en la silla de montar para responderle.

—No, no pueden, —dijo él, y volvió a guiar al grifo.

Un par de minutos más tarde estaban rodeando la Ciudad de Antiva. Sosteniendo los cabos sueltos de su pelo con una mano. El Bulevar de los Mares aún era hermosamente sorprendente, sus mareas turquesa y verde marino brillantes contra el mármol blanco del camino principal. La Plaza Dorada aún tenía chispas de la feroz luz del sol de las docenas de estatuas cubiertas de oro que adornaban su amplia extensión. Y el Palacio Real permanecía siendo una visión de una grandeza arrebatadora, sus torres finas y ventanas de cristal tintado encendidas por el sol poniéndose.

Pero no había tantas naves en el puerto como Isseya había esperado. Había algunas naves de guerra reales, y unos navíos más pequeños dispersos pintados con el draco dorado de Antiva, pero pocos navíos mercantes de ningún tipo. Suponía que la mayoría de ellos habían huido a costas más seguras, llevando a tantos pasajeros como pudieran pagar cualquiera que fuera la exorbitante tasa que sus capitanes les cobraran. Incluso los pequeños botes de pesca parecían estar ausentes.

No había muchos ciudadanos fuera en aquellas calles hermosamente balaustradas, tampoco. Los mercados estaban escasamente poblados, los puestos casi vacíos. Aunque el peligro aún no había alcanzado sus puertas, la gente de Antiva parecía haberse refugiado en sus hogares, preparándose para la tormenta que sabían que debía llegar.

Entonces estaban descendiendo por la muralla principal del palacio, y la vista de Isseya de la ciudad fue cortada por altas capas de piedra.

El patio del palacio era un torbellino de polvo. Dos docenas de grifos habían sido asignados al Palacio Real, junto con un número igual de Guardas Grises, y el clamor y el caos de su llegada abrumó a los sirvientes del castillo. Los grifos eran particularmente difíciles; las grandes bestias eran territoriales y de mal temperamento en el mejor de los casos, y el largo vuelo los había vuelto especialmente irritables. Varios de ellos habían volado hasta la muralla principal, donde aleteaban sus alas y graznaban a cualquiera que se acercara.

Los Antivanos le dieron a los grifos espacio mientras traían pan y vino a los Guardas, e Isseya no podía culparles. Había estado trabajando de cerca con los animales durante meses, cepillándolos y alimentándolos y aprendiendo a leer sus humores cambiantes, y *ella* estaba aún continuamente intimidada por los depredadores alados.

Un grifo adulto podía crecer hasta más de doce pies de pico a cola, con un tamaño de ala aún mayor. Los machos pesaban más de mil libras, las hembras sólo ligeramente menos. Sus picos eran lo suficientemente poderosos como para partir el fémur de un alce sin esfuerzo; sus garras podían destrozar la cota de placas como papel mojado. Aunque los Guardas Grises tendían a seleccionar sus miembros más pequeños y ligeros como jinetes de grifos, permitiendo que las bestias sirvieran como corceles más tiempo y bajo condiciones más durar, un grifo sano era completamente capaz de luchar con dos hombres con armadura completa a su espalda. Eran depredadores feroces, sin miedo, llenos de una belleza salvaje y una ira caprichosa.

Isseya los amaba. Amaba su poder y su gracia y su olor leonino almizclado. Amaba la forma en que sus brillantes ojos dorados se cerraban a medias cuando estaban complacidos con su cepillado, y el retumbar que hacía temblar el suelo que pasaba por sus ronroneos. Y amaba la pura libertad sin restricciones que tenían en el aire, y el extraordinario don del vuelo que podían compartir con sus jinetes cuando lo escogían.

Porque un grifo siempre *escogía*. Uno no podía incitar a que las grandes bestias llevaran jinetes que no querían llevar. Un grifo antes se lanzaría contra una ladera que aceptar la servidumbre ante un amo que no le gustaba. No eran nunca sirvientes, nunca esclavos. Un grifo era un compañero y un igual, o si no era un enemigo.

Eso era por lo que entrenar un nuevo jinete de grifos llevaba tanto tiempo, y por qué Isseya no culpaba a los Antivanos por estar alerta ante sus enormes invitados emplumados. Un grifo no era como un perro o un caballo, o incluso uno de los gatos de caza moteados que se decía que algunos nobles Orlesianos mantenían con correas enjoyadas. Eran orgullosos y celosos y salvajes, y un hombre sabio nunca olvidaba eso.

Los Guardas ciertamente no lo habían hecho. Ayudaron a los sirvientes a preparar las bañeras de agua para los grifos, encargaron a uno de los Guardas sénior que vigilara a las bestias, y enfilaron hacia el castillo. Los grifos se alimentarían más tarde, por separado. Ofrecerles carne mientras estaban concentrados probablemente iba a iniciar peleas.

Isseya esperaba que ningún sirviente bienintencionado los tentara, pero no era su deber vigilar a los grifos esta noche. Siguió a los otros hacia la sombra del palacio, caminando junto a su hermano.

Garahel se sacudió el polvo de su pelo dorado mientras caminaba. Ya se había lavado la cara, probablemente robando un par de puñados del agua de beber de los grifos para hacerlo. Isseya ocultó una sonrisa. Su hermano podía ser indeciblemente vanidoso… pero, tenía que admitirlo, no sin motivo. Los elfos eran ampliamente conocidos por ser más hermosos que los humanos, pero incluso con esa medida, Garahel era excepcional. Altos pómulos, unos ojos verdes brillantes y una sonrisa que hacía que a las damas —y a no pocos hombres— se les debilitaran las rodillas. Era de lejos mucho más atractivo que ella, y francamente Isseya se alegraba. La belleza era una bendición envenenada para una mujer elfa en Thedas.

Su hermano no estaba sonriendo hoy, aún así. Nadie lo estaba haciendo. Si el humor en la Ciudad de Antiva había sido sombrío, el humor en el Palacio Real era con seguridad sepulcral.

Huble les llevó a través de los muros defensivos exteriores y los ornamentales interiores. Los sirvientes se empujaban contra las paredes mientras los Guardas Grises pasaban, observándoles ir con una esperanza fugaz, temerosa, en sus ojos. Los guardias de palacio, todos vestidos con cota de malla ceremonial con el draco dorado de Antiva orgulloso en sus capas interiores, les daban saludos bruscos y se hacían a un lado respetuosamente en cada puerta.

Aunque Huble puso un paso ligero, pareció llevar una eternidad alcanzar su audiencia. Isseya siempre había pensado que la Fortaleza de Weisshaupt debía ser el edificio más grande del mundo, pero el Palacio Real de Antiva se acercaba mucho.

Finalmente, tras cruzar un jardín interior lleno de rosas trepadoras en una docena de tonos perfumados de rojo y amarillo, llegaron a la pequeña sala donde el rey y la reina esperaban. El Guarda-Comandante Turab, el enano corpulento de barba pelirroja que había servido como líder de los Guardas Grises en Antiva, estaba con ellos, como lo estaban veinte Guardas Antivanos y un pequeño grupo de hombres y mujeres ricamente vestidos quienes Isseya supuso que eran nobles de alta cuna.

—Huble, —dijo el Guarda-Comandante, inclinando su cabeza en un áspero saludo—. ¿No hubo problemas al llegar aquí, espero?

—No muchos, —dijo Huble. Se inclinó formalmente ante el rey y la reina. La realeza Antivana respondía con asentimientos comedidos. El Rey Elaudio estaba en sus cuarenta y algo, suponía Isseya. Era un hombre de aspecto amable pero tímido que vacilaba visiblemente ante cada movimiento. Su reina, Giuvana, parecía ligeramente mayor. Amplias mechas de gris recorriendo el rico castaño de su pelo, y las arrugas de expresión suavizaban los rasgos duros de su cara.

El suyo se decía que era el raro matrimonio real que se fundaba en el amor, recordó Isseya. La reina había nacido de una casa de mercaderes rica y honorable, pero su sangre era escandalosamente pobre para los estándares de la corte de Antiva. Sin embargo, el Rey Elaudio la había escogido como su esposa, y durante las décadas, su unión se había ganado la aprobación de su gente. Ayudaba, sin duda, que la Reina Giuvana fuera una devota patrona de las artes, y hubiera invertido gran parte de su considerable fortuna al embellecimiento de la capital. Su influencia había convertido a Antiva en un centro para el arte y la cultura en Thedas, rivalizando con las mayores ciudades de Orlais y el menguante Imperio de Tevinter.

—¿Han venido a ayudarnos a defender nuestra ciudad? —preguntó la Reina Giuvana. No hablaba fuerte, que tan silenciosa estaba la sala que sus palabras reverberaron a través de la audiencia—. ¿Para salvar a Antiva en su hora de necesidad?

Era difícil aplacar tal súplica silenciosa, dignificada. Pero claramente, los Guardas Grises tenían que hacer justo eso. Huble y Turab intercambiaron miradas, y luego el Guarda humano sacudió la cabeza.

—No, Su Alteza.

Un fruncir ensombreció el ceño de la reina.

—¿No? Se perderá tanto si la ciudad cae. Escultura, música, arte. Nuestras bibliotecas. Nuestros mosaicos. No sólo los propios trabajos, sino el conocimiento que los creó. No puede pretender que abandonemos los legados de tantas vidas.

—La Ciudad de Antiva no puede ser defendida, —dijo planamente Huble, dividiendo su atención entre los dos regios—. No durante ningún tiempo real. Un par de días, un par de semanas, si tenemos suerte. Nada más. No tuvieron suficiente advertencia como para prepararse. Los engendros tenebrosos perforaron a través de Antiva demasiado rápido. La ciudad no tiene suficiente comida almacenada, suficientes soldados entrenados, o suficientes armas y armadura como para equiparlos. El mar ayudará, algo, pero los engendros tenebrosos vendrán por sobre los muros mucho antes de que traten de hacernos morir de hambre.

—Nuestros muros son muy fuertes, —ofreció tentativamente el Rey Elaudio.

—Sí, Su Alteza, —estuvo de acuerdo Turab, con tanta gentileza como podía lograr el borde enano. Isseya podía ver que se había encariñado con esa gente, y no disfrutaba destruyendo sus esperanzas—. Eso es lo que nos puede dar esas semanas.

—¿Entonces no hay *nada* que puedan hacer? —preguntó la reina. La incredulidad reptó hacia su voz melodiosa, haciéndola fina y quebradiza—. ¿Cómo pueden los Guardas Grises aceptar la derrota tan como si nada? Las canciones les convierten en tales

leyendas, ¿pero quieren que rindamos toda nuestra ciudad, todo nuestro *país*, antes de que se dé el primer golpe?

—Una ciudad anclada contra el mar con sus tierras interiores ocupadas por engendros tenebrosos, —dijo Huble. La impaciencia y la rabia habían reptado hasta su voz, aunque su cara permanecía congelada en una máscara respetuosa—. ¿Ha *visto* la Ciudad de Antiva en un mapa? No conseguirá refuerzos ni suministros. El resto del país ya estará superado para cuando la horda llegue a sus muros. Los engendros tenebrosos no tienen máquinas de asedio, es cierto, pero no las *necesitan*. Los ogros lanzarán genlocks sobre sus muros para aplastar a su gente. Si los genlocks sobreviven a su impacto difícilmente importa. Una vez que hayan caído los suficientes, extenderán la enfermedad de la Ruina, y ese será el fin de la Ciudad de Antiva. Y eso suponiendo que no venga el Archidemonio. Si lo hace, no tendrán ni siquiera días.

Los reyes se habían vuelto pálidos. Isseya lanzó una mirada al grueso de los nobles de Antiva. Ellos, también, parecían mortalmente asustados. Ella misma sintió más que un poco de ese miedo. Habían pasado doscientos años desde que la última Ruina había tocado Thedas, tiempo más que suficiente como para que los relatos de Toth y Hunter Fell se desvanecieran en historias de niños.

Ahora los monstruos habían salido de debajo de sus camas, y sus garras eran ciertamente afiladas.

—Pedí a Huble que trajera una fuerza de Guardas para que tuviéramos una oportunidad de evacuar la ciudad, —dijo Turab con la misma paciencia esquiva—. Aún tienen suficientes naves como para llevar a su gente a la Bahía de Rialto. Pueden encontrar refugio en algunas de las islas más grandes. Los engendros tenebrosos no pueden nadar y no tienen barcos, así que usted y su gente estarán a salvo allí.

El Rey Elaudio cerró los ojos durante un minuto mientras trataba de recorrer los números.

—Tendremos suerte de salvar a un tercio de ellos.

—No salvarán a *ninguno* si se plantan y pelean, —dijo Turab—. Su Alteza, esos Guardas vinieron aquí dispuestos a entregar sus vidas para salvar a su gente. Pero necesitan que usted se los lleve a salvo.

—Pensaré en ello, —dijo el rey en silencio. Alzó sus manos y puso las palmas juntas en una palmada insonora, significando que la audiencia había acabado.

El Guarda-Comandante Turab y Huble se inclinaron ante los reyes. Junto con el resto de los Guardas, Isseya imitó el gesto, luego siguió a sus líderes fuera de la sala.

—¿De verdad querían que defendiéramos su ciudad? —Le murmuró Garahel mientras pasaban a través del jardín de rosas de nuevo— ¿Por unas pinturas y fuentes?

La dulzura de las flores se le perdió a Isseya, y el sol sobre su piel la dejaba fría. No podía dejar de pensar en toda esa gente refugiada fuera de las puertas de la ciudad, esperando desesperadamente una salvación que les sería cerrada, y la gente dentro de las puertas, igualmente desesperada, que podría perder las suyas si el rey y la reina se aferraban demasiado a sus esperanzas imposibles de contener un asedio.

—Por supuesto que lo querían, —le susurró en respuesta a su hermano—. Son gente. Quieren esperanza.

—Les dimos esperanza. —Respondió Garahel—. Les dimos toda la esperanza que el mundo puede permitir. ¿Y no la toman porque quieren *más*?

Isseya sacudió la cabeza infeliz, incapaz de articular su pena. Mientras se marchaban del jardín y pasaban de nuevo al relativo frío de los pasillos interiores del palacio, ella se estremeció. El sol no la había calentado en lo más mínimo, pero las sombras parecían insoportables.

Turab los llevó hasta una de las barracas de los guardias. Había sido despejada para la llegada de los Guardas. Incluso con la Ruina en las puertas de la ciudad, los sirvientes del palacio se habían tomado su tiempo en pone sábanas limpias en las camas y en colgar manojos de lavanda seca en las paredes.

La fragancia dulce-pimentada de aquellas diminutas flores moradas era dolorosa para Isseya. Los engendros tenebrosos no tenían ningún concepto de belleza, ninguna utilidad para los pequeños gestos, civilizados que convertían el mundo en un lugar más placentero. Ellos sólo… mataban y destruían y envenenaban, y por donde pasaban, ninguna lavanda volvería a crecer nunca.

Ella se sentó con pesadez al lado de un lecho, toqueteando la sábana de lana natural que algún sirviente había lavado y plegado para ella. Probablemente habían escogido sus mejores sábanas, en gratitud por los Guardas que venían a rescatar a Antiva.

—Tenemos que salvarlos, —murmuró ella.

Pero lo dijo muy silenciosamente, y a nadie en particular, y si alguien la había oído, no respondió.

3
5:12 EXALTADA

A la mañana siguiente el Guarda-Comandante Turab los separó por parejas y mandó a los Guardas a cubrir el aire para explorar en busca de posibles rutas de escape por tierra, puntos en los que la Ciudad de Antiva concebiblemente podría ser defendida, o información acerca de la horda de engendros tenebrosos. Los Antivanos ya les habían proporcionado los mejores mapas que tenían, junto con los mejores cabreros y cazadores que conocían los caminos ocultos por la ciudad, pero Turab quería ojos en el aire para comprobar su información con las noticias actuales sobre los movimientos de los engendros tenebrosos.

Era, entendió Isseya, estrictamente un último recurso. Habrían tenido suerte de tener a cien Antivanos en los caminos de cabras, y eso sólo si toda la horda de engendros tenebrosos podía ser distraída lo suficiente como para que escaparan bien. Pero si el rey y la reina no actuaban ágilmente, podría ser todo lo que tenían.

Ese pensamiento se alzaba grande en su mente mientras aferraba sus manos alrededor de la cintura de Huble y se preparaba para la sacudida del grifo bajo ellos. El suelo se alzó como un mar violento mientras Blacktalon movía sus músculos y saltaba, sus alas golpeando una tormenta de polvo a su alrededor. Isseya contuvo el aliento, parcialmente para evitar ahogarse con el polvo y parcialmente por reflejo instintivo. Era imposible, completamente *imposible*, no ser impresionado por la magia del vuelo de un grifo.

Y entonces estaban en el aire, yendo en espiral más y más alto sobre el Palacio Real, hasta que los jardines interiores se extendían como diminutos mosaicos de verde moteado de dorado abajo y los guardias en los muros parecían como hormigas de bronce reptando. Las tiendas de refugiados eran un borrón de pardo y gris fuera de los muros de la ciudad, los muelles una franja puntiaguda blanca sobre el frío mar verde.

Parecía haber incluso menos barcos de los que había habido el día antes.

—¿Están evacuando? —preguntó Isseya.

Huble sacudió la cabeza, esperando para responder hasta que Blacktalon girara para evitar una corriente de aire.

—El rey no ha dicho nada. Pero muchos de los capitanes no están esperando. Sus barcos de guerra empezaron a salir tan pronto terminó la audiencia y escucharon que los Guardas no íbamos a salvar su ciudad. Casi una docena de ellos escapó bajo la cobertura de la noche. La guardia real atrapó a uno de los capitanes y lo colgó esta mañana, pero dudo que eso cambie las tornas. Ser colgado es aún mejor que morir ante los engendros tenebrosos.

—¿Hay algo que podamos hacer?

—Probablemente no, —respondió Huble—, pero lo intentaremos. —Él tiró de las riendas contra el costado derecho del cuello de Blacktalon, señalando al grifo que se hundiera hacia la derecha y bajara—. Miremos de cerca esos engendros tenebrosos. Quizás veamos algo que pueda asustar y dar sensatez a los reyes.

El grifo permaneció sobre las nubes, usando el cielo gris como cobertura, mientras cruzaban sobre el anillo de tierra verde alrededor de la Ciudad de Antiva y se acercaban al ejército de engendros tenebrosos. Entonces, cautelosamente, Blacktalon rompió a través de las nubes agrupadas y empezó un descenso controlado.

La horda de engendros tenebrosos se extendía bajo ellos, una alfombra anudada de carne corrupta reunida bajo los estandartes ajados. Llevaban armaduras a parches y llevaban armas irregulares de una fabricación imposiblemente cruda.

Desde esta altura, Isseya no podía empezar a atisbar las caras de los engendros tenebrosos individuales, pero podía identificar las distintas estirpes por sus constituciones y la forma en que se movían. Los genlocks eran bajos e iban acuclillados, escabulléndose por lo bajo junto al suelo como arañas a cuatro patas. Los hurlocks eran más altos y, aunque fuertemente musculosos, parecían casi escuálidos al lado de los genlocks. Caminaban más erguidos, más cerca de la postura de los hombres, pero ninguno habría confundido nunca la cara blanca desnarigada de un hurlock por la de un humano real. Sus ojos muertos, su piel manchada por la corrupción, y las costras rojas ennegrecidas que caían por sus mejillas paliduchas se aseguraban de ello.

Sobre todos los otros se alzaban los ogros: brutos con cuernos con una piel coriácea del color de viejas magulladuras. Sus garras negras eran del tamaño de hojas de hacha, e igual de mortíferas. De acuerdo a las lecciones de Isseya en Weisshaupt, los ogros eran unos de los pocos engendros tenebrosos que podían amenazar a un grifo en vuelo. Su habilidad para lanzar peñascos a grandes distancias con una formidable precisión y una fuerza rompedora de huesos, les permitía golpear a los grifos y a los jinetes del cielo.

Afortunadamente, no parecía como que hubiera muchos de ellos acampados fuera de la Ciudad de Antiva. Entonces Isseya miró de nuevo, más cuidadosamente, y se dio cuenta con un escalofrío de que los ogros sólo parecían pocos en comparación a los números de los otros engendros de la horda. Contó al menos cincuenta ogros en medio de innumerables miles de engendros tenebrosos… lo cual significaba que, si se llegaba a una batalla abierta, habría el doble de ogros que de grifos en el campo. Incluso dejando de lado a los hurlocks y los genlocks, era un número imposible.

Y no se podía dejar de lado a los hurlocks y a los genlocks. No podía empezar a imaginar cuántos engendros tenebrosos inferiores había. La Ruina no presentaba ninguna de las pistas que podría haber utilizado para adivinar el tamaño de un ejército ordinario. No había herreros ni sirvientes ni seguidores del campamento entre los engendros tenebrosos. Ninguna carreta de suministros, ninguna hoguera, ni siquiera letrinas. Sólo la horda enjambrada, inhumana, que no necesitaba ninguna de aquellas cosas.

Estremeciéndose, la joven elfa apartó la mirada.

—No podemos luchar contra eso.

—No. —Huble sacudió las riendas de Blacktalon. Se inclinó para completar una orden al grifo, y se alzaron hacia las nubes de tormenta de nuevo—. Ni tampoco los Antivanos. Espero que hayamos visto suficiente como para convencer a los reyes de eso.

Mientras el grifo comenzaba a trepar a través de las nubes que seguían a la Ruina, Isseya escuchó una extraña melodía leve supurar en su mente. No tenía la sensación de que fuera un sonido real; en su lugar, parecía venir de dentro, casi como si estuviera murmurando la melodía para sí misma.

Nunca habría imaginado tal canción, aún así. Era la cosa más hermosa que había oído nunca. Dolorosa y etérea, parecía tirar de ella hacia un recuerdo de felicidad nostálgica que había perdido de algún modo… pero que haría cualquier cosa por recuperar. Cualquier cosa en absoluto.

El graznido de Blacktalon sacó a Isseya de su trance. El grifo inclinó su cabeza violentamente contra las riendas, casi arrancándoselas del agarre en trance de Huble. El Guarda sénior había tirado de ellas con fuerza, evidentemente sin darse cuenta de lo que estaba haciendo. Su postura se quedó congelada tensamente en la silla de montar, y aunque Isseya no podía ver su cara, suponía que estaba siendo cautivado por la misma música que la había atrapado a ella.

Aferrándose a su propia temeridad, le abofeteó en la nuca.

Guble se sobresaltó en su silla de montar, maldiciendo. Soltó las riendas inmediatamente, dejando que Blacktalon se soltara, y medio se volvió en disculpa a Isseya mientras se hundían hacia arriba a través de las nubes de tormenta.

—Gracias.

—¿Qué fue eso? —preguntó la elfa, agitada.

Huble no respondió hasta que el muro de nubes los separó de la horda de engendros tenebrosos. Cuando lo hizo, su voz era tensa y forzada.

—El Archidemonio.

Isseya volvió a sentarse en su silla de montar, contenta de que las ataduras la mantuvieran atada firmemente en su asiento. Un pequeño ruido, algo como un gemido, se escapó de sus labios y fue barrido por el viento. Sus piernas y su espalda parecían haberse convertido en gelatina.

Por supuesto que el Archidemonio estaba con la Ruina. El Archidemonio era lo que *provocaba* la Ruina. Pero aún así la enervaba pensar en que uno de los Antiguos Dioses corrompidos estaba posado en alguna parte en esa masa de engendros tenebrosos, separado de ellos sólo por el aire y las alas de Blacktalon.

Y lo que más le asustaba, incluso más que la inevitable destrucción que el Archidemonio desataría pronto sobre esa ciudad encantadora, indefensa junto al mar, era lo hermosa que había sido la melodía en su mente.

Durante el resto de su viaje de vuelta a la Ciudad de Antiva, Isseya se sentó empequeñecida y en silencio en la espalda de Blacktalon, incapaz de reconciliar los horrores de los engendros tenebrosos con la dulzura de su canción.

—Es la corrupción, —le dijo más tarde el Guarda-Comandante Turab, cuando estaban sentados en las barracas esperando a que los sirvientes reales les trajeran la cena. Isseya finalmente había logrado el coraje como para aproximarse al enano de aspecto formidable, y lo había encontrado inesperadamente de fácil conversación. Bajo su hirsuto

mostacho rojo y su marcada cota de malla de placas gris, el Guarda-Comandante se preocupaba mucho de sus obligaciones.

Entonó su voz lo suficientemente fuerte como para que todos ellos la oyeran, manos viejas y reclutas de caras frescas por igual, aunque estaba claro que sus palabras iban dirigidas principalmente para estos últimos.

—La corrupción que nos permite detectar a los engendros tenebrosos, y nos protege de su ponzoña, también nos hace experimentar ciertas cosas como ellos lo hacen. La llamada del Archidemonio está entre ellas. Es la misma canción que escucharéis cuando la Llamada os llegue, y se volverá más fuerte mientras la corrupción se hunde más profundamente en vuestros huesos. Algún día, si esperáis demasiado tiempo, no seréis capaces de resistir. Vuestro deber es responder a la Llamada mientras aún tenéis elección.

—¿Ocurre eso más rápido debido a que escuchemos la canción del Archidemonio? —preguntó Isseya.

Turab se encogió de hombros en un claqueteo de acero y platerita.

—Podría ser. Llega de una forma un poco diferente a cada uno de nosotros.

—Bueno, eso es algo a lo que aferrarse, —dijo Garahel, golpeando sus palmas en sus muslos en un ánimo burlón—. Y, oh, mirad, aquí llega la cena. *Yo sé* que he abierto el apetito, escuchando esa historia.

Isseya ni siquiera trató de sonreír ante la broma de su hermano. Cogió un bol de madera de un carro que un sirviente había llevado, y lo llenó de pan y estofado de otro. Nada de la comida tenía ningún sabor. Podría haber sido el más dulce pastel de miel o mierda de cerdo fermentada, le habría sabido exactamente igual.

Había estado tan orgullosa cuando había sido escogida para ser una Guarda Gris. Todo el mundo sabía que los Guardas sólo aceptaban a los mejores: los más astutos arqueros, los magos más habilidosos, las mentes tácticas más inteligentes. Había sido su oportunidad de saltar fuera de la semiesclavitud que era una muchedumbre de elfos en una ciudad humana y, junto con su hermano, demostrar su temple en un campo más igual.

Por supuesto había sabido acerca de la Llamada. Todo el mundo que había oído hablar alguna vez de los Guardas Grises sabía que algún día la ponzoña de los engendros tenebrosos que los Guardas absorbían durante la Unión les abrumaría, llevándoles a la locura y a la muerte. Podría llevar treinta años o más, pero finalmente, si vivían lo suficiente, todos ellos sucumbían. Su única opción entonces era lanzarse a los Caminos de las Profundidades en una misión suicida para matar a tantos engendros tenebrosos como pudieran antes de morir. Esa era la Llamada —el destino que les esperaba a todos ellos, si nada más los mataba antes— y el saber de la condena que se aferra a los Guardas como una sombra.

Pero siempre había parecido tan lejano. Romántico, trágico, un final de libro que le sucede a héroes de libro. No algo que Isseya hubiera sido capaz de imaginar soplar en la llama de su propia vida.

La visión de la horda y el eco de la canción del Archidemonio habían sacudido esa complacencia de ella.

Comía sin saborear, y bebía sin pensar, y puso su bol vacío de vuelta en el carro de los sirvientes sin ningún recuerdo de que abandonara sus manos.

Después de comer, el Guarda-Comandante Turab y un puñado de sus Guardas más sénior, incluyendo a Huble, se fueron para una segunda audiencia con el rey y la reina. Los otros jugaron a juegos de cartas o dados para pasar el rato, intercambiando procaces y frecuentemente inverosímiles relatos de sus hazañas antes de la Ciudad de Antiva.

Isseya no se unió a ellos, y apenas escuchaba, aunque escuchó a Garahel escandalosamente volviendo a contar una mentira u otra, ganándose las risas estridentes de su audiencia. Su hermano tenía un don para apartar las mentes de sus compañeros de los asuntos incómodos mientras se divertía en el proceso. Era una fuerza que ella no compartía. Ella simplemente se sentó, esperando, hasta que el Guarda-Comandante y su delegación volvieron.

Su fracaso estaba escrito en la seriedad de sus caras.

—La reina aún quiere luchar, —les informó Turab en su ronco barítono—, y debido a que ha dejado bien claros sus sentimientos, la Ciudad de Antiva ya no tiene elección. Virtualmente cada capitán capaz ha navegado hacia costas más seguras, y cada tullido ha sido abandonado por su tripulación. Si hubieran actuado ayer, el rey y la reina podrían haber sido capaces de efectuar una evacuación ordenada… pero tal y como están las cosas ahora, no hay suficientes naves para salvar ni siquiera la fortaleza del palacio.

Los Guardas absorbieron estas noticias en silencio. Entonces Garahel metió una mano a través de sus rizos dorados e hizo la pregunta obvia:

—¿Qué hacemos?

Turab sacudió la cabeza infeliz. Los pequeños anillos trenzados en su barba roja tintinearon el uno contra el otro.

—Nos quedan tres barcos con capitanes leales. Los usaremos para evacuar tantos efectivos de guerra como podamos. Magos, arqueros, templarios… cualquiera con la fuerza y la habilidad de ayudarnos significativamente contra la Ruina.

—Y los políticamente conectados, —dijo una Guarda marcada con desdén. El bastón negro largo colgado sobre su espalda la marcaba como a una maga, pero Isseya no la conocía.

—Sí, —concedió Turab. Él alzó una mano en cota de malla para acallar algunos de los murmullos descontentos de los Guardas—. Son efectivos de guerra también. Algunos de ellos tienen ejércitos que podemos llamar. Algunos tienen territorios que nos pueden proveer de apoyo. Necesitaremos comida, caballos, armas, suministros. Dinero. Los mercaderes y los nobles pueden darnos esas cosas. Lo que les hace valiosos.

—Mientras tanto los pobres, los que no pueden darnos nada, se quedarán atrás para los engendros tenebrosos. —La Guarda resopló—. ¿Cómo nos hace ver eso?

Turab giró sus hombros encogiéndose de hombros y caminó por la habitación para coger una jarra de cerveza sentada en medio de un juego de cartas sin terminar.

—Aún nos hará ver mejor que los engendros tenebrosos. Por la misericordia del Hacedor, Dendi, es una *Ruina*. ¿Crees que me gusta esto? Los idiotas de los reyes se

entretuvieron un día de más, y ahora cientos de personas que podríamos haber salvado van a morir. Eso no es ni siquiera lo peor. Vamos a llevarnos a los propios reyes. El resto de los evacuados van a ir en barco, pero el Rey Elaudio y su reina se marcharán de la Ciudad de Antiva en grifo, así como un puñado selecto de sus consejeros.

La maga marcada, Dendi, retrocedió tanto que su bastón claqueteó contra la pared tras ella.

—¿Quién se los va a llevar?

—Tú y Huble, en realidad. Blacktalon y Skriax son nuestros grifos más fuertes y rápidos; tienen la mejor probabilidad de huir de cualquier peligro que pueda perseguirles por aire. Ostiver, Fenadahl y los otros magos irán con los barcos. Sus talentos serán enormemente útiles si se llega a una pelea en el agua. Yo iré con ellos para asegurar a los capitanes y sus invitados de honor los tratos que han aceptado. El resto de vosotros cogerá los grifos restantes. Todo el mundo lleva a un pasajero… pero sólo uno.

Turab miró a cada uno de ellos por turnos, su mirada prohibitiva bajo sus pobladas cejas rojas.

—No haré que comprometáis la maniobrabilidad o resistencia de los grifos al llevar a más gente. Vuestra primera tarea es aseguraros de que los reyes salgan con vida. ¿Lo entendéis?

Isseya asintió con los otros. No estaba segura de haberlo entendido, en realidad, pero parecía imprudente decirlo.

—Bien. —Turab vació su cerveza—. Os llevaré con los grifos ahora. Intentad encontrar vuestra pareja rápidamente. No tenemos tiempo de esperar hasta mañana. Quiero a todo el mundo fuera del palacio en las próximas dos horas.

4
5:12 EXALTADA

—Escoged vuestros grifos con cuidado, —advirtió Turab a los Guardas jóvenes mientras los llevaba por las escaleras tostadas por el sol hasta los altos muros donde las bestias aladas habían escogido posarse. Había cinco: Garahel, Isseya, un par de hermanas gemelas calvas llamadas Kaiya y Taiya, y un hombre taciturno de una tribu, fuertemente tatuado de los Anderfels cuyo nombre Isseya no conocía. Todos llevaban sus alforjas; no pasarían otra noche en palacio—. Vais a tomar a un compañero que compartirá vuestra vida durante muchos años. Comeréis juntos, lucharéis juntos, trasnocharéis y haréis guardia juntos. Vuestras vidas, y las vidas de vuestros compañeros, dependerán de la confianza que compartáis con vuestro grifo. Abusad de ella, y tendréis al peor enemigo que podáis conocer nunca.

—Suena como a una esposa, —dijo Garahel secamente, subiendo tras el enano.

Turab asintió sabiamente.

—Es una buena forma de plantearlo. Si tu esposa pesara seis veces más que tú, se comiera un cordero vivo en cada comida, y pudiera partir cada hueso de tu cuerpo con un pie.

—Una vez seduje a una Qunari, —murmuró el elfo.

Eso se ganó un resoplido de entretenimiento del Guarda-Comandante. Al alcanzar la cima del muro, el enano de barba roja se hizo a un lado para dejar que los otros le pasaran hasta llegar al muro. Isseya estaba sonrojada y sudorosa, y ambas hermanas estaban empapadas de transpiración de sus cabezas brillantes tras esa larga subida calurosa, pero Turab no estaba ni siquiera respirando forzadamente.

—Algunos de esos grifos acaban de terminar su entrenamiento; otros perdieron a sus jinetes originales en la Ruina y necesitan unos nuevos, —dijo el enano mientras los jóvenes Guardas emergían en el muro—. Fenadahl y los otros los montaron ahí fuera como último paso de la evaluación. Creemos que harán buena pareja con vosotros. Pese a que tenemos recomendaciones para parejas específicas, al final la elección definitiva es entre vosotros y vuestro grifo. Así que vamos, conoceros los unos a los otros.

Isseya se cubrió los ojos contra el sol y miró hacia los grifos acicalándose las plumas. Ella se abrió paso a través del muro para aproximarse a ellos, sintiéndose extrañamente tímida. De cerca, las bestias siempre eran más grandes de lo que había pensado, y más hermosas.

Uno de ellos, una hembra negra musculada, alzó la cabeza mientras la elfa se aproximaba. Los ojos del grifo eran de un tono ámbar más claro que la mayoría; contra la rica oscuridad de sus plumas, brillaban como diamantes amarillos. Su pico tenía un patrón leve como de caparazón de tortuga, burdo e irregular en sus bordes. Era la cosa más arrebatadora que Isseya hubiera visto nunca.

Estaba marcada, también. Una tira larga, ondulada, de piel gris sin plumas recorría el lateral del cuello del grifo donde algo le había desgarrado la carne y las plumas. La herida

estaba completamente sanada, pero Isseya podía decir que era reciente y había sido sanada por magia, porque las plumas cercanas aún estaban cortadas. Si la herida hubiera sanado a su propio ritmo, aquellas plumas habrían vuelto a crecer por completo.

—¿Cómo te llamas? —murmuró la elfa, bajando la mirada al frente del arnés del grifo. Las grandes bestias no llevaban collares, pero sus nombres estaban inscritos en las placas pectorales de sus arneses de combate. Esta decía…

—Revas, —leyó ella en voz alta. Era una palabra Elvish: "libertad."

Los oídos peludos del grifo se alzaron en reconocimiento del sonido de su nombre. Ella abrió el pico y dejó salir un siseo, luego abruptamente descansó su enorme cabeza sobre el hombro de Isseya. Un aroma leonino llenó las fosas nasales de la elfa, junto con una corriente inferior de sangre y médula ósea que permanecía alrededor del mentón del grifo.

El peso hizo caer a Isseya de rodillas, pero no le importó ni un poco.

—Supongo que me han reclamado, —dijo al Guarda-Comandante Turab mientras pasaba por ahí.

El enano se detuvo, una mirada pensativa moviéndose por su cara barbada.

—Supongo que sí, —estuvo de acuerdo él—. Revas perdió a su jinete justo hace un par de semanas. Su nombre era Dalsiral. Era un elfo Dalishano. ¿Lo conocías?

Isseya sacudió la cabeza. Sintió un cosquilleo de irritación porque Turab siquiera preguntara —¿se suponía que *todos* los elfos se conocían entre sí, sólo porque eran elfos?— pero no duró. La intención de su pregunta era honesta, y de todos modos, era imposible aferrarse a la rabia ante el rostro de la impresión y felicidad que la inundaban al tener a su propio grifo.

—Era un buen Guarda, —dijo Turab. Se quedó en silencio durante un momento, luego pareció sacudirse cualquier recuerdo que le estuviera reteniendo—. Revas recibió esa herida de un ogro. La agarró tras una bajada, tiró de ella hacia abajo. Casi la mata. Dalsiral dio su vida para salvar a su montura. Ha sido difícil desde entonces. De luto, dice el maestro de corral. Y enfadada, también. Si puedes traerla de vuelta, sería un gran servicio a la orden. Revas es una de nuestras mejores.

Él continuó su marcha por el muro, su malla de places brillante a la luz del sol. Isseya se volvió hacia el grifo, que había alzado la cabeza para observar a Turab mientras hablaba.

—¿Es eso cierto? —murmuró ella—. ¿Estás de duelo?

Revas resopló de nuevo y volvió su cabeza para observar a los otros. Pero dio un paso más cerca mientras lo hacía, envolviendo a Isseya en el olor cálido animal de sus plumas.

Garahel estaba rascando el cuello de un grifo macho de aspecto extraño a unos cuarenta metros de distancia. El animal tenía el aspecto delgaducho de un juvenil que no había crecido del todo en su forma adulta, y su color era muy inusual. Grandes parches de blanco manchaban el plumaje de su tripa y cuartos delanteros, mientras que el resto estaba manchado de un marrón grisáceo.

La mayoría de los grifos eran de variaciones de gris. Existían completamente blancos y negros pero eran poco comunes, y los que tenían colores partidos eran aún más raros. Mientras que los grifos de combate eran criados por su velocidad, inteligencia y atletismo, más que por su color, el gris era el tipo dominante. Los otros eran recesivos, y rara vez se mostraba entre las filas de los Guardas.

No es que el color fuera la única rareza del nuevo amigo de Garahel. Una de las orejas del grifo estaba inclinada hacia delante en lugar de alzarse en una punta hacia atrás como debería haberlo hecho. Había un giro abrupto en su cola, la cual sobresalía en una enorme bola de pelo más similar a la cola de un zorro que a la larga y delgada cola de león que tenían la mayoría de los grifos.

En resumen, el joven era un grifo de aspecto peculiar. Y estaba realmente *ronroneando* mientras Garahel le rascaba el cuello. El grifo restregó la parte superior de su cabeza contra el pecho del elfo, casi tirando a su hermano.

—Ese es un pájaro raro, —gritó Isseya.

—Por supuesto que lo es, —respondió Garahel, jadeando por coger aliento. Parecía encantado por haber sido tirado de espaldas, aún así, e inmediatamente volvió a rascarle el cuello al grifo incluso más vigorosamente—. Es *mío*. Los más improbables héroes, esos somos.

—¿Tiene nombre?

—Thunder, de acuerdo a la placa del pecho. Pero no creo que eso te pegue, ¿no es así? —preguntó Garahel al grifo.

El gran animal bajó las orejas y siseó, sacando su lengua. El elfo asintió sabiamente ante su respuesta.

—Eso es lo que pensaba. Así que necesitaremos otra cosa. Oddbird, quizás. ¿Scruffy? No, demasiado predecible. ¿Scragglebeak? Hmm, no, suena a pirata geriátrico que necesita afeitarse. ¡Ah! Ya sé. ¡Crookytail!

—Crookytail, —repitió Isseya—. Quieres llamar a tu grifo de guerra *Crookytail*.

—Le gusta más. ¿Verdad? —Garahel le arrulló, rascándole bajo la barbilla al grifo.

Isseya se mordió la lengua. Había preocupaciones mayores en el mundo que el que su hermano le diera un nombre poco digno a su grifo. Y en realidad, si había un solo grifo en Thedas que *fuera* a tener un nombre ridículo, bien podría ser ese. No era posible que nadie pudiera tomarse a la pobre bestia en serio de todos modos.

En un par de minutos, el resto de los Guardas habían escogido, o habían sido escogidos por, sus grifos. Cargaron sus bolsas, ensillaron sus nuevas monturas y ajustaron las riendas para que encajaran en su agarre. Para sorpresa de Isseya, no parecía que nadie se fuera a quedar atrás, o que se hubiera quedado con una bestia que encontrara menos que ideal. Garahel había escogido al único raro del lote, y todos los otros parecían tan arrebatados por sus nuevos compañeros como ella lo estaba.

—Bajo circunstancias normales, habríamos hecho que entrenarais juntos, —dijo el Guarda-Comandante Turab cuando todos hubieron sido emparejados—. Vuelos fáciles

alrededor de Weisshaupt, algún vuelto de práctica de objetivos, entrenamientos con caídas y aterrizajes. Un buen entrenamiento gradual. Meses de ello.

—Pero no tenemos meses. Hay una Ruina en marcha, y necesitamos que el palacio sea evacuado antes de que se ponga el sol y los engendros tenebrosos surjan. Habéis tenido cierto entrenamiento, suficiente como para que crea que podéis estar preparados para ir al campo, pero no queremos que luchéis. Vuestra misión es llevar a un pasajero cada uno y huir. ¿Lo entendéis? No os enfrentéis a los engendros tenebrosos, no mantengáis el terreno. Tomáis el aire, *alto*, y lleváis vuestras monturas fuera de la Ciudad de Antiva tan rápido como sea posible. Huble y Dendi estarán con vosotros, y quiero que sigáis su paso… pero si os separáis, o si caen, dirigíos hacia Wycome. ¿Alguna pregunta?

Isseya sacudió la cabeza con los otros. Podría haber tenido preguntas si hubiera sabido por dónde empezar a preguntarlas, pero era todo demasiado, demasiado rápido. Ninguno de los otros parecía ansioso por hablar tampoco.

Turab los miró deliberadamente, luego sacudió la cabeza asintiendo.

—Bien. Volvamos a la cámara de audiencias. Los Guardas sénior se reunirán con vosotros allí.

Fue difícil, bajarse de la silla de montar de Revas. Isseya acababa de conocer a su nuevo grifo, y no quería marcharse mientras estaban empezando a formar su primer vínculo frágil. El miedo que sentía ante la perspectiva de su misión luchaba con la euforia de finalmente convertirse en una auténtica jinete de grifos, y se preguntaba si era eso el por qué el Guarda-Comandante había organizado así las cosas. Ninguna otra cosa los habría distraído tan eficientemente de la probable condena a la que se enfrentaban.

Pero aún tenían que continuar y enfrentar esa condena, así que, reluctantemente, ella bajó de Revas, dio unos golpecitos al cuello marcado del grifo a modo de despedida, y siguió al Guarda-Comandante de vuelta a la fría sombra azul del Palacio Real.

Los pasillos estaban casi desiertos mientras los jóvenes Guardas bajaban. Las rosas trepadoras, languideciendo en el crepúsculo tras un largo día al sol, se mecían ligeramente en las brisas con aroma a sándalo del palacio interior. Junto con el aleteo de los pequeños pájaros de pecho amarillo que corrían entre sus ramas espinosas, aquellas flores mecidas por el viento fueron el único movimiento que vio Isseya. Los guardias y los jardineros por igual parecían haber abandonado el lugar.

—Debe haberse esparcido la palabra, —dijo Garahel. Su sonrisa fácil habitual se había ido, y mantenía sus manos cerca del par de cuchillos de empuñadura negra anclados en su cinturón—. Si han entrado en pánico…

Isseya soltó el bastón de su espalda. La magia zumbó a través del acero con runas talladas. Podía sentir las extrañas reverberaciones del Velo en el metal, tanto reales como irreales. Por su voluntad, esa energía amorfa podía convertirse en fuego, relámpagos, hielo, o pura ruina entrópica mientras saltaba por el canal de su bastón.

Pese a lo reconfortante que fuera la sensación de ese poder, el pensamiento de volverlo contra la gente hacía que se le retorciera el estómago. Isseya aferró el bastón

firmemente mientras caminaba junto a su hermano por los misteriosamente vacíos pasillos.

—¿Crees que habrá pelea?

—Espero que no, —respondió Garahel—, pero si la gente siente que sus gobernantes los han traicionado…

Lo habían hecho, y eso les había llevado a la violencia. Isseya vio a la primera víctima mientras llegaba rodeando una gran estatua de bronce de un draco. Las alas extendidas de la estatua ocultaron a la mujer inicialmente, pero conforme la elfa caminó a su alrededor, pudo ver el cuerpo demasiado bien. Sangre, brillante como los ojos de rubí de la estatua, empapaba el lino blanco como la nieve del vestido de la víctima. El bordado dorado de sus mangas decía que había sido de la nobleza, si no de la realeza; su limpieza prístina, intacta por las heridas defensivas, decía que había sido atacada por sorpresa. Había caído bocabajo. Isseya esperaba que hubiera sido rápido.

—Habrá más, —dijo sombríamente Garahel, caminando junto a la mujer muerta. Un instante más tarde Isseya lo escuchó también: el claqueteo del acero contra el acero, el siseo de la magia siendo arrastrada del Velo y lanzada a la realidad.

Estaba viniendo de la cámara de audiencias. La revelación pareció golpearlos a todos a la vez. Como un grupo, rompieron a correr.

El hombre de Anderfels era más rápido que el resto de ellos; superó a los elfos para abrir las puertas de la cámara de un tirón.

Una batalla ardía en su interior. Huble y Dendi habían volcado una de las mesas laterales y las estaban usando como cobertura. Los cuerpos de media docena de guardias, quemados y congelados por los hechizos de Dendi y cortados en trozos por la espada de Huble, estaban dispersos por el suelo enfrente de ellos. Dos veces ese número quedaban en pie, aún así, y sus furiosas exigencias de sangre hacían eco en las paredes.

El Rey Elaudio yacía entre los muertos. Uno de sus propios guardias le había golpeado: la espada curvada de la Guardia Real Antivana estaba alzada en el pecho del gobernante muerto, su borla dorada empapada de rojo oscuro.

La reina aún estaba viva. Junto con un puñado de otros nobles aterrorizados, ella se cubrió tras el trono. Nadie podía alcanzarlos mientras estuvieran los Guardas Grises, pero incluso a un primer vistazo estaba claro que Huble y Dendi se estaban cansando.

—¡Abandonad cobardes! —Gritó uno de los guardias rebeldes—. ¡Nuestra lucha no es con vosotros! Sólo queremos a los desgraciados que nos traicionaron.

—No podéis tenerlos, —respondió Dendi—. Nuestras órdenes son llevárnoslos. No desobedecemos órdenes. —Un chorro de hielo salió en espray de su bastón, congelando a dos de los hombres en el sitio. Un tercero alzó su brazo para bloquear el frío sobrenatural, soltando un aullido de tono alto mientras la sangre congelada estallaba de sus venas en témpanos carmesí.

Algunos de los hombres se habían dado la vuelta mientras la puerta se abría. Garahel saltó para enfrentarse a ellos. Luchó junto al hombre de Anderfels tatuado como si hubieran estado practicando juntos durante meses. El Anderino le empujó atrás con

enormes barridos de su garrote de guerra afilado, mientras que el elfo corría dentro y fuera, apuñalando cada punto vulnerable que pudiera encontrar en sus enemigos desequilibrados.

Tras ellos, Isseya tiró de la magia del Velo tan rápido como pudo, apenas deteniéndose para dar forma a la energía espiritual antes de lanzarla como rayos de energía violenta chisporroteante a sus enemigos. Sus hechizos lanzados apresuradamente no eran suficientes para matarlos, pero los guardias se tambalearon bajo la barrera, y entonces los otros Guardas acabaron con ellos.

Ella olvidó su miedo, su culpa, su reluctancia a dañar a otra gente. En la inmediación del momento, sólo había un deseo frenético de destruir a todos los que se les oponían.

Y entonces había acabado. Atrapados entre los dos grupos de Guardas Grises, los guardias restantes cayeron pronto. El último par trató de rendirse, pero Dendi los cortó a media súplica con otro barrido de hielo mortal.

El Anderino sangraba profusamente por cortes de aspecto retorcido pero superficiales por su pecho y brazos. Garahel había recibido un ligero arañado por su frente y un golpe fuerte de un lucero del alba que ya estaba empezando a florecer en un moratón en las costillas. Ninguna de sus heridas parecía lo suficientemente seria como para requerir de intervención mágica, y los Guardas estaban prácticamente ilesos.

—Saquémoslos de aquí, —ordenó Dendi, haciendo un gesto al grupo agachado de nobles supervivientes—. Ahora.

—¿Qué hay del rey? —preguntó Kaiya nerviosa. La chica calva parecía casi tan enfermiza como se sentía Isseya, ahora que la urgencia del combate había acabado y tenían una oportunidad de mirar la carnicería que habían creado.

—Los engendros tenebrosos lo mataron, —respondió Dendi brevemente—. No haremos que el mundo sepa que su propia gente se volvió contra él al final, y en cualquier caso es cierto. Si la Ruina no hubiera estado a punto de tragarse la Ciudad de Antiva, nada de esto habría ocurrido. Los engendros tenebrosos son la causa de la muerte del Rey Elaudio, aunque no la más directa.

—Eso no es cierto, aún así, —dijo la reina de repente, levantándose. Un poco de color había vuelto a sus pálidas mejillas—. No es cierto en absoluto.

—Es la verdad que su gente necesita escuchar para mantener la moral. Puede discutir conmigo acerca de ello más tarde, si tenemos la suficiente suerte de tener ese lujo, —dijo Dendi. Ella llevó a los nobles hacia delante bruscamente, entregándolos uno a uno a los jóvenes jinetes de grifos. Huble dio sus nombres mientras cada uno cruzaba la habitación, pero Isseya no podía empezar a mantener el ritmo con el remolino de títulos y nombres de casas sagradas.

Su carga era una mujer compacta, de aspecto atlético de unos treinta años. El pelo negro fino de la mujer había sido cortado de una forma más apta para un soldado plebeyo que para una mujer de alta cuna. Amadis era su nombre; Isseya no captó el de su familia.

Sí que se dio cuenta, sin embargo, de que Amadis se sirvió del armamento de los guardias muertos tan pronto salió de la cobertura. Tras escoger un sable con borlas de oro

y tres dagas curvadas, la mujer humana lanzó las espadas más pequeñas en su cinturón, colocándolas con una facilidad que sugería que esta no era la primera vez que tenía acero en sus manos.

El pasajero de Garahel se llamaba Calien. Era un hombre mayor, alto, vestido con túnicas de mago rojas y doradas. Una capucha emplumada ensombrecía su cara; la única impresión de Isseya de él era una barbilla puntiaguda y unos labios pálidos envueltos el pelo marrón oscuro. Llevaba un bastón hecho para parecer una rama muerta, golpeada por un rayo con una serpiente de cobre enroscada a su alrededor. La artesanía era exquisita, y todo acerca del diseño del bastón hablaba acerca del poder, pero Isseya no le había visto hacer nada durante la pelea.

Se preguntaba acerca de aquello, pero sólo durante un momento. Quizás no se había sentido amenazado, incluso con el rey muriendo delante de él.

Kaiya y Taiya se llevaron a los dos últimos nobles. El hombre de Anderfels no tenía a quién proteger, ya que la muerte del rey había dejado uno menos. De los dos que quedaban, una era una matrona rechoncha con una toca blanca ajustada. Llevaba un colgante de oro representando el sol radiante del Hacedor dentro de un círculo, y ese colgante nunca abandonó sus manos. La otra era su hija, pensó Isseya, era más joven y delgada, pero sus rasgos de mejillas redondeadas eran muy parecidos.

—Ahí, —dijo Dendi cuando el último noble había sido presentado y emparejado con un Guarda—. Ve. Wycome es nuestra meta, no lo olvides. Si nos quedamos atrás, no esperes. Tu deber es llevar a esta gente a salvo. Ese es tu *único* deber. Os hemos dado los grifos para salvarlos. Ahora hazlo.

5
5:12 EXALTADA

Las campanas de la Ciudad de Antiva estaban sonando. Larga y fuertemente repicaban, el trueno atrapado en el bronce. Su clamor era diáfano.

Mientras Isseya subía de nuevo las escaleras hasta el muro donde esperaban los grifos, podía ver la ciudad brillando bajo sus pies. Un naranja radiante reflejado en las ventanas de la catedral de la Capilla; las calles parecían ríos de oro rubicundo.

No era la puesta de sol. La Ciudad de Antiva estaba ardiendo. El humo flotaba densamente en el aire, lo suficientemente denso como para asfixiar. Los gritos de los hombres sonaban desde los muros de la ciudad, empequeñecidos por las campanas que gritaban el mismo mensaje en su doloroso repique: *A las armas, a las armas, estamos bajo ataque*.

Los engendros tenebrosos habían venido.

El Guarda-Comandante Turab se había equivocado: La Ciudad de Antiva no había sido capaz de contener a sus atacantes durante días. Los engendros tenebrosos ya estaban penetrando a través de las puertas. Isseya vio las enormes cabezas con cuernos de los ogros moverse entre las casas, ye l rápido parpadeo de los aullidos alrededor de los pies de los brutos. La gente estaba gritando, huyendo, muriendo por todas partes.

—No son cosa tuya, —dijo Dendi abruptamente mientras subía las escaleras tras Isseya—. Ve a tu grifo. *Muévete*.

Aturdida, la joven elfa asintió. Trepó en la espalda de Revas y extendió una mano hacia Amadis para tirar de ella después. La humana se ató en la silla de montar secundaria, justo mientras Isseya se había atado ella misma hasta hoy.

Isseya tomó las riendas, se inclinó hacia el cuello de plumas negras y susurró la palabra con la que había soñado tanto tiempo:

—*Elévate*.

Revas hundió sus garras en la piedra del palacio, tensó sus músculos y saltó al aire con dos poderosos golpes de sus amplias alas negras. El viento soplaba contra la cara de Isseya, el mundo descendió bajo ella con una sacudida vertiginosa, y la pura euforia momentáneamente borró su temor a la Ruina. Estaba volando.

Y bien abajo, la Ciudad de Antiva estaba muriendo.

La visión acabó con su disfrute tan rápidamente como había aparecido. La distancia y el humo obscurecían los detalles, afortunadamente, pero Isseya aún podía ver las siluetas como muñecos de la gente rodando alrededor de los edificios ardiendo mientras los ogros los arrastraban desde sus ventanas y los lanzaban al fuego por deporte. No parecía que hubiera ninguna resistencia organizada. No vio nada rompiendo el caótico remolino de gente tratando de huir hacia el río o salir a través de los muros. Aquí y allá una diminuta figura, arrinconada por la oleada negra de engendros tenebrosos, se daba la vuelta para luchar… pero siempre estaban solos, o en pequeños grupos, y eran borrados del mapa tan fácilmente como ramitas en la marea.

Los Guardas Grises habían jurado detener la Ruina, y aún así estaban huyendo de ella. La injusticia se asentó en la garganta de Isseya como un abrojo.

—La supervivencia primero, —dijo Amadis tras ella. El sonido de la voz de la otra mujer sorprendió a la elfa; momentáneamente había olvidado que llevaba a una pasajera—. Supervivencia. Luego venganza.

—¿Cómo propones vengarte de los engendros tenebrosos? Puedes matarlos, pero no puedes hacer que les importe.

—Entonces los mataremos. —dijo Amadis tan fríamente que Isseya estaba abatida. Se volvió para mirar a su pasajera, que estaba observando la carnicería sin expresión. El único movimiento en la cara de Amadis fue el ondear de su pelo corto negro.

—¿Quién eres? —Preguntó Isseya—. No eres sólo una dama Antivana. No por la forma en que manejaste esas espadas.

Amadis se rió.

—Puede que no conozcas a muchas damas Antivanas. Algunas de ellas reciben sus lecciones de punto de los Cuervos. Pero, tal y como son las cosas, tienes razón acerca de mí. No soy de Antiva en absoluto. Mi familia está en Refugio Celeste. Me mandaron aquí para hacer algunos amigos y ganarme algunos pretendientes. Una segunda hija necesita toda la ayuda que pueda obtener.

—¿Las damas de Refugio Celeste son asesinas?

—Algunas de nosotras. —La sonrisa de Amadis no tocó sus fríos ojos negros—. Algunas de nosotras somos bastante buenas en ello. Útil durante una Ruina, ¿no lo crees?

Isseya miró hacia delante de nuevo, empujando su pelo tras las orejas. Se lo había trenzado firmemente, pero la velocidad del vuelo del grifo lo había soltado. Si no estuviera encarando al viento, las hebras marrones doradas le golpearían los ojos implacablemente.

—Hay un montón de engendros tenebrosos que necesitan una muerte.

—No realmente. Sólo uno, ¿no es así? Mata al Archidemonio, y toda la Ruina colapsa.

Incluso mientras Amadis hablaba, la tormenta antinatural de la Ruina se abrió por delante de ellas. Unos relámpagos violetas enfermizos se separaron a través del fondo gris, dividiendo las nubes en todas direcciones y lanzando una luz espectral que hacía sombra en sus tripas.

En medio de aquella tormenta volaba el Archidemonio. Sus alas eran inmensas y estaban maltrechas, su cuerpo una línea sinuosa de espinas. Un fuego herético ardía en su mirada. Parecía un dragón por su forma exterior, pero ningún dragón era jamás tan terrible en su interior. La oscuridad chisporroteaba a su alrededor, y la oscuridad era su alma.

Se lanzó hacia arriba a través del cielo como una flecha recién lanzada, desafiando a la gravedad sin esfuerzo en su persecución de los grifos al frente de su formación. Un torrente de no-luz violeta estalló desde las mandíbulas del Archidemonio, mostrando cada uno de sus irregulares dientes en un resplandor de alivio agudo de pesadilla.

Y entonces los Guardas Grises y sus grifos estaban girando, en espiral, cayendo desde el cielo como muchos copos de nieve ennegrecidos. Isseya no podía ver cuál era cuál, pero sabía que aquellas diminutas figuras cayendo a la horda de engendros tenebrosos eran Dendi y Huble y la Reina de Antiva y su padre, o tío, quien fuera que hubiera sido. Y sus grifos, Blacktalon y Skriax, que habían sido dos de sus mejores grifos.

Un amargo sobresalto de shock golpeó su lengua. Turab y los otros la habían advertido, por supuesto, pero nunca había creído del todo que podían *morir*. No así, tan de repente, sin ningún parecido a una pelea. Ni siquiera los había oído gritar.

—Está viniendo a por nosotros, —dijo Amadis.

Tenía razón. Extendiendo sus alas ampliamente contra los cielos brillantes, el Archidemonio se había girado y estaba cortando ágilmente a través de la tormenta para alcanzar a los Guardas restantes. Tras él, los relámpagos resplandecían de nube a nube, zigzagueando horizontalmente entre los enormes pilares de cumulonimbos.

Isseya se quedó helada en la silla de montar, justo durante un pálpito. Entonces vio a Garahel alterando su curso para interceptarlo. *¿Está loco?*

El grifo de manchas blancas que había escogido era increíblemente rápido. Crookytail plegó sus alas juntas contra su cuerpo, ancló sus patas tensamente y cortó el aire como un halcón hundiéndose. Parecía imposible que el grifo fuera capaz de alcanzar al Archidemonio antes de que llegara a los otros Guardas… pero conforme Isseya observaba el ángulo y la trayectoria de los dos voladores moviéndose rápidamente, vio que, de algún modo, su hermano iba a hacerlo.

Estaba loco. Esa cosa acababa de destruir a Huble y a Dendi en menos de un parpadeo, y Garahel, que nunca había matado ni a un genlock, estaba lanzándose directamente hacia él.

El Archidemonio pareció sorprendido también, si la criatura era siquiera capaz de tal emoción. Sus alas se abrieron de golpe, captando el viento como velas para tirar de sí mismo antes de que colisionara con Garahel y su grifo. La mitad inferior del cuerpo del Archidemonio se balanceó hacia delante; sus patas traseras golpeaban el aire mientras su cola con púas se sacudía hacia arriba para golpear a Garahel.

No estaba ni cerca de golpearle, pero en ese momento Isseya vio la estrategia de su hermano. No estaba tratando de luchar contra el Archidemonio. Sólo estaba tratando de confundirlo lo suficiente como para que el resto se fuera volando. Y su grifo era casi lo suficientemente rápido como para librarse de él.

Ese "casi" iba a hacer que les mataran a ambos, aún así.

Una columna de energía espectral violeta partió la noche. El Archidemonio había respirado su chispeante corrupción hacia Garahel. Pero el grifo permaneció en el aire, una pequeña sombra negra en el borde de la brillante no-luz. De algún modo, en el instante que le había llevado a Dendi y Huble y a todos los otros morir, o Garahel o su montura habían calculado lo lejos que llegaría el Archidemonio con esa explosión letal, y habían mantenido la distancia justo lo suficientemente atrás como para evitarla.

O eso, o la suerte ciega les amaba más allá de toda creencia.

Isseya tocó con sus talones el costado de Revas, urgiendo al grifo a ir a una ruta inclinada hacia ellos. La gran bestia vaciló —ella sintió el respiro de medio segundo en el aire mientras Revas tomaba su decisión— y entonces se lanzó hacia delante, inclinándose hacia el lado derecho del Archidemonio para tirar de él en la dirección opuesta a Garahel.

Los otros, se alegró de ver Isseya, no estaban tomando parte de su estupidez. Kaiya, Taiya y el hombre de la tribu de Anderfels estaban todos corriendo rápidamente fuera de la vista, huyendo a través de la cobertura de las nubes negras de la Ruina. En un par de minutos más su escapada estaría asegurada.

Sólo un par de minutos. Dos, tres. Quizás cuatro. Eso era todo lo que necesitaban lograr.

Ella apretó los dientes y empujó a Revas hacia delante.

A dos mil pies de distancia, el viento les llevó el aroma del Archidemonio. Erizó los pelos de la nuca de Isseya. Poderosamente rancio, completamente inhumano, olía a fríos lugares muertos bajo la tierra. Tenía el olor del interior de los dientes podridos y del fango en el fondo de un río envenenado. Era la corrupción absoluta.

Un eco de la misma corrupción hormigueaba en los bordes de la mente de Isseya. La extraña canción de sirena del Archidemonio aún estaba allí, leve y apenas perceptible, pero aún más enloquecedora debido a que no podía oírla por completo.

No es que *quisiera*, sabiendo que era un precursor de la Llamada. Pero era difícil —imposible— de ignorar. No podía apagarla. Era demasiado temerosa, demasiado nueva, demasiado consciente de lo desesperadamente que estaban a punto de ser probados.

Así que soltó las riendas, dándole a Revas la completa libertad de escoger su rumbo.

Era una táctica salvaje, estúpida. Isseya estaba pidiendo a su nuevo grifo que respondiera a ella con la misma conexión que los veteranos habían desarrollado sólo tras años de compañerismo. Pero era la única oportunidad que tenían.

Revas no vaciló. El grifo surcó hacia arriba, golpeando sus ponderosas alas negras para captar una corriente de aire caliente del campo de batalla abajo que aceleró su subida. Isseya podía oler la carne quemada en esa terma humeante, pero cerró sus pensamientos a lo que significaba. El Archidemonio era todo lo que importaba ahora.

Se estaban acercando rápidamente. A mil pies, quinientos. Su sombra les atrapó; sus alas maltrechas se alzaban como riscos sobre la cabeza de Revas. Isseya podía ver cada espeluznante detalle de las púas manchadas de sangre que estallaban a través del pellejo del dragón como cristales de corrupción en su carne.

Cien pies. En la zona letal. Estaba lo suficientemente cerca como para destruirles con un respiro, si tan sólo giraba su cabeza y abría las mandíbulas.

Pero no les prestó atención. La atención del Archidemonio permanecía centrada en el grifo manchado y blanco y sus jinetes, que estaban ahora virando a la izquierda en un intento de alejarlo de la retirada de los Guardas supervivientes.

Preparándose contra la silla de montar, Isseya alzó su bastón y se extendió en busca del Velo. Sólo tuvo el tiempo suficiente como para tirar de una voluta de magia hasta el mundo y lanzarla al Archidemonio en un estallido de energía incipiente de bordes

lavanda antes de que Revas virara abruptamente hacia la derecha. El rayo espiritual de la maga golpeó el costado de huesos con pinchos del dragón, chispeando por las escamas del tamaño de platos en arcos siseantes de energía, pero el Archidemonio ni siquiera se percató.

Se percató cuando Revas le golpeó un segundo más tarde, aún así. El grifo hundió sus garras profundamente en el flanco del Archidemonio, desgarrando un puñado doble de escamas y púas. Una sangre densa, fría, llovió de las nubes sin lluvia mientras el grifo se separaba. El dragón gritó, un sonido que desgarraba el alma, y sacudió su cola como un látigo por el aire.

Plegando sus alas firmemente contra su cuerpo, Revas bajó en picado para evitarla. El estómago de Isseya cayó con el grifo, y un nuevo de pánico se hinchó en su garganta. Junto a ella, Amadis gritó.

La cola del Archidemonio cortó sobre sus cabezas, lo suficientemente cerca como para enredar y arrancar un par de hebras del pelo de Isseya con sus púas. Su enorme cabeza se balanceó alrededor, fijándolos con un ojo que ardía como un caldero de llamas negras. No tenía del todo el ángulo que necesitaba para atraparles en el barrido de su ruinoso aliento, pero no era probable que eso lo detuviera durante mucho tiempo.

Abandonando su persecución de Crookytail, el dragón meció todo su cuerpo a través del cielo hacia ellas.

Revas danzó junto a él, ajustando su posición con furiosos aleteos y ocasionales agarres con las garras al flanco del dragón para mantenerse escudada por el propio cuerpo del Archidemonio. Enorme como era la criatura, su grueso constituía un obstáculo formidable. Mientras el grifo permaneciera lo suficientemente cerca como para usarlo, estaban a salvo.

Podrían haber sido capaces de mantener el ritmo durante otros dos minutos. Los otros Guardas estaban fuera de la vista; Isseya tenía que asumir que estaban a salvo más allá de la tormenta. Garahel tenía una oportunidad de salvarse a sí mismo, también… pero no la aprovechó. Estaba volviendo en una aproximación de un amplio ángulo. Crookytail viró alrededor de un baluarte de nubes gris oscuro, sus orejas peludas aplanadas por la velocidad de su vuelo.

En el alcance más externo de su magia, el pasajero de Garahel, Calien, alzó su bastón serpenteado hasta los cielos y llamó a una bola de fuego del Velo. Se lanzó directamente hacia el Archidemonio, cogiendo velocidad y sustancia mientras surcaba el aire.

Incluso amortiguada por el cuerpo del dragón, la fuerza del impacto de la bola de fuego, erizó el pelaje de Revas y las bañó con una marea de calor. Desgarró el pellejo del Antiguo Dios corrupto, provocando otro rugido de furia.

El Archidemonio se lanzó hacia arriba, contorsionando su longitud sinuosa en un intento de enfrentar a ambos enemigos a la vez, pero sin importar cómo se retorciera en el cielo, no podía atraparlos en un simple barrido. Ni podía alcanzar a Crookytail y a sus jinetes sin darle la espalda a Revas.

En lugar de intentarlo, el Archidemonio cogió aire tan poderosamente que succionó nubes en su garganta y tiró de las plumas de vuelo de los grifos en las alas hacia delante. Revas gritó, luchando contra el tirón de la inhalación del Archidemonio. Crookytail podría haberlo hecho también, pero Isseya no podía escucharle sobre el recorrer interior del aliento del engendro tenebroso. Ella se preparó para un torrente de energía violeta, pero no llegó ninguno.

Su exhalación, esta vez, fue un vórtice de pura muerte.

Lo que el Archidemonio les escupió era incuestionablemente magia, pero no era como ninguna que Isseya se hubiera encontrado nunca. No había ninguna sensación del Velo en su hechizo; nada en el reino de los sueños o pesadillas podría haber igualado lo que el Archidemonio hizo.

Era un ciclón de oscuridad tanto espiritual como física. Vientos hambrientos los arrastraron hasta sus fauces, incluso mientras los espectrales desgarraban la vibración de sus vidas. Isseya podía percibir el vórtice del Archidemonio drenando sus fuerzas, y cuanto más les acercaba, más fuerte se volvía. Si tiraban de ellos muy cerca, serían aplastados… y estarían muertos mucho antes de eso.

No había nada que pudiera hacer para detenerlo. Revas estaba luchando contra el vórtice con todo lo que tenía, pero el grifo estaba perdiendo a ritmo constante. Las plumas se arrancaron de sus alas y fue en espiral hacia la oscuridad. Sus plumas brillantes de cuervo empalidecieron hasta blancos esqueletos frágiles; su rosa sano drenado a muertos vacíos pálidos. Isseya podía ver sus propias manos volviéndose blancas mientras el vórtice los succionaba dentro. A su otro lado, Crookytail estaba luchando, y perdiendo, la misma batalla.

Calien luchó por alzarse en la espalda gris y blanca del grifo. Su capucha emplumada cayó de su cabeza y se perdió en el vórtice; tuvo que agarrar su bastón desesperadamente con ambas manos para mantener el agarre. Los sacos atados a su cinturón se arrancaron en un flash, arremolinándose y desvaneciéndose junto a las plumas principales y mechones de blanco claro del ala más grande de Crookytail. Pero el mago perseveró, y las líneas azules brillantes de una prisión aplastante se formaron en el aire alrededor del Archidemonio.

El hechizo no era ni de cerca lo suficientemente fuerte como para contener a un Dios Antiguo. El Archidemonio fue anclado por sólo un segundo en su agarre; entonces su grueso escamado se sacudió la magia como el agua de lluvia. El perfil de la prisión brilló, rompiéndose.

Pero duró lo suficiente como para que Calien le golpeara con un segundo hechizo.

Isseya no podía ver lo que lanzó. Su visión se estaba volviendo más borrosa conforme el vórtice se acercaba. No podía centrarse en nada más fuerte que respirar, lo cual rápidamente se estaba volviendo imposible. El aire fue succionado fuera de sus pulmones antes de que pudiera cogerlo de nuevo.

Ella sintió la onda de choque de nuevo, aún así. Lo que fuera que Calien le lanzara al Archidemonio hizo que los vestigios restantes de su primer hechizo explotaran en una

enorme nova de fuerza conmocionadora. Noqueó a ambos grifos del vórtice y los lanzó girando indefensos a través del cielo, tambaleándose lejos del Archidemonio mucho más rápido de lo que ninguno de ellos podría haber volado.

La cabeza de Isseya se lanzó hacia atrás como si hubiera sido golpeada por un ogro. La sangre llenaba su boca, amenazándola con ahogarla mientras luchaba por respirar d nuevo. Escupió desesperadamente, agarrándose a su silla de montar con una mano y aferrando su bastón con la otra. Los brazos de Amadis eran un cinturón aplastante de hierro alrededor de su cintura. Alrededor y alrededor giraron, de lado y de arriba abajo, cayendo mientras tanto… y entonces, finalmente, mareadas, hacia arriba de nuevo, mientras Revas jadeaba y luchaba por balancear su vuelo.

Lo hizo, a malas penas. Estaban bastante más debajo de donde habían empezado. Sólo un par de cientos de pies las separaban del suelo; Isseya se estremeció de pensar lo cerca que habían estado de chocar.

La plena noche había caído, y con las nubes perpetuas de tormenta de la Ruina manchando las estrellas, era imposible distinguir la horda de engendros tenebrosos del resto de la tierra desolada. La Ciudad de Antiva brillaba en la distancia, aún así, sus muros conteniendo la luz como una copa de llamas maldita.

Sólo el Hacedor sabía cuántos otros habían muerto aquella noche, pero parecía que ellos, al menos, habían escapado.

—*Aterriza*, —le dijo Isseya a su grifo. Estaba demasiado cansada, y demasiado agitada, como para contemplar volar más esta noche.

Su supervivencia había sido un milagro. Encontrar Wycome sería otro. Y no estaba inclinada a pedirle al Hacedor más de un milagro en un día.

6
9:41 DRAGÓN

Dos meses después de que los magos de Hossberg llegaran a Weisshaupt, aún no habían oído ni una palabra de cuándo pasarían por la Unión. Valya no estaba segura de que los Guardas siquiera *quisieran* que se unieran. Cada mañana iban a la biblioteca-mausoleo para continuar su investigación, y cada noche se reunían en una polvorienta sala de lectura para recibir lecciones acerca de combatir engendros tenebrosos, pero nunca hubo ninguna mención de convertirse en Guardas Grises ellos mismos. Un par de magos refugiados más entraron a la fortaleza de otros Círculos, buscando el mismo santuario que Valya y sus compañeros, pero no habían oído nada más de lo que lo habían hecho los refugiados de Hossberg.

En cierto modo, era un alivio. La Quinta Ruina había terminado tan sólo hacía diez años. En toda la historia de Thedas, ninguna Ruina había ocurrido a cien años de la última. Y mientras que Valya podía entender el entregar su vida para terminar con una devastación que consumiría el mundo como esa, parecía inútil abrazar la locura y la corrupción de la ponzoña de los engendros tenebrosos cuando no iba a haber una Ruina en toda su vida.

Pero le preocupaba también. Si no eran Guardas Grises, entonces eran refugiados. Y si sólo eran refugiados, no camaradas de armas, ¿cuánto tratarían los Guardas de protegerles si la Capilla venía a llamar a su puerta?

La inseguridad le molestaba.

Una mañana, incapaz de soportarlo más, buscó a Caronel en un pequeño patio donde sabía que le gustaba leer antes de que el día se volviera demasiado cálido. Azulejos verdes y blancos, desportillados y desvanecidos pero aún encantadores, creaban un simple mosaico geométrico alrededor de su perímetro. Una pequeña fuente burbujeaba en su centro, añadiendo más al frío en el tono azulado de la mañana.

No duraría mucho. El verano en Anderfels era tan brutal como breve, y el calor del día pronto ardería a través de la languidez encantada del patio. Pero durante esas pocas horas efímeras, era glorioso.

Valya casi no quería arruinarlo al hacer la pregunta que había venido a hacer. Pero necesitaba una respuesta más de lo que necesitaba esta ilusión de paz.

—¿Cuándo pasaremos por la Unión? —preguntó ella.

Caronel se tomó un momento para alzar la mirada de su libro. No podía decir si estaba complacido o molesto por su pregunta, pero ciertamente parecía estar sorprendido. Colocando un pulgar en el libro para marcar la página, sacudió su pelo dorado hacia atrás y preguntó con neutralidad.

—¿Cómo me encontraste?

Valya sacó una carta plegada de su saco. Olía extravagantemente a lilas y, sospechaba, era igualmente extravagante en sus contenidos. En cierto modo, encontraba

impresionante que Berrith aún encontrara oportunidades para lanzarse de cabeza a sus caprichos de niña pese a sus circunstancias.

Ofreciendo la carta a Caronel, dijo:

—*Algunos* de nosotros nos percatamos de tus idas y venidas. Prometer entregar esto fue todo lo que tuve que hacer para obtener todo tu horario.

El elfo rubio suspiró, simultáneamente entretenido e irritado. Cogió la carta y la metió en la cubierta de su libro sin mirarla de nuevo. La fragancia a lilas salió inevitablemente de ella.

—Es una chica señaladamente persistente. Y muy niña. Como todos vosotros.

—¿Es por eso por lo que no se nos ha pedido que hagamos la Unión?

—Es un motivo. Otro es que tenemos usos para vosotros en el presente. Si la mitad de vosotros morís ahogados por la sangre del Archidemonio. Tendré que pasar por todas esas viejas cartas y mapas tediosos yo mismo… un prospecto auténticamente horrible. —Caronel inclinó su cabeza hacia ella—. ¿Por qué estás tú tan ansiosa por pasar por la Unión de todos modos? Dejando mi egoísmo a un lado, es una experiencia horrible. Muchos de los que lo intentan mueren. No hay ninguna Ruina, y vosotros ya estáis a salvo aquí. No entiendo la urgencia.

Valya limpió el polvo pegado a un banco al otro lado del patio y se sentó. La piedra era fría y burda bajo sus muslos, se inclinaba hacia delante en el frente por los innumerables Guardas Grises antes que ella. Sentarse a su sombra se sentía un poco como estar a los pies de un fantasma; una vez más, el puro peso de la historia en Weisshaupt la presionaba.

Hizo lo que pudo por sacudírselo de encima. Esa historia no la incluía a ella. Aún no.

—La urgencia es que no estoy segura de que *estemos* a salvo.

Una confusión genuina brilló en los ojos de Caronel. La sombra de la mañana, notó ella ausentemente, los hacía más azules.

—¿Quién os amenazaría aquí?

Valya se encogió de hombros infeliz.

—La misma gente que nos amenazaba en Hossberg. Templarios. La Capilla. Gente que teme a los magos apóstatas. Tú eres un elfo. No tienes marcas Dalishanas, así que debes haber crecido en una elfería, como yo. Seguro, entonces, tienes alguna idea de lo que es depender de la protección de la gente que no te considera uno de ellos.

La sonrisa del elfo mayor era un poco triste. No muchos de los suyos tenían el privilegio de vivir entre los suyos en la precaria, pero preciosa, libertad de los Valles. Los elfos Dalishanos tatuaban sus caras con inscripciones salvajes, vistosas, proclamando su independencia. Pero los elfos de las elferías, que vivían entre los humanos, no corrían tales riesgos. Mantenían sus caras sin marcar, era mejor que los pasaran por alto y los olvidaran. Llamar la atención, para un elfo de una elfería, era raramente seguro y nunca sabio.

—La tengo. —Él entonces se detuvo, estudiándola—. ¿*Quieres* ser una Guarda?

Valya jugueteaba con un hilo suelto de su manga. Había sacado casi dos centímetros. Ausentemente, empezó a enrollar el extremo en una asimétrica bola gris.

—No lo sé. —Ella alzó la mirada, medio curiosa, medio desafiante—. ¿Tú lo querías?

—No lo sé tampoco, —respondió Caronel. Él sacó el pulgar del libro, dejando que se cerrara por completo, y lo colocó junto a su pierna en el banco—. Era una época diferente entonces. Un mundo diferente. Ferelden en los primeros días de la Ruina.

Su mirada se movió hacia la fuente, donde observó las ondas en el agua sin realmente parecer verlas. Su voz era suave y sin tono.

—Tenías razón al suponer que nací en una elfería. Y en una elfería Fereldeña, con la sombra de la Ruina alzándose enorme por el país, no fue un buen lugar en el que estar. La gente estaba asustada. La comida era escasa. La noche que supimos que el Rey Cailan había muerto en Ostagar, los disturbios atacaron la elfería. No la primera vez, no la última. Los disturbios incendiaron la tienda de mis pares. Eran zapateros. Una ocupación humilde, pero una honesta. Esa tienda era todo lo que teníamos.

—Me convertí en Guarda Gris no porque quisiera salvar a la humanidad de la Ruina, sino porque quería salvarme a *mí mismo*. No me importaba la humanidad. Si acaso, quería ver a los shemlen arder igual que habían tratado de hacer arder a mi familia. Dada la oportunidad, los habría lanzado a todos por la tráquea del Archidemonio, uno a uno, y me habría considerado afortunado por haberlo hecho.

No había rabia en las palabras de Caronel, sólo una simplicidad calmada, como si estuviera leyendo los ingredientes de una receta de ningún interés en particular. Para dentro, Valya se estremeció, conociendo la profundidad del dolor que tal blandura debía ocultar.

—Pero escogiste pasar por la Unión de todos modos, —dijo ella—. Sacrificarte a ti mismo por el mundo.

—Oh, yo no iría tan lejos. —Caronel puso una mano en la empuñadura de su espada, la cual estaba desatada e inclinada contra el lateral del banco en su vaina. Sus dedos permanecieron sobre el grifo tallado en el pomo del arma, aunque no miró al emblema—. Aún estoy aquí, y el mundo aún está aquí. La Ruina no exigió ningún sacrificio de mí. Ni siquiera vi ninguna lucha, aparte de un par de genlocks descarriados aquí y allá.

Fijando a Valya con una fría mirada azul, el elfo dejó que sus dedos se deslizaran de la marca del grifo.

—Escapé de la Ruina ileso, pero la ponzoña de los engendros tenebrosos me matará en veinte años. Treinta si tengo suerte. Considerablemente menos si no la tengo. Así que cuando digo que no deberías tener prisa por tomar esa decisión, no cuando eres tan joven, y no hay ninguna necesidad apremiante de que te conviertas en una Guarda ahora, es porque desearía haber tenido esa elección de nuevo yo mismo.

—¿Qué pasará cuando los templarios vengan? —preguntó Valya. El hilo suelto finalmente se partió, dejando un pequeño nudo mugriento de hilo entre sus dedos. Ella lo lanzó, observándolo desvanecerse en una grieta entre dos piedras del pavimento del color de la arena—. ¿Nos protegeréis si no somos Guardas? ¿De verdad?

—*Yo* lo haré, —dijo Caronel con una ligera sonrisa. Viendo que ella no iba a devolvérsela, sin embargo, retrocedió—. Sí. Estás a salvo aquí, tan a salvo como cualquiera pueda estarlo en este mundo. No necesitas pasar por la Unión para eso. En cuanto a tu otra pregunta, sin embargo, dudo que el mismo Primer Guarda lo sepa. Lo más probable es que espere para ver qué dice la Capilla, y entonces lo que hace. Querrá tratar cualquier posible cisma entre la Capilla y los templarios, y dentro de los templarios. Y querrá esperar para ver cómo se desarrolla la rebelión de los magos. Sólo entonces, sospecho, el Primer Guarda tomará una decisión definitiva. Él es un hombre cauteloso.

—Un hombre cobarde, más bien, —dijo Valya amargamente.

Caronel se encogió de hombros.

—La política es un juego al que hay que jugar cautelosamente o no jugarlo, y el Primer Guarda no parece ser capaz de mantener sus manos fuera del tablero. Mejor que sea cuidadoso, en ese caso. —Él se levantó, cogiendo su libro y su espada—. Nos hemos entretenido demasiado tiempo aquí. Tienes trabajo esperándote en la biblioteca, si no me equivoco. Trabajo para el que necesitas estar viva para terminarlo.

* * *

Una semana más tarde los templarios vinieron.

El polvo de su llegada les precedió por horas. Los Guardas primero captaron un vistazo alrededor del medio día, y desde entonces pudieron rastrear el progreso de los templarios hasta el Diente roto a través del largo día cálido. Pequeños brillos del acero iluminado por el sol escapaban ocasionalmente a la nube de polvo de rojo ladrillo moviéndose lentamente por los Anderfels, pero nadie en Weisshaupt habría sabido que era de templarios si no hubieran tenido prismáticos en las torres.

No había muchos. Sólo cinco templarios y una única mula de carga, dijeron los centinelas, caminando tercamente por el terreno prohibitivo en el peso de una carreta de acero.

Valya sintió un atisbo involuntario de empatía mientras ella, junto a los otros magos de Hossberg, les observaban desde una aspillera en lo alto de la fortaleza. Careciendo de unos prismáticos, era incapaz de ver a los templarios individuales a través de la neblina distante, pero no quería hacerlo. Si la cosa llegaba a la lucha, prefería no tener que pensar en ellos como gente.

Pero recordaba lo arduo que el viaje a través de los Anderfels había sido, incluso sin estar encerrada en una hornilla portátil todo el tiempo. Y sintió la sacudida de lástima por los templarios, incluso aunque deseara que nunca hubieran venido.

Uno a uno sus compañeros se marcharon, pero Valya permaneció junto a la aspillera durante horas, observando a los templarios cruzar la tierra roja agrietada. Cuando alcanzaron la base del Diente Roto y comenzaron a ascender el camino hasta las puertas de Weisshaupt, los perdió de vista durante largas longitudes. Trató de leer para pasar el tiempo, hojeando a través del diario de Isseya medio descorazonada, pero era imposible

concentrarse en las palabras. La preocupación emborronaba la tinta ante sus ojos, y se encontró a sí misma extendiendo el brazo hacia la solidez reconfortante de su bastón más a menudo de lo que lo hacía a la siguiente página.

Finalmente, tras una inquietante eternidad, escuchó la puerta de Weisshaupt abrirse de un golpe seco. Un borrón de voces alcanzaron sus oídos: preguntas, respuestas, ninguna palabra distintiva. Un retumbar barítono poco familiar hizo eco a través de los pasillos.

Ese debe ser el líder de los templarios, pensó Valya. Impulsada a partes iguales por la curiosidad y el temor, agarró su bastón y se abrió paso hasta la puerta.

El día estaba apagándose sobre el Diente Roto, pero no era la puesta de sol lo que volvía a los templarios rojos. Una pátina gruesa de polvo cubría su armadura y se aferraba a su piel sudorosa. Su burro, parpadeando cansado a través de su capa de polvo, parecía un ruano fresa.

No parecían imponentes, cansados como estaban, pero Valya se hundió de vuelta a las sombras del pasillo de todos modos. El miedo a los templarios estaba grabado en demasiada profundidad en ella; no podía mirar la espada llameante de sus placas pectorales sin recordar los años de hostilidad vigilante. Se alegraba por el medio círculo de Guardas Grises que estaban entre ella y los templarios, bloqueándola de su vista.

—¿…palabra de nuestros hermanos en el sur? —estaba diciendo Sulwe.

—No, —respondió el líder templario. El barítono que había oído antes era el suyo. El polvo empapado de sudor cubría su mostacho, haciendo imposible discernir su auténtico color, y Valya podía ver poco más de la cara del hombre. No pensaba que fuera de Hossberg, aún así. Conocía a todos los templarios séniores de allí, y no reconocía a este. Además, su acento le era poco familiar.

—Las dos primeras fortalezas en las que probamos estaban vacías, —estaba diciendo él—. Completamente abandonadas. Nadie está seguro de por qué. Los locales nos dijeron que los Guardas les habían vendido sus caballos de repuesto y sus víveres. Por una nimiedad, también. Parecían tener prisa. Pero no dejaron ninguna explicación de por qué pudieron haberse ido corriendo o de adónde podrían haber ido. No oímos rumores de engendros tenebrosos en el área, ni encontramos ninguno nosotros mismos.

—¿Desertores? —preguntó Sulwe dubitativa.

El templario parecía compartir sus dudas. Él sacudió la cabeza, soltando una fina nube de polvo de su pelo. Permaneció a la luz de las antorchas, formando un halo de rojo apagado.

—No trataron de mantener en secreto que se marchaban. En cualquier caso, una fortaleza podría haber desertado, ¿pero ambas?

—Quizás un grupo convenciera al otro de marcharse. Aún así sólo sería un puñado de Guardas. —La mujer marcada sonaba no demasiado convencida ella misma.

—Quizás. —El templario se encogió de hombros con un clanc de armadura y otra nube de polvo rojo—. No podría decirlo. Todo lo que puedo decir que nosotros no los vimos. Después de la segunda fortaleza, tomamos el Camino Imperial hasta Churneau,

luego rompimos hacia el norte para venir aquí. Recogimos algunas cartas y correspondencia de otros por el camino. Las tengo en una mochila, pero te diré ahora que lo que tenemos son cartas de las familias de los fugitivos y despaches de los nobles. No os traemos ninguna palabra de otros Guardas Grises. Como dije, nunca vimos ninguno. Si lo hubiéramos hecho, no nos habríamos molestado en venir hasta tan lejos.

Sulwe asintió e hizo un gesto a Caronel para que fuera hacia delante.

—Os estamos agradecidos por traer las cartas. Mi compañero os mostrará vuestros cuartos. Por favor, descansad y refrescaros. Por la mañana podremos discutir vuestro refugio.

¿Son refugiados también? El pensamiento giró confusamente en la cabeza de Valya. Había supuesto que los templarios habían venido a rastrear a los magos de Hossberg. Pero no sonaba como si esa fuera su intención en absoluto. Ni siquiera sonaba a que supieran que los magos de Hossberg *existieran*.

Si habían venido de alguna parte al sur de Churneau… Eso estaba a medio mundo de distancia. Había pasado los últimos dos meses mirando mapas de Thedas; conocía exactamente lo largo y difícil que sería ese viaje. Incluso en el verano, con la caza relativamente fácil y el buen tiempo, eso no era un camino de placer.

¿Habían venido, también, para escapar de la guerra de magos y templarios?

Lo habían hecho. Ella supo eso, y más, durante el siguiente par de semanas. Los templarios pararon desde el sur de Orlais, no lejos de las colinas del Lago Celestina. Su líder, Diguier, había sido un Caballero-Teniente de su orden. Había oído de la masacre en Kirkwall y el caos de la Aguja Blanca, y, junto con un puñado de camaradas determinados, había decidido que no quería formar parte de ello.

Originalmente había habido ocho de ellos. Dos habían muerto por el camino, y uno había desertado. Valya tuvo dificultad al averiguar los detalles, pero reunió que ambos, la muerte y la deserción, habían estado conectados a la adicción al lirio de los templarios. El suministro que habían robado cuando se habían fugado, evidentemente, no había sido suficiente para sustentarles hasta Weisshaupt.

Todo eso pudo emparejarlo a partir de insignificantes rumores que los otros le daban. Ella nunca habló con los templarios directamente. Cruzaba pasillos para evitarlos, retrocedía hasta las entradas para evitar captar su mirada. Era estúpido —no tenían ningún motivo para sospechar nada de ella y no tenían ningún derecho a decir ni una palabra si lo hacían— pero no podía evitarlo. Los viejos hábitos eran demasiado fuertes.

Ella los observó como un conejo observa a los lobos. Laros, el templario enano, luchaba con su peso; parecía haber una tristeza en él que trataba de presionar con pasteles de miel y almendras garrapiñadas, incluso aunque eso significara que su armadura apenas le cupiera. Reimas, la única mujer entre ellos, se mantenía fríamente distante y nunca sonreía, pero era tan gentil que llevaba insectos capturados desde su habitación y, sin importar el tiempo o la hora del día, los liberaba fuera sin excepción.

Y Diguier, despojado de sus deberes, pasaba sus días alternativamente luchando contra los Guardas Grises en el campo de práctica o rezando solo, fervientemente, en su

pequeña capilla. Difícilmente dormía, apenas comía y no parecía percatarse de Valya o de los otros magos. Todo lo que hacía era rezar, mientras que la preocupación cavaba profundas arrugas en su cara y el peso caía de él día a día.

—Él quiere paz, —dijo Sekah mientras los magos de Hossberg se reunían en la biblioteca una mañana. La estación estaba cambiando a otoño, y el calor asfixiante del corto verano de Anderfels ya parecía algo distante. Los días se volvieron crispados, con un toque frío que no se derretía hasta el medio día y advertía acerca de las amargas noches por delante.

—¿Entre los magos y los templarios? —preguntó Valya. Como los otros, llevaba una capa gris prestada para protegerse de lo peor de las corrientes de Weisshaupt. Ayudaba, pero en un par de semanas probablemente necesitarían más para permanecer calientes. Sentarse inmóvil en la biblioteca durante horas hasta el final no ayudaba mucho con eso.

El mago más joven sacudió la cabeza y se volvió hacia el desgastado mapa viejo que había estado leyendo. Habían trabajado a través de cerca de la mitad de los contenidos de la cámara, pero siempre parecía haber otro mapa o diario o rollo de cartas manchadas de sangre que recorrer. Y pese a todo ese trabajo, habían encontrado quizás cuatro referencias a Guardas que habían desaparecido misteriosamente, un engendro tenebroso con habilidades imposibles de habla y razonamiento, y dos o tres incidentes posiblemente relacionados que no estaban seguros de que el Chambelán Gris encontrara relevantes, pero había marcado para su consideración en cualquier caso.

—Paz para sí mismo, —dijo Sekah—. Alguna señal del Hacedor de que hizo lo correcto. Mejor aún, alguna señal de permiso de que no está eludiendo su trabajo ante la Capilla si se convierte en un Guarda Gris.

Valya parpadeó.

—¿Quiere convertirse en un Guarda Gris? ¿Cómo sabes eso?

—Porque he hablado con él, —dijo Sekah pacientemente. Sus ojos eran grandes y oscuros y solemnes—. Puedes hablar con los templarios, ya lo sabes.

—Quizás *tú* puedas, —murmuró Valya—. Yo no puedo ni siquiera aguantar mirarles.

—Inténtalo, —dijo Sekah—. Podrías ser nuestros hermanos en armas pronto. Si tenemos suerte. Si el Hacedor le da a Diguier la señal que está buscando, y el Primer Guarda no decide escoger un bando en este conflicto después de todo.

Valya vaciló.

—¿Cómo hacemos que eso ocurra?

—Los caminos del Hacedor son suyos propios. No hay nada que podamos hacer al respecto. Pero en cuanto al Primer Guarda… —Sekah enrolló la esquina del mapa que había estado estudiando alrededor de su dedo, justo lo suficiente como para señalar el pergamino amarillento a Valya—. Encontramos algo útil. Algo que demuestre nuestra valía. Les damos a los Guardas Grises las respuestas que están tratando de encontrar acerca de la Cuarta Ruina. ¿Tienes algo como eso?

—Aún no, —dijo Valya—, pero si es lo que hace falta, lo haré.

7
5:12 EXALTADA

—¿Sois los únicos supervivientes?

—Sí, —respondió Isseya cansada por lo que se sentía la milésima vez—. Perdimos a los reyes. El Archidemonio los hizo estallar en el aire.

Entendía por qué la Guarda-Comandante Senaste estaba preocupada. Todos estaban preocupados. Y enfadados, y asustados. La pérdida de toda la familia real Antivana, así como la del Guarda-Comandante Turab, era un golpe importante al poder y al prestigio de los Guardas Grises.

Los otros se habían reagrupado en Wycome como se había planeado. El barco que llevaba a Ostiver, Fenadahl y sus cargas permanecía fuera en el mar, pero los jinetes de grifos habían contactado con ellos dos veces y, de momento, parecía que estaban a salvo.

No estaba claro cuánto duraría esa seguridad. La Ruina se estaba extendiendo fuera de Antiva como un fuego azotado por el viento. Por ahora ninguna nación había organizado aún ninguna resistencia significante, y las Marcas Libres estaban más astilladas que la mayoría. Cada ciudad-estado parecía atesorar su soberanía independiente casi tanto como su propia supervivencia; con engendros tenebrosos en sus puertas, parecían casi tan perdidos en la negación como lo habían estado los Antivanos.

En las calles de Wycome, el humor prevaleciente estaba aún atrapado entre la incredulidad y la determinación. Cada día sus ciudadanos podían verse entrenando con armas improvisadas en milicias organizadas apresuradamente, o trabajando fervientemente para reforzar los muros de la ciudad con baluartes de tierra y troncos recién cortados. Estaban fuera al borde del amanecer y, bajo un desfile de antorchas parpadeantes, trabajaban tarde en la noche, pero estaba claro para todos los Guardas que esos esfuerzos eran fútiles. Los muros de la ciudad no estaban hechos para defender a los engendros tenebrosos, y el coraje de su gente no estaba a la altura ni de su habilidad ni de sus números. *Lo que deberían estar haciendo*, pensó Isseya, *es evacuar a sus ciudadanos a la seguridad de las islas del mar y mandar a sus soldados a Refugio Celeste o a Kirkwall*.

Pero no podían. Wycome era una ciudad pesquera. Sus barcos estaban hechos para abrazar la costa; no estaban construidos para aguantar el agua profunda, ni para las Fuertes tormentas en mar abierto. El puñado de naves mercantes que habían tenido había huido desde hacía tiempo. E incluso si las Marcas Libres quisieran jugársela en sus barcos, no tenían suficientes como para llevar a todo el mundo a salvo.

Viajar por tierra hasta Refugio Celeste o Kirkwall no era mejor. Para alcanzar cualquiera de las ciudades más grandes, los ciudadanos de Wycome tendrían que caminar directamente hacia el camino de la Ruina mientras los engendros tenebrosos atacaban hacia el sur desde Antiva. Los caballos más rápidos podrían ser capaces de hacer el viaje a tiempo para evadir las hordas de engendros tenebrosos… pero la gente a pie, o en carretas arrastradas por mulas y bueyes, serían lentos y una presa fácil.

Así que no tenían opción salvo alzarse y luchar, y no tenían oportunidad de prevalecer. Parecía haber una buena probabilidad de que la ciudad pudiera caer antes de que la nave de Ostiver alcanzara su costa.

Ese, sabía Isseya, era el auténtico motivo del tono helado de Senaste. La Guarda-Comandante era claramente una mujer raramente acostumbrada a la derrota. Una imperiosa guerrera rubia, endurecida por veinte años de servicio como Guarda Gris, llevaba el rigor de alguien que esperaba que la pura fuerza de voluntad aplastara todos los problemas en su camino… y cuya vida había sido moldeada por el éxito de esa estrategia.

La Ruina, sin embargo, le había dado una prueba involuntaria de fracaso y prometía otra. Y eso, aún más que la pérdida de la familia real de Antiva, o las muertes de dos buenos Guardas Grises y sus grifos, era lo que tenía en temperamento de Senaste tan afilado.

—¿Cómo sobreviviste donde Turab y Dendi no lo lograron? —exigió ella. La Guarda-Comandante había clamado el oficio del capitán de la milicia de Wycome. Pendones y galas de campañas pasadas envolvían los muros, junto con viejos mapas cuyos bordes curvados por la humedad se doblaban sobre los clavos que los mantenían en su sitio. La mirada de Senaste estaba fija en esos mapas mientras hablaba, pero Isseya dudaba que la Guarda-Comandante estuviera realmente poniendo mucho esfuerzo en estudiarlos. No había necesidad alguna.

—No fue cosa mía, no en ninguna parte significante, —dijo la elfa—. Garahel y su grifo hicieron de cebo para que el Archidemonio los cazara. Yo lo distraje un poco… bueno, a decir verdad, mi grifo, Revas, lo hizo… pero ellos hicieron la mayor parte del auténtico trabajo. El Archidemonio trató de tirar de nosotros en el cielo con un… un huracán de energía oscura, no sé cómo lo llamaríais. Ninguna magia que yo conozca hace ese vórtice; no tenía ninguna conexión con el Velo.

—Nos habría destruido a todos, pero de algún modo el pasajero de Garahel, el mago Calien, fue capaz de hacer una explosión con sus hechizos que nos liberó. Ellos fueron los héroes del día. Yo no hice casi nada.

Senaste se volvió hacia la joven elfa. La luz del sol bañando a través de una de las altas ventanas de la oficina brillaba en su pelo corto, casi blanco. Su mirada seria se relajó mientras sus hombros bajaban casi imperceptiblemente.

—Lanzarte a ti misma enfrente del Archidemonio como una distracción no es “casi nada.” ¿Esta fue tu primera batalla?

—Sí.

—Te absolviste bien. Amadis Vael de Refugio Celeste y Calien d’Evaliste son valiosos aliados. Por no mencionar la probabilidad de que tu intervención permitiera a otros tres Guardas Grises alcanzar la seguridad con sus propios pasajeros. —La Guarda-Comandante se quedó en silencio brevemente, como si sopesara una decisión. Entonces asintió bruscamente para sí misma—. Volveréis conmigo a Refugio Celeste. Todos vosotros. Tú y tu hermano, sin embargo, iréis a los Anderfels después de que hayamos reunido las defensas de esa ciudad.

—¿Los Anderfels? —repitió en blanco Isseya.

—Wycome no aguantará. Sus defensas son demasiado débiles y está demasiado cerca de la Ruina. Incluso si pudiéramos alzar los ejércitos por la noche, y no podemos, tendríamos que hacerlos marchar hasta la extenuación para llegar antes de que los engendros tenebrosos vengan bajando por la costa, y un soldado cansado es un soldado muerto. —Senaste movió una mano llena de callos hacia los mapas más cercanos—. La Ruina tomará Rivain, también. La península ya ha sido cortada de la tierra principal. No hay esperanza de salvarla si los engendros tenebrosos van hacia allí. Mandaré barcos y una bandada de grifos para salvar a quien podamos, pero la propia nación está perdida.

—Pero en Refugio Celeste y Kirkwall, podríamos ser capaces de aguantar. Allí, podríamos tener el tiempo, y las fuerzas, que necesitamos para detener la Ruina. —Sus pálidos ojos azules se fijaron en los de Isseya, despiadados como los de un halcón—. Si podemos reunir suficientes aliados para la causa.

—Orlais y el Imperio de Tevinter son más fuertes, —dijo Isseya. No estaba discutiendo, sólo estaba confundida. ¿Por qué los *Anderfels*?

—Lo son, —estuvo de acuerdo la Guarda-Comandante—, y también son más orgullosos. Tú y Garahel no tenéis ni títulos ni sangre noble. Peor aún, sois elfos. Mandaros a cualquiera de esos imperios sería visto como un insulto. En los Anderfels, sin embargo, los logros de una persona cuentan más que su nombre. Luchar contra un Archidemonio hasta un empate es precisamente el tipo de cosa que los impresiona. Así que ahí es donde iréis.

—Reunirlos no será fácil o rápido. Los Anderinos son una gente dispersa. La mayoría de ellos viven en pequeñas ciudades y aldeas; hay difícilmente alguna ciudad digna del nombre. Hay pocas carreteras, y la tierra es amargamente inhóspita. Sólo un jinete de grifo tendría la bendición de reunir a la gente que necesitamos.

—¿Y tú quieres que yo sea esa jinete de grifo? —preguntó Isseya. Lo que estaba escuchando parecía imposible. Era tan nueva que aún ni siquiera había sufrido los propios callos de la silla de montar. El manto de un Guarda Gris se sentaba incómodamente sobre sus hombros; no podía imaginar usar esa autoridad para empujar a los aldeanos de los Anderfels hacia la guerra contra los engendros tenebrosos.

Pero Senaste iba mortalmente en serio.

—Uno de ellos. Sí. Tú, tu hermano, y muy probablemente Calien, entre otros. Creo que ellos se sumarán ante vuestro heroísmo.

—¿Y si no lo hacen?

La Guarda-Comandante se encogió de hombros. El muro de hielo cayó sobre su comportamiento, y se volvió para leer detenidamente los mapas de las paredes.

—Lo harás. Tú harás que lo hagan.

Eso era una despedida tan clara como Isseya hubiera oído nunca. Ella inclinó la cabeza indefensa y se retiró de la oficina.

Fuera, el sol era brillante en un claro cielo azul. Unos lazos entretejidos de nubes blancas surcaban su gloria brillante, sin perturbar por ningún atisbo de viento. La

tormenta perpetua de la Ruina era una huella amoratada en la distancia, apenas visible desde allí.

Su presencia colgaba con fuerza sobre la ciudad, aún así. El olor a alquitrán ardiendo permeaba el aire, junto con el humo de docenas de hogueras. La gente de Wycome había acabado con sus víveres y estaban salteando o ahumando toda la carne que podían en preparación para el asedio. Filas de pescado entero yacían en estantes de mimbre junto a las tiras cortadas de ternera y cordero. Bien después de la puesta de sol, habían continuado sus preparativos, ahumando la carne sobre los fuegos colocados para iluminar el trabajo de los constructores de barricadas.

Era un esfuerzo valiente, condenado. Isseya no podía soportar observarlo.

Ella se abrió paso hasta la solitaria puerta del mercado de la ciudad. Wycome tenía cuatro puertas, pero sólo una era lo suficientemente grande como para admitir carretas de dos caballos. Un pequeño distrito comercial había crecido a su alrededor, y era allí hacia donde Isseya se dirigía. Cualquier cervecería local estaría abarrotada de ciudadanos tratando de hablar para darse esperanzas, y ella no podía soportar escuchar más de eso ahora mismo.

La taberna más cercana tenía un letrero sobre la puerta proclamando que era la Manzana de Vidrio. Como todas las otras, estaba abarrotada hasta el punto de estallar, pero Isseya empujó para entrar de todos modos.

Un silencio momentáneo saludó su entrada. Cuando los clientes vieron que estaba llevando la insignia de un Guarda Gris, sin embargo, se volvieron hacia sus bebidas y conversaciones.

Los elfos no son un problema mientras puedan ser categorizados, pensó amargamente Isseya. Guarda o sirviente, no importaba qué, mientras no desafiaran los prejuicios de nadie.

Incluso mientras ese pensamiento cruzaba su mente, aún así, se avergonzó de ello. Quizás sólo *era* porque era una Guarda, pero los habitantes de las Marcas Libres habían sido más amables con ella que la mayoría de humanos. Ella sólo quería pensar mal de ellos para aminorar su propia culpa por ser incapaz de ayudar.

Luchando con esa sacudida involuntaria de consciencia de sí misma, Isseya se abrió paso hasta la barra. La multitud se apartó ante ella, murmurando respetuosamente acerca de los Guardas Grises y la gratitud y la salvación de Wycome. Ella trató de cerrar los oídos ante sus charlas.

—Vino, —dijo al camarero.

—No queda mucho de eso, y lo poco que queda es una bazofia de meados. No se lo serviría a una Guarda, —respondió el hombre, simultáneamente orgulloso y avergonzado. Era un hombre alto, delgado excepto por una prodigiosa tripa, con una cara roja quemada por el sol y un pelo naranja zanahoria. Era difícil decir qué era más brillante, su cara rubicunda o la mata de pelo sobre ella—. Tengo estándares que mantener.

—¿Qué es lo que *sí* tienes? —preguntó Isseya.

—Cerveza enana, si tienes el gusto para ella. Ron de Aguasnegras. Algo de sidra de invierno, aunque nos estamos quedando sin eso también. Por la forma en que la gente está bebiendo, en otro par de días estaremos vendiendo cerveza fermentada a partir de escupitajos y tiras de cuero mohosas.

—Tomaré la sidra, —dijo Isseya. El camarero la llenó eficientemente, haciendo un gesto para evitar sus intentos de pagarle.

Al otro lado de la habitación, la voz de su hermano se alzó sobre el ruido de fondo.

—¡Isseya!

Ella escaneó la habitación. No le llevó mucho encontrar a Garahel en la multitud. Había reclamado, o le habían llevado a, la mejor mesa de la casa. Kaiya y Taiya estaban con él, así como Amadis, su nariz arrugada mientras trataba de ahogarse a sí misma con una jarra de cerveza enana negra como el carbón. Calien estaba sentado en una esquina de la habitación, una capucha azul oscura bajada para ocultar su cara. No había tratado de reemplazar la capucha emplumada perdida durante el ataque del Archidemonio, lo cual Isseya consideró una mejora significativa; el mago parecía mucho más digno sin aquellas plumas meciéndose sobre su cabeza.

Isseya se abrió paso a través de la presión de los otros clientes, acurrucando su vaso de sidra cerca de su pecho.

—¿Cuánto tiempo habéis estado aquí?

—Desde que la Guarda-Comandante Senaste nos dio nuestras órdenes, —respondió grandiosamente Garahel, derramando su vaso en un amplio saludo. Por el olor, estaba bebiendo sidra también, y había sido durante un rato—. Lo suficiente como para estar realmente ebrios. Ven, únete a nosotros.

—Bien podría, —estuvo de acuerdo Isseya. Taiya se movió para compartir un asiento con su gemela, ofreciéndole su propia silla a la elfa mientras se aproximaba—. ¿Has hablado con Senaste?

Garahel se encogió de hombros con una resignación expansiva.

—Lo he hecho. No preocupan mucho las órdenes que recibí. ¿Y tú?

—Las mismas que las tuyas. Refugio Celeste, luego los Anderfels.

Garahel se terminó su sidra y empujó el vaso por la mesa con un empujón de dos dedos, donde se unió a un pequeño bosque de otros vasos vacíos.

—Bueno, al menos lograremos permanecer juntos.

—Como yo, —intercedió Amadis.

Garahel alzó una ceja dorada.

—La Guarda-Comandante parece pensar que serás más útil en Refugio Celeste.

—La Guarda-Comandante puede hacerle el amor dulce, apasionadamente, a un ogro enfermo, —respondió Amadis en tonos melosos, meciendo sus largas pestañas negras—. No tiene ninguna autoridad sobre mí. Y si quiere mi ayuda en Refugio Celeste, rechinará sus dientes tras una sonrisa y me dejará ir adonde quiera que yo quiera.

—¿Por qué querría tu ayuda en Refugio Celeste? —Preguntó Isseya—. Tú no eres realmente un Cuervo, ¿no?

—No. —Amadis se rió, sacudiendo la cabeza. Señaló a Calien, que no se había movido de su asiento en la esquina sombría—. *Él* es el Cuervo de Antiva. Te dije la verdad cuando estábamos en el aire. Soy la segunda hija de Fedras Vael, prima del Príncipe de Refugio Celeste.

—*Y* la líder de los Dracos Rubí, —dijo Garahel—, lo cual podría ser más importante.

Isseya asintió lentamente. Había oído hablar de los Dracos Rubí, y el rumor de que la nueva líder de los mercenarios era una joven noble de las Marcas Libres. Se decía que albergaban una fuerza de combate de mil de infantería, trescientos caballos, doscientos arqueros y veinte magos entrenados en combate… Y quizás la mayor medida de sus fuerzas era que los templarios de la Capilla nunca habían tratado de atrapar a aquellos magos apóstatas.

Por supuesto que los Guardas Grises querrían añadir a los Dracos como aliados. Un ejército de ese tamaño sería un activo considerable contra la Ruina… si podían convencer a unos mercenarios de que se unieran a una batalla donde la única paga sería su propia supervivencia.

—¿Eres un Cuervo de Antiva? —dijo Taiya con retraso, parpadeando hacia Calien.

—Sí, —respondió el mago sin moverse. Nada en su cara era visible bajo su capucha. La única palabra, seria, se hundió en un silencio.

—Bien. —Taiya parpadeó y se volvió a colocar en su mitad de la silla, frotando una mano por su frente. El pelo estaba empezando a crecer, oscureciendo su cabeza con un polvoriento marrón incipiente—. No me había dado cuenta de que tenían magos. Pensé que todos eran… bueno… ya sabes. Asesinos. Con cuchillos, quiero decir, no con hechizos. ¿Qué es lo que te hacen hacer?

—Lo que sea que se necesite hacer, —respondió Calien. Una nota de humor oscuro había reptado hasta su dura voz.

Isseya se terminó su sidra. No había comido en todo el día, y el zumo burbujeante se le había subido directamente a la cabeza.

—Lo que se que se necesite hacer, ¿eh? ¿Puedes sacar a esa gente de Wycome?

Los ojos de Calien brillaron oscuros en las profundidades de su capucha.

—Sabes que eso no es posible.

Taiya miró del uno al otro, un gesto igualado por su gemela, Kaiya, junto a ella.

—¿Por qué no? ¿No puedes moverlos con magia? ¿Con una… puerta, o algo?

—No. —La respuesta de Calien era plana y definitiva.

—No funciona así, —dijo Isseya a modo de disculpa. Lo había sabido antes de que dijera nada, y ahora se arrepentía de hacer que Taiya pareciera imbécil—. No puedes mover tu bastón y transportar a una persona de un lugar a otro con un parpadeo.

—¿Puedes convertirlos en otra cosa? —preguntó Garahel, alzándose tras el montón de vasos vacíos. Tenía un brillo familiar, problemático en su mirada—. ¿Ratones, quizás, o… cucarachas? ¿Algo pequeño, de forma que quepa toda la ciudad en su flota de barcos pesqueros?

Isseya sacudió la cabeza.

—No. Eso es sólo un cuento de niños.

Calien se inclinó hacia delante ligeramente, rompiendo desde las sombras. Su capucha se inclinó hacia atrás, revelando los duros rasgos y ángulos de la cara del mago a la sesgada luz del sol de la taberna.

—No es un cuento, pero no está al alcance de mi poder. Las Brujas de la Espesura pueden transformarse en todo tipo de bestias. Podrían ser capaces de cambiar de forma a víctimas involuntarias, también, por todo lo que sé. Pero yo no soy ninguna Bruja de la Espesura, ni tampoco lo eres tú.

Garahel inclinó su silla hacia atrás con exasperación, golpeando el mimbre contra la pared de la taberna.

—Bueno, ¿qué *podemos* hacer?

—Araveles, —murmuró Isseya.

Su hermano alzó las cejas. Amadis resopló.

—Araveles, —repitió la mujer marqueña de pelo oscuro—. ¿Quieres decir barcos de tierra? ¿Como los que usan los Dalishanos? ¿Enormes carretas que vuelan entre los árboles? Esos no existen.

—Existen, —dijo Isseya—, y es la magia la que les permite pasar a través de los bosques. No podemos llevar a la gente a través del aire, y no podemos cambiar su forma a ratones, pero podemos usar la magia… y un poco de carpintería… para convertir sus barcos pesqueros en naves de tierra.

Ella observó cómo la idea penetraba entre los Guardas Grises y sus compañeros alrededor de la mesa. De algún modo, ninguno se mofó. Garahel parecía intrigado, Amadis escéptica, los gemelos puramente entretenidos por la novedad de la sugerencia.

Calien tiró de su capucha hacia atrás por completo.

—¿Sabes cómo encantar un aravel?

—No, —admitió Isseya—. No soy Dalishana. No tengo su sabiduría. Pero sabemos que puede hacerse, así que deberíamos ser capaces de encontrar nuestra forma. Los nuestros puede que no sean tan fuertes o gráciles como los auténticos araveles. Sólo tienen que ser lo suficientemente buenos como para llevar a la gente de Wycome sobre el mar o sobre las llanuras del río antes de que la Ruinas se los trague a todos.

—Eso es aún pedir un montón, —dijo Calien dubitativo—. ¿Tienes alguna idea de cuánto lleva investigar nueva magia?

—Una semana, —respondió Isseya—, porque eso es lo que tenemos. —Ella se levantó, empujando su vaso vacío a un lado para unirse a los otros con un clinc—. Tal y como están las cosas, los Guardas Grises comparten la misma norma que los Cuervos. Hacemos lo que sea que se necesite hacer. Y lo haremos en siete días.

8
5:12 EXALTADA

No llevó siete días. Sólo les llevó tres construir su primer aravel.

Comparado con los legendarios navíos Dalishanos, era una cosa achaparrada y sin gracia. Parecía como un barco pesquero reforzado torpemente acoplado sobre ruedas de carreta, porque eso era exactamente lo que era. Los Guardas lo habían montado a partir de piezas de lo que la gente del pueblo había donado, y habían practicado el tratar de moverlo alrededor de un viejo pasto de ovejas lleno de hierba crecida en exceso.

Una vez la Guarda-Comandante Senaste entendió lo que estaban tratando de hacer, trajo otro par de Guardas sénior para ayudar a los esfuerzos de Garahel. La Guarda-Comandante no estaba dispuesta a perder recursos significantes en un proyecto tan aparentemente frívolo, pero tampoco estaba dispuesta a perder ninguna oportunidad de prevenir que todo Wycome fuera tragado por la Ruina. Darles dos magos más era su forma de marcar la diferencia.

Con la ayuda de aquellos dos magos, tuvieron éxito, en cierto modo. Sus araveles nunca flotarían suavemente a través de los bosques como los de los Dalishanos, pero Isseya había dominado el peligroso arte de modificar las explosiones de fuerza para mantenerlos a cierta altura constante, sostenidos en el aire. Antes, había juzgado mal la intensidad de sus hechizos, con el resultado de que había hecho estallar su primer intento de aravel en astillas tras lanzarlo diez pies en el aire.

Pero el nuevo fue construido más robustamente, y los cálculos de Isseya habían mejorado, y así en el tercer día, tenían un barco que podía hacer un ágil, aunque profundamente incómodo, viaje a lo largo de las Marcas Libres.

Por su cuenta, todo lo que podía hacer era sostener la cosa inmóvil en el aire. Podía hacer levitar el aravel, pero no podía hacerlo volar. Pero con un grifo en un arnés para darle un impulso hacia delante, el aravel podía eficientemente volar veinte metros sobre el suelo, e iba tan rápido como el grifo fuera capaz de tirar de él.

—Ahora todo lo que necesitamos son cien más, —dijo Garahel, inclinándose contra un pilar de piedra desgastado que había dado apoyo una vez a parte de la valla de pasto hace tiempo desaparecida. Ni siquiera trató de ocultar su sonrisa mientras Isseya hacía botar y rebotar el aravel improvisado en un agonizante aterrizaje en la ladera de la colina.

—Y cien grifos para tirar de ellos, y cien magos para mantenerlos a flote, —estuvo de acuerdo Amadis. Perezosamente, cogió una margarita de un montón de hierba, giró el tallo entre sus dedos, y lo lanzó al pastizal—. Es tan simple, no puedo creer que nadie pensara en ello antes.

—Para ser justos, *tienes* que ser amenazado con una Ruina antes de llegar a que una de estas cosas pueda parecerte una buena idea, —señaló Garahel—. E incluso entonces, no estoy seguro de cuánta gente de la ciudad va a querer saltar adentro.

—Me alegro mucho de que vosotros dos estéis entretenidos, —murmuró Isseya mientras alzaba el aravel de nuevo y lo volvía a hacer bajar a la tierra. Los despegues y

aterrizajes eran las partes más peligrosas; aquellas eran donde era más probable que se rompiera el vehículo. Noto, con cierta satisfacción, que las ruedas apenas se sacudieron al aterrizar esta vez—. Pero si queréis ser *útiles*, podríais trabajar en hacer esos otros cien araveles. Si los tenemos, podríamos realmente ser capaces de salvar a la mayoría de esta ciudad.

—Senaste ya ha dado la orden, —dijo Amadis. Su sonrisa no podía haber sido más satisfecha si hubiera sido un gato con un canario—. Lo hizo oficial hace una hora. Los Guardas Grises comenzarán a evacuar Wycome por araveles aéreos, ¿qué tal eso para un trabalenguas? Tan pronto como veinte de los barcos estén terminados y cargados. Nosotros tres, y vuestros dos grifos, escoltaremos a ese primer grupo hasta Refugio Celeste.

Isseya se alejó del "aravel" barco pesquero, alisando su pelo revuelto por el viento mientras cruzaba los pastos herbosos de vuelta a sus compañeros. Los pájaros en los lindes que les rodeaban, los cuales habían sido asustados al silencio por los extraños movimientos del vehículo, empezaron a avivarse a cantar de nuevo. Los primeros trinos y silbidos de sus melodías renovadas escoltaron a la maga fuera de la pradera.

—Está forzando la apuesta de nuevo.

—Por supuesto que sí, —dijo Garahel—, pero aún va a ganar esa apuesta. Tenemos nuestra oportunidad, Isseya. Podemos salvar a esta ciudad.

Parte de ella, pensó Isseya, pero no dijo eso. No quería atenuar el revuelo de excitación que iluminaba los ojos de su hermano. La esperanza era el mayor don de Garahel, y era uno que las Marcas Libres necesitaban desesperadamente justo ahora.

—¿Así que veinte araveles? —dijo ella—. Será mejor que nos pongamos a martillear.

* * *

Tal y como eran las cosas, Garahel era abismal martilleando. La preocupación y paciencia exigidas para un buen trabajo de carpintería eran un anatema por completo para el arquero elfo. Si no podía dispararlo, cortejarlo, o contarle historias indecentes, gruñó Amadis, Garahel no tenía interés en nada en absoluto.

No es que la mujer Marqueña fuera mucho mejor. Pero, como Amadis fue rápida en señalar, *ella* conocía sus limitaciones y permanecía fuera del camino de la gente de la ciudad. En su lugar ella pasaba el tiempo escribiendo cartas a varios amigos y familiares en la nobleza de las Marcas Libres, otros capitanes mercenarios de su familiaridad, y cualquier otro que pensara que podría ser útil en los esfuerzos de guerra. A menudo pedía a Garahel que entregara esas cartas a lomos de grifo, una tarea que rutinariamente le mantenía fuera de Wycome desde el amanecer hasta el anochecer.

Finalmente, tras una mañana en la que Amadis le había dado a su hermano un saco lleno de cartas y una lista detallada de nombres, Isseya tuvo que preguntarle:

—¿La Guarda-Comandante no se molesta por que estés usando a Garahel como chico de los recados?

—Por supuesto que no, —respondió Amadis, sus ojos oscuros abriéndose con sorpresa. Ella atusó su brillante pelo negro con una risa—. ¿Qué mejor utilidad hay para él? No tiene ningún don para la magia y es inútil con una sierra, ya lo has visto tú misma. Pídele construir araveles, y encontrará una forma de hundir esos barcos pesqueros en tierra.

—Pero lo que sí *puede* hacer es cabalgar en ese grifo de aspecto gracioso hasta los rincones recónditos de Thedas a una velocidad extraordinaria. Y ahí puede usar sus dones para encantar o ganarse a señores y damas y asesinos endurecidos a nuestra causa. ¿Tienes alguna *idea* de qué tipo de prestigio le da esa gente a un mensaje personal firmado por la princesa-capitana de los Dracos Rubí y entregado por un Guarda Gris montado en un grifo? Es una historia para sus nietos, si viven lo suficiente como para tenerlos. Es algo que contarle a sus amigos y con lo que asombrar a sus subordinados. Para aquellos que no son propensos a asombrarse, es un recordatorio señalado de la fuerza que podemos ejercer a voluntad. En cualquier caso, hace muy, muy difícil que digan que no.

—Así es la política, —dijo Isseya con desagrado, mirando alrededor. Eso explicaba por qué a Amadis le habían dado una habitación privada con su propio escritorio, un fajo de papeles, y el raro lujo de las plumas de escribir cuando todas las plumas de ganso de Wycome habían sido requisadas para flechas. Había pensado que era raro que la resueltamente práctica Senaste mostrara tanta consideración por una invitada, sin importar lo bien conectada que estuviera a la familia gobernante de Refugio Celeste… pero esto ponía un brillo más pragmático en las acciones de la Guarda-Comandante.

—Es política, —estuvo de acuerdo Amadis con una sonrisa amistosa—, y sería mejor que te acostumbraras a jugar al juego. La guerra es simplemente política con espadas, y apuntamos para ganar.

—Soy mejor en la magia, —murmuró Isseya, dejando a la mujer humana con sus cartas.

Aquellas cartas funcionaban, aún así. Cada día, Garahel traía de vuelta más promesas de apoyo y promesas de ayuda. El Príncipe Vael informó de que los refugiados de Wycome encontrarían seguridad en Refugio Celeste, y aunque Amadis les advirtió que se tomaran las promesas de su primo a la ligera, aún se sentía como una victoria.

O, al menos, se sentía como si *pudiera* ser una victoria, si tan sólo podían llevar a esa gente a la ciudad a tiempo.

Sus días se estaban agotando. Incluso con cada hombre y mujer capaces trabajando día y noche para construir araveles de barcos pesqueros y ruedas de carreta —o carros de burros y trineos, o lo que fuera que pudieran encontrar— no era probable que hubieran conseguido más de treinta cuando la Ruina se los llevara. Isseya se encontró a sí misma esperando que aún así estuviera liderando al primer grupo para salir de Wycome cuando los engendros tenebrosos golpearan, para que así no tuviera que ver caer la ciudad.

Pero la gente de la ciudad trabajaba como posesos, y una semana después de que Isseya propusiera la idea en primer lugar durante su embriagada reunión en la Manzana

de Vidrio, tenían suficientes araveles improvisados para el primer transporte fuera de Wycome.

Dieciocho vehículos fueron atados en una doble fila. Habían terminado sólo diecinueve a tiempo, y uno se había roto durante las pruebas de estrés cuando Isseya lo hizo golpear un pastizal de ovejas para simular un aterrizaje ajetreado.

Casi doscientos cincuenta ciudadanos estaban apiñados en aquellos navíos, los cuales parecían absurdamente frágiles como para llevarlos por las Marcas Libres a velocidad. La comida, ropa y reliquias familiares amontonaban los finos estantes de madera entre los niños con ojos como platos y sus padres, que ponían caras de valentía y los abrazaban fuertemente. Careciendo de mucho espacio para el almacenamiento, la mayoría de la gente había escogido llevar sus mejores ropas para salvarlas, y sus finezas de festival daban al asunto un aire grotesco. Gallinas y gansos insatisfechos protestaban en maltrechas jaulas atadas sobre los laterales de los barcos. Sus constantes graznidos y chirridos, y ocasionales estallidos de plumas, se añadían a la atmósfera surrealista.

Crookytail y Revas estaban en cabeza de la procesión, cada uno enlazado a una cadena de nueve araveles. La Guarda-Comandante Senaste les había dado nuevos arneses para los grifos, y los brillantes medallones de plata atados en las tiras de cuero acolchado brillaban como joyas en la luz matinal neblinosa. Parecía imposible que los grifos, por poderosos que fueran, pudieran alzar tal tremenda carga en el aire… y *era* imposible, sin magia.

Quizás incluso con ella, pensó Isseya, antes de que empujara esas dudas indeseables a un lado. Ató las mangas de su túnica alrededor de sus muñecas y codos, ajustó la amplia banda que sostenía su pelo en su lugar, y miró por el camino hacia el Guarda en cabeza de la otra fila. Garahel estaba sentado junto al hombre, murmurando palabras reconfortantes a su grifo. Él tenía el control de Crookytail, pero era el mago el que mantendría sus araveles elevados.

Isseya no tenía nadie más para guiar a Revas. Lo haría todo por su cuenta, porque tomar ambas tareas por sí misma significaba que había espacio para un pasajero más.

Ella cogió aliento profundamente, luego gritó al otro aravel líder:

—¿Preparado?

—¡Preparado! —gritó en respuesta Garahel. Sonaba mucho más animado de lo que se sentía Isseya.

—Preparado, —se hizo eco el otro mago solemnemente.

Isseya envolvió las riendas de Revas alrededor de su muñeca izquierda y tensó ambas manos alrededor de la solidez suave de su bastón. Se abrió al Velo y sintió su energía etérea llenarla, fluyendo a través del conducto de su bastón. Los susurros de los espíritus y los demonios provocaban en los límites de sus pensamientos, haciéndose eco del tamborileo de la magia a través de su alma.

Ella empujó esos susurros bien lejos y reunió la magia. Como había practicado tantas veces en los días previos, Isseya le dio forma hasta un suave cono de amplia base. Era una formación acolchada, disipándose en un cojín en forma de nube en el fondo. Esa base

amorfa aplanada era lo suficientemente amplia como para apoyar toda la columna y también difundía la fuerza del hechizo, evitando que rompiera los araveles. Una vez que lo tuvo firme, era soportable, aunque costoso, sostener las ondas redondas de fuerza que surcaban a través del hechizo.

Suavemente, ella gritó a Revas:

—*Elévate*. —Mientras el grifo extendía sus alas negras y empujaba hacia arriba, confiando en que Isseya hiciera posible que alzara la carga imposible en lugar de romperse contra ella, la elfa lanzó su cono de fuerza a la tierra.

Los araveles se sacudieron hacia arriba tras el grifo, reptando hacia el aire vacío como una oruga enorme de madera, cuerda y metal. Un recorrer de jadeos y gritos llegó desde detrás de Isseya, haciéndose eco un segundo más tarde mientras Crookytail tomaba el aire junto a ellos y alzaba la segunda fila.

Las cuerdas y cadenas que unían a los araveles crujieron alarmantemente, pero con los hechizos de los magos manteniéndolos a flote, se mantuvieron juntos. A veinte pies por encima de la tierra, se estabilizaron. Y sin ningún peso cargándolos, los grifos tiraron suavemente hacia delante en el arnés, cada uno llevando una larga fila de barcos pesqueros flotantes y jinetes entusiasmados, aterrorizados.

Ninguno de los grifos estaba acostumbrado a volar tan bajo. Ni tampoco Isseya, de hecho. Las orejas de Revas estaban aplastadas contra su cráneo, y el brillo en sus fosas nasales mostraba la incomodidad del grifo al frotar tan de cerca las copas de los árboles. Isseya *quería* darle rienda suelta para que volara alto, donde se sintiera más cómoda. Pero no podía, porque el cono de fuerza que sostenía a los araveles en alto no podía alcanzar más altura. Si ascendían, la magia fallaría, y todos caerían chocando.

—Confía en mí, —imploró al grifo.

Era difícil decir si Revas la escuchaba. Una oreja negra peluda se retorció, pero eso podía haber sido el viento. Sin embargo, el grifo voló recto y a nivel, virando alrededor de los árboles más altos en lugar de intentar tirar de los araveles sobre ellos.

Y entonces estaban surcando las Marcas Libres, sobresaliendo sobre salientes rocosos y árboles cubiertos de maleza y parches de pradera que habían empezado a crecer salvajes después de que las ovejas y las vacas que una vez las pastaban habían sido masacradas en preparación para el asedio. Arroyos y riachuelos brillaban de un plateado resplandeciente, casi perdidos antes de que Isseya los viera.

Sabía que Revas no estaba volando tan ágilmente como podía. Si acaso, el grifo estaba caminando para un largo viaje. Pero, cuando volaban tan bajo junto al suelo, el paisaje parecía correr mucho más rápido de lo habitual.

En media hora, Wycome ya no estaba a la vista tras ellos. Los afluentes del río Minanter fluían a su alrededor, rizándose bajo la presión del cono de fuerza de Isseya cuando la caravana cruzaba sus aguas. Mantener el hechizo sobre el agua era traicionero —el río fluía y refluía impredeciblemente bajo ellos, haciendo difícil que aguantara los araveles firmemente— así que la elfa guió a su grifo rápidamente por los afluentes y entonces mantuvo a Revas volando por la costa.

Al norte, donde la Ciudad de Antiva había estado y podría, en alguna parte, aún existir, la capa de nubes negras de la Ruina era un borrón de humo sucio sobre el horizonte. Principalmente, afortunadamente, los árboles la obscurecían de la vista. Pero ocasionalmente los árboles se afinaban, y entonces Isseya captaría un vistazo de un cielo morado con nubes que se hinchaban como forúnculos a punto de explotar, y de rayos sin sonido que apuñalaban de nube a nube en una manifestación eléctrica de agonía.

Nunca ningún amanecer, nunca ninguna lluvia. Sólo la sombra alzándose de la tormenta en el horizonte.

Era raramente visible, aún así, y nunca vieron nada de Ansburg, aunque Isseya sabía que la ciudad yacía no muy lejos de su ruta al norte. A veinte pies sobre el suelo, la mayoría de lo que veían eran árboles y colinas. Pasaron granjas vacías donde perros flacos alzaban sus cabezas y aullaban esperanzados a los araveles, y pasaron otras ocupadas donde los habitantes los miraban con sospecha a través de las ventanas cerradas con maderas.

El sol se arqueaba firmemente hacia arriba desde la mañana hacia el medio día, y luego empezaba a deslizarse inexorablemente hacia la puesta de sol. Dos veces se detuvieron los araveles, permitiendo un breve respiro a los grifos y a los magos, y permitiendo que sus pasajeros comieran y se aliviaran y estiraran sus piernas adoloridas. El terror y la urgencia de su viaje era tal, sin embargo, que poca gente quería hacer ninguna de aquellas cosas, y la mayoría de ellos estuvieron visiblemente aliviados cuando sus viajes continuaron. Todos querían estar a salvo tras los muros de Refugio Celeste.

Y en el brillo rojo de la puesta de sol, aquellos muros finalmente llegaron a la vista.

Eran imponentes: una montaña curvada de tierra coronada con anillos concéntricos de alta piedra gris, brillando por el sol poniéndose. Al lado norte, el Río Minanter corría a través de la puerta de agua de la ciudad, creando un rugido bajo constante como el sonido del mar. La propia ciudad, vista sólo como una gloria de palacios de mármol sobre colinas verdes y rodeada de amplios bulevares, se desvanecía tras la altura de sus muros mientras la caravana se aproximaba.

Los penachos se sacudían desde las torres de aquellos muros, representando tres peces negros rodeando un cáliz blanquecino en un campo de rojo. Al menos, Isseya pensaba que eran peces. No era fácil decirlo, con todas las púas y florituras. Fueran lo que fueran, estaban siendo vigilantemente defendidos por filas de soldados en subcapas rojas y cota de malla de acero.

Uno de los soldados, que parecía ser un oficial por la malla de placas bajo su subcapa y la cuerda de trenza de oro alrededor de su pecho, alzó un antebrazo con guantelete para saludar a los Guardas Grises mientras llegaban al alcance de sus gritos.

—¡Guardas! ¡Sean bienvenidos a Refugio Celeste!

—¡Gracias! —gritó en respuesta Garahel, logrando un tono animado incluso aunque estaba tan exhausto como el resto. El Guarda elfo guió a Crookytail de vuelta al suelo, mientras Isseya y el otro mago bajaban los araveles suavemente tras los grifos que

descendían. Les llevó unos cuidadosos cinco minutos aterrizar; ahora que sabían que los araveles flotantes podían funcionar, era crucial mantener cada uno de ellos intacto.

Pero los araveles aterrizaron suavemente, acomodándose en el lecho del río Minanter con una serie de crujidos de madera y graznidos de las aves de corral de sus laterales. Los refugiados de Wycome empezaron a desembarcar, mirando alrededor con inseguridad.

Incluso mientras luchaban por encontrar sus pertenencias tras sus largos viajes a través del aire, las puertas de Refugio Celeste se abrieron. La gente salió, sosteniendo ofrendas de comida y agua y vino.

—¡Saludad a los héroes de Wycome! —gritó un hombre, y pronto la multitud alzó el grito.

—¡Los Guardas! ¡Los Guardas Grises! ¡Saludad a los héroes de Wycome!

—Me pregunto cuánto durará eso, —murmuró Isseya entre dientes. Refugio Celeste podría estar entusiasmado por tener una victoria sobre los engendros tenebrosos ahora —incluso una victoria tan limitada como salvar a algunos de Wycome de la horda— pero se preguntaba cuánto aguantaría su entusiasmo cuando se dieran cuenta de que tenían cientos de refugiados más para meter en una ciudad ya llena.

No era la única que se preguntaba tales cosas.

—¿Encontrarán sitio para todos nosotros, de verdad? —una mujer mayor, con cara de luna, preguntó a Isseya con un temblor quejumbroso. Un pañuelo de seda vistoso, pintado con pavos reales de un azul brillante y rosas escarlata, cubría sus hombros redondos. Probablemente era la cosa más fina que tenía, y resaltaba en un agudo contraste contra lo plano de su vestido hogareño. Las arrugas en la cornisa de su boca temblaban mientras miraba a los guardias—. Nadie quiere bocas extra en un asedio.

—Pero quieren soldados extra en una guerra, —respondió la elfa. Era la única esperanza honesta que podía ofrecer. Unas manos que ayudaban siempre eran bienvenidas en los tiempos difíciles.

La mujer se aferró al broche de madera tallada que sostenía los extremos de su pañuelo sobre su pecho.

—Soy una abuela, no un soldado. No puedo luchar.

—Esto es una Ruina, —dijo Isseya. Un tono duro reptó hasta su voz; ella lo escuchó, y vio a la mujer redonda flaquear en respuesta, pero no se detuvo. Estaba demasiado cansada para eso—. Puedes luchar, y lo harás. Tomaste esa decisión cuando te subiste al aravel. No seremos capaces de sacar a todo el mundo de Wycome. No tenemos suficientes barcos, o suficientes grifos, o suficientes magos para salvarlos a todos. Alguien más morirá porque ocupaste su lugar. Así que *lucharás*, o yo misma te mataré por malgastar mis esfuerzos y un punto que podría haber ido para alguien con algo de coraje.

La boca de la mujer se quedó abierta del shock. Tartamudeó algo indescifrable y se volvió sobre sus talones, huyendo de vuelta hacia la multitud de ciudadanos que estaban desempacando sus pertenencias de los araveles. En unos segundos, se había ido.

Garahel desató la última tira del arnés de Crookytail y, con un golpecito final en el flanco del grifo para señalarle que era libre, caminó hacia Isseya.

—Esa fue una… forma única de reunir las tropas.

—*Tú* las reuniste, —gruñó Isseya a su hermano—. Tú eres el líder de guerra carismático. Yo los traje aquí para ti, pero después de eso no me importa.

—Eso no es verdad ni de cerca, —dijo Garahel airado—, pero está bien. Sé que estás cansada. Vamos, disfrutemos de la hospitalidad del Príncipe Vael por una noche. Sólo tenemos esta, ya lo sabes.

—Mañana vamos a volver a Wycome, lo sé, —dijo Isseya cansada. Ya habían planeado hacer tantos viajes como pudieran hasta que los engendros tenebrosos llegaran a las puertas de Wycome. Había parecido una perspectiva más razonable antes de que realmente experimentara el cansancio que venía de guiar y apoyar la caravana por todo un día.

—No. Kavaros y tres de los Guardas de Refugio Celeste llevarán los araveles de vuelta a Wycome. La Guarda-Comandante Senaste los reemplazará al llegar, y continuaremos haciendo que los equipos confíen en los araveles tanto como podamos. Pero tú y yo ni vamos a volver a Wycome ni nos quedaremos en Refugio Celeste. Tenemos trabajo que hacer en los Anderfels, por si lo has olvidado. Así que bebe su vino y disfruta de sus alabanzas. Permítete ser un héroe por una noche. Por la mañana seremos sólo Guardas Grises de nuevo.

9
9:41 DRAGÓN

—¿Qué le ocurrió a los grifos? —preguntó Valya.

Le llevó al Chambelán de los Grises un tiempo responder. No era un anciano, precisamente, pero podía fácilmente ser confundido con uno. Gentil y somnoliento, a menudo parecía perdido dentro de su propia cabeza de pelo alborotado. Caronel le había dicho que los visitantes a veces confundían al chambelán por uno de los Tranquilos, y mientras que Valya no estaba del todo segura de que hubiera ido en serio, podía imaginar que la historia fuera cierta. El Chambelán de los Grises *sí* tenía algo de su aire neblinoso.

Él se volvió y parpadeó serio hacia ella.

—¿Los grifos?

—Después de la Cuarta Ruina. Todos se desvanecieron, ¿no es así?

—Sí. —El chambelán bajó por las filas de la biblioteca, pasando de charcos de luz gris a las sombras y de vuelta otra vez. Valya trotaba junto a él, ajustando el saco que llevaba las cartas del chambelán para ese día. La mayoría de la correspondencia era realmente para la atención del Primer Guarda, pero durante los últimos años, si no más, había sido el chambelán el que había manejado las cartas mundanas de Weisshaupt. La mente de la Primera Guarda estaba en cosas más grandes.

Cada uno de los nuevos reclutas tomaba turnos para servir como el asistente del chambelán durante un día. Ordinariamente, el deber era reservado para los nuevos Guardas Grises que habían pasado sus Uniones, pero los magos de Hossberg habían sido instruidos para compartir esa tarea.

A Valya no le importaba. Significaba un día tranquilo, trabajo ligero, y una oportunidad de hacer todas las preguntas que habían estado zumbando alrededor de su cabeza. El chambelán era un hombre de un temperamento tan leve que su rango no parecía importarle; ella sentía que podía hablar con él casi como con un igual.

—¿Así que qué les pasó?

—Murieron.

—¿Pero cómo?

El chambelán alzó una ceja grisácea. Tenía unos pelos de las cejas extraordinariamente largos; cayeron hasta que casi tocaron sus pestañas.

—Has estado estudiando la Cuarta Ruina.

Valya no estaba segura de si era una pregunta. No *sonaba* como una, y suponía que el Chambelán de los Grises sabía muy bien que era una de los intrusos que habían estado merodeando en su biblioteca durante el último mes, ya que era su proyecto en el que estaban trabajando, pero no podía imaginar que fuera una afirmación declaratoria.

—Sí, por supuesto.

Él asintió, sacudiendo su escasa pero alborotada melena gris sobre los hombros de su túnica.

—Y por lo tanto te preguntas qué fue de las bestias que nos llevaron a tal gloria en aquellas batallas. Te preguntas por qué ya no tenemos las maravillas de la magia que ellos hicieron posible.

—Sí.

El chambelán suspiró. Su cara se partió en una sonrisa nostálgica.

—Todo el mundo se pregunta eso. Yo lo hice también una vez. Pero los grifos se han ido, niña. Murieron en la Ruina. Tantos murieron en la pelea que los supervivientes no podían sostener la población. Se volvieron débiles. Finalmente los jóvenes morían prematuramente dentro de sus huevos, y eso fue el fin para ellos. Un gran sacrificio. Una gran tristeza.

Una gran mentira, pensó Valya.

Ella no lo dijo. No tenía ningún motivo real para creer que el Chambelán de los Grises estuviera mintiendo. No había ningún indicativo obvio en su comportamiento, y era cierto que los grifos se habían desvanecido al final de la Ruina. La guerra se había alargado año tras año demoledor, y por gran parte de ese tiempo había ardido sobre los Anderfels, donde se decía que los grifos cazaban, se cortejaban y hacían sus nidos. Quizás todos *murieron* en la Ruina.

Pero no podía apartar el pequeño retorcer de duda en las profundidades de su alma.

El chambelán pareció tomar su silencio como conformidad. Suspiró de nuevo y abrió la puerta de su oficina privada. Era un follón perpetuo de papeles amontonados en pilas desorganizadas, muchas d ellas cubiertas de una gruesa capa de polvo. En cierto punto había habido una segunda silla para que la usaran los visitantes, pero estaba enterrada en un montón de papeles incluso más alto que el de su escritorio. Sólo el sello tallado en madera de su respaldo destacaba en medio de los montones.

Lentamente, con un pequeño gruñido crujiente, el chambelán se acomodó en la única silla funcional del estudio. El cuero era viejo y estaba agrietado a ambos lados del asiento, y las muescas permanentes en los cojines del fondo y el respaldo ya estaban hechas a la forma del Guarda sénior. Inclinándose en su silla, el chambelán hizo un gesto para que Valya se acercara.

—¿Qué cartas han venido hoy?

—Ah… —Valya dejó caer el saco apresuradamente y miró a través de los pergaminos y paquetes—. Esta es del Alcázar de la Vigilia. Otra de Denerim, pero no reconozco el sello del arl, lo siento. Orzammar, Refugio Celeste…

—¿Algo del sur? ¿Orlais?

—No, creo que no… —Ella miró los sellos e insignias restantes—. Nada que lo diga en el exterior, o que reconozca por su firma. Pero por supuesto podría estar pasando por alto algo fácilmente.

—Mm. —El chambelán inclinó su cabeza hacia atrás, hundiéndola más bajo en su silla, y le hizo un gesto de nuevo mientras cerraba los ojos—. No, no, estoy seguro de que tienes razón. Las estúpidas fantasías de un anciano, preguntándose por qué la Guarda-Comandante Clarel ya no escribe más… cuando es probable que simplemente no quiera

nada de nosotros de momento. La gente siempre escribe cuando tienen exigencias, y nunca cuando están contentos. O haciendo diabluras. En cualquier caso, no importa. ¿Qué dicen desde el Alcázar de la Vigilia?

Valya rompió el sello de cera con su pulgar y abrió el paquete plegado. Escaneó las primeras líneas, luego sacudió la cabeza con una sonrisa triste. El chambelán había tenido razón.

—El nuevo Guarda-Comandante respetuosamente solicita un suministro de lirio, armas y armadura para reemplazar algunas pérdidas durante un encuentro con… ah, árboles poseídos por demonios. En llamas. Aquí hay una lista de las peticiones específicas.

—No lo dudo, —dijo el chambelán con un resoplido. No abrió los ojos—. ¿Y el arl misterioso de Denerim?

Era otra petición de ayuda: la mujer del arl pensaba que había visto un genlock en el sótano cuando bajó para buscar una botella, y por lo tanto el arl exigía que una compañía de Guardas Grises viniera y cazara a los engendros tenebrosos que, sin duda, habían entrado desde los Caminos de las Profundidades a través de su bodega personal. La carta no hacía ninguna mención de lo borrachos que habían estado el arl o su esposa en el momento del supuesto avistamiento.

Las otras cartas eran menos frívolas, pero la mayoría de ellas *eran* demandas de algún tipo u otro. Tanto los magos como los templarios exigían ayuda al luchar contra sus enemigos, y tanto los templarios como los magos escribían buscando refugio. Los exploradores en los Anderfels informaban acerca de avistamientos de engendros tenebrosos y aparentes patrones de sus actividades. Los enanos mandaban información similar de la actividad de los engendros tenebrosos en los Caminos de las Profundidades, así como notas de las llegadas, partidas y muertes —supuestas o confirmadas— de Guardas que últimamente habían ido a sus Llamadas.

Fue después de que Valya hubiera terminado de leer los nombres mandados desde Orzammar que el chambelán finalmente se alzó y abrió los ojos.

—Suficiente, —dijo él, haciéndole un gesto para que se fuera del estudio—. Suficiente. Vete. Tienes otro trabajo al que atender. Deja el resto de las cartas.

Inclinando la cabeza, la joven elfa se retiró.

Fue a la alcoba con el monumento a Garahel, pretendiendo continuar su investigación con el resto de los magos de Hossberg, pero era más tarde de lo que había pensado, y los otros ya se habían ido para el almuerzo. La única otra persona que aún estaba en la biblioteca era la templaria, Reimas, que estaba sentada sola en una mesa con un único libro yaciendo cerrado enfrente de ella.

Valya habría estado bastante feliz de dejar a la mujer con lo que fuera que estuviera haciendo con ese libro cerrado, pero Reimas le llamó a través del silencio de la biblioteca:

—Tú. Valya.

La elfa se quedó helada. No pudo evitarlo. La respuesta estaba grabada tras años de vivir en el Círculo de Hossberg. Con un esfuerzo consciente, se relajó, suavizó toda expresión de su cara y se volvió hacia la mujer mayor.

—¿Sí?

—¿Vendrías a sentarte conmigo un momento?

Valya se tensó de nuevo. No tenía por qué obedecer, se recordó a sí misma. Esto no era el Círculo. Los templarios no tenían ninguna autoridad en Weisshaupt. Pero aún era muy difícil dejar ir el viejo hábito del miedo.

—¿Por qué?

—Para hablar. Sólo para hablar. —La sonrisa de Reimas parecía extraña en la cara fina, larga, de la mujer, que habitualmente se acomodaba en líneas de penumbra contemplativa.

Pero la petición parecía sincera, aunque un poco extraña, así que Valya vacilante se aproximó a una silla al otro lado de la mesa. No directamente enfrente de la templaria; quería más distancia que esa. Enfrente y a una silla de distancia fue donde Valya escogió sentarse.

—¿Acerca de qué?

—No confías en nosotros. —Reimas puso sus manos en la mesa enfrente de ella, cerrándolas sobre la cubierta del libro sin leer. Tenía unas grandes manos, masculinas, con anchos dedos y palmas con callos. Viejas cicatrices dejaban un entramado de marcas, algunas pálidas y otras moradas, en el dorso de cada una. Eran manos de soldado. Manos de templario—. Ninguno de vosotros los magos confía en nosotros realmente, puedo verlo… pero tú eres la que más sospechas tiene de todos.

—¿Eso es de lo que querías hablar?

—Sí. Y no necesitas tener sospechas. —Algo se retorció tras los ojos de Reimas, algún dolor antiguo y hace tiempo enterrado—. No estamos aquí para cazaros. No todo el mundo se une a la orden templaria porque disfruten de moler a magos bajo sus talones.

—¿Por qué otro motivo es posible que lo hagas? —dijo Valya, dejando mostrar su irritación. Empujó su silla hacia atrás con un arañazo sonoro contra las baldosas de la biblioteca—. ¿La gente está tan ansiosa de pasar sus días encerrada en una torre de magos asustados y frustrados por mejores motivos?

—Algunos sí. Yo lo estaba. —La templarias empujó su pelo castaño negruzco desgarbado tras sus orejas y bajó su mirada hacia el libro que no había estado leyendo. Era un libro de oraciones, Valya notó: *Homilías e Himnos al Hacedor*. A juzgar por la rigidez de su lomo, no parecía como si mucha otra gente lo hubiera leído tampoco—. Me uní a la orden para *protegeros*.

—Qué noble. ¿Se supone que tengo que preguntar por qué?

—Si quieres. Mi padre era un mago. No uno poderoso. Nunca había tenido ningún entrenamiento, e hizo lo que pudo para ocultar sus dones. Nunca nos lo mencionó a ninguno de los niños. No estoy segura de que siquiera se lo contara a mi madre. Ella podría haberlo sabido, aún así. Cosas extrañas ocurrían alrededor de nuestra casa a veces.

Los huevos se congelaban bajo nuestras gallinas por la noche. Las antorchas ardían con llamas azules, o verdes, y de vez en cuando veías pequeñas caras en el fuego o escuchabas diminutas voces. Sabíamos que no debíamos mencionar esas cosas a los extraños. Si alguien más en la aldea lo sabía, y algunos de ellos debían saberlo, estoy segura, nos guardaban el secreto también.

—¿Y entonces qué? —La irritación de Valya había desaparecido; en su lugar, una seguridad de plomo se había asentado sobre ella. Sabía adónde iba esta historia, y no era nada que quisiera escuchar de nuevo. Cada mago del Círculo había oído los mismos relatos de advertencia acerca de cómo los magos sin entrenar sucumbían a demonios y se convertían en abominaciones. Que le hubiera ocurrido realmente al padre de Reimas era triste, sin duda, pero no hacía que la lección fuera más bienvenida.

Pero esa no era la historia después de todo.

—Entonces alguien *sí* habló, y los templarios vinieron, —dijo Reimas—. Nunca averiguamos quién fue, o cómo lo sabían. No importaba de todos modos. Mi padre no era un hombre fuerte. Nunca había habido mucho coraje en él. Cuando recibió la noticia de que los templarios venían, llenó sus bolsillos con piedras y caminó hacia el lago. —Ella se quedó en silencio un momento. Sus pulgares se retorcían el uno alrededor del otro, los nudillos blancos con emoción reprimida.

Entonces exhaló un largo aliento y dejó sus manos planas sobre la cubierta del libro, mirando al título enmarcado entre sus dedos.

—Estuve enfadada después de eso. Por un tiempo. Odiaba a los templarios. Odiaba cómo interrogaron a mi madre con tal fría arrogancia, cómo nos interrogaban a los niños acerca de nuestro propio potencial para la magia, como si estuviéramos tratando de ocultar que éramos apestados. Durante años llevé esa rabia, ese odio. Crecí luchando contra cualquiera que se enfrentara a mí, sólo para tener algún sitio al que arrojar esa rabia.

—No puedo decirte cuándo empezó a cambiar, o por qué. Pero un día me di cuenta de que si realmente quería evitar que otros acabaran de la misma forma que mi padre, mi mejor opción sería hacer algo desde dentro. No tenía la piedad para unirme al clero honestamente. No me importaba un comino el Hacedor. Pero son los templarios a los que se les confía el proteger a los magos. Son los templarios los que los protegen, y los mantienen a salvo… si hacen bien su trabajo. Y yo tenía intención de hacerlo.

—¿Eso es por lo que te marchaste? —preguntó en silencio Valya.

—Eso es por lo que me marché. —Reimas la miró, finalmente. Los ojos de la mujer mayor eran brillantes y vidriosos. Quizás con lágrimas, quizás no; Valya no podía estar segura. La luz gris débil de la biblioteca hacía que fuera difícil decirlo—. Porque la orden había dejado de ser lo que debería ser.

—¿Por qué me estás contando esto? ¿Qué es lo que *quieres*? ¿Absolución para tu orden? ¿Para tu padre?

Reimas sonrió tensamente. Ella tocó sus ojos con la esquina de una manga, limpiándose lo que pudiera o no haber habido allí, y pareció retraerse tras sus habituales muros de posesa melancólica.

—No diré que no si te ofreces a hacerlo, pero no era mi intención pedirte eso.

—¿Entonces qué?

—La orden templaria ha caído bien lejos de lo que debería ser. Creo que puede ser vuelta a colocar en el camino correcto, pero… no ahora, no por mí. —Reimas empujó el libro de homilías hacia un lado, despejando la mesa entre ellas—. Pero los Guardas Grises aún son los héroes de las eras. Ambas estamos aquí ahora, esperando unirnos. Te pedí que te sentaras conmigo para que pudiera contarte mi historia, y explicarte que no necesitas tu rabia, o tu miedo. Todos estamos aquí porque queríamos refugio de las divisiones del mundo exterior. Todos estamos buscando una causa que no nos falle, y camaradas en los que podamos confiar. Eso es lo que quería decir.

—Bien, —dijo Valya, levantándose. Empujó su silla de vuelta a su lugar junto a la mesa—. Ya lo has dicho.

—¿Pero lo has escuchado? —preguntó Reimas.

Valya no respondió. Fue de vuelta a la cámara que contenía el monumento a Garahel, cogió el diario que había estado leyendo, y dejó a la templaria con su libro de oraciones sin leer.

10
5:19 EXALTADA

—¿Preparada? —gritó Felisse. La voz de la Guarda Gris ondeaba en el viento mientras su grifo de tripa leonada agarraba un soplo de aire en alza y rodeaba alejándose.

—¡Preparada! —respondió gritando Isseya. Escupió un bucle de pelo soplado por el viento de su boca y le hizo una señal a Revas para que se pusiera en fila tras Felisse. La nieve y los copos de cenizas ardiendo golpeaban sus mejillas en una harmonía incongruente, dirigidos por los soplos invernales que atrapaban las cenizas de las hogueras de la ciudad y las arremolinaba hasta arriba erráticamente.

Bajo la bandada de Guardas y grifos, la ciudad de Hossberg estaba rodeada de muros y barricadas ardiendo. Fuera de las barricadas, empujando contra el alcance de las catapultas y las ballestas de Hossberg como las olas de un mar malévolo, la horda de engendros tenebrosos surgía y retrocedía.

Siete largos años había durado el asedio. Los Anderinos, liderados por Guardas Grises, habían golpeado a los engendros tenebrosos regularmente durante aquellos años, a menudo forzando a la horda hacia atrás durante meses de una paz ilusoria. Pero siempre la Ruina volvía en nuevas oleadas de horror, empujando hacia atrás a los Anderinos tras la seguridad de sus muros y armas y ardientes barricadas de madera empapada.

La ciudad habría caído hacía tiempo si no fuera por los Guardas Grises. Aunque los meses de respiro eran suficientes a veces como para que los granjeros de Hossberg rascaran una escasa cosecha de las burdas tierras que rodeaban la ciudad, y para que sus cazadores rastrearan a los pocos ciervos delgados, asustados, que sobrevivían en sus bosques, se habrían quedado bastante incapaces de sostener la ciudad por su cuenta. Hossberg sobrevivía sólo porque los Guardas y sus grifos eran capaces de traer suministros de tierras menos abatidas y dejarlos caer desde el aire.

Isseya estaba asignada a uno de esos transportes ahora. Calien, el mago de la Ciudad de Antiva, estaba sentado tras ella en la silla de montar de pasajeros de Revas; Amadis estaba con Garahel en alguna parte al otro lado de la ciudad amurallada. Los cuatro habían perdido innumerables amigos y camaradas durante los últimos años, pero por suerte o por habilidad, ellos mismos habían sobrevivido.

Hoy estaban trabajando juntos para atraer a los engendros tenebrosos sobre el lado este de las barricadas, para que el transporte real pudiera dejar caer sus suministros sobre las fortificaciones del oeste de Hossberg.

El lado del señuelo de la operación era siempre, deliberadamente, más peligroso que la auténtica entrega. Como norma, los engendros tenebrosos tenían poca sofisticación y ninguna comprensión real de la táctica; pese a que Isseya había visto a dos emisarios que demostraban atisbos de una elevada inteligencia durante sus años luchando contra la Ruina, y había oído informes de un par de otros, los Guardas siempre buscaban y destruían a tales engendros tenebrosos tan pronto sabían de su existencia.

Sin tales dotados líderes para guiarlos, y con la ausencia de la supervisión directa del Archidemonio, los otros engendros tenebrosos eran poco más que brutos rabiosos. Hacerlos ir en la dirección equivocada era fácil: todo lo que requería eran un par de pases, una o dos bolas de fuego, y una lluvia de flechas para atraer su atención.

Sobrevivir a eso, sin embargo, podía ser un desafío.

Si volaban demasiado alto, los engendros tenebrosos perdían el interés y abandonaban. Si volaban demasiado bajo, los ogros serían capaces de tirarles del cielo con peñascos. Los genlocks y los hurlock podrían ser capaces de hacer caer sus grifos con un tiro afortunado desde sus retorcidos arcos negros. Incluso si ninguno de los engendros tenebrosos acertaba un golpe, volar tan cerca de las hogueras era peligroso por sí mismo, el humo y la luz podían marear a los grifos, y las corrientes de aire caliente que se alzaban desde las hogueras podían interferir con sus aleteos, haciendo que perdieran el control y tuvieran que hacer un aterrizaje forzoso, y un equipo que tocaba tierra fuera de las filas aliadas podía darse por muerto.

Pero si se podían mantener firmes, tenían una buena oportunidad para destruir una buena franja de la horda y traer cierto alivio a los defensores asediados de Hossberg. Y eso hacía que la estratagema mereciera la pena.

Delante de ellos, el grifo de Felisse plegó sus alas oscuras y se hundió hacia la marea irregular de engendros tenebrosos. Surgieron hacia ella como limaduras de hierro atraídas hacia un imán. Algunos de los genlocks y hurlocks ondeaban sus burdas espadas en el aire, saltando y balbuceando como si pudieran de algún modo saltar los cuarenta pies que los separaban de Felisse y su montura.

A treinta metros sobre sus cabezas, el grifo allanó su descenso y barrió sobre ellos, tirando de ellos por las barricadas ardiendo y luego lejos de las fortificaciones. El jinete de Feliser, un Guarda Gris llamado Jorak, mandaba flechas de plumas blancas perforando sus filas, incitando a los aullantes hurlock a nuevos niveles de furia. Algunos de los monstruos de ojos muertos desgarraban a sus propios camaradas caídos en frustración, pero la mayoría cazaban a los Guardas.

—Allá vamos, —dijo Isseya a Calien, haciendo una señal a Revas para que siguiera la ruta de Felisse. Desde el rabillo del ojo vio al mago asentir, y entonces estaban descendiendo y su concentración estaba sólo en los engendros tenebrosos.

Mientras Revas alcanzaba el punto más bajo en su caída, sobrevolando la horda tan de cerca que Isseya podía oler el frío rancio de su corrupción, Calien empezó a disparar rayos espirituales a las masas aullantes. Estaban comprimidos lo suficientemente cerca como para que el mago los devastara con hechizos más grandes, si hubiera querido, pero una bola de fuego o una tormenta de tempestad los habría dispersado, y querían mantener a la horda trepando los unos sobre los otros.

Delante de ellos, un tercer equipo de grifos se inclinó hacia abajo, anticipando la ruta que Felisse e Isseya estaban a punto de cruzar. Mientras ese grifo barría sobre los engendros tenebrosos, su pasajero vació un pesado saco sobre las cabezas aullantes de los

hurlocks. Una cascada claqueteante de botellas cayó, brillando en la oscura luz de las hogueras como perlas de granizo envenenado.

Un líquido lechoso rodaba dentro de aquellas botellas, y mientras el cristal se destrozaba en medio de la horda de engendros tenebrosos, ese líquido se vaporizó al instante en una densa niebla, opaca. La niebla alquímica mareaba y enfermaba a los engendros tenebrosos. Incluso los grandes ogros cornudos bramaban dolorosamente cuando la niebla los atrapaba. Mientras los hurlocks y los genlocks se tambaleaban los unos contra los otros, aullando y gimiendo con náuseas, los Guardas Grises soltaron sus hechizos y flechas.

Jorak, Felisse y el arquero que había lanzado ese saco de botellas dispararon todos sus carcajes tan rápido como pudieron, golpeando a los engendros tenebrosos con una tormenta castigadora de flechas. Un ogro cayó al suelo, golpeado con flechas como un jamón golpeado con mazas, y aplastó a dos genlocks bajo su cuerpo mientras caía. Sus extremidades se retorcían y tenían espasmos bajo el cuerpo del ogro como las patas de las arañas moribundas.

Junto al ogro caído, un emisario hurlock había abierto la boca para intentar lanzar un hechizo cuando una de las flechas de los Guardas le dio a través del fondo de su mandíbula, empujando a través de su lengua deformada y anclándolo al pecho del hurlock. El emisario gritó alrededor del asta, un horrible sonido de silbido, hasta que dos flechas más silenciaron su grito.

Otro engendro tenebroso, envuelto por la oscuridad y la niebla, murió a su alrededor. Algunos que no fueron asesinados inmediatamente cayeron heridos bajos las botas de sus camaradas y fueron pisoteados hasta hacerlos pulpa.

Isseya cerró sus oídos a sus gritos siseantes. Los engendros tenebrosos sonaban igual en la victoria que en la muerte. Era todo una cacofonía de gruñidos torturados y gorgoteos, malevolentes hasta el final.

Tras ella, Calien se había abierto por completo al Velo. Un aura arremolinada de energía rodeaba al mago, tan poderosa que su brillo era visible al ojo corriente. Podría haber asustado incluso a los engendros tenebrosos, si hubieran estado en condiciones de reconocer la amenaza.

Pero no lo estaban. No podían hacer nada salvo retroceder en la niebla y lamerse las heridas mientras el tercer Guarda mago golpeaba con bolas de fuego en los límites de su masa, calcinando a las criaturas deformes y espoleándolas a que se acercaran. La electricidad se reunió alrededor de Calien, haciendo que los pelos de la cabeza del mago se alzaran en el aire. Las chispas bailaban alrededor de las hebras, sacudiéndose brillantes por la fuerza de su conexión con el Velo.

Isseya soltó las riendas de Revas. El grifo tendría que guiarse a sí misma a través de la tormenta que iba a venir. Colocando sus manos contra el cuello de su montura para señalarle la concesión del control, la elfa se extendió en el Velo ella misma y empezó a dar forma a su propio hechizo.

El aire del invierno se enfrió aún más a su alrededor. Los suaves copos de nieve de los Anderfels se cristalizaban en el aire, convirtiéndose de repente en tan quebradizos que sonaban en el dorso de sus guantes de montar con tintineos como los de campanas diminutas. Vientos circulares empezaron a girar a su alrededor, abofeteando a Revas de lado a lado. El grifo estaba acostumbrado a esto, y se adaptó lo mejor que pudo, pero Isseya sabía que la parte más peligrosa estaba a punto de venir.

Ella desató su hechizo sobre los engendros tenebrosos casi directamente bajo ellos. Una ventisca ululante desgarró las filas de los engendros tenebrosos. Justo mientras la primera oleada de frío sobrenatural los desgarraba, congelando la sangre de los hurlocks heridos en un hielo negro irregular y hacía estallar las articulaciones de los genlocks como árboles llenos de savia, Calien hizo caer su propio hechizo sobre la tormenta invernal.

Los relámpagos atravesaron a los engendros tenebrosos, cortándoles en arcos blancos chisporroteantes que corrían horizontales al suelo. Isseya captó una mirada fugaz de una docena de hurlock paralizados por los relámpagos, sus cuerpos atravesados por flechas se arquearon hacia arriba de manera poco natural en la ráfaga de nieve. Cuando el shock les liberó, cayeron muertos al suelo.

Entonces Revas los pasó, conquistando la turbulencia de los hechizos de su jinete, trepando hacia arriba y subiendo a través del aire para dejar el campo de batalla atrás. Isseya se permitió respirar de nuevo, y flexionó sus dedos congelados para devolverlos a la vida. Calien cerró su conexión con el Velo; el aura arremolinada a su alrededor se desvaneció.

Había sido una entrega perfecta. No habían perdido ni a un solo jinete; no pensaba que nadie hubiera sido seriamente herido. Su ataque había desgarrado un trozo significante del ejército de engendros tenebrosos, y en alguna parte al otro lado de la ciudad, los soldados del Rey Toraden estaban recogiendo otra entrega de sal, carne seca y cebada para distribuirla a la población agradecida de Hossberg.

Su victoria fue total. Y no importó ni un poco.

En semanas, si no días, cada engendro tenebroso que mataran esa noche sería reemplazado por dos más. El ejército del Archidemonio era infinito. La táctica de reunir y destruir de los Guardas había sido perfeccionada durante innumerables entregas y *aún* estaba atrayendo a los engendros tenebrosos a sus muertes por docenas, ya que los engendros tenebrosos no aprendían nada de sus previos fracasos y no lo necesitaban. Tenían un suministro inacabable de soldados.

La Ruina continuaría hasta que el Archidemonio cayera. Todo el mundo lo sabía. Mientras viviera, los engendros tenebrosos seguirían viniendo.

—A no ser que no puedan llegar aquí, —murmuró en voz alta Isseya.

—¿Qué has dicho? —preguntó Calien.

Isseya se volvió en su silla de montar, justo lo suficiente como para ver al viejo mago por encima de su hombro. Habiendo perdido su carga estática, el pelo de Calien había caído de vuelta a su estado desemparejado normal. A la luz inconstante de los fuegos

distantes de Hossberg, parecía negro, no de su auténtico marrón oscuro. Sus ojos grises estaban igualmente oscurecidos, mostrando sólo brillos ocasionales de las sombras profundas de sus cuencas.

—Los engendros tenebrosos, —le dijo ella—. Lo hicimos bien hoy, pero eso no importa. Podemos matarlos por miles, pero eso no cambiará nada. Siempre hay más. Siempre *habrá* más hasta que el Archidemonio caiga.

—¿Y?

—¿Y si pudiéramos cortar esos refuerzos? ¿Y si selláramos cualquier parte de los Caminos de las Profundidades que estén usando para viajar a Hossberg? *Entonces* matar a los engendros tenebrosos de alrededor de la ciudad podría marcar una diferencia. Entonces podríamos ser capaces de romper este asedio.

Calien sacudió la cabeza dubitativo.

—¿Cómo podrías hacerlo? Los Caminos de las Profundidades tienen innumerables aperturas. No sólo las antiguas puertas enanas, sino grietas y surcos de los terremotos y la erosión, y probablemente algunas de las propias excavaciones de los engendros tenebrosos también. Nadie sabe de dónde vienen los engendros tenebrosos, e incluso si pudieras encontrar el camino que están usando, bloquearlo simplemente les haría moverse hacia los otros.

—¿Cómo lo sabes? —Contraatacó Isseya—. Todo el mundo dice eso, y luego nadie lo intenta. Abandonan antes de que siquiera se haga el intento. Creo que deberíamos intentarlo, al menos. Todo lo que tenemos que hacer es seguir a uno de esos engendros tenebrosos de vuelta bajo tierra.

—¿Cómo propones hacer eso? Ningún rastreador vivo aceptaría la tarea. Incluso si pudieran de algún modo distinguir a un hurlock en medio de la masa, y que ese hurlock simplemente sucediera que volviera a los Caminos de las Profundidades, lo cual, te recuerdo, *deberían* hacerlo durante las horas más brillantes del sol de verano, pero difícilmente lo hacen durante el invierno, tu rastreador sería atrapado y destrozado en pedazos tan pronto se colocara en el camino.

—No estaba proponiendo usar un rastreador, —dijo Isseya—. Iba a usarte a ti.

—¿A mí? Eso es gracioso. —Las puntas de los labios de Calien se retorcieron hacia arriba en un facsímil de una sonrisa sin humor—. ¿Qué te hace pensar que podría ser de alguna ayuda?

—Tú eres un mago de sangre. —Inconscientemente, Isseya dejó que su voz bajara mientras lo decía. Estaban en el aire, y los vientos de invierno barrían el sonido de sus palabras, pero Calien aún veía su forma. Estaban más allá del alcance de los fuegos de Hossberg, y la luz de la luna era escasa y débil a través de las perpetuas nubes de tormenta de la Ruina, pero incluso en la casi oscuridad, Isseya vio el color drenarse de su cara en respuesta.

Era una acusación peligrosa. La magia de sangre —*maleficarum*— había sido prohibida en todo Thedas desde los tiempos antiguos. Su práctica era castigable con la muerte, y no siempre una rápida.

Pero Isseya había estado luchando junto a Calien durante años. Había salvado su vida innumerables veces, y él había salvado la de ella igualmente. La cruzada de la Ruina había forjado una profunda confianza entre ellos, y ella sabía que *él* sabía que si quisiera revelar su secreto, podría haberlo hecho muchas veces antes.

—¿Cómo lo sabías? —preguntó tan silenciosamente que ella apenas captó las palabras a través del viento.

—Yo soy una maga también, Calien. Puedo ver cuando estás lanzando hechizos sin tocar el Velo. —Él sólo lo había hecho un par de veces en su presencia, siempre en aprietos desesperados y sólo cuando ya había sido herido por engendros tenebrosos, así que el derramamiento de sangre necesario para alimentar su magia no sería obvio… pero ella se había dado cuenta. Había algo diferente en aquella magia. Isseya se detuvo—. ¿Puedes hacerlo? ¿Puedes… meterte en uno de ellos, de algún modo, y seguirlo de vuelta a los Caminos de las Profundidades?

Fue lento en responder, pero con el tiempo su cabeza se hundió en un asentimiento.

—Puedo hacerlo. ¿Cuándo quieres hacerlo?

—Ahora. Esta noche. Mientras nadie pueda vernos hacerlo. Les diremos que vimos uno de los extraviados heridos de la batalla de esta noche actuar erráticamente, y que lo seguimos hasta los Caminos de las Profundidades.

—Necesitaremos a un engendro tenebroso.

—Podemos tener a uno. —Isseya cogió de nuevo las riendas de Revas. Inclinándose sobre el oído alzado del grifo, ella movió su peso hacia delante para señalar su deseo de velocidad y dijo—: *Caza*.

Con un siseo ansioso, el grifo se inclinó hacia el norte y se deslizó un poco más bajo, pasando dentro y fuera de la capa inferior de nubes como una aguja recorriendo la tela. Su cabeza se inclinó hacia abajo mientras escaneaba las tierras marchitas por la Ruina abajo en busca de los movimientos erráticos que señalizarían a un engendro tenebroso.

Los ojos del grifo eran mucho mejores que los de su jinete. El primer indicio que Isseya tuvo de que Revas había visto a una presa fue cuando el grifo empezó a golpear sus alas rápidamente para aumentar su velocidad. Un par de segundos más tarde ella plegó sus alas y fue a una caída suave, cegadoramente rápida.

Un pequeño equipo de genlocks se dispersó bajo la sombra del grifo, demasiado tarde para escapar. Revas encogió sus garras en puños y golpeó a la pareja más atrasada de genlocks, partiendo sus cuellos y matándolos al instante. Incluso antes de que las manos de los genlocks moribundos se dejaran de retorcer hacia las empuñaduras de sus espadas caídas, el grifo estaba sobre el resto.

Sus instintos eran buenos, y su entrenamiento había sido concienzudo; Revas nunca usaba su pico para desgarrar a los genlocks. La sangre de los engendros tenebrosos era horrorosamente venenosa para cualquier cosa que no fuera inmune a la ponzoña, y aunque los Guardas Grises habían sido protegidos contra ella por el ritual de la Unión, esa protección no se extendía a sus monturas. Un grifo que tomaba un bocado de un engendro tenebroso estaba condenado a sufrir una muerte agonizante.

Pero las garras de Revas estaban completamente disponibles para ella, y en menos de un minuto había destrozado a seis de los siete genlocks que habían atrapado.

El único superviviente era el que Isseya había atrapado en una esfera brillante de fuerza. Su hechizo refugió al genlock de las garras de Revas y, al mismo tiempo, lo mantuvo paralizado. Sus ojos de pesadilla, manchados de amarillo, la miraron con total confusión desde detrás de los muros opalescentes del hechizo.

—Fácil, —canturreó la elfa a Revas, desmontando con las riendas del grifo en mano. Suavemente, empujó a la gran bestia lejos del grifo aprisionado. Por un momento el grifo se resistió, aullando en frustración y odio por el engendro tenebroso atrapado, pero cuando Isseya no soltó las riendas, Revas se apaciguó en ronroneos mohínos y dejó que la elfa le apartara.

Cuando habían tenido suficiente espacio como para que Isseya sintiera que podía confiar en que Revas no se lanzaría inmediatamente hacia el engendro tenebroso, miró a Calien.

—¿Puedes tomarlo?

—Sí. —El otro mago dio un paso hacia delante, sosteniendo un cuchillo. Hizo un corte superficial en su palma, dejando que la sangre goteara en el suelo a centímetros de los pies del genlock atrapado. Era imposible discernir cualquier emoción de la cara plana, horrenda, de la criatura, había algo inquietante al ver a un maleficarum trabajar tan de cerca.

Pero tenía que hacerse. Ella se tranquilizó a sí misma, insegura de qué esperar.

El campo de fuerza se desvaneció como una burbuja picada. De una vez el genlock se lanzó hacia delante. Revas se tensó, esperando enfrentarse a él, pero se mantuvo al margen ante la orden murmurada de Isseya. Las garras delanteras del grifo se flexionaron con enfado, cavando surcos profundos en el suelo rocoso. Un gemido reverberó en su garganta. Pero permaneció apartada.

Calien sacudió su mano hacia arriba en el instante en que el engendro tenebroso se movió. El genlock se quedó congelado, una mueca perpleja atrapada en su boca sin labios. Entonces cerró sus ojos acuosos amarillos, sacudió su cabeza como un soñador despertándose de un sueño infeliz, y les dio la espalda para trepar sobre las rocas embarradas.

—Está volviendo a los Caminos de las Profundidades, —dijo el humano—. Si lo seguimos, deberíamos encontrar la entrada que están utilizando.

—Excelente. —Isseya volvió a trepar a la silla de montar y ofreció una mano enguantada para subir a Calien tras ella. Hizo una señal a Revas para que volviera al aire, y el grifo lo hizo alegremente—. ¿Por dónde?

—Al norte por ahora.

Pronto adelantaron al genlock solitario. Caminaba por la tierra rota con un sentido del propósito que los engendros tenebrosos raramente mostraban por cuenta propia, pero no podía adelantar a sus persecutores aéreos. Revas giraba vagamente, a la deriva en círculos

sobre el engendro tenebroso; era la única forma en que el grifo podía mantener a la lenta criatura a la vista.

Después de que hubieran estado rastreando a su presa por un tiempo, Calien se sacudió:

—¿Mantendrás mi secreto?

—Por supuesto que sí, —dijo Isseya, observando al genlock. En todos los años que había estado luchando contra la Ruina, nunca había visto nada como aquello: un engendro tenebroso completamente sometido a la voluntad de un Guarda. Ella volvió a mirar al otro mago—. Quiero que me lo enseñes.

11
5:19 EXALTADA

—Hemos encontrado la entrada a los Caminos de las Profundidades que están utilizando los engendros tenebrosos, —anunció Isseya mientras Revas aterrizaba en el patio del castillo de Hossberg—. Hemos seguido a uno de sus descarriados de la escaramuza de esta noche de vuelta a su agujero. No está demasiado lejos de aquí, y es lo suficientemente estrecho como para que nuestros magos deban ser capaces de colapsarlo fácilmente.

—¿Estás pensando que seremos capaces de cortar los refuerzos de los engendros tenebrosos? —preguntó Garahel. Ya había vuelto desde hacía algún tiempo; su pelo dorado estaba oscurecido por el baño reciente y se había cambiado su armadura de vuelo por una suave túnica apta para dormir. Amadis, notó Isseya, también se había bañado y cambiado. Incluso mientras observaba, la mujer humana daba una vuelta con un brazo alrededor de la cintura de Garahel. Los dos habían perdido la vergüenza como para alardear de su relación.

¿Quién era ella para darles lecciones acerca de la discreción, aún así? No estaban rompiendo ninguna ley, y la etiqueta parecía absurda ante la Ruina.

—Exactamente, —dijo Isseya. Desató el arnés de Revas y empezó a acariciar los surcos que las tiras habían dejado en el pelo liso negro del grifo. Calien, que acababa de desmontar, caminó silenciosamente fuera de su camino.

—¿Cuándo queréis golpearles? —dijo Amadis.

—Tan pronto como podamos. Mañana, quizás pasado mañana. —Isseya quitó las sillas de montar, una tras la otra, y las apiló a un lado para que uno de los sirvientes del castillo las comprobara y las limpiara—. La entrada no está fortificada. Los engendros tenebrosos no piensan realmente así. No deberíamos tener que tratar con más de, como mucho, un par de errantes rezagados de los Caminos de las Profundidades.

—Eso esperas, —dijo Amadis. Ella tocó la empuñadura de una daga que un segundo antes Isseya no había visto anclada en el cinturón de su túnica. Un instante después de que su mano la abandonara, el arma se desvaneció de nuevo.

—¿Cómo *haces* eso? —preguntó Isseya, aunque ya sabía del todo que la mujer no iba a decírselo. No después de siete años, ni nunca. Ella sacudió la cabeza entretenida—. De todos modos, sí. Eso espero. Pero si demuestra ser demasiado para que tratemos con ello, simplemente abortaremos el vuelo y lo intentaremos de nuevo otro día. No está en su naturaleza fortificar o tratar de mantener la posición. No mantienen una presencia visible allí. Nunca siquiera *encontramos* el lugar hasta esta noche.

—Es un buen trabajo el que habéis hecho, —dijo Garahel. Él soltó el brazo de Amadis de su cintura y cogió su mano, tirando de ella de vuelta por el patio iluminado por el fuego hasta su cuarto—. Lo sobrevolaremos mañana. Si no está demasiado fuertemente protegido, podemos intentar colapsarlo entonces. Si lo está, volveremos. ¿Cuántos magos esperas que necesitemos para hacer caer la entrada?

Isseya se encogió de hombros, mirando a Calien con un alzar de cejas interrogante.

—¿Tres? ¿Quizás cuatro? No es una apertura grande, y no parece estructuralmente sólida. Es sólo un hueco en la tierra… no es una de las antiguas puertas enanas. En realidad, un mago podría hacerlo, dado el suficiente tiempo. Mi preocupación es que podríamos no tener suficiente tiempo. Si hay algún engendro tenebroso cerca, probablemente salga enfadado al darse cuenta de que estamos allí. Así que… para hacerlo rápido y fácil, diría que no menos de tres.

—Estoy de acuerdo, —dijo Calien. Se levantó la capucha, ocultando su cara, y las palabras llegaron como un susurro desde sus profundidades.

Amadis y Garahel intercambiaron miradas.

—Mañana, entonces, —dijo el elfo—. Tres magos. Vosotros dos y Eracas, supongo, si puedo soltarlo de Felisse.

—Nos reuniremos contigo aquí por la mañana, —estuvo de acuerdo Isseya. Su hermano asintió, y luego él y Amadis volvieron al castillo juntos.

Era muy tarde, y eran los últimos en el patio. Incluso los sirvientes del castillo se habían retirado durante la noche tras llevarse las sillas de montar de Isseya para limpiarlas. Aparte de los guardias que marchaban por sus rondas sin fin en los muros rodeados de antorchas, manteniendo la vigilia en contra de cualquier incursión por parte de los engendros tenebrosos, no había nadie a la vista.

Calien había estado apagado desde que lanzara su hechizo de posesión sobre el genlock, e Isseya esperaba que se retirara a su cuarto tan pronto como volvieran, pero para su sorpresa permaneció un largo rato después de que los otros se hubieran ido. Aún tenía que alimentar a Revas y cepillar las plumas de las alas del grifo, pero nada retenía al mago de sangre para permanecer junto a ella.

—¿No vas a dormir? —preguntó ella.

Él sacudió la cabeza levemente. Su voz era casi inaudible, incluso desde un par de pies de distancia.

—¿Por qué quieres aprender magia de sangre?

—Porque parece útil, —respondió la elfa, frotando una tela aceitada suavemente sobre las plumas de vuelo tensas de su grifo—. Y contra la Ruina, usaré cualquier herramienta que funcione. ¿Por qué lo hiciste tú?

—Porque era un apóstata, —dijo Calien en la misma voz suave. Ella no podía ver sus ojos, pero tenía la sensación de que el mago estaba mirando a alguna parte lejos en la distancia. Parecía estar hablando menos para ella que para los fantasmas de su pasado—. Era un apóstata, y quería vivir.

—Y lo hiciste, así que yo diría que funcionó. ¿Quién te enseñó? ¿Fue uno de los Cuervos?

—No, —dijo Calien descontento. Se inclinó con fuerza sobre su bastón, girándolo lentamente para que el cristal en su cabeza brillara a la luz de las antorchas del castillo—. Fue un demonio.

Hace cinco años, esa admisión habría aturdido y aterrorizado a Isseya. Ahora meramente asintió. Los horrores de la Ruina habían hecho que las antiguas advertencias de sus maestros empalidecieran hasta la insignificancia. La primera vez que había oído los gritos de una mujer siendo arrastrada para convertirse en una madre de la camada, habría hecho miles de tratos con demonios para acabar con ese sufrimiento… Y aunque Isseya había aprendido a endurecerse contra tales impulsos con los años, nunca le habían abandonado por completo.

—¿Cómo lo encontraste?

—A través de uno de nuestros contratos. Una maga de sangre apóstata había huido a Antiva. Los templarios no podían o no intentaron atacarla allí, así que pidieron a los Cuervos que hicieran lo que debería haber sido su deber.

—La encontramos en Treviso, haciéndose pasar por vendedora de flores. Debería haber sido una muerte fácil, pero… no lo fue. —Calien se quedó en silencio un momento. Entonces suspiró, se movió para sentarse en el muro bajo de una de las vallas del patio cercanas y se bajó la capucha. Su cara estaba demacrada y cansada, las líneas del cansancio alrededor de su boca más fuertes por la sombría luz del fuego—. Cuando la atrapamos, nos dimos cuenta de por qué el templario había sido tan rápido al contratarnos. No era porque tuviera miedo de cruzarse con los Cuervos de Antiva. Era porque tenía miedo de cruzarse con *ella*.

—¿Era una abominación? —preguntó Isseya. Había visto en lo que se convertían los magos que sucumbían a la posesión demoníaca. Se convertían en criaturas de pesadilla: sus cuerpos fundidos y adoptando formas surrealistas, más como las imaginaciones de sueños inquietos que cualquier cosa del mundo natural. Sus mentes se desvanecían, o subyugadas por el demonio que les poseía o, pensaba ella, aunque era imposible saberlo con seguridad, destruidas en el acto.

Sucedía más a menudo de lo habitual durante la Ruina, conforme los magos desesperados buscaban más poder del que podían controlar y se abrían poco inteligentemente al Velo. Los magos que no habían aprendido a controlar sus dones estaban en un mayor riesgo; talentos desentrenados tratando a ciegas de salvarse a sí mismos, o a sus familias, de los engendros tenebrosos eran la fuente más común de abominaciones por las fronteras de la Ruina.

Los magos habilidosos podían caer víctimas también, aún así, bajo el cansancio y el insomnio de la lucha. A veces incluso escogían entregarse voluntariamente. No era inaudito, que los magos Guardas, atrapados tras las líneas enemigas sin esperanzas de refuerzos o rescate, invitaran a demonios a sus cuerpos para que pudieran perecer en un último golpe frenético contra sus enemigos. Una poderosa abominación podía hacer caer filas de engendros tenebrosos antes de morir.

Isseya misma había decidido hacía tiempo que se convertiría en una abominación antes de dejar que los engendros tenebrosos se la llevaran para convertirse en una madre de la camada. Era mejor morir en el horror que vivirlo.

—Lo era, —dijo Calien—. Más sutil que la mayoría. No había nada visible acerca de su apariencia externa, al menos no que pudiéramos ver. Sin duda aquellos que conocían a la maga antes de que el demonio se la llevara habrían percibido algo distinto.

—Pero nosotros no teníamos ni idea. Nuestra primera pista de que ella no era nada corriente llegó cuando se sacudió nuestras dagas envenenadas como si fueran mosquitos. Entonces atacó… y en unos momentos, ella y yo fuimos los únicos supervivientes de nuestra emboscada.

Isseya caminó alrededor de Revas, cogiendo la otra ala del grifo y frotando sus plumas de vuelo con la tela aceitada también. Mientras limpiaba, examinó el ala en busca de daños. El coraje y la tenacidad de los grifos a menudo evitaban que mostraran ninguna señal de dolor o debilidad a sus cuidadores, pero algo tan pequeño como una rotura primaria podría llevar el desastre al campo.

—¿Por qué te prometió el demonio magia? ¿Por qué no simplemente te mató?

Los labios de Calien formaron una sonrisa torcida.

—Los Cuervos merecen parte de su reputación. Ella mató a la mayoría de nosotros, seguro, pero nosotros cobramos nuestro precio en sangre. Al final de la pelea ella misma estaba casi muerta, mientras que yo había sido capaz de mantenerme prácticamente entero. Podría haber acabado con ella fácilmente. Lo sabía, y el demonio que la contenía lo sabía.

—¿Es cuando el demonio hizo su oferta?

—Sí. El secreto de la magia de sangre a cambio de sanar su cascarón mortal.

—¿Y tú aceptaste? —Ella soltó el ala de Revas y rodeó al grifo para comprobar las plumas de su cola. La tela de pulir estaba gris de mugre, así que Isseya la plegó sobre un lado nuevo, limpio.

—Lo hice. —Calien parecía tanto repugnado como aliviado por su propia confesión—. Acepté la oferta del demonio de sabiduría, y la sané. Muy ligeramente. Luego puse una daga a través de su corazón. Los Cuervos no reniegan de su palabra. No a los demonios, y no a los clientes.

—Y entonces eres un mago de sangre. —Isseya le miró a través de la amplia extensión negra de la espalda de Revas—. Eso parece un curso corto de estudio.

Calien le dio una sonrisa vacía.

—Lo fue. No hubo enseñanza. Fue como si el demonio perforara un agujero en mi cráneo y volcara los recuerdos de otra persona dentro. Recordaba partes del Velo que nunca había visto, conocía formas de hechizos de las que nunca había oído. El conocimiento estaba todo justo *allí*… y aunque nunca hablé de ello hasta hoy, y traté de pretender que nunca lo había tocado, los secretos del demonio nunca se fueron.

Isseya terminó de cepillar a su grifo. Soltó la tela sucia del ala sobre un codo y le dio un golpecito al hombro de Revas, señalándole a la gran bestia que se tomara libre la noche. Con un siseo de aceptación, Revas caminó alejándose de los dos Guardas y voló hacia el aire, buscando cualquier presa descarriada que pudiera atrapar en los Anderfels iluminados por la luna.

Cuando los vientos arenosos de la partida del grifo se apagaron, Isseya limpió la mugre de su boca y volvió a mirar a Calien.

—¿Cómo puedes enseñar una cosa que nunca aprendiste realmente?

—Lo iremos averiguando, —dijo el mago mayor—. Conozco el arte, después de todo. Lo recuerdo más vívidamente que la mayoría de mis propios recuerdos. —Él se detuvo, mirándola—. ¿Estás segura de que aún *quieres* esto? Es maleficarum.

—Es un arma, —dijo Isseya, encontrando su mirada sin parpadear—. Es un arma, y estamos luchando contra una Ruina. Por supuesto que lo quiero. Tan solo la posesión es un arma poderosa… pero si los relatos son ciertos, hay mucho más en la magia de sangre que eso.

—Lo son, —dijo Calien—. Lo hay.

—¿Qué puedes enseñarme?

—Todo, —dijo él.

* * *

La mañana llegó antes de que Isseya estuviera preparada para saludarla. Había pasado toda la noche viajando a través de los misterios de la magia en la sangre, y cuando el nuevo día amaneció, su cabeza estaba dando vueltas con la posibilidad así como de la alerta.

Calien, también, fue atrapado en alguna parte entre la euforia y el cansancio. Había llevado la carga de su secreto él solo durante casi veinte años. Compartirlo parecía haber liberado una gran preocupación de él, y la excitación de Isseya acerca de explorar las posibilidades del arte parecían mitigar su propia trepidación acerca de los usos de la magia de sangre. Él permanecía mucho más cauteloso que ella, pero estaba llanamente contento por encontrar algún propósito en la lucha que había comenzado hacía tanto tiempo.

Para cuando el castillo se despertó, sin embargo, ese propósito aún no era claro. Detuvieron sus experimentos tan pronto los primeros sirvientes emergieron al gris amanecer del patio para traer agua y reunir madera para la comida de la mañana.

Isseya entretejió un hilo de magia sanadora para unir los cortes que los dos magos se habían infligido a sí mismos para alimentar sus hechizos. Con todos los rastros de sus experimentos ocultos, ella y Calien se unieron a los otros Guardas para el desayuno.

—Así que hoy es el día en que rompemos el asedio de Hossberg, ¿eh? —preguntó Felisse mientras Isseya se colocaba junto a ella para poner gachas y pasas en su plato.

Isseya alzó una ceja a la arquera pelirroja.

—¿Es eso lo que Garahel le ha estado contando a la gente?

—A todos los que escuchan, —dijo Felisse alegre, dándole el cucharón a la elfa—. No es muy bueno guardando secretos, tu hermano.

—Ni en mantener las expectativas realistas. —Isseya colocó un pegote de avena pegajosa en su plato con poco alivio—. No romperemos el asedio. Como mucho, este será el primer paso por un camino duro y sangriento hasta ese fin.

Felisse se encogió de hombros.

—Es más de lo que teníamos. ¿Quién va a liderar el golpe?

—Garahel, por supuesto. Está tan excitado al respecto, él puede liderar la carga. —Ella lo dijo a la ligera, pero en realidad *era* la mejor elección; eso era por lo que había sido nombrado Comandante de Campo la última primavera. No tenía una posición fija, como un Comandante Guarda; era un título temporal, único para esas circunstancias, que le permitía controlar a cualquiera que fuera mandado a su área.

Se lo había Ganado. Su hermano había demostrado su habilidad en liderar el combate una y otra vez en los años que habían estado luchando contra la Ruina. Su grifo igualaba su extraordinario atletismo con una asombrosa mano para ver y explotar debilidades en las formaciones de engendros tenebrosos. Juntos eran uno de los mejores equipos que tenían los Guardas.

Y, después de siete años, estaban entre los veteranos vivos de mayor servicio.

—Entonces supongo que él es al que debo engatusar para que me deje ir, —dijo Felisse. Balanceando su bandeja ligeramente con una mano, se metió entre la multitud de soldados y Guardas Grises de ojos vidriosos hasta la mesa de Garahel. Isseya agarró una jarra de té amargo humeante y la siguió.

Calien ya estaba sentado con su hermano y Amadis. Los tres, y otros dos Guardas Grises, estaban acurrucados alrededor de un mapa vagamente dibujado. Un salero diseñado a partir de cuerno tallado estaba en el centro, con una docena de pasas empapadas punteadas en una forma vagamente triangular a su lado izquierdo.

—¿Un mapa de batalla? —inquirió Isseya, haciendo un gesto al salero con su jarra.

—Correcto. —Garahel movió su brazo hacia atrás de forma que pudiera tener una mejor vista—. ¿Parece preciso?

—Tanto como pueda serlo un mapa hecho con el desayuno. —Ella bajó su bol de gachas y probó el té. Era, de algún modo, peor de lo que había esperado: no sólo amargo, sino tan astringente que le cortaba la lengua.

La despertaría, aún así, y ese era el punto. Después de toda una noche sin dormir, recibiría *cualquier cosa* que pudiera mantenerla despierta un rato más. Isseya dio otro sorbo de la bebida acre y puso una mueca.

—¿Es realmente necesario trazar un mapa para este ataque? Os dije ayer que los engendros tenebrosos no lo protegen. No deberíamos encontrar mucha resistencia.

—No deberíamos, —estuvo de acuerdo Garahel—, pero podríamos. Es mejor estar preparados.

—No si significa dejar Hossberg desprotegido. ¿Quién sabe cuándo intentarán los engendros tenebrosos de golpearnos de nuevo? Si sacas todos nuestros grifos de la ciudad, incluso los engendros tenebrosos tienen que reconocer la oportunidad.

—No estaba proponiendo sacarlos a todos, —dijo secamente su hermano—. Creo que cuatro deberían bastar. Cuatro grifos con ocho jinetes es un gran equipo, pero no lo suficientemente grande como para revelar nuestro propósito. Colocados en diferentes direcciones, reagrupándose cerca de la entrada a los Caminos de las Profundidades, hacerlo caer, volver a Hossberg. Mandaré cuatro magos, dos arqueros para daros cobertura aérea, dos guerreros para protección en tierra. ¿Suena razonable?

—Bastante.

—Bien. Calien, tú vas con Isseya. Felisse, toma a Danaro, Jorak, Lisme y… oh… digamos Tunk y Munk.

La arquera pelirroja retrocedió.

—¿Los enanos? Siempre enferman cuando los subimos. La última vez estuve limpiando vómito de las alas de Viajero durante *días*. Su arnés aún tiene manchas.

—Es cierto, —dijo Garahel con la misma ecuanimidad fácil—, pero nada atraviesa a esos dos en vuelo. Esos hermanos solos podrían aguantar las puertas de Hossberg durante días. Además, conocen los Caminos de las Profundidades mejor que ninguno de nosotros. Podrían ser capaces de ver cosas en tierra que el resto de nosotros pasaríamos por alto. No te pido que los hagas volar a menudo, Felisse. Hazme el favor esta vez.

La arquera alzó las manos en exasperación.

—*Está bien*. Iré a encontrar a Danaro. Con suerte podremos sacar a los enanos de aquí antes de que se acaben el desayuno. Cuanto menos tengan en sus tripas, menos tendré que limpiar.

—Muy sensato, —dijo Garahel. Empujó el bol de gachas intacto de Isseya de vuelta hacia ella—. Tú, por otra parte, deberías probablemente comer algo. ¿Dormiste algo en absoluto la última noche?

—No mucho, —admitió la elfa, cogiendo el bol. Su apetito era inexistente, pero se obligó a comer la avena pegajosa de todos modos—. Pero estaré bien.

—Será mejor que así sea. Termínate eso, y entonces sal al patio. Quiero que uses toda la luz del día que tengamos. La caída de la noche podría traer una nueva oleada de engendros tenebrosos a la lucha.

—Sí, señor, Comandante de Campo, señor. —Isseya alzó su cuchara llena de gachas en un saludo sardónico, ganándose un resoplido entretenido de Amadis—. ¿No vas a venir con nosotros?

—No puedo. —Garahel puso una mueca—. Soy el Comandante de Campo, ¿recuerdas? No logro salir corriendo y luchar contra engendros tenebrosos cada vez que quiera. Estaré al frente cuando realmente rompamos este asedio… pero para una escaramuza, bueno, tú estás al mando.

—Trataré de no decepcionarte.

—No lo harás. —La sonrisa permaneció en la cara de su hermano, pero sus ojos tomaron una sombra levemente triste—. Te conozco, Isseya. No *puedes*.

12
5:19 EXALTADA

La entrada a los Caminos de las Profundidades era una grieta irregular en las colinas, fea como la herida de un hacha. Algún temblor hacía tiempo en la tierra había abierto la sima rompiéndola, y aunque probablemente había pasado desapercibida durante décadas, si no siglos, la Ruina había roto esa tranquilidad y había traído engendros tenebrosos subiendo por sus profundidades como una marea tirada por la luna.

Por el día, sin embargo, las colinas estaban tranquilas. Los Anderfels siempre habían sido una tierra dura, pero bajo la Ruina, incluso los más duros de sus habitantes estaban sufriendo. Plantas resecas y hierba muerta marrón crujían apagadamente con la brisa. Ni un solo gorrión se sentaba en las ramas de los árboles doblados, sin hojas. Las tormentas antinaturales de la Ruina ejercían un color pálido sobre la mañana, aunque parecía que esa débil luz derramada a través era suficiente para mantener a los engendros tenebrosos abajo.

Isseya, volando en cabeza de su pequeña formación, señaló a Revas para que aterrizara y a los otros para que la siguieran. El grifo negro descendió en una espiral cerrada, controlada, aterrizando sobre una colina cerca del hueco en la tierra. Un momento más tarde los otros tocaron tierra a su alrededor.

Desmontando, Isseya caminó hacia la sima. La tierra a su alrededor estaba seca y quebradiza; las piedrecitas se soltaban bajo sus pies y caían a sus profundidades. El olor frío, extraño de la corrupción de los engendros tenebrosos le abofeteó desde la sima.

Las superficies interiores de la grieta estaban manchadas de forma extraña, como una taza de té demasiado usada que nunca había sido lavada. Su decoloración hacía difícil sopesar cuánto recorría la sima o qué giros y dobleces podría tomar durante su descenso. Isseya invocó un parpadeo de luz mágica en la cabeza de su bastón y lo extendió sobre la grieta, esperando iluminar un poco más… pero virtualmente no había nada que ver. Las manchas negras en la piedra derrotaron a sus ojos.

No parecía difícil de colapsar, en cualquier caso, y eso era lo importante. Ella hizo un movimiento a los otros magos —Calien, Danaro, y la extraña, hermosa, nunca sonriente, Lisme— para que se unieran a ella.

Mientras los magos se reunían alrededor de la grieta, y Jorak y Felisse comprobaban sus arcos, los hermanos enanos Tunk y Munk ruidosamente se limpiaron las bocas con una cantimplora compartida de cerveza y escupieron en una madriguera vacía. Isseya había esperado que los enanos se tomaran más interés en su intento de demolición, pero los hermanos parecían completamente preocupados por su cerveza. A juzgar por el vigor de sus gárgaras y la expresión amarga en la cara de Felisse, parecía que las predicciones sombrías de la arquera se habían vuelto realidad, y los enanos ciertamente habían soltado sus desayunos en alguna parte sobre Hossberg. Isseya sólo podía esperar que hubieran salido de la ciudad primero.

—¿Cómo quieres romperla? —preguntó Lisme mientras ella y los otros llegaban al fondo de la colina rota.

La más alta de los tres magos, Lisme, era una presencia intencionalmente inquietante. Usaba pelucas y pintura y otros trucos cosméticos para darse aspectos exagerados, inhumanos. Algunos días parecía un hombre; otros, una mujer. Isseya había trabajado y luchado junto a ella durante días y aún no estaba segura de cuál, si acaso era alguno, era el correcto. La maga parecía cambiar de género tan fácilmente como se cambiaba de ropa, y con el mismo aire de actuación artificial. Para ella, ser un hombre o una mujer parecía ser una cuestión de teatro, no de identidad. Había oído que Lisme había sido sometida a una considerable persecución antes y durante su tiempo en el Círculo de Magos, y que su guisa bizarra tras unirse a los Guardas Grises estaba coloreada por aquellos intentos previos de controlar su identidad. Habiendo sobrevivido al borrado, se hizo a sí misma indeleble.

Hoy Lisme iba vestida de mujer, y su pelo era una masa enredada de redes del mar antiguo, las cuerdas tensas con sal y blanqueadas por el sol. Sus ojos eran de un verde azulado bañado, del mismo tono que las perlas de cristal nubosas que había atado a la red. De algún modo había conseguido docenas de escamas de pez opalescentes y las había pegado a sus mejillas y cejas, enmascarando su pálida piel bajo la guisa de algún hada, una criatura de ensueño.

No había nada de ensueño en la intensidad de sus ojos, aún así. Lisme *odiaba* a los engendros tenebrosos. Su odio ardía con un calor que Isseya raramente había visto en ningún hombre o mujer, incluso después de siete años de luchar contra la Ruina. Odiaba a los engendros tenebrosos del mismo modo que Revas los odiaba: con toda la ferocidad consumidora, inconsciente, del alma de un rapaz.

—Con terremotos sería la forma más fácil, ¿no creéis? —Dijo Isseya—. Sacudir la colina de arriba abajo.

—O hacia adentro, si el agujero es más grande de lo que parece desde aquí. —Lisme se inclinó y miró con intensidad dentro del agujero. Las escalas de perla opalescentes de sus mejillas brillaron como lágrimas en el Velo.

De repente retrocedió.

—No importa. No hay tiempo para dudar. Colapsadlo ahora. Están aquí.

—¿Qué quieres…? —empezó Isseya, antes de que la bofetada de los pasos de hurlock y los ecos de sus gruñidos guturales la alcanzaran. Los engendros tenebrosos estaban viniendo, y estaban viniendo rápido. Del modo en que ese sonido botaba en los muros subterráneos hacía difícil saberlo, pero ella imaginaba que habría entre treinta y cien hurlocks y genlocks en el enjambre, y el susurro de aleteos que chirriaba en los oídos de los aullidos sugería que esos asesinos infernales estaban entre ellos también. Ella retrocedió instintivamente.

—Hacedlo caer, —dijo ella.

La maga con escamas asintió y alzó su bastón. Ella era la única entre ellos que podía invocar las fuerzas primordiales de la tierra para destrozarse a sí misma en un terremoto

controlado, pero los otros tenían sus propios métodos de destrucción. Isseya comenzó a tirar del poder a través de su propio bastón, dándole forma a la energía cruda del Velo en oleadas telekinéticas que amplificarían cualquier daño que el terremoto de Lisme trajera bajo la superficie. A su alrededor, sintió la tensión espiritual hormigueante que indicaba que los otros estaban lanzando magia complementaria.

Los ojos de Lisme se pusieron en blanco, como el cielo nocturno electrificado por un resplandor de relámpagos. La ladera de la colina retumbó bajo sus pies, y unas fisuras serpentearon fuera de la grieta visible con una velocidad alarmante. Isseya captó un vistazo de la luz del sol reflejándose en los amplios ojos de los engendros tenebrosos y lanzó su propio hechizo de fuerza hacia él, inclinando su impacto para golpear las reverberaciones del terremoto de la otra maga. Las fisuras se ampliaron y expandieron rápidamente, y el suelo cayó bajo sus pies con una sacudida enfermiza. El polvo saltó al aire, áspero y mugriento.

Isseya se tambaleó hacia atrás, estornudando indefensa y tratando de quitarse la mugre hiriente de sus ojos. A través de la neblina, atisbó un brillo de una luz enfermizamente rojiza del interior de la colina, como una tos en la garganta caliente de un volcán. Se alzó desde alguna parte en los túneles de debajo, y no venía de ninguno de sus hechizos.

—Tienen emisar… —empezó a gritar a través del polvo, pero antes de que pudiera terminar las palabras, el fuego y la roca estallaron a través de la ladera de la colina. Fragmentos de piedra caliente estallaron por el grupo de Guardas, atrayendo un coro de maldiciones y gritos.

Incluso antes de que la fuente cegadora de roca y humo cayera del aire, el suelo cedió bajo sus pies. La predicción de Lisme había sido precisa: la fisura que recorría los Caminos de las Profundidades había sido más grande de lo que ninguno de ellos había pensado, y la colina no estaba colapsando por encima, sino hacia *dentro*.

Y los engendros tenebrosos estaban allí, esperando.

Isseya perdió el pie y se tambaleó con fuerza contra el suelo. Un shock de dolor se disparó desde su coxis; pensaba que estaba roto. La tierra se sacudió y meció bajo ella como un corcel indomable. Por sus profundidades rotas, emergían manos.

Eran manos monstruosas, innumerables y codiciosas, sus uñas destrozadas por aferrarse a la tierra. Algunas tenían tres dedos, algunas seis o siete. Algunos eran suaves y pálidos como gusanos ahogados en la lluvia, mientras que otros estaban cubiertos de ásperos callos escamosos. La sangre negra, blanquecina por una capa polvorienta de mugre, supuraba de cortes y abrasiones en su piel. La sangre era la única cosa que compartían.

La sangre, y el hambre húmedo y frío.

Las manos se lanzaban hacia su carne, tirando de ella hasta la tierra, y mientras arrastraban a Isseya hacia abajo, sus propias caras empezaron a alzarse a través del suelo destrozado por los hechizos como aquellas de los nadadores emergiendo de un mar de pesadilla. Hurlocks y genlocks y aullidos de caras cadavéricas, sus orejas puntiagudas

aplastadas contra sus cráneos llenos de venas, se alzaban con tierra entre sus dientes y odio en sus ojos. Mordían y desgarraban cualquier cosa que pudieran alcanzar, y mientras Isseya trataba desesperadamente de salir a flote lejos del suelo derrumbado, traicionero, vio que a los otros Guardas Grises no les iba mucho mejor.

A algunos de ellos les iba mucho peor. Jorak, el arquero, yacía inmóvil en medio de las manos sacudiéndose de sus asaltantes. La tierra y las piedras dispersas a su izquierda contaban lo que había pasado: habían sido esparcidas con arcos escarlata de sangre por una arteria de su cuello.

A veinte pies del arquero muerto, Felisse luchaba para patear más manos que agarraban sus muslos y tobillos. Sus flechas volaban inútilmente sobre el suelo, justo fuera del alcance. El brazo de un hurlock, enterrado hasta el hombro, se sacudía a ciegas hacia el suelo cerca de la cabeza de la mujer con una gran piedra. Ya había perforado la cabeza parcialmente sumergida de un genlock, que aparentemente había confundido con la de la Guarda, pero el engendro tenebroso se había dado cuenta claramente de su error y estaba martilleando violentamente la roca sangrienta una y otra vez contra el suelo, moviéndose cada vez más cerca de golpear a Felisse.

Estallido tras estallido de fuego incandescente marcaba donde Lisme luchaba. La maga andrógina estaba lanzando hechizos incendiarios a quemarropa a los engendros tenebrosos, inmolándose a sí misma junto a ellos. La red cubierta de sal de su peluca estaba encendida con lenguas de llamas de bordes verdes; la mayoría de las perlas de vidrio nubloso tejidas en ella se habían quemado. Su carne estaba en carne viva, roja, y negra, y las escamas de pez en sus mejillas y frente se habían vuelto blancas y se habían desconchado. Parecía difícilmente posible que aún estuviera viva, y no lo debería estar por mucho tiempo.

Isseya no podía ver a los otros, y no quería mirar. Inspirándose en Lisme, se extendió hacia el Velo y canalizó su energía en un estallido de pura fuerza, apuntado directamente al engendro tenebroso que le agarraba a través de la tierra.

El impacto levantó una nube de mugre y sangre y piedra destrozada. Isseya, que había cerrado los ojos con anticipación del estallido, dejó salir un aullido involuntario mientras un trozo de roca cortaba su frente. La sangre cálida corrió a través de su piel y sus párpados.

Pero el hechizo había apartado al engendro tenebroso de ella, al menos temporalmente, y no iba a desperdiciar la oportunidad. Frotándose una manga apresuradamente por su frente, Isseya se levantó de una patada y trepó bajando la colina, patinando sobre tierra suelta y tropezando sobre las manos aferradas de más engendros tenebrosos medio enterrados. La sangre hirió sus ojos sin piedad, pero ella se limpió las lágrimas manchadas de rosa y siguió corriendo.

El sonido del batir de alas de un grifo la hizo alzar la mirada.

Los grifos estaban viniendo al rescate de sus jinetes. Shrike, el grifo gris de bandas negras de Danaro, bajó por la colina. Isseya no había visto a Danaro desde el colapso, ya que el mago había caído pronto en el ataque y había sido ocultado por la paliza de los

engendros tenebrosos medio enterrados a su alrededor, pero Shrike le había visto al instante desde el aire. El grifo aterrizó, chillando, y desgarró a los engendros tenebrosos alrededor de su jinete caído, destrozando a los hurlocks y genlocks que emergían con las garras y el pico tan rápido como ellos escavaban fuera de la tierra.

El Traveler de tripa leonada de Felisse apareció sobre sus cabezas, sus alas resplandeciendo de cobre y plata a la luz del sol. Él se volvió en un barrido y aterrizó cerca de la arquera, levantando una tormenta de polvo. Traveler destrozó el brazo del hurlock que llevaba una roca con una sacudida desdeñosa de una garra delantera, agarró a Felisse por la cintura con la otra, y batió sus alas salvajemente para despegar… sólo para averiguar que no podía. La tierra desmoronándose era demasiado traicionera para que el grifo hiciera el pie que necesitaba para lanzarse.

El suelo se sacudió y cayó de nuevo. Isseya cayó de rodillas, de repente a cuatro pies bajo donde había estado un segundo antes. Bajo sus pies, la tierra corría como agua bajo una inclinación que no había estado allí un segundo antes. Las piedras y los escombros saltaban por el tumulto. Revas, incapaz de alcanzar a la elfa, rodeó la colina colapsando y gritó con frustración.

La porción de la colina donde Traveler estaba luchando había colapsado como un melón aplastado. Un agujero abierto se abría en su centro, y el resto de la colina rápidamente estaba deslizándose hacia sus fauces, llevándose al grifo con ella. Traveler se revolvió por la tierra deslizándose y movió sus alas frenéticamente, pero no pudo obtener tracción, y los engendros tenebrosos que se retorcían a través de la tierra rota como lombrices monstruosas estaban destrozándolo mientras luchaba. Sus garras se hundieron en el pelaje brillante del grifo, manchando el rico dorado de rojo.

A Shrike le estaba yendo un poco mejor. Había agarrado la extremidad de la forma de Danaro con sus garras delanteras y estaba medio corriendo, medio patinando por la colina mientras trataba de obtener el impulso que necesitaba para tomar el aire. El grifo tenía un par de heridas propias, pero la sangre de los engendros tenebrosos empapaba el pelaje alrededor de su pico en una barba negra. Los ojos ambarinos del depredador se encontraron con los de Isseya desde el otro lado de la colina, y en ellos vio un resplandor de reconocimiento y una aceptación de que, pese a sus años de trabajo junto a ellos, nunca había creído capaces a los grifos.

La ponzoña de los engendros tenebrosos mataría a Shrike. Eso era por lo que los Guardas Grises entrenaban a sus grifos para no morder nunca en combate, y a veces iban tan lejos como para poner bozales de armadura sobre sus picos antes de mandarlos a la batalla. La corrupción en la sangre de los engendros tenebrosos, si se ingería, envolvería, enloquecería, y finalmente mataría a cualquiera que la hubiera tragado.

No había cura conocida, ninguna forma de aplacar sus efectos mortales. Ella lo sabía, y Shrike lo sabía también. La resignación en los ojos del grifo le decía eso.

Resignación, pero no arrepentimiento. Shrike cogió el viento en sus alas y se fue, separándose hacia Hossberg con Danaro en su agarre.

Isseya vaciló, preguntándose si sería capaz de liberar a Traveler con un hechizo de fuerza… Pero no, en el caos y la lucha, no podía ver lo suficientemente bien como para medir el ángulo que necesitaba para golpear. El grifo se estaba moviendo demasiado rápido, demasiado frenéticamente, y no podía ver a Felisse en absoluto. Por la tensión en los cuartos delanteros de Traveler sabía que la arquera estaba en alguna parte en el agarre del grifo, pero era imposible saber dónde estaba en la reyerta o si estaba siquiera viva. Por encima, los aullidos de Revas eran diáfanos.

Ella abandonó. Pateando una última mano arañando de genlock, huyó de su desastre. Tan pronto estuvo fuera, Revas bajó para dejarla trepar en la silla de montar. Pese a la aversión abrumadora de los engendros tenebrosos, el grifo negro no hizo ningún esfuerzo por enfrentarlos; ella siseó con una furia impotente y se volvió a elevar en el aire.

Desde el cielo, Isseya podía ver la escena con mucha más claridad. Pese a su desesperación en el suelo, parecía que tendrían éxito después de todo. El colapso de la colina estaba frenando; el apetito del hueco estaba disminuyendo. Y un par de los engendros tenebrosos que se habían aferrado a ellos tan violentamente a través del suelo habían sido capaces de liberarse. En su mayoría estaban muriendo donde yacían, atrapados en la faz de la despiadada tierra.

Los Guardas habían dejado una tremenda muesca en el paisaje de los Anderfels, pero habían ganado. El camino a los Caminos de las Profundidades estaba sellado.

Debería haberse sentido como una victoria. Más tarde, quizás, lo habría hecho. Pero mientras Isseya bajaba la mirada a los restos ensangrentados de Traveler, que ya había sido destrozado en un esparcir de pelo y plumas gloriosas, arruinadas, era difícil alzarse sobre el plomizo vacío en su pecho.

El arrepentimiento era un lujo que no podía permitirse. La lucha no había acabado, aún no. Calien había escapado a un trozo de tierra seguro, donde estaba usando sus hechizos para dirigir una muchedumbre detenida de extremidades de engendros tenebrosos magullados lejos de la dolorosa y lenta retirada de Lisme.

De algún modo la maga había invocado las fuerzas no sólo para sobrevivir a sus repetidos estallidos de llamas casi suicidas, sino para alejarse tambaleando del campo de batalla. Su pie izquierdo se arrastraba inútilmente tras ella, dejando una marca en el suelo con cada paso, y sus túnicas chamuscadas se desmoronaban en copos destrozados de cenizas que dejaban un rastro de hollín tras ella. Parecía más un cuerpo poseído por un demonio que cualquier ser vivo.

Pero viva estaba, y cuando su grifo la vio, dejó salir un repique de alivio que desgarraba los oídos. Era una bestia marcada, de morro blanco, llamada Hunter, y era uno de los grifos más rápidos en vuelo tras el Crookytail de Garahel. La edad había comenzado a ralentizarle un poco, pero nada de eso quedaba en evidencia mientras plegaba sus alas y se hundía hacia su señora.

Lisme se tambaleó y cayó antes de que Hunter pudiera alcanzarla. Calien lanzó una última bola de fuego para acabar con los últimos engendros tenebrosos y se apresuró a ir hacia delante, una chispa de magia sanadora brillando en la cabeza de cristal de su

bastón. Fluyó en la maga andrógina como un chorro de energía azul pálido, cerrando algunas de las quemaduras supurantes que moteaban su cuerpo y facilitando la rudeza ajada de su respiración. Permaneció encogida un momento más, tratando de reunir fuerzas, mientras su grifo aterrizaba cerca. Hunter acechó con una mirada de sospecha a Calien, usando un ala enorme para empujar al mago a un lado de su jinete herida. Isseya, preocupada, hizo una señal a Revas para que volara rodando más bajo.

—Los enanos, —graznó Lisme, lanzando su pierna herida hacia arriba de forma extraña y arrastrándose a la silla de montar de Lisme—. Los enanos aún están ahí fuera.

—Me quedaré con ellos, —dijo Isseya. Miró hacia donde Tunk y Munk estaban. Los enanos parecían preparados para enfrentar cualquier peligro posible, aunque no quedaba ningún engendro tenebroso para amenazarles. Sus supuestos protectores nunca habían manchado sus hachas de sangre—. ¿Puedes volar?

—Sí, —dijo Lisme. Ella envolvió las riendas de Hunter vagamente alrededor de una muñeca, usando la protección frontal de armadura de la silla de montar para apoyarse. Cerrando los ojos, cogió aliento de forma temblorosa, dolorosa, luego exhaló y asintió. La última de las perlas sin explotar se soltó de las hebras ennegrecidas de su tocado y cayó al suelo—. Puedo volar. Si no tenemos que pelear más.

—Bien. Vuelve a Hossberg. Dile a Garahel que necesitamos otro par de jinetes para recoger a los enanos, y un equipo de vigilancia para que explore el área y confirme que hemos cerrado la entrada. Pero… lo hemos hecho. Hemos cerrado sus refuerzos. Ahora es hora de romper el asedio.

Lisme logró una sonrisa cansada, flaqueante.

—Se lo diré, —dijo, y señaló a Hunter que volara.

13
5:19 EXALTADA

—¿Hay algo que puedas hacer para ayudarle? —preguntó Danaro. Su voz era silenciosa, desprovista de esperanza. Inconscientemente, mientras hablaba, retorció una esquina de la tosca manta de campo que cubría sus piernas heridas. La tela estaba sucia y desgastada de un movimiento similar durante el último día y noche.

En un día o dos, estaría lo suficientemente bien como para abandonar la enfermería de Hossberg. Los sanadores ya habían atendido la mayoría de sus heridas; le mantenían bajo observación sólo para ver si el veneno en una de sus piernas podría empeorar. El mago no parecía preocupado por esa posibilidad, aún así. Era Shrike el que le preocupaba.

—No quiero que mi grifo muera por salvarme, —dijo él—. Debe haber *algo*. No puede convertirse… no puede convertirse en un necrófago.

—No lo hará, —prometió Isseya. Su corazón dolía con simpatía por Danaro. Todos los jinetes temían que sus grifos pudieran caer en batalla, como lo había hecho Traveler… pero por horrenda que hubiera sido esa muerte, al menos había sido relativamente rápida. El lento sufrimiento de la necrofagia era infinitamente peor.

—He oído relatos de unas flores silvestres en Ferelden… —comenzó Danaro, pero perdió la voz y sacudió la cabeza desconsoladamente sin terminar el pensamiento—. Cuentos de niños, soy un idiota desesperado. Estoy buscando esperanzas en *cuentos de niños*. Incluso si esa magia existiera, ¿ahora mismo? ¿Siete años en la Ruina? Cada flor como esa habría sido arrancada de raíz y utilizada hace eras. Bien podría desear un hada madrina para que volara a través de la ventana y le salvara con un movimiento de su varita.

—Podría haber una cosa que podríamos intentar, —dijo Isseya. Ella vaciló, mirando dubitativamente a Danaro desde donde estaba junto a su cama—. Si estás dispuesto a aceptar un riesgo.

—¿La Unión? —Danaro reprimió un escalofrío mientras decía las palabras. Se frotó el lateral de su nariz con un pulgar ancho, apretando a la verruga que tenía ahí—. Sabes que se ha intentado. No funciona en los grifos. Los intentos fueron tan desastrosos que nunca se ha *pensado en ello* en cincuenta años. Incluso si los experimentos hubieran tenido alguna vez algún éxito… seguro que no funcionaría en un grifo que ya está muriendo por la ponzoña.

—Podría no hacerlo, —estuvo de acuerdo Isseya—, pero es la única cosa en la que puedo pensar. El primer ritual se hizo para eliminar la corrupción en la gente que se enfrentaba exactamente al mismo destino que le espera a Shrike ahora. ¿Qué tienes que perder?

—Un montón, en realidad. —Los labios de Danaro se retorcieron en un intento de sonrisa que salió como una mueca. Dejó de toquetearse la verruga marrón junto a su nariz y dejó caer su mano de vuelta a la manta, aferrando la tela un poco más fuerte entre sus

dedos—. A Shrike. A ti. Quizás unos cuantos de mis amigos. Tú recuerdas las historias que nos han contado sobre los intentos de hacer a los grifos pasar a través de la Unión.

—Los recuerdo. El último intento así había ocurrido hacía más de cincuenta años, aún así las advertencias permanecían claras y frescas en las mentes de los Guardas.

Los perros de guerra mabari podían hacerse pasar a través de la Unión sin ningún peor efecto del que experimentaban los humanos. Algunos morían, algunos sobrevivían y obtenían las inmunidades y sintonías que los Guardas Grises compartían. Se creía que si vivían lo suficiente, tales peros también podrían sufrir la Llamada, pero si algún perro había vivido tanto, Isseya nunca había oído de él. Las vidas de los perros eran cortas, y las de los perros de guerra aún más.

Los grifos, sin embargo, no respondían del mismo modo. Las grandes bestias sufrían una ira incontrolable, rabiosa, cuando se les sometía a la Unión. Su violencia explosiva no sólo era letal para cualquiera en sus inmediaciones, sino para ellos mismos. El odio que los grifos sentían por los engendros tenebrosos llevado a la ponzoña en sus propias venas, hacía que las nobles criaturas desgarraran sus propios cuerpos en salvajes espasmos de aversión. El horror y la tragedia de los primeros experimentos habían convencido a los Guardas Grises de permanecer bien alejados de ese camino.

Pero aquellos Guardas no habían sido magos de sangre. E Isseya creía, en alguna parte del entramado de lo que Calien le había enseñado, que la clave para inducir a un grifo para aceptar la ponzoña de los engendros tenebrosos podría yacer en alguna parte en eso. Si podía doblegar sus mentes, retorcer sus voluntades sólo de una pequeña forma… no una posesión completa, sino una *aceptación* forzada… entonces podrían ser capaces de anular el odio ciego, y coexistir con la ponzoña.

Quizás. Era un intento desesperado, y no algo que habría considerado hacer nunca bajo circunstancias normales. ¿Pero si era la única cosa que podía evitarle a Shrike la muerte o la necrofagia? Seguro, *seguro*, su forma tenía que ser mejor que eso. La lealtad del grifo no se merecía tal cruel recompensa como ninguno de aquellos dos destinos.

Danaro finalmente alzó su cabeza y le dio una mirada indagadora. El mago tenía una cara simple de campesino, amplia y abierta y honesta, y no podía disfrazar la miseria de su esperanza. *Quería* creer que ella podía ayudar a su amado grifo, pero no lo creía. No realmente.

—Inténtalo, —dijo él.

—Lo haré, —respondió ella, y fue a encontrar a su hermano.

Garahel estaba en la sala de guerra del castillo, hablando con Amadis y más de una docena de los otros: los Guardas Grises veteranos, capitanes de milicia y señores de guerra mercenarios que lideraban el ensamblado Ejército de los Anderfels. Estaban planeando, sabía Isseya, explotar la pérdida de los refuerzos de los engendros tenebrosos para romper el asedio de Hossberg mientras pudieran.

Uyasha, la Señora-Comandante del Ejército Real de los Anderfels, estaba allí también, como lo estaba la adorable, perpetuamente enfadada Reina-Regente Mariwen, que había sido gobernante de Hossberg desde que su marido, el Rey Henault, hubiera

acabado su breve reinado al hacer que un ogro le aplastara la caja torácica hacía dos años. Henault había dejado un hijo, pero con tres años de edad, el Rey Grivaud no era capaz de gobernar ni su guardería.

Su madre, poco sorprendentemente, había estado encantada de tomar las riendas del estado. Y era quizás la acusación más irrecusable del reinado de la Reina Mariwen que Isseya había oído murmurar a varias personas en los pasillos del palacio de que los Anderfels estaban mejor bajo la Ruina, porque mientras que el país permanecía en guerra, el poder definitivo no descansaba sobre Mariwen sino en la Señora-Comandante Uyasha. Mientras que la Reina insistía en las frivolidades y flirteaba con cada mercenario atractivo que pudiera encontrar, Uyasha trabajaba en silencio e incansablemente para asegurarse de que se hiciera lo necesario.

Era Uyasha la que estaba cerca de Amadis y Garahel alrededor de un extremo de la mesa del mapa. Mientras Isseya se aproximaba, vio marcadores siendo movidos por el mapa. Figuritas de mármol lechoso representaban a los Guardas, magos, grifos y diversas compañías de mercenarios acampadas alrededor de Hossberg. Un surtido de piedras de un juego de niños de piedras blancas y negras marcaba el Ejército Real de Anderfels. Y una pila de cucarachas muertas secas, reunidas por los sirvientes del castillo en una de las órdenes más extravagantes de Garahel, estaban por los engendros tenebrosos.

Estaban discutiendo cómo era mejor extender un campo de muerte por el Río Lattenfluss, y cómo llevar a los engendros tenebrosos a esa trampa. Incluso cuando eran guiados por un Archidemonio, los engendros tenebrosos no pensaban o luchaban de la forma en que lo hacían los ejércitos ordinarios. No les importaba proteger las líneas de suministros o evitar pérdidas de tropas; estaban dominados por una ferocidad implacable, consumidora, que hacía posible que se les atrajera hacia delante en circunstancias donde un comandante humano o enano habría retrocedido con precaución.

Algunas veces, de todos modos. Otras veces, la astucia del Archidemonio les alejaría de la destrucción y volvería los planes de sus enemigos contra ellos. Lo imprevisible presentaba un desafío considerable.

No era su desafío, aún así. No hoy. Isseya se deslizó pasando la mesa y le dio unos golpecitos a Garahel en el hombro.

—Necesito tus materiales de la Unión.

Su hermano alzó la mirada de manera impertinente.

—¿Ahora?

El cansancio del largo asedio y la batalla que se avecinaba se mostró en él, así como lo hacía en Amadis y Uyasha. Los tres estaban más delgados de lo que lo habían estado, y los tres tenían arrugas de cansancio presionando alrededor de sus ojos y bocas. El pelo marón claro de Uyasha estaba pringoso por falta de lavado, y las ropas de Amadis estaban arrugadas por haber dormido con ellas.

Lo mejor que podía hacer era apartarse de su camino rápidamente. Isseya asintió y alzó una mano. Hacía siete años, esa mano había sido suave y bien formada. Mientras

estaba en la sala de guerra en las vísperas de romper el asedio de Hossberg, estaba marcada con los legados de heridas de guerra y hechizos de emisarios.

—Ahora.

—¿No puede esperar? Estamos un poco ocupados en este momento.

—No te estoy pidiendo que lo *hagas*. Sólo dame la botella y yo me encargaré del resto por mi cuenta.

Aún Garahel vaciló, aunque ahora era curiosidad más que irritación lo que iluminaba sus ojos de bordes verdes.

—Nunca has querido reclutar a nadie para los Guardas antes.

—Nunca he necesitado hacerlo antes. La botella, Garahel. Tú tienes otras preocupaciones ahora mismo.

—Está bien. —Extendió la mano a un bolsillo y desancló un pequeño aro de hierro. Una única llave colgaba de ese aro. Era de plata simple, deslustrada a un gris apagado oscuro, y demasiado pequeña como para encajar en cualquier sitio salvo en un joyero—. La caja está en el cajón de mi escritorio. Vuelve a ponerla ahí cuando acabes.

—Por supuesto. —Isseya cogió la llave, se excusó con un pequeño asentimiento hacia Amadis y Uyasha y se retiró hacia la puerta.

Antes de que pudiera abandonar la habitación, sin embargo, la Reina Mariwen la interceptó. La Reina colocó una suave mano, empolvada, sobre el antebrazo de Isseya. Cada uno de sus dedos brillaba con un anillo lleno de joyas, y sus uñas habían sido recién pintadas. Ligero como era su toque, ancló a la elfa como una aguja de hierro a través de una mariposa.

—Cuéntame acerca de tu hermano, —susurró la Reina Mariwen, inclinándose conspirativa y abriendo bien sus ojos azules-violáceos. Un brillo de polvo de perlas brillaba en sus párpados, mientras que el kohl acentuaba el largo barrido de sus pestañas. La fragancia de las rosas y las ciruelas de finales del verano se aferraban a su pelo negro ondulado y golpeaban desde la línea del cuello bajo de su vestido azul de terciopelo.

Siete años de asedio no parecían haber tocado a la reina, ni en su apariencia ni en pensamiento, e Isseya encontraba eso profundamente irritante. Trató de mantener la irritación fuera de su cara, pero no lo intentó demasiado.

—¿Mi hermano? Lo conoces desde hace años. ¿Qué necesitas que te cuente?

—Oh, quizás me he expresado mal. —Los tonos dulces de la reina se alzaron inocentemente—. Quizás lo que realmente quería decir es que le hables a *él* sobre *mí*. El Comandante de Campo es un hombre tan ocupado, que no parece tener mucho tiempo para mí. Comprensible, por supuesto. Está preocupado con los asuntos desagradables del exterior. Pero parece que el asedio se romperá pronto, ¿no?

—Eso esperamos, —respondió Isseya cautelosamente, sacando su brazo del agarre de la reina.

—No me cabe duda de que los Guardas Grises prevalecerán. Todos sois tan maravillosamente valientes. Y el Comandante de Campo Garahel es atractivo y gallardo además. Un hombre extraño. Soy una tremenda admiradora.

—Estoy segura de que Garahel se siente adulado, —dijo Isseya.

—No podría saberlo. —La sonrisa de Mariwen se volvió quebradiza—. Por supuesto que he tratado de decírselo, pero de nuevo, tiene tan poco tiempo. Pero es mi gran esperanza que esto cambie una vez que se rompa el asedio. Cuando esta terrorífica guerra acabe, y Uyasha pueda volver a atender asuntos más mundanos… entonces quizás tenga finalmente el lujo de ser capaz de disfrutar de la admiración de una reina.

Los ojos de Isseya se encogieron, pero ella asintió una vez, cortésmente. Se preguntaba qué diría su hermano —y qué haría Amadis— una vez escuchara que la reina pretendía mantener la futura cooperación de los Anderfels como rehén a sus demandas.

—Entregaré el mensaje.

—Sabía que lo harías. —La Reina Mariwen lanzó su brillante pelo negro sobre un hombro y se volvió con un aleteo juguetón final de sus pestañas—. Todo Anderfels está agradecido por tu servicio.

—Me alegro mucho de oírlo, —dijo Isseya. Intercambiando una mirada de incredulidad y molestia con otro Guarda veterano que había oído algo de su conversación, se deslizó fuera de la habitación.

Una vez estuvo fuera, inmediatamente se sintió más libre. Por peligrosa y desagradable que hubiera sido la tarea anterior, era mil veces mejor que tratar con los deseos insignificantes de la reina. La elfa exhaló un largo aliento y subió las escaleras hasta la habitación privada de Garahel.

Un joven Guarda Gris estaba montando guardia fuera de la cámara de su hermano. Bajo su fachada impasible, parecía nervioso. El joven se tensó conscientemente mientras Isseya rodeaba el pasillo y salía a la vista.

—Señora.

—No hay necesidad de ceremonia, —dijo ella, haciendo a un lado su torpe saludo. No podía recordar el nombre del joven Guarda, pero recordaba que había pasado por la Unión hacía menos de un mes. Había sido un voluntario, como muchos de los Anderinos—. Sólo estoy aquí para recoger algunas de las cosas de mi hermano.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudar?

Isseya sacudió la cabeza, no maleducadamente.

—Todo lo que necesito son los materiales para la Unión.

—Oh. —El joven tragó saliva. Una mezcla de esperanza y temor recordado cruzó su cara—. ¿Alguien más va a ser reclutado?

—Quizás. —Ella se movió pasándole, empujando la puerta de la habitación de Garahel para abrirla.

No le llevó mucho encontrar el cajón que tenía los materiales para el ritual de la Unión. La cámara de Garahel era espartana en exceso: aparte de un par de mapas de batallas y cartas en su escritorio, una palangana para lavarse y una cama deshecha, no había mucho para llenar el espacio. Con los años, podría haber acumulado suficientes trofeos de campaña como para decorar todo el castillo, aún así el único ornamento en la habitación era la única vasija que contenía las plumas caídas de las alas de Crookytail, las

cuales su hermano usaba para sus flechas. Uno de los camisones de Amadis y un par de sus pantuflas de piel de oveja descansaban junto a la cama, y el leve soplo del perfume de la mujer permanecía en medio de los olores de la armadura pulida y el cuero.

El cajón cerrado estaba en el lado derecho abajo del escritorio. Isseya insertó la llave y tiró para abrirlo.

Dentro había una caja de madera negra encuadernada con un metal gris apagado. No llevaba señales o cartel de advertencia, pero la pura simplicidad de su diseño le confería una sensación de presagio. Isseya la alzó cautelosamente, como si estuviera llena de escorpiones.

Su contenido real, por supuesto, era mucho más peligroso. Usando la punta de sus dedos, alzó la tapa.

Un cáliz de plata deslustrada, un saco de polvo de lirio y tres pequeñas botellas de cristal gris ahumado estaban dentro de la caja. Unas almohadas desgastadas de terciopelo, con calvas en lugares de forma que la cubierta de crines sobresaliera en oscuras cerdas, acunaban los objetos. Dos de las botellas estaban llenas de un fluido negro turbio, mientras que la tercera estaba casi vacía. Escasamente más de un par de gotas yacían en el fondo de esa botella, pero Isseya pensaba que sería más que suficiente para cubrir sus necesidades. Requería sólo una gota de la sangre del Archidemonio sellar la Unión.

Cerró la caja, la metió bajo su capa y volvió a cerrar el cajón de Garahel. El joven Guarda fuera de la puerta le dio otro saludo mientras salía.

—Señora.

—Guarda, —dijo ella formalmente, imitando el gesto del joven. No era una forma estándar de dirigirse a alguien; pese a toda su historia y prestigio los Guardas Grises no eran demasiado dados a las ceremonias, particularmente en el campo. Pero el chico parecía tomar cierto consuelo en los rituales, e Isseya no veía nada malo en dárselo. Deseaba poder encontrar una solución para sus propios miedos tan fácilmente.

No parecía que el Hacedor fuera a ofrecerle una, aún así, así que con un asentimiento final al guarda de la puerta de Garahel, abandonó el castillo y fue a encontrarse con Shrike en la enfermería del establo.

El grifo estaba acurrucado en la esquina de su compartimento. Le llevó a Isseya un par de minutos localizarle, ya que incluso los grifos enfermos y heridos raramente escogían pasar mucho tiempo confinados en sus compartimentos. Preferían estar fuera al aire libre, y pasaban sus días posados encima de la enfermería del establo con sus alas extendidas para atrapar lo que pudieran del sol envuelto en la Ruina.

Shrike, sin embargo, estaba acurrucado en la oscuridad de su desaliento. No alzó su cabeza mientras Isseya entraba; en su lugar la metió más profundamente bajo sus alas. Su pelaje estaba moteado de suciedad donde había yacido despreocupadamente en sus propios desperdicios.

Hería el corazón de Isseya ver a un grifo tan desprovisto de su orgullo. Eran bestias nobles, los amos del cielo, y normalmente llevaban una dignidad que igualaba el asombro que inspiraban.

Se arrodilló en la paja justo fuera de su compartimento y sacó las herramientas que había traído. Junto a la caja de Garahel, colocó un cuchillo y una botella de sangre que había cogido de un hurlock el día anterior. La sangre del hurlock era de un rojo negruzco, pero ni de cerca tan absoluta en color ni tan viscosa como los contenidos de las botellas antiguas en la caja de Garahel. Aquellas tenían la sangre de Toth, el Archidemonio de la Tercera Ruina, que había sido masacrado en Salto de Cazador hacía casi doscientos años.

Shrike no giró su cabeza para mirar las herramientas que Isseya colocó ante él. Ella vertió una pequeña pirámide de polvo de lirio azul brillante en el cáliz vacío, luego vertió la sangre de hurlock sobre él hasta que todo el polvo se hubiera disuelto. En la mezcla arremolinada, ella añadió una única gota de la sangre antigua del Archidemonio. Un vapor negro frío se alzó del cáliz, llevando con él el aroma cortado, extraño, de la corrosión de los engendros tenebrosos.

Isseya se quedó helada, respirando ese vapor. El horror de su propia Unión se alzó sobre ella, paralizándola donde estaba arrodillada. Varios de sus compañeros reclutas habían muerto durante el ritual, asfixiándose en espuma y miedo y sangre regurgitada, y ella casi había estado entre ellos. Sintiendo que la *incorrección* se deslizaba en su cuerpo y se fundía en sus huesos… se había aferrado al núcleo de su sentido de sí misma, y en cierto modo nunca se había recuperado. No podía. Nadie podía. La Unión les hacía tanto más como menos de lo que habían sido antes, y sus cambios eran irrevocables.

Pero ella había sobrevivido. Y creía que había encontrado una forma en que Shrike pudiera hacerlo también.

Abriéndose al Velo, Isseya sacó una hebra de magia y la canalizó cuidadosamente hacia el cáliz. El líquido lodoso se arremolinó más rápidamente en la copa, y en su superficie arremolinada empezó a ver los reflejos de criaturas inexistentes estiradas y distorsionadas por el vórtice.

Colocó el cáliz a un lazo, manteniendo la magia activa en su corazón, y se aproximó a Shrike con el cuchillo en su mano.

El grifo no la miró hasta que estuvo lo suficientemente cerca como para tocarlo. Entonces, finalmente, alzó la cabeza.

Sus loreales estaban grises y hundidos, las plumas secas y descoloridas sobre la suave piel coriácea. Una mancha negra rojiza recorría la superficie interior de su pico, saliendo a través de las grietas que enredaban las mandíbulas. Una mucosidad negruzca nublaba sus ojos, como si una fina capa de tono aceitoso hubiera sido colocada sobre cada orbe.

Sólo había pasado un día desde que Shrike hubiera tragado esa cata de sangre de engendro tenebroso, pero la corrupción se estaba apoderando de él rápidamente. Dejó que Isseya cogiera su pezuña sin mucho interés. Sus orejas permanecían caídas y débiles, y su mirada mucosa negra permaneció lánguidamente en el muro del establo tras la elfa.

—Estoy haciendo esto para ayudarte, —le dijo Isseya al grifo desanimado. No creía que pudiera entenderlo, no realmente. Tan imposiblemente inteligentes como podían ser las bestias, aún *eran* bestias, y la lengua humana estaba bastante por encima de ellos.

Quería decirlo, aún así, incluso si las palabras eran principalmente por su propio bien.

—No puedo dejarte morir por salvar a Danaro. No te *dejaré*.

El grifo bajó su cabeza de vuelta a la paja sucia. Apenas se encogió cuando ella picó uno de sus dedos con el cuchillo, extrayendo una perla de sangre de su lateral. Mientras el rastro de carmesí se extendía por el pelaje de Shrike, Isseya extraía poder de esa sangre en su hechizo sin terminar. Deslizó su consciencia por el canal de la sangre en la mente viva de Shrike, justo como Calien le había enseñado, y ahí doblegó los pensamientos salvajes del grifo para darle la forma de los suyos propios.

Acepta esto, influyó ella, y Shrike abrió su pico. Sus ojos estaban vidriosos y no veían, pero en su interior, sus pensamientos giraban y se sacudían en un pánico repentino.

No, no, no, no, no llenó el cráneo de Shrike en un trueno aterrorizado. Luchó contra su intrusión con la desesperación y la futilidad de una libélula atrapada en una tela de araña. *¡No!*

Acepta esto, repitió Isseya, y suave pero firmemente forzó a la mente del grifo a ampliarse.

Ella extendió el brazo para coger el cáliz y cuidadosamente lo puso en el pico de Shrike, haciendo que el grifo traspuesto tragara varias veces mientras ella vaciaba la mezcla de lirio y sangre tocada por el hechizo por su garganta. El pánico de Shrike aumentó hasta que Isseya temió que rompería su mente contra la suya propia. Ella afirmó su agarre, aventurándose más profundamente en sus emociones y recuerdos hasta que alcanzó el mismo núcleo de la identidad del grifo.

Allí volvió a tejer los pensamientos que encontró, cortando hebras de recuerdos y sentimientos y colocando otras en su lugar. Debilitó el odio de Shrike por los engendros tenebrosos y presionó el sentido de renunciar a lo que había pasado desde que ingiriera su ponzoña. En lugar de aquellas emociones, enhebró la aceptación y el olvido, emborronando los detalles de lo que le había ocurrido y alterando la perspectiva del grifo de forma que pareciera menos horroroso. Enmascaró el sentido de enfermedad ajena en él, doblegando los pensamientos del grifo de forma que creyera que sólo era un resfriado, una tos, alguna enfermedad transitoria que no le hiciera sentirse él mismo.

Era un trabajo intricado, y extenuante, y mucho más allá de cualquier cosa que Calien le hubiera enseñado. Pero aguantó, pensaba ella. Aguantó razonablemente bien.

Lentamente, ella se extrajo a sí misma, liberando la mente de Shrike a sus caminos alterados. Su visión borrosa se aclaró. Estaba arrodillada en la paja del establo, el cáliz vacío a su lado junto a su mano.

La respiración de Shrike se había normalizado, y la palidez gris de sus loreales se había calentado a un tono más sano. Sus ojos estaban prácticamente cerrados, pero la rendija que Isseya podía ver era de un ámbar brillante, limpia de su velo de ébano.

Parecía él mismo de nuevo. Pero si era él mismo, no podía saberlo. El grifo había caído en un sueño inquieto inmediatamente después de que ella liberara la magia de sangre que le ataba. Pero su pecho se alzaba y caía pacíficamente, y sus alas estaban bien cerca de su cuerpo, en la posición normal de un grifo durmiendo en lugar de la descuidada de la depresión de Shrike. Tosió, una vez, como si aclarara su garganta por un

resfriado, y entonces se relajó por completo. Pensó que podría significar que su intento de Unión había tenido éxito. Esperaba que sí.

Silenciosamente, Isseya levantó el cáliz caído, limpió su superficie interior en la esquina de su capa, y lo colocó de vuelta en la caja de Garahel junto al saco de lirio. Ella cogió su vial vacío de sangre de hurlock también y lo colocó en un bolsillo. Finalmente limpió las manchas carmesí del cuchillo, y con pies cautelosos abandonó el establo de la enfermería.

Fue con Danaro primero. El mago estaba reclinado en su cama justo como ella le había dejado. El mismo libro de historias arcanas descansaba sobre la pequeña mesa a su lado, probablemente abierto por la misma página sin leer.

Él alzó la mirada con una esperanza involuntaria en sus ojos mientras entraba.

—¿Funcionó? ¿Le salvaste?

—No lo sé, —respondió Isseya—, pero creo que hice *algo*.

14
5:19 Exaltada

—Están viniendo, —anunció Lisme, encogiendo los ojos a través del catalejo de latón sobre su ojo izquierdo—. Te aproximan a los quemacielos ahora.

El mago andrógino aún llevaba cicatrices recientes rosas de la batalla para cerrar los Caminos de las Profundidades, pero las había incorporado al carnaval de su disfraz. Hoy se había vestido para identificarse como un hombre, con pelo negro que caía pasando sus hombros y un mostacho igualmente largo. Tanto el pelo como el mostacho se separaban en la carne rosa de sus heridas recién sanadas, dejando un amplio surco descubierto por el lateral izquierdo de su cabeza.

—¿Cuántos? —preguntó Isseya tensamente. Su hermano le había asignado una pequeña compañía de magos y arqueros montados en grifos. Cada uno de los Guardas a su mando era un veterano hábil, pero no eran una gran fuerza. Su rol en esta batalla estaba diseñado para ser secundario, crucial, pero pequeño. Si los engendros tenebrosos hubieran venido en mayores números de los anticipados, su tarea sería imposible.

Su deber era masacrar a todos los engendros tenebrosos en la bifurcación del Río Lattenfluss, al sur de Hossberg. La mayoría de las fuerzas aliadas, bajo el liderazgo de Garahel, estaban agrupadas en el noroeste de la ciudad, donde se enfrentaban a la mayor fuerza de la horda de engendros tenebrosos.

El frente sur estaba comparativamente tranquilo… pero su propio vacío era engañoso. El espacio invitadoramente abierto había atraído a una porción considerable del ejército de engendros tenebrosos hacia un intento de ataque furtivo desde la parte trasera, y ahora los Guardas tenían intención de destruir a sus enemigos con astucia y hechicería más que con flechas y espadas.

—Parecen… doscientos, quizás doscientos cincuenta, —respondió Lisme tras una pausa. Bajó su catalejo y miró por encima del hombro a Isseya. El viento recogía su pelo y lo ondeaba en un estandarte de seda negra tras él—. La mayoría hurlocks, un par de aullidos. Veo tres ogros.

—¿No hay señal del Archidemonio? —preguntó Isseya.

—Ninguna, —confirmó Lisme, para sorpresa de nadie. El Archidemonio no había sido visto en los Anderfels durante semanas. El último avistamiento fiable había sido informado sobre las ruinas de la Ciudad de Antiva, seis días antes.

Era un alivio, pero también una decepción, saber que el Archidemonio no formaría parte de la pelea hoy. Si hubiera formado parte, habrían tenido una oportunidad de acabar con la Ruina… pero también habrían corrido un riesgo mucho más grande de ser destruidos. Tras siete largos días de un asedio demoledor, la guarnición de Hossberg no estaba en estado de asumir a un enemigo de tal poder.

Lisme volvió a colocar su ojo en el catalejo, observando a los engendros tenebrosos que se aproximaban. Isseya apenas podía atisbarlos como una línea de oscuridad moviéndose sacudiéndose por el horizonte. El flujo brillante del Río Lattenfluss, que se

había hundido tanto durante la sequía de la Ruina que se había desvanecido bajo su lecho durante veinte o treinta yardas a la vez, sobresalía tras el avance de la línea irregular de la horda.

Delante de ellos, a medio camino de donde los Guardas y sus grifos acechaban en emboscada, los quemacielos esperaban.

Adaptados de trampas que los enanos habían diseñado para matar engendros tenebrosos en los Caminos de las Profundidades, los quemacielos consistían en grandes vasijas de arcilla enterradas, llenas de restos de armaduras estropeadas, rocas afiladas, y otra metralla. En el centro de cada una había un puñado de piedras especialmente preparadas, cada una escrita con una runa en lirio, el cual los enanos habían asegurado a su hermano que explotarían cuando fueran activadas adecuadamente. Pese a que eran reconocidamente imprecisas, y a veces propensas a fallos, habían prometido que las runas de lirio serían devastadoras contra los engendros tenebrosos.

Los túmulos habían sido decorados con las armas de los caídos, como era tradicional en Orlais y en algunas partes del Imperio de Tevinter. Pocas de las naciones civilizadas de Thedas enterraban a sus muertos —era un riesgo demasiado grande que los demonios o los espíritus malignos ocuparan sus huesos— así que en su lugar quemaban los cuerpos y usaban sus armas como monumento funerario.

En los Anderfels, sin embargo, la vida era más dura, y las armas eran demasiado preciosas como para ser dejadas para los muertos. Si los engendros tenebrosos sabían algo acerca de las costumbres humanas, podrían tener sospechas de la presencia de valiosas alabardas y picas en aquellos túmulos rocosos.

Pero Garahel no creía que los engendros tenebrosos fueran conscientes de tales detalles, y tampoco pensaba que abandonarían la oportunidad de saquear buenas armas de sus víctimas. Los hurlocks y los genlocks no tenían ningún talento para la herrería; tenían que confiar en lo que sus necrófagos sirvientes pudieran fabricar, y los necrófagos no eran famosos por su fineza en la forja. Así que, había calculado, los engendros tenebrosos muy probablemente volarían en un frenesí mientras luchaban sobre las armas abandonadas en aquellos cuatro túmulos, y ciertamente no dejarían aquellos tesoros atrás.

Y cuando los engendros tenebrosos cogieran esas picas y alabardas y bastones con punta de hierro, morirían. Había cables trampa colocados en la parte inferior de aquellas armas conectadas a los quemacielos ocultos. Tras un breve retraso, mientras las runas de lirio se activaban —y, esperanzadamente, más engendros tenebrosos caminaran hacia las trampas— los quemacielos harían honor a su nombre.

Isseya tenía bastantes ganas de verlos. Siempre le había gustado la pirotecnia, y esos explosivos fabricados por los enanos prometían ser excelentes. Los Guardas nunca los habían usado antes; habían recibido aquellos sólo hacía un par de meses, como parte de los esfuerzos eternos de Garahel de ganar más aliados a su causa. Los enanos no habían estado dispuestos a ceder a muchos de sus guerreros, pero habían mandado a dos hermanas de la Casta Minera y varias carretas de materiales a los Guardas.

—Casi están aquí, —murmuró Lisme—. Preparaos.

Isseya asintió y se retiró de vuelta hacia donde los otros esperaban. Un poco después, Lisme le siguió, agachado contra el suelo y aún rastreando a los engendros tenebrosos con el catalejo.

Su compañía de Guardas Grises sumaba sólo veintitrés, con una docena de grifos entre ellos. Estaban escondidos en un desfiladero natural que los mineros de Hossberg habían ampliado hasta convertirlo en un foso sin agua. Hacía años el Río Lattenfluss había mantenido el foso inundado, pero conforme continuó la Ruina, los niveles del río habían bajado tanto que el fondo del foso había sido reducido a un fango pegajoso. Eso era, desafortunadamente, suficiente humedad para sustentar a los mosquitos que plagaban a los Guardas Grises mientras esperaban.

Apartando una nube de mosquitos, Isseya trepó a la silla de montar de Revas. Calien ya estaba sentado en la silla de pasajeros, y el resto de la compañía estaba montada también. Todas sus monturas llevaban dos jinetes, excepto por el Shrike de Danaro, que se había vuelto tan irritable desde su Unión que no toleraría a nadie salvo a su amo.

Shrike se agachó a cierta distancia de los otros grifos, cabizbajo y de mal humor. Se había recuperado rápidamente del ritual de Isseya, pero parecía tener algún enfado acerca de la experiencia. El grifo había estado irritable desde que saliera de su depresión, y los otros grifos le trataban con la misma hostilidad. Había llegado a dos peleas con otros grifos que llegaron cerca de provocar una herida letal, y él había abierto una desagradable herida en el brazo de un mozo de cuadras que se había quedado demasiado tiempo tras traerle un cordero para cenar. Sólo Danaro podía aproximarse a su grifo sin obtener un siseo y una mirada llena de odio, o peor.

No se había cuestionado el poner un segundo jinete en Shrike. Isseya sólo esperaba que no les hiciera daño hoy.

En la distancia al norte pudo escuchar el trueno de los tambores de guerra y el grito estridente de las trompetas señalando el avance. La batalla de Hossberg estaba a punto de comenzar.

Los engendros tenebrosos lo oyeron también. Un par se giraron indecisos, aparentemente inseguros de si tratar de vadear el Lattenfluss para unirse a la batalla. Más rompieron a correr, cargando para reclamar el armamento.

Los ogros se abrieron paso a empujones primero, tirando a los engendros tenebrosos más pequeños mientras corrían a por premios que eran demasiado grandes para usarlos. Aullidos con bocas en pinza revoloteaban y titilaban alrededor de los pies de los ogros, tratando de adelantar a sus enormes compañeros.

Cuando alcanzaron los túmulos, los engendros tenebrosos se detuvieron, alzando sus cabezas y olfateando el aire. El viento no les favorecía, pero Isseya se tensó de todas formas. Las habilidades de los engendros tenebrosos podían ser impredecibles, y a veces podían percibir a los Guardas Grises a través de la misma familiaridad inducida por la Unión que permitía a los Guardas percibirlos a ellos.

Si percibieron a los Guardas esperando en el foso, sin embargo, no mostraron ninguna señal. Los ogros se movían con pesadez hacia los túmulos, corriendo junto a los

escalofriantes aullidos silbantes. Agarraron las picas y los bastones en sus enormes manos plagadas de callos y en las llenas de garras como agujas, tirando de las armas atrapadas para soltarlas y sostenerlas en alto con rugidos triunfantes. Los hurlocks y genlocks más lentos llegaron hacia ellos, resoplando y gruñendo con envidia, y trataron de luchar por las armas más pequeñas con los aullidos siseantes. Alrededor y alrededor de los ogros danzaban, luchando por sus premios.

Y la tierra explotó bajo sus pies.

La tierra fue en fuente a veinte pies en el aire, impulsada por cuatro bocanadas de fuego azul verdoso incandescente que ardía más brillante que el sol. A más de doscientas yardas de distancia, donde esperaban los Guardas Grises, la oleada de presión hizo estallar los oídos de Isseya y le arrebató el aliento de los pulmones. La llama mágica incineró a los engendros tenebrosos más cercanos al instante, encendiendo los huesos dentro de su carne medio segundo antes de reducir toda su forma a cenizas. Las rocas y los fragmentos de metal al rojo vivo cortaban hacia arriba y de lado desde el estallido, destrozando a otros engendros tenebrosos en montones desintegrados o una negrura húmeda. No quedó nada sólido de los que habían estado más cerca de las erupciones.

La violencia de los quemacielos era como nada que Isseya hubiera visto nunca. El viento que soplaba sobre los Guardas Grises era húmedo y pesado con el olor de la muerte repentina, perfilado con el acre hormigueante del lirio quemado.

—Id, —le dijo a su compañía, y le hizo una señal a Revas para que tomara el vuelo.

En un correr de alas, los Guardas Grises se lanzaron.

Su tarea era matar a los engendros tenebrosos confundidos y heridos, y lo hicieron con una eficiencia brutal. Las bolas de fuego golpeaban a través de las filas tambaleantes de los hurlocks; los peñascos volando hicieron caer a los ogros moribundos. Las tormentas de hielo y los conos de escarcha convirtieron la sangre negra de los genlocks en hielo y destrozaron los finos huesos de los aullidos. La tierra rota se sacudió con la fuerza de los terremotos de Lisme y los hechizos de fuerza de Isseya. A través de todo ello, las astas de los arqueros siseaban en un canto letal.

Habían planeado dirigir a los engendros tenebrosos al río, pero después del segundo pase de los grifos, no quedaron supervivientes que dirigir. Los quemacielos enanos habían sido mucho más devastadores de lo que cualquiera hubiera esperado, y su pequeña emboscada había sido una perfecta masacre.

La batalla principal parecía mucho más arriesgada, aún así, e Isseya acababa de girarse para reunir de nuevo a sus Guardas en un asalto organizado cuando se dio cuenta de que Shrike ya estaba atacando al frente principal por su cuenta.

Danaro estaba tirando de las riendas con todas sus fuerzas, en pie en la silla para tener más potencia, pero un grifo en completa furia era imposible de detener. Y la furia de Shrike estaba más allá de lo que Isseya hubiera visto nunca.

El grifo se hundió hacia un cúmulo de ogros con armadura pesada. Un par de Guardas Grises, un humano y un enano, estaban rodeados en medio. Ambos estaban empapados de sangre, parte de los engendros tenebrosos y mucha de la suya propia. Isseya sólo tuvo

un vistazo de ellos antes de que el grueso de los ogros impidiera su vista de los dos Guardas, pero fue suficiente como para decirle que los dos apenas se mantenían en pie.

No estaba segura de si fue el aprieto desesperado de los Guardas o el hecho de que los ogros eran los objetivos más grandes en el campo lo que atrajo la atención de Shrike. En cualquier caso, el grifo se lanzó en una caída descuidada, golpeando la nuca del ogro más grande con sus garras cerradas. La cabeza del ogro se lanzó hacia delante y de lado con un crac violento, y la enorme criatura cayó muerta en su sitio.

Los otros dos ogros agarraron al grifo. Uno agarró el ala izquierda de Shrike y tiró de ella violentamente. Isseya vio al grifo sacudirse hacia abajo en el agarre del ogro, luego perdió de vista a Shrike y a su jinete mientras Revas se giraba para dar otro pase sobre el campo de batalla.

Esperaba que el grifo estuviera muerto cuando Revas dio la vuelta, pero para su asombro, Shrike aún estaba luchando… y, de algún modo, aún volaba. Su ala herida se mecía con cada aleteo como una vela dañada, pero mediante magia o adrenalina o pura fuerza de voluntad feroz, Shrike se mantenía alejado del suelo. Danaro se aferraba a su espalda aterrorizado, disparando hechizos a medio terminar a los ogros cuando tuviera un momento tranquilo en el que lanzarlos.

—¿Qué le *hiciste*? —preguntó Calien sin aliento tras Isseya.

—No lo sé, —confesó la elfa—. Sólo quería salvarle de la ponzoña de engendro tenebroso. Esto… no es lo que pretendía. No sé lo que es.

Volviéndose, Isseya alzó su brazo derecho y llamó a los otros Guardas:

—¡Mi flota! ¡Atacad!

Revas ya estaba lanzándose hacia delante mientras las palabras abandonaban sus labios. Al contrario que Shrike, Revas y los otros grifos en su flota se aferraban a sus tácticas de entrenamiento. Sobrevolaron la lucha, girando rápidamente de lado a lado en un esfuerzo de evadir los hechizos de los engendros tenebrosos y las flechas de astas negras mientras sus jinetes lanzaban sus propias oleadas a la refriega.

Al ver a un pequeño grupo de mercenarios del Draco Rubí siendo atrapados por asesinos genlock, Isseya mandó a Revas hacia allí. Valientemente mientras los hombres y mujeres estaban luchando bajo su estandarte de dragón carmesí, los genlocks tenían la ventaja. Una rara magia recorría sus venas, permitiendo que los bajos y fornidos engendros tenebrosos entraran y salieran de las sombras tan sigilosamente como los mejores Cuervos de Antiva. Se desvanecían cada vez que los Dracos Rubí se giraban para encararlos, entonces se deslizaban para flanquear a sus enemigos y los hacían caer con puñaladas rápidas y despiadadas.

La magia podía igualar las posibilidades, aún así. Mientras Revas barría pasando los genlocks y los mercenarios, Isseya lanzó un estallido bien controlado de frío sobrenatural por el borde de su lucha. Calien lanzó un segundo cono frígido en un camino interceptándolo, sobreponiéndose al de Isseya hasta el punto de origen pero saliendo hacia afuera para atrapar a los objetivos que ella no podía alcanzar.

Su estallido dual atrapó a la mayoría de los asesinos —e, inevitablemente, a un par de los Dracos Rubí— y los congeló en finos caparazones agrietados de humedad cristalina. Algunos de los heridos murieron inmediatamente dentro de sus capullos de hielo teñido de rosa. Otros, anclados indefensos durante un par de segundos cruciales, sólo pudieron luchar y resoplar en sus ataduras heladas mientras los Dracos Rubí restantes los cortaban.

Por todo el campo de batalla, otros jinetes de grifos estaban haciendo lo mismo, barriendo en pequeños conflictos en medio de la gran conflagración y ayudando a sus aliados con cualquier táctica necesaria para ayudarles a prevalecer. El humo y las cenizas subían en espiral desde las docenas de fuegos provocados por hechizos en el campo, hiriendo sus ojos y asfixiando sus fosas nasales, pero ellos ignoraron el dolor y siguieron luchando. Lanzaron una cobertura de flechas para permitir que los Guardas en tierra se retiraran, dirigiendo atrás a los hurlocks y genlocks con barreras de fuego y piedra para dejar que sus aliados se reagruparan, y distrayendo a los ogros y a los emisarios que lanzaban hechizos con fintas aéreas vistosas de forma que los guerreros en tierra pudieran explotar su confusión.

Un emisario hurlock, vestido con túnicas maltrechas, demasiado grandes, como una burla de un auténtico mago, agarró a uno de los grifos con un rayo de llamas de filos de color ébano. El grifo aleteó y giró salvajemente, luchando por recuperar el control, pero el peñasco de un ogro le tiró del cielo antes de que se pudiera recuperar. Los dos Guardas montados en el grifo cayeron con él, aplastados bajo el peso de su montura antes siquiera de que los engendros tenebrosos fueran en enjambre sobre la bestia mortalmente herida y la desgarraran con sus garras y espadas de hojas serradas. Una fina niebla de sangre nubló el aire sobre su salvajismo.

Ocurrió demasiado rápido como para que Isseya reaccionara, y había poco que pudiera haber hecho para detenerlo en cualquier caso. Ella misma estaba en peligro: un grupo de genlocks con ballestas estaba disparando a Revas, y aunque las bolas de fuego que ella y Calien lanzaban de vuelta a los arqueros incineraron a algunos de sus oponentes al pasar, la arremetida era demasiado arriesgada como para que el grifo la aguantara.

Un virote atravesó el antebrazo de Isseya; un segundo más tarde otros dos rebotaron en la parte delantera de la armadura de su silla. Agachándose para recibir toda la cobertura que pudiera, la elfa disparó a Revas para retirarse, y entonces usó sus hechizos de fuego para ganar algo de tiempo.

Arañado y herido por la arremetida, el grifo negro trepó al aire. Los virotes de los genlocks le dieron caza, pero sus armas no tenían el alcance ni la precisión para presentar una amenaza seria una vez que Revas estuvo a un par de cientos de pies de altura.

Rodearon sobre el campo de batalla, demasiado alto como para hacer mucho salvo observar en busca del momento. Para asombro de Isseya, Shrike aún estaba luchando en tierra. Estaba tan empapado en sangre que no lo reconoció de inmediato. Danaro no estaba en ninguna parte a la vista. O había huido de la locura de su grifo o, más probablemente, había muerto.

Se preguntaba si Shrike se percataría de todos modos. El grifo estaba completamente perdido en el frenesí de su lucha. Pateó a un ogro de espaldas contra una multitud de hurlocks, golpeando al bruto con cuernos con tal fuerza que fue tumbado de sus pies, entonces saltó hacia el ogro y lo destripó con sus cuatro garras mientras destrozaba su garganta con su pido.

La agresión desenfrenada de su ataque le dejaba vulnerable a los hurlocks. Mientras éstos volvían a ponerse en pie, los engendros tenebrosos más pequeños le hostigaban, apuñalando y cortando.

Aún así, de algún modo, Shrike logró evadir muchos de sus golpes. Era como si supiera antes que los engendros tenebrosos adónde iban a golpear, y pudiera esquivar o rechazar sus golpes antes de que le dieran. No siempre —había demasiados, y Shrike no iba a abandonar su presa para evitarlos— pero empezaba a explicar cómo había permanecido en batalla tanto tiempo como lo había hecho.

Su fuerza y velocidad, también, habían aumentado a niveles sobrenaturales. Podía tirar de una pata trasera lejos de la espada de un hurlock sin mirar, y entonces —aún sin mirar, mucho más rápido de lo que Isseya podía seguir el movimiento— lanzar esa misma pata hacia atrás con la suficiente fuerza, pese al ángulo extraño, como para desgarrar el estómago del hurlock y derramar sus tripas sobre el suelo.

Calien lo había visto también.

—¿Cómo está *haciendo* eso?

Isseya sólo pudo sacudir la cabeza. Su garganta estaba dolorosamente seca por los gritos a través del humo.

—No lo sé. He oído que algunos de los Guardas más viejos pueden hacer algo como eso. Tarde en su servicio, cuando están al borde de la Llamada, algunos de ellos tienen tal cercanía con los engendros tenebrosos que pueden escuchar ecos de sus pensamientos. Nunca dura mucho, aún así. Siempre significa que el fin está cerca.

—Parece que el de Shrike lo está, sí. —Calien se detuvo, y aunque estaba sentado tras Isseya y ella no podía ver su cara, había estado luchando junto al mago de sangre lo suficiente como para saber cuándo estaba luchando con algo que no estaba seguro que quisiera preguntar.

—Escúpelo, —murmuró ella.

—¿Qué has hecho…?

—No era lo que quería, —dijo la elfa cortésmente. Todo lo que había pretendido era que Shrike sobreviviera. No que se convirtiera en un avatar alado de la destrucción.

—Pero es lo que otros querrán. —Señaló hacia donde Shrike estaba finalmente empezando a flaquear. Las alas grises del grifo estaban empapadas de rojo y negro; las pocas plumas primarias que permanecían en cada una dejaban rastros goteantes de sangre cuando se movía. Quemaduras heladas y cortes abiertos cubrían sus costados. Una flecha rota sobresalía de su cuello, otra de su pata derecha delantera.

Y aún así su lucha apenas se había ralentizado, y el aro de muerte a su alrededor acumulaba cinco alturas a cada lado.

En el frente, los cuernos de latón estaban soplando la señal de la victoria de los aliados. Habían ganado. Las filas de los engendros tenebrosos se estaban rompiendo, disipándose en el caos mientras, en alguna parte, el lejano Archidemonio perdía el interés en el campo y abandonaba el control de sus esbirros derrotados. Los hurlocks y aullidos se dispersaban dementes, huyendo sobre los cuerpos de sus camaradas. Los ogros, demasiado grandes y lentos como para escapar, continuaron luchando, entregados a hacer caer a tantos hacia el vacío como pudieran.

Un ánimo se alzó desde los Guardas y sus aliados, que corrieron hacia sus enemigos derrotados con una renovada determinación. Pronto su victoria fue una retirada, y los engendros tenebrosos estaban siendo dirigidos hacia el Lattenfluss, donde flotaron y se ahogaron o fueron disparados por arqueros.

Isseya no compartía su júbilo. Bajó la mirada a Shrike, que finalmente había caído. Habían ganado esta batalla… pero la guerra continuaba. Mientras el Archidemonio viviera, ninguna de sus victorias duraría con seguridad. Hossberg era libre hoy, pero en una semana o un mes o un año, podría caer ante los engendros tenebrosos de nuevo.

Calien tenía razón. Isseya lo sabía con tanta seguridad como se encogía del dolor por admitirlo. Muchos *querrían* que los grifos se volvieran incluso más mortíferos de lo que lo eran. Los jinetes de grifos no —no los que veían a sus bestias como amigos y compañeros de confianza— sino aquellos que veían a los animales como meras máquinas de guerra, para ser gastadas estratégicamente y no con más emoción que los quemacielos o las catapultas, a aquella gente no le importaba el coste.

—Fue mi hechizo, —dijo en voz alta, tanto para Calien como para sí misma. Estaban bien altos sobre la batalla, y aunque el viento llevaba el aroma de la sangre y el humo desde abajo, era más leve aquí arriba. Más fuerte era el almizcle leonino del pelaje de Revas—. Mío, y sólo mío. Nadie más tiene el secreto. Y no lo volveré a hacer nunca.

15
9:41 Dragón

—¿Has conocido alguna vez a un mago de sangre? —preguntó Valya. No pretendía que la pregunta sonara timorata, pero salió así de todos modos. Incluso después de haber pasado meses aprendiendo a aceptar la presencia de los templarios en Weisshaupt, los hábitos que había aprendido en Hossberg permanecían.

Pese a sus vacilaciones ocasionales, sin embargo, había llegado a gustarle genuinamente Reimas. Bajo su exterior melancólico, la mujer tenía un corazón de humildad y profunda amabilidad. Si todos los templarios en Hossberg hubieran sido así, pensaba Valya a menudo, sus años de formación en el Círculo no habrían sido aturdidos por tal miedo.

No sentía tal conexión con los otros templarios. Principalmente se guardaban de sí mismos, en cualquier caso. El Caballero-Teniente Diguier había muerto un par de semanas antes mientras intentaban la Unión, y desde entonces Valya había visto incluso menos de los templarios restantes.

Pero Reimas continuaba reuniéndose con ella para el té de la mañana y caminar alrededor de las partes de Weisshaupt que tenían permitido visitar, y gradualmente, para la tranquila sorpresa de Valya, las dos se habían convertido en algo similar a amigas.

Lo suficientemente cercanas, al menos, como para sentirse cómoda preguntando a la otra mujer acerca de las cosas que la habían estado perturbando.

Reimas no respondió inmediatamente. Ella observó un pequeño pájaro marrón saltar por la burda piedra del bajo muro del patio, buscando insectos bajo uno de los pequeños manzanos raquíticos. Motas negras punteaban las alas del pájaro y los laterales de su cuello, y su tripa era de un blanco cremoso.

Era uno de una familia de pájaros que vivía alrededor de Weisshaupt, bebiendo el agua de la lluvia de una cuenca de cisterna y construyendo sus nidos en los peñascos de sus altas torres. Valya, también, había pasado días observando a los pequeños pájaros y soñando despierta con que compartía su libertad, incluso mientras reconocía que en realidad los pequeños pájaros no tenían más libertad que ella. Ellos, también, estaban atados a la fortaleza.

El pájaro, sorprendido por algo fuera de la vista, se alejó aleteando. Reimas se volvió lentamente hacia Valya. La luz del sol atrapó su pelo, que había crecido más largo desde la llegada de la templaria y estaba empezando a mostrar mechas más amplias de gris.

—Sí, por supuesto.

—¿Cómo eran?

—Asustados, en su mayoría. —Reimas acarició con un pulgar calloso el borde de su taza de té vacía. Su larga cara siempre parecía tener arrugas de tristeza, pero la melancolía se sentía de algún modo más profunda mientras hablaba—. ¿Pero qué puedes esperar de un mago de sangre que ha sido descubierto por los templarios? Por supuesto que estaban asustados.

—¿Eran malvados? Quiero decir… ¿*todos* eran malvados?

La mujer humana se encogió de hombros.

—Tendría que saber lo que es el mal para responder a eso, y no creo que lo sepa ya. La respuesta más limpia, la más clara, es que todos rompieron la prohibición contra los maleficarum.

—¿Pero por qué? —Presionó Valya—. ¿No importa el por qué?

—Debería, —accedió Reimas—, pero a veces no puede importar. Todo el mundo tiene motivos para lo que hacen. Algunos son persuasivos, algunos son absurdos. Un par pueden ser cosas que estaría tentada a creer. ¿Pero cómo puedes saberlo? Lo que sea que alguien te dice es sólo un diminuto fragmento de lo que *es*, y está coloreado por sus percepciones y esperanzas y miedos. Incluso si son honestos… ¿y qué es un mago de sangre, contigo o con ellos mismos? Su historia no es más "real" que una visión en el Velo. La única cosa de la que puedes estar segura es de lo que han cometido, y en lo que se han convertido, maleficarum. Como templaria, ahí termina todo. Tiene que hacerlo.

—Los Guardas Grises han usado magia de sangre, —dijo Valya. Ella bajó la voz mientras hablaba, pero en realidad había poco riesgo de que un Guarda les oyera. Weisshaupt estaba mucho más reducido de lo que lo había estado hacía siglos. La mayoría de sus pasillos y patios, incluyendo este, estaban dados a reliquias del pasado y al vacío del presente—. ¿Qué pasa con ellos?

De nuevo Reimas se quedó en silencio durante un tiempo. Las ramas nudosas de los manzanos se sacudieron bajo una brisa corta, derramando sus últimas hojas secas marrones. El pelo de la templaria sopló contra su cara en una cortina de mechas grises. Ella suspiró, cerrando los ojos y tocándose la sien como si quisiera apartar un recuerdo involuntario.

—La Capilla nos enseña que el orgullo y la ambición humanas crearon a los engendros tenebrosos, —dijo ella, colocándose el pelo atrás en un lugar donde la brisa se apagó—. Los magísteres usaron magia de sangre para entrar en el Velo y saquear la Ciudad Dorada, y al hacer eso, condenaron a todo Thedas a pagar el precio por su estupidez. La magia de sangre *creó* al mal al que los Guardas Grises han entregado sus vidas por detener. No puedo evitar sentir que está mal usar esa misma arma maldita para luchar contra ellos.

—Usan la ponzoña también, aún así, —señaló Valya—. Asimilan la corrupción de los engendros tenebrosos para poder luchar contra ella. Es una herramienta.

—Una herramienta que destruye a su usuario, —dijo sombríamente Reimas—. Tanto si es magia de sangre como la ponzoña de engendro tenebroso, es todo una lucha con la destrucción.

—¿Crees que es por eso por lo que fracasó Diguier? —preguntó Valya. Nunca había discutido acerca de la muerte del Caballero-Teniente con Reimas, excepto para ofrecer sus condolencias educadamente cuando había ocurrido, y se sentía extraño mencionárselo ahora. Pero quería saberlo.

—Quizás. Creo que el ritual no perdona la debilidad, y aunque Diguier no era un hombre débil ordinariamente, estaba lleno de dudas desde que tomara la decisión de abandonar los templarios. Sospecho que la duda le dejó fatalmente vulnerable a la ponzoña. Requiere un alma dura sobrevivir a la corrosión.

—¿Crees que tú sobrevivirás? —Valya inclinó la cabeza con curiosidad. Era probablemente algo brusco que preguntar, pensó ella, pero seguro que la pregunta se le debía haber pasado por la cabeza a Reimas. ¿Cómo podía no habérsele pasado? Las especulaciones temerosas en ese tema a menudo mantenían a los magos más jóvenes despiertos, susurrando en sus camas tarde por la noche.

—No estoy segura de que me lo pidan. —Los labios finos de Reimas, incoloros, se volvieron en un fruncir pensativo—. Predigo que el Primer Comandante no nos dejará a ninguno intentar la Unión hasta que crea que sabe cuáles serán las consecuencias del fracaso de Diguier. Está bien para mí; si se me diera la copa hoy, creo que acabaría como el Caballero-Teniente.

—¿Por qué?

—Porque tengo mis propias dudas, —dijo Reimas—. Esta es una orden antigua y heroica. Pero el mal fue creado para luchar… y no sé si quiero dedicar mi vida a la causa de los Guardas Grises. Sé por qué me convertí en templaria. Entiendo lo que necesitaba hacer para proteger a la gente a ambos lados de los muros del Círculo, y estaba orgullosa de cumplir con mi deber. No tengo tal entendimiento, ni tal orgullo aquí. —Ella se encogió de hombros, un gesto cargado de derrota fatalista—. Y debido a que no soy pura o estoy segura en mi propósito, probablemente caeré cuando beba de la copa envenenada, al igual que lo hizo Diguier.

—No sé si yo quiero ser una Guarda Gris tampoco, —dijo Valya suavemente—. No sé si tengo la fuerza para ello. Creo… creo que el heroísmo requiere de un corazón más duro del que yo tengo.

Ahora fue Reimas la que le lanzó una mirada de curiosidad.

—¿Qué quieres decir?

Deteniéndose, Valya dijo:

—Encontré un diario. —Ella plegó sus manos una sobre la otra en su regazo, bajando la mirada hacia ellas intranquila. Aunque lo había acabado semanas antes, nunca le había mencionado el diario de Isseya a nadie. Al principio no había estado segura de que fuera algo lo suficientemente importante como para garantizar la atención de los guardas, aunque era obviamente de valor histórico como reliquia de la Cuarta Ruina, no había habido nada en él que pareciera relevante a los temas que el Chambelán de los Grises les había pedido investigar; y entonces, cuando leyó la confesión de Isseya de la magia de sangre y lo que había hecho con ella, había sido aturdida en el silencio.

Garahel, el héroe de la Cuarta Ruina, había tenido una *hermana* que era una maga de sangre. Isseya había sido una Guarda Gris, y una maga de sangre.

Y una elfa, lo cual no debería haber importado, pero lo hacía.

Garahel era la única leyenda gloriosa que tenían en todo Thedas, el héroe cuya grandeza no podía negar *nadie*. Cualquiera que pensara o dijera algo acerca de los elfos, fueran las difamaciones o indignidades que lanzaran a los "orejas de punta," aún tenían que reconocer que les debían la supervivencia de sus naciones y la existencia de sus linajes a su desinteresada matanza del Archidemonio Andoral.

Revelar la confesión de Isseya mancillaría la imagen brillante. Era lo correcto, pero… mientras estaba en el precipicio, la admisión amarga como mentira en su lengua, Valya se sentía una traidora a su gente.

—¿El diario de quién? —espetó Reimas. La suavidad de su tono, y la precaución en sus ojos, le dijeron a Valya que se había percatado de la reticencia de la elfa.

—El de una Guarda, —respondió vagamente Valya. No podía forzarse a decir el nombre—. Una Guarda de la Cuarta Ruina. Era una maga de sangre, e hizo cosas terribles… pero hizo una genial también. Es por lo que te pregunté acerca de la magia de sangre… si era posible hacer algo bueno con ella. Pensé, que si una templaria aceptaba que podía hacerse, entonces quizás no sólo me estaba mintiendo a mí misma. Quizás era cierto, y esto… su legado… merecería recuperarse.

Un silencio se extendió entre ellas. El pequeño pájaro marrón volvió al manzano y saltó entre sus ramas nudosas. O quizás era un pájaro diferente; Valya no podía saberlo. Pese a todo el tiempo que había pasado observándolos, nunca había aprendido a distinguir a uno del otro.

—Ya no soy una templaria, —dijo Reimas. Ella habló tan silenciosamente que era casi un susurro, pero el sonido de su voz, tras tal largo silencio, sobresaltó a Valya—. Ya no es mi deber señalar maleficarum donde sea que exista. —Había algo en sus ojos oscuros, perpetuamente cansados, que Valya no sabía cómo leer. Esperanza, quizás, o resignación… ¿o un poquito de miedo?

—¿Qué significa eso? —preguntó la elfa.

—Significa que me permito ver sombras de gris, —respondió Reimas—. Así que quizás *es* posible hacer algo bueno con magia de sangre. Quizás. ¿Cuál fue el legado de esta Guarda?

16
5:20 EXALTADA

Tres días tras la batalla en Hossberg, cuando los jinetes de grifos no lograron ver ninguna señal de que la horda de engendros tenebrosos estuviera volviendo, la Reina Mariwen anunció que celebraría un festín para celebrar la ruptura de los Guardas Grises del asedio de siete años.

En privado, Isseya dudaba que hubieran logrado nada que importara en último lugar. Simplemente no parecía posible que algo pudiera detener la larga marcha horrenda de la Ruina. Habían estado luchando durante casi una década, y cada vez que los Guardas parecían haber reclamado territorio, la Ruina volvía y se lo tragaba. Una y otra vez, habían entregado sus vidas por victorias que no duraban más que humo en el viento.

Su hermano y Amadis pensaban de otra forma, aún así, y cuando los primeros mensajes empezaron a venir de los jinetes de grifos de otros frentes, supieron que Garahel tenía razón. El Archidemonio, decían los Guardas Grises de Orlais y las Marcas Libres, estaba mostrándose más a menudo. Los engendros tenebrosos eran más agresivos, y estaban más agitados, en el campo. Los Guardas *habían* dado un golpe revelador, decían los mensajeros, y había alentado a sus aliados tremendamente… pero también había provocado en los engendros tenebrosos nuevas furias.

Eso lanzó una sombra sobre la alegría de la libertad de Hossberg, así como el saber que un asedio roto no acabaría con la guerra. Incluso si la Reina Mariwen actuaba como si ya hubieran matado al Archidemonio, el resto de ellos sabía que la victoria estaba lejos de ser asegurada. Si acaso, los desafíos que enfrentaban se habían vuelto más duros, los riesgos más altos.

Las Marcas Libres estaban muriendo.

Bajo la influencia marchita de la magia de la Ruina, las costas se habían convertido en tiras desnudas de roca marcadas con los esqueletos arrugados de las algas muertas. El propio océano se había muerto en un gris lodoso. Sus peces o habían huido o muerto, y los moluscos y ostras que una vez habían alimentado las ciudades de Wycome, Hercinia y Bastion habían perecido en el agua, dejando vastos lechos de caparazones vacíos que claqueteaban siniestramente en la marea.

En tierra, la devastación era incluso mayor, ya que no estaba enmascarada por el mar. Grandes franjas de bosques estaban secos y muertos, los cuerpos en pie de sus árboles manchados con hongos antinaturales. Las una vez ricas granjas se habían convertido en colinas agrietadas de polvo coronadas por un par de tallos espigados de cebada sin frutos. Los niños y el ganado nacido bajo las nubes de la Ruina tendían a ser pequeños y débiles, frecuentemente deformados y fácilmente perdidos ante la enfermedad. Los pocos pájaros salvajes y las bestias que habían escapado de las trampas y flechas de los Marqueños desesperados o habían muerto de hambre o sucumbido a la corrupción; después de casi una década, incluso aquellos que habían sobrevivido lo suficiente como para convertirse en necrófagos habían muerto hacía años.

El hambre y la dureza, tanto como las espadas de los engendros tenebrosos, estaban matando a la gente de Thedas. Ese era el mensaje de todos los jinetes de grifos, y todos los reyes y generales cuyas noticias llevaban; ese era el conocimiento que ejercía tal profunda cortina sobre las celebraciones de la liberación de Hossberg.

—Tenemos que ir a las Marcas Libres, —dijo Garahel—. Dejaremos que la Reina tenga su festín, nosotros le presentaremos nuestros respetos, y llevaremos nuestro ejército a las Marcas.

Estaban solos en su habitación, él y Amadis e Isseya, leyendo cuidadosamente por milésima vez los mapas de Kirkwall y Cumberland. Era bien pasada la media noche, y aparte del claqueteo amortiguado y las maldiciones de los sirvientes de las cocinas trabajando para preparar el festín de la Reina para el mañana, el castillo estaba en silencio. Se habían ido los interminables pasos de los soldados de guardia nocturna vigilando por ataques sigilosos de los engendros tenebrosos; en silencio estaban los cuernos que habían gritado advertencias contra amenazas nocturnas. La paz, incómoda en su silencio, reinaba sobre Hossberg.

Amadis llenó un vaso de vino tinto oscuro. La Reina Mariwen había abierto la última de las reservas de su bodega para agradecerles, y habían tenido algunas preciosas botellas almacenadas. La garrafa en la habitación de Garahel contenía un fino vintage Orlesiano, mejor que nada de lo que Isseya hubiera probado en años.

Pero no encontraba ningún disfrute en ello.

—¿Qué te hace pensar que irán?

Garahel frunció el ceño. Habían tenido esta discusión antes, repasándola una y otra vez en círculos infructuosos, y él estaba planamente irritado porque Isseya hubiera sacado el tema de nuevo.

—¿Qué elección tienen? ¿Qué elección tenemos *ninguno* de nosotros? Los engendros tenebrosos son débiles en los Anderfels. Es en las Marcas Libres donde la Ruina es más fuerte ahora. Ahí es donde está el Archidemonio. Por lo tanto es ahí donde debemos ir para atraerlo a la batalla.

—Los Anderinos están cansados de luchar, —señaló Isseya—. Quieren ir a casa y ver si aún *tienen* hogares. Quieren plantar cultivos y tener bebés y tratar de continuar con sus vidas de la misma forma que cualquier otro fuera del camino de la Ruina ha estado tratando de ignorarla. No quieren marchar hacia Refugio Celeste y arriesgarse a perderlo todo si los engendros tenebrosos vuelven tras ellos.

—No tienen elección, —repitió Garahel.

—Los Dracos Rubí la tienen, —dijo Amadis, sorbiendo su vino. Sus ojos negros eran fríos y calculadores. No estaba discutiendo, pensó Isseya, pero estaba cerca—. Mis mercenarios están cansados de luchar por promesas en papel y oro algún día en el futuro. Los engendros tenebrosos no pagan rescates por sus cautivos ni llevan nada que merezca la pena saquear, así que toda esta pelea no les está pagando nada. Ha habido cierta insatisfacción con eso.

—Insatisfacción que tú has controlado, —dijo Garahel de forma exasperante. Extendió una mano pidiendo un vaso de vino, pero Amadis no se movió. Con un gruñido de molestia, el elfo se levantó para llenarlo él mismo.

—De momento la he controlado, —dijo la mujer de pelo negro—. Pero la batalla ha acabado ahora. Al menos lo ha hecho aquí. Y tú tendrás que pagarles en algo más pesado que el papel para hacerlos luchar por ti de nuevo.

—¿Qué? —preguntó Garahel.

Amadis sonrió ligeramente y aireó el líquido carmesí en su vaso. Se aferraba a los lados con una ondulación translúcida, ondeada, que gradualmente se volvía pálida.

—El premio de la Reina Mariwen eres simplemente tú, ¿no es así? Tu pública reverencia en su festín, y tu compañía durante una noche. Eso es todo lo que ella quiere: que tú legitimes su gobierno y le des un poco de placer antes de que te vayas.

—Sí, —dijo el elfo tensamente. Apartó la garrafa y volvió a su silla, bebiendo el vino como si fuera agua—. No he hecho de eso ningún secreto. Te lo dije en el instante en que recibí su oferta. Te dije que me negaría, también.

—Y yo te dije que tenías que hacerlo, —dijo Amadis—, lo cual haces. —Su sonrisa era serena, *no* una expresión natural para la mujer templada por la ferocidad, y una que hacía a Isseya sentirse profundamente incómoda—. Es un precio barato, en realidad. *Yo* te tengo cada noche, y ni siquiera tengo una corona.

—Tienes un ejército, aún así, —dijo Garahel. Se acabó el vino y, volviendo a mirar la garrafa, apartó el vaso vacío—. Quizás es el único motivo por el que te dejo tomarme ventaja tan vergonzosamente. Quizás sólo quiero usar tus Dracos Rubí.

—Quizás es así, —accedió Amadis—, pero si quieres *seguir* usándolos, tendrás que pagarme un poco mejor que eso. Me niego a ser comprada por menos que esa ramera ladrona de tronos.

Garahel juntó sus manos.

—Ah, al fin, llegamos a las negociaciones. ¡Encantador! ¿Cuál es tu precio?

—Quiero un grifo, —dijo ella.

Eso, por un extraordinario momento, dejó a Garahel sin palabras. Sus ojos se abrieron como platos y él se inclinó hacia atrás en su silla, tan desequilibrado que tuvo que golpear una mano contra la pared para recuperarse.

—¿Un grifo? —logró decir tras un momento, sonando estrangulado—. No sabes nada de ellos.

—He estado viviendo entre grifos y sus jinetes casi una década, —respondió mordazmente Amadis—. En una proximidad bastante cercana, si te has dado cuenta. Me gustaría pensar que he aprendido un *poco*.

—Sí, bien, entendido… pero no eres una Guarda Gris.

—Lo sé, —dijo ella—. Es por eso por lo que lo quiero. Seré la única no-Guarda fuera de Weisshaupt que tenga uno. Sera un símbolo de enorme poder y prestigio. Tendrá el suficiente valor como para mantener a los Dracos Rubí con vosotros por las Marcas Libres, incluso si tienes que seguir pagándoles con promesas. El grifo mostrará vuestra

buena fe, y les dará algo con lo que alardear ante otras compañías mercenarias, que podrían seguirnos con la esperanza de conseguir sus propios grifos.

—Bueno, quizás. —Garahel se tensó su camisa por donde se había levantado por casi volcarse en la silla inclinada.

—Quizás nada. Ese es mi precio. Quiero un grifo. Una hembra fértil.

—¿Vas a empezar una colonia de cría? —preguntó el elfo con un alzar de cejas incrédulo.

—Podría. —Amadis terminó su vino, apartó el vaso, y colocó sus dedos por su rodilla—. Creo que necesitarás que lo haga. ¿Cuántos grifos quedan hoy? ¿Un par de miles? La mitad de ellos está luchando; perderás muchos de esos antes de que la Ruina se rompa. Del resto, ¿cuántos son demasiado viejos como para criar? ¿Cuántos están demasiado enfermos? ¿Cuántas crías perderás ante la enfermedad o la deformidad porque nacieron bajo la Ruina? Necesitarás ayudar a reconstruir la población, Garahel. Yo puedo hacerlo. Fuera de Refugio Celeste, o quizás en las Montañas Vimmark, si los grifos prefieren ese tipo de terreno. Mi familia tiene propiedades allí. Pero necesitarás otra colonia de cría.

Lentamente, él asintió.

—Sí. Tienes razón.

—Por supuesto que tengo razón. —Amadis se levantó y paseó hasta la puerta, lanzando una sonrisa sobre su hombro—. Podemos hablar sobre qué grifo me quedo más tarde. Por ahora, será mejor que tengas tu sueño reparador. Tienes que estar guapo para la reina.

* * *

Lo hizo.

Garahel llegó al festín de la Reina Mariwen resplandeciente en un jubón y pantalones verdes con un brocado dorado, cuidadosamente escogidos para profundizar el color de los ojos del elfo y acentuar el brillo de su pelo dorado. Su media capa de terciopelo estaba perfilada de miniver dorado, su color lo suficientemente cercano al armiño como para sugerir nobleza sin ofender a nadie por su presunción. Aparte de la suave tira de piel, sin embargo, no llevaba ningún gris en absoluto. Sabían quién era él.

Por mucho que Isseya desaprobara todo el asunto, tenía que admitir que Garahel resultaba una figura deslumbrante bajo las luces parpadeantes de los árboles de velas de la reina. Su hermano estaba poniendo todo su esfuerzo en ganarse el favor de la Reina Mariwen, y mientras caminaba a la sala del festín, los nobles y capitanes mercenarios reunidos susurraban.

Es hermoso, pensó Isseya, jugueteando con su tenedor. Se preguntaba si importaría. Promesas como la de la reina rara vez se mantenían después de que los deseos que las espoleaban se hubieran saciado.

—Su Alteza, —dijo Garahel, deteniéndose e inclinándose ante la alta mesa central donde la Reina y sus damas favorecidas estaban sentadas. Isseya no estaba entre ellas, y tampoco lo estaba Amadis. La Guarda Gris se sentó en una mesa a la derecha de la reina, junto con Calien, Lisme y otros magos y Guardas que se habían distinguido en la batalla.

Amadis se sentó en un silencio pétreo en la mesa a la izquierda de la Reina, flanqueada por sus tenientes y los otros líderes mercenarios. Había escogido llevar un gambesón de cuero rojo oscuro, tachonado de bronce para empatizar su similitud a una armadura, en lugar de un tocado elaborado tal y como vestían otras mujeres nobles. Su pelo liso negro había sido cortado hasta la altura que había tenido cuando se conocieron por primera vez en la Ciudad de Antiva, y su caída angular enfatizaba las duras líneas claras de su mandíbula. La capitana de los Dracos Rubí no podía haber sido más diferente de las mujeres de la corte de la Reina Mariwen, y pretendía que Garahel lo supiera.

Sin duda lo sabía, pero lo ocultaba bien. Nada menos que la devoción absoluta brillaba de su cara mientras se alzaba de su reverencia.

—Comandante de Campo Garahel de los Guardas Grises, —dijo la Reina Mariwen, deleitándose en las palabras. Estaba tan radiante como siempre, la única persona en la habitación que parecía intacta por la Ruina o su largo asedio. Sus ojos violeta azulados habían sido ensombrecidos artísticamente con pintura y polvos; su rico vestido morado estaba raído bajo los hombros, exponiendo una escandalosa franja de piel cremosa. Los nobles alrededor de ella podrían estar delgados y demacrados tras siete años de penas, y sus ropas podrían estar mordisqueadas por polillas y diez años pasadas de moda, pero la belleza de la reina era inmaculada.

—Estamos honrados de tenerle, —dijo ella—. Todos los Anderfels están agradecidos por su heroísmo al romper el largo y terrible asedio de Hossberg. Rogamos que acepte esta humilde comida como símbolo de nuestra gratitud.

—Es usted demasiado generosa, Su Alteza, —respondió Garahel—. Sólo hice mi deber, como todos debemos hacer en tales tiempos desafiantes.

—Por supuesto. Pero su deber es más pesado que el de la mayoría.

—Lo es. No pude llevarlo solo. Ni tampoco mi orden. Los Guardas Grises están en deuda con los Anderinos por su coraje y ferocidad en la lucha contra los engendros tenebrosos. —Él se detuvo, mirando a los ojos de cada persona en cada una de las tres mesas altas—. Continuaremos necesitando ese coraje mientras presionamos hacia las Marcas Libres. Sin su ayuda, no tenemos esperanzas de acabar con esta Ruina. Pero con ella, firmemente creo que podemos traer la condena al Archidemonio, y la seguridad, al fin, a nuestros hogares.

Un silencio siguió a sus palabras. Entonces los capitanes mercenarios empezaron a golpear sus jarras de metal contra la madera tallada de sus mesas, animando la promesa del Guarda. Los otros soldados cogieron su ánimo, y finalmente la comitiva de la reina se unió, aunque menos entusiasta que el resto.

—Nosotros de los Anderfels haremos nuestra parte, —prometió la Reina Mariwen, levantándose. La corona de oro delicada anidada en su pelo entrelazada como una

coronilla de libélulas bajo las antorchas de la sala del festín—. Siempre hemos sido feroces enemigos de los engendros tenebrosos. Sabemos la depredación que nuestros amigos en las Marcas Libres sufren. No descansaremos hasta que hayamos dado el golpe final contra el Archidemonio… y nuestros valientes soldados seguro estarán en el frente. —Ella acopó las manos ante ella, inclinando su cabeza hacia Garahel con una sonrisa ganadora—. Pero por esta noche, buen Guarda, celebremos las victorias que ya hemos ganado.

El elfo asintió con otra reverencia y se movió hacia su asiento de honor a la derecha de Mariwen. Tenía lo que quería —una promesa pública de apoyo militar— e Isseya notó el sutil aire de satisfacción en la postura de su hermano. Lo que fuera que ocurriera en privado esta noche, la reina se había entregado ante los líderes y generales de Hossberg.

—Espero que la honre, —murmuró Isseya en su cáliz.

No había pretendido que se oyeran sus palabras, pero Calien resopló hacia ella de todos modos.

—¿Tienes dudas?

—Siempre tengo dudas. —La elfa se encogió de hombros—. Pero está fuera de nuestro alcance, así que no tiene sentido preocuparse. Es cosa de Garahel ahora. Y él lo pactará esta noche, si alguien puede.

—Él haría cualquier cosa por acabar con la Ruina, ¿no es así?

—¿No lo harías tú?

Los sirvientes estaban trayendo el primer plato del festín, y Calien se quedó en silencio mientras se aproximaban. Pese a las largas durezas del asedio, los sirvientes de la Reina Mariwen habían juntado una serie importante de platos: pastel de paloma, venado servido en salsa de manzanas secas estofadas con brandy, panes trenzados elaborados cubiertos de miel y dátiles picados. Habían estirado los pocos lujos que aún había en las bodegas del castillo y llevados por los grifos de los Guardas hasta ocho platos, e Isseya no podía recordar si había tenido nunca una comida tan suntuosa.

Finalmente, aún así, los sirvientes y los portadores de vino retrocedieron, y mientras los juglares del castillo alzaban su primera canción —cierta pieza recién ensamblada celebrando el heroísmo de Garahel y la valentía de los Anderinos, empalagosa a oídos de Isseya pero evidentemente estimulante para los cada vez más borrachos soldados y mercenarios, que animaban y ululaban en cada verso— Calien se inclinó hacia delante.

—No, —dijo el mago de sangre—. Hay algunas cosas que no haría.

—¿Oh? ¿Qué?

Calien atravesó con el tenedor un trozo de pastel de paloma, pero no lo alzó inmediatamente hacia su boca. En su prisa por preparar el festín de la reina, los cocineros se habían descuidado un poco al desplumar a sus pájaros, y una única pluma pequeña salió de la comida. Húmeda y doblada, sus pelos mullidos llenos de jugos pegajosos, llevaba ecos incómodos a la mente.

—Sabes la respuesta a eso, —dijo Calien, extrayendo la pluma de su pastel—, o si no pronto la sabrás.

17
5:20 EXALTADA

—Ella nos dará los soldados, —dijo Garahel durante el desayuno al día siguiente. Parecía cansado, lo cual no sorprendió a Isseya, y extrañamente alegre, lo cual sí lo hizo—. Más de los que me atrevía pedirle. Podemos marcharnos tan pronto estemos listos. Dos semanas, quizás tres. Cuanto antes mejor, creo. No le demos tiempo a cambiar de opinión.

—¿Se lo has dicho a Amadis? —preguntó ella.

—No. —Tuvo la buena gracia de parecer avergonzado, y vagó sobre uno de los estantes que perfilaban la habitación prestada. Antes del asedio, habían estado cubiertos de baratijas religiosas, muchas de ellas cariñosamente heredadas a través de generaciones de píos Anderinos de la realeza. Con los años, aún así, cualquier chuchería que pudiera comprar un saco de harina había sido vendida. Todos aquellos libros de oraciones con hojas doradas y figuritas de hueso de dragón de Andraste estaban adornando la mansión de algún mercader Orlesiano ahora, y todo lo que quedaba en los estantes eran simples tallados en madera dispersos bañados en un polvo gris esponjoso.

El vacío de los estantes dejó a Garahel sin nada con lo que jugar, y tras un momento se volvió a su hermana, colocando sus manos extrañamente tras su espalda.

—No estoy seguro de *cómo* decírselo.

—No me mires a mí en busca de consejo. Difícilmente soy una experta en mantener a los amantes contentos.

—¿No?

Una corriente de irritación recorrió la espalda de Isseya. Ella la apartó bruscamente.

—No.

—¿De verdad? —pese a sus propias distracciones, Garahel logró parecer genuinamente sorprendido—. ¿Ni siquiera a Calien? Pensé que vosotros dos podríais…

—*No*.

—¿Tienes miedo de que te rompan el corazón?

Isseya frunció el ceño.

—Has visto lo rápido que llega la muerte al campo, Garahel. ¿Quién quiere eso? ¿Quién lo necesita? ¿Nuestras pérdidas no son lo suficientemente malas sin invitar a ese dolor extra? Ya te tengo a ti para preocuparme, y a Revas. Al menos si mi grifo cae, probablemente yo muera con ella, así que eso es cierto consuelo. Ninguno de nosotros tendrá que estar solo. Pero la última cosa que necesito cuando salgo ahí es algo más que temer.

—¿No necesitas la fuerza de otra alma para mantenerte en marcha?

Te tenía a ti, pensó ella, pero no lo dijo. Desde la infancia, Garahel había estado con ella: un protector cuando sus padres se desvanecieron y les dejaron ante la merced incierta de la sociedad humana, un guía cuando sus dones mágicos hicieron su primera aparición terrorífica, un hombro consolador en los fríos confines del Círculo. Él tuvo que

venir a los Guardas Grises con ella, o ella con él… era difícil recordar qué era ahora, si había habido alguna vez una clara respuesta a eso.

Y entonces se separaron. No podía culparle por ello, no realmente. Se merecía felicidad, y a ella le gustaba Amadis.

Pero odiaba el dolor de la separación.

—Tengo a mi grifo. —Isseya cruzó la habitación, dándole la espalda a su hermano—. Revas es toda la fuerza que necesito. Pero no puedo decir lo mismo de ti, así que… llévatela a sus corrales. Ayuda a Amadis a escoger su grifo. Ayúdala a volar. La maravilla podría hacer que compres su perdón.

—Esa fue idea suya en primer lugar, —gruñó Garahel—. *Ella* dijo que debería ir con la reina.

—Pero ti eres el que lo hizo.

—Soy bien consciente. —Él suspiró, y en ese momento con la guardia baja Isseya vio cuánto había envejecido su hermano con la casi década de su guerra. A diez pasos de distancia, aún parecía la imagen perfecta de un heroico Guarda Gris, pero de cerca era más delgado y estaba más cansado. Había arrugas en su frente y por los laterales de su boca que parecían pertenecer a una cara mucho más vieja. Aunque Garahel apenas tenía treinta años, unas hebras grises dispersas atenuaban el brillo dorado de su pelo.

—Llévala a los corrales, —le urgió Isseya de nuevo, más suavemente—. Cuando vuele, perdonará. ¿Tenemos suficientes grifos sin jinete como para que ella tenga mucha opción?

—Más que suficientes, me temo. Nuestras bajas no fueron pocas.

—Entonces ve y rapiña cierta alegría de nuestras penas, —dijo Isseya.

* * *

Una hora después, Isseya se fue para verlos volar.

Sabía cuándo estaba Amadis en el aire porque los Dracos Rubí animaban a su líder con tanta fuerza que era imposible *no* saberlo. Mientras que la elfa había pretendido pasar el día estudiando una recién descubierta extravagancia de la magia de sangre que pensaba que podría demostrar ser particularmente letal para los engendros tenebrosos, el clamor de los mercenarios le hacía imposible concentrarse.

Los viales de sangre y filtros de lirio no podían mantener su atención, de todos modos. Había tenido su parte de hechicería y sufrimiento por un tiempo. La luz del sol y el viento a través de su pelo serían mejor recibidos.

Revas se alegró de verla. El grifo alzó su cabeza y trompeteó un estridente saludo al ver a su ama, luego bajó las orejas y se inclinó para que le rascara. Isseya lo hizo alegremente, notando al pasar que el gris alrededor del morro de Revas había cambiado de un polvoriento claro en la base de su cere a una larga barba que blanqueaba su garganta hasta el pecho.

Su grifo se estaba volviendo viejo. Era un pensamiento amargo. No muchos de los grifos de pelea de los Guardas vivían tanto tiempo, ya no; el hecho de que Revas hubiera sobrevivido la peor parte de la guerra, año tras año, era un testamento a su fuerza y determinación. Y aún era fuerte, aún rápida en el aire y letal en el combate.

¿Pero por cuánto más? Podría ser hora de pensar en retirar a Revas, y mandarla a la seguridad de los corrales de Weisshaupt, antes de que algún peñasco de ogro o la flecha de un hurlock le robaran la decisión.

Isseya cerró los ojos y enterró su cara en el áspero pelaje negro del grifo. El olor almizclado familiar de su montura —esa mezcla de dureza leonina y luz del sol atrapada y el leve soplo rancio de la sangre vieja de las comidas pasadas— llenó sus fosas nasales. No quería dejarla ir nunca.

Pero tuvo que hacerlo, finalmente. Cuando lo hizo, sus ojos estaban emborronados con lágrimas inesperadas. Parpadeó para librarse de ellas, alzando su mirada al cielo para que no cayeran.

Amadis estaba ahí, dando vueltas en una térmica, Garahel y Crookytail siguiéndola de cerca por detrás en amplias alas. Isseya apenas podía ver a la mujer, pero reconoció al grifo bastante fácilmente. Era una joven hembra, pequeña, con un tono azulado distintivo en su pelaje y plumaje gris ceniza y una banda negra irregular en sus alas. Parecía estar volando con confianza, incluso con una jinete novata en sus riendas.

Su nombre era Smoke, y había perdido a su jinete original ante las hojas envenenadas de un asesino engendro tenebroso hacía un mes. Smoke apenas había estado desentrenada, y no había tenido tiempo de unirse de cerca a su jinete antes de que fuera masacrado en aquella emboscada. Desde entonces, el joven grifo había viajado de puesto en puesto como pájaro mensajero, montado por cualquier Guarda Gris que necesitara una montura nueva para llevarle ágilmente a otra de sus fortalezas.

No era una mala vida, y en muchos sentidos era más seguro que soportar a un jinete en el grueso del combate… pero raro era el grifo que prefería el deber de un mensajero a la adrenalina y al tumulto de luchar junto a un compañero enlazado. Isseya no se sorprendió de que Smoke hubiera escogido a Amadis, ni de que Amadis hubiera escogido a Smoke.

Deseaba que les fuera bien, y entonces se llevó a Revas para correr por su cuenta por el cielo.

La excitación nunca disminuía. El viento en su pelo, la claridad aguda del aire en sus pulmones, la pura libertad desgarradora de ser liberado de las penas y cargas del mundo terrenal… no había nada en toda la creación del Hacedor que pudiera compararse. Nada.

Ágilmente voló sobre los campos de batalla incandescentes alrededor de Hossberg y las piras de cuerpos de engendros tenebrosos que envenenaban el cielo con su humo negro aceitoso. No era esa la fealdad que quería ver.

Lejos de donde sus amigos habían luchado y muerto, Isseya mandó a Revas rodando por las llanuras de piedra y las estepas abiertas de los Anderfels. Bajo ellas el Lattenfluss era un hilo brillante de plata en un lazo más amplio de un marrón rico, con bordes verdes.

Desde esta altura, era posible imaginar que el río estaba sano, aunque bajo en caudal, y los árboles que perfilaban el barro en sus laterales no tenían parches ni estaban delgados tras los años del débil sol y la enfermedad de la Ruina. Casi podía —*casi*— pretender que el mundo era normal de nuevo.

No lo era, por supuesto. No realmente. Demasiado pronto, tendrían que volar de vuelta a través del hedor mugriento de aquellas piras, de vuelta a Hossberg y la Ruina y esta horrenda guerra que no tenía fin.

Pero Isseya disfrutó de la ilusión tanto como pudo hacerla durar, y se aferró a su recuerdo después de que hubieran vuelto al castillo.

Garahel y Amadis habían vuelto antes que ella. Vio a sus grifos en el patio, ya sin silla de montar y cepillados; por la forma en que Crookytail enterraba su cabeza flirteando mientras que ofrecía trozos de cordero recién muerto a Smoke, parecía que sus sentimientos por la hembra azul reflejaban los de su jinete por la suya.

Revas resopló al verlo, e Isseya se hizo eco de ello. Alzó la silla de su grifo negro y mandó a Revas fuera para que devorara su propio cordero, entonces volvió a la fortaleza. Sus sombras se acomodaron sobre sus hombros como un manto de plomo.

Quería aferrarse a la ilusión de su día dorado, y había esperado evitar hablar con alguien tanto como pudiera, pero el destino no parecía cooperar. Casi tan pronto como Isseya se aventuró en las cocinas, buscando pan y vino, Calien la arrinconó.

—¿Has oído? —Exigió el mago—. Van a mandarnos a la Fortaleza Haine.

—¿La Fortaleza Haine? —dijo Isseya en blanco, robando un bollo de semillas de una de las cestas de la cocina. Nunca había oído hablar del lugar.

—Está en las Montañas Vimmark. En las *profundidades* de las Montañas Vimmark. Es una ruina de lugar infestado de murciélagos que solía pertenecer a un Lord Norbert de la Haine, recordado por tener un gusto desafortunado por las lampreas encurtidas y también por ser completamente delirante en cuanto a su habilidad de conquistar las Marcas Libres. Los Cuervos le mataron, y su castillo quedó vacío durante dos generaciones. Ahora los Guardas Grises lo han reclamado como una fortaleza y van a mandarnos allí.

Isseya añadió un cuarto trasero de pollo asado y una botella de vino a su botín. Sólo era media botella, y era de un pobre tinto agrio que apenas habría sido aceptable como vino de cocina ni en sus mejores años… pero cualquier uva que sobreviviera a la Ruina lo suficiente como para alcanzar el tonel era un tesoro esos días.

—¿Por qué?

Calien pasó una mano por su pelo.

—Porque las Marcas Libres están siendo superadas. Tuvimos tres mensajeros hoy, ninguno llevando buenas noticias. Cumberland y Kirkwall están seriamente amenazados. Refugio Celeste, dicen, está en riesgo de caer. Su única oportunidad de sobrevivir es la unidad, y ninguna de las ciudades está dispuesta a abandonar a sus civiles ante la merced de los engendros tenebrosos. Garahel les dijo lo que hiciste en Wycome. El Primer Guarda quiere preparar una fortaleza en las montañas bajo la Fortaleza Haine que pueda

ser lo suficientemente grande como para servir de refugio a los Marqueños si es necesario.

—¿Garahel nos ha ofrecido como voluntarios para esto? —Isseya pretendía tener unas palabras con su hermano si lo había hecho. No necesitaba ser apartada de las líneas del frente.

Pero Calien estaba sacudiendo la cabeza.

—La Guarda-Comandante Alsiana preguntó por ti por tu nombre. La Fortaleza Haine necesitará que se haga un trabajo extensivo preparado para el número de refugiados que podría contener, y se sabe bien que eres capaz de lograr cosas con la fuerza mágica que otros no pueden. El truco que sacaste con la evacuación de Wycome… ¿esos araveles flotantes? Dicen que podrían ser necesarios para mover a los refugiados hacia la Retirada.

—¿Así es como lo llaman? ¿La Retirada? Parece un nombre de mal augurio.

—Las Marcas Libres no necesitan presagios para decirles que tienen problemas, —dijo Calien secamente—. Garahel insiste en que no debemos abandonar la esperanza, y ciertamente está haciendo todo lo que puede por armar una batalla para ellos. Tiene al ejército de la Reina Mariwen, y ganar Hossberg debería llevar a la mayoría de los Anderinos. Su regalo del grifo no sólo selló a los Dracos Rubí a su lado, sino que ganó otra media docena de compañías cuyos capitanes sueñan con tener sus propias monturas aladas. El comandante de la Compañía del León ya está jactándose de guardarse la cabellera de los ogros para hacer su futura manta de montar grifos. —Él cogió aliento—. Tu hermano hace milagros, Isseya. Si alguien puede salvar a las Marcas Libres, es él. Está yendo a Orlais después, para tirar de cualquier apoyo que pueda lograr de esos vanidosos enmascarados. Pero necesita a los Marqueños también, y si están dispersos tratando de defender sus propios hogares y familias…

—Lo perdemos todo. Sí, lo entiendo.

—Bien. —Él hizo un gesto hacia la botella de vino—. ¿Te importa que te ayude con eso? Podría no ser prudente bebértelo todo tú sola. Garahel quiere que nos vayamos antes de que anochezca.

Isseya miró por la ventana. Las sombras del patio eran largas y oblicuas, bañando la angosta ventana abierta de la cocina de azul. Había pasado casi todo el día montando a Revas, y no quedaba mucho tiempo antes de la hora prevista.

Ella le ofreció la botella con una floritura.

—Por supuesto. Una para el camino.

* * *

La Fortaleza Haine realmente estaba en mitad de la nada.

Localizada en la extensión remota al oeste de las Montañas Vimmark, el castillo y sus tierras que lo rodeaban habían quedado prácticamente intactos por la Ruina. Los bosques permanecían verdes y vistosos, y los arroyos que saltaban por las fachadas de roca escalonadas estaban llenos y fuertes. Los gritos territoriales de los wyvernos

trompeteaban beligerantemente desde los altos peñascos mientras Revas descendía hacia la fortaleza; evidentemente quedaban demasiadas presas en los bosques como para sustentar a las grandes bestias, y mantuvieron la bravuconería para desafiar a una bandada de cinco grifos con diez jinetes.

No había mucho más. La aldea del castillo parecía estar abandonada. Sus campos estaban llenos de hierbas y zarzas, las vallas de troncos alrededor de los pastos asfixiados de pinos habían quedado irreparables, y las casas estaban habitadas sólo por murciélagos y zorros. O la gente de Lord de la Haine había desertado de él cuando había anunciado su traición, o habían sido expulsados tras su muerte a manos de los Cuervos de Antiva.

—Tendremos que construir todo esto de nuevo, —dijo Isseya, guiando a Revas hacia el patio del castillo. Era una fortaleza enorme, al menos. Sus orgullosos muros de piedra eran altos y fuertes, y sus torres tenían claras vistas de los alrededores. Ya que la Fortaleza Haine había caído ante el asesinato más que ante el asedio, ninguna de sus defensas había sido dañada por nada peor que el tiempo y el abandono.

Los Guardas Grises ya habían empezado a arrancar las hierbas salvajes de los jardines ornamentales y a reemplazarlas por filas de hierbas y verduras menos bonitas, pero más prácticas. Las conejeras y gallineros sin terminar perfilaban algunos de los jardines más pequeños.

—Al menos por una vez tenemos materiales decentes, —respondió Calien—. Multitud de madera, piedra, agua limpia, un pasto decente. Presas y un buen forrajeo a los pies de las colinas. La propia fortaleza parece fuerte. Hemos tenido que trabajar con menos en cualquier otra parte.

—Hemos tenido menos que hacer también, —dijo Isseya—. ¿De verdad Garahel espera que este lugar albergue a todos los Marqueños?

—No a *todos* ellos. Pero… alguna proporción significante sí. ¿Digamos unos pocos miles?

—Unos pocos miles. Y casi todos no combatientes, o si no habríamos acabado con el propósito. ¿Dónde podríamos ponerlos? Es un castillo grande, pero no tan grande. —Isseya sacudió la cabeza. Revas se posó sobre uno de los muros, atrapándose en sus almenas y extendiendo sus alas para parar su impulso. Lo repentino de su parada sacudió a ambos jinetes hacia delante, aunque estaban preparados para el impacto.

Isseya se bajó de la silla de montar y salió hacia el muro. Calien la siguió, frotándose el cuello y lanzando una mirada molesta a Revas, que se atusaba sus alas orgullosamente en su superficie. Los otros grifos estaban aterrizando en el patio, levantando una nube de polvo que pronto fue lo suficientemente grande como para obscurecerlos a todos.

Mientras bajaban para unirse al resto de los recién llegados en el patio, Isseya examinó lo que pudo de las defensas del castillo. La Fortaleza Haine había estado vacía durante cerca de treinta años, desde la muerte de su anterior lord, si los registros que le habían dado eran precisos. Había sobrevivido las subsiguientes décadas de abandono bastante bien, considerándolo, lo cual le complació.

Estaba aún más complacida cuando salió de la escalera de la torre para ver a una figura familiar, bastante tatuada, saliendo para saludarles. La Guarda enana Ogosa de Orzammar había nacido descastada en su ciudad de nacimiento. Considerada una “no persona” inútil por su propia cultura, Ogosa había sido rápida en abandonar a los enanos y unirse a los Guardas Grises cuando la Ruina golpeó y la llegó la llamada para asistencia enana. Las pérdidas de Orzammar fueron las ganancias de los aliados; Ogosa era inteligente, llena de recursos, y una luchadora incansable.

—¡Isseya! —gritó la enana pelirroja mientras los dos magos llegaban parpadeando hacia la luz del sol. Ella atrapó a la elfa en un abrazo aplastante—. Dijeron que habías sido exiliada aquí, pero no lo creí hasta que vi a tu pájaro negro.

—Yo también me alegro de verte, —dijo Isseya, jadeando. Ella se apartó, recuperando el aliento—. Pensé que estabas en Orlais.

Ogosa puso una mueca.

—Lo estaba. Resulta que a los Orlesianos no se preocupan demasiado por recibir órdenes de una enana descastada. También resulta que *yo* no me preocupo por tener que discutir con la gente para ayudarles. En cualquier caso, después de que le di un puñetazo en la estúpida máscara de hojalata a un gentilhombre bocazas, el Guarda-Comandante estuvo de acuerdo en que no encajaba bien y me reasignó aquí.

—Qué suerte la mía, —dijo Isseya—. ¿Así que, qué tengo?

—Quizás a dos docenas de personas ahora mismo, —respondió Ogosa—. La mitad Guardas Grises, la mitad granjeros y constructores. Hay algunos que son ambos, por supuesto, pero… vamos a necesitar más manos para hacer todo lo que se necesita hacer alrededor de la fortaleza. Más soldados, más albañiles, más corta-setos, más cocineros, más de todo.

—Deberíamos ser capaces de encontrar la mayoría de esas habilidades entre los refugiados que lleguen. Haré que se corra la voz de lo que estamos buscando, y empieza a trabajar en los vehículos de transporte como nuestra primera prioridad.

Ogosa asintió. Su pelo rojo brillante estaba entretejido en una docena de trenzas estrechas que yacían en plano contra su cabeza; las trenzas claqueteaban con las monedas de cobre perforadas de sus extremos. Era un estilo Chasind que la enana había adoptado pronto tras llegar a la superficie: una pequeña rebelión contra su propia gente.

—Bien. El castillo está en una forma decente, en su mayoría. Las granjas de la aldea no lo están. Necesitaremos comida para toda esa gente, y cuanto antes podamos despejar los campos y semillas del suelo, antes seremos capaces de empezar a colocar tiendas. Traigámoslos primero.

—Yo haré eso. —Isseya alzó la mirada hacia la desgarradora extensión blanca de la Fortaleza Haine, ensombreciendo sus ojos contra el sol—. ¿Cuánta gente crees que podremos meter aquí dentro? Civiles, quiero decir.

—¿Civiles? —Ogosa se mordió el labio inferior, siguiendo la mirada de Isseya—. No tenemos comida suficiente como para muchos más de los que somos ahora, y no tenemos

agua suficiente como para más de un par de cientos. Esos son tus principales factores limitantes.

—¿Y luego?

—La siguiente limitación está en la estructura física. El castillo. Podemos albergar a cualquier número de refugiados en la aldea, si están dispuestos a trabajar para despejar sus propios campos y construir sus propios hogares. Los Vimmarks son remotos y están llenos de monstruos, pero debido a eso, han estado principalmente despejados de la Ruina. Estoy segura de que te has dado cuenta al venir de que la tierra es más rica que casi cualquier otra cosa que quede en las Marcas Libres.

—Lo vi, sí.

—Entonces podemos poner quizás a mil, dos mil personas en la aldea, dado que los añadamos gradualmente. Pero si los engendros tenebrosos vienen… necesitarán algún lugar seguro al que ir, y el castillo no los contendrá a todos.

—¿Qué hacemos? —preguntó Isseya.

Los ojos castaños de la enana brillaron con excitación.

—Me alegro de que lo preguntes. Resulta que tengo una solución en mente.

—Excelente. ¿Cuál es?

—Simple, —dijo Ogosa—. Vamos a colocarlos dentro de la montaña.

18
5:20 EXALTADA

Para su propia considerable sorpresa, Isseya encontró que disfrutaba el desafío de devolverle la utilidad a la Fortaleza Haine.

Ayudaba, por supuesto, el que sus esfuerzos fueran suavemente. Los bosques Vimmark proveían de una amplia cantidad de materiales para construir versiones más grandes y más aerodinámicas de los navíos que habían usado para llevar a los refugiados de Wycome a Refugio Celeste. Habiéndolo hecho una vez antes, Isseya y Calien habían aprendido a reconocer los puntos débiles en los navíos, y cuando le explicaron los problemas a Ogosa, la enana fue rápida en diseñar unas mejoras estructurales que permitirían que sus nuevos vehículos llevaran cargas más pesadas a través del terreno irregular de las montañas.

Isseya acompañaba en cada viaje a las tierras bajas para traer otra caravana de refugiados. Como Comandante de Campo de la Fortaleza Haine, las caravanas eran su responsabilidad. Además, Revas era necesaria para tirar de ellos, y ella misma era una parte necesaria de su escolta protectora. Mientras que los engendros tenebrosos eran más densos alrededor de las ciudades, e Isseya restringía sus viajes a ciudades y aldeas circundantes, siempre había exploradores y descarriados fuera, junto con necrófagos y bestias con la ruina. Rara vez completaban un viaje sin un par de escaramuzas por el camino.

El peligro era aterrador y exhilarante, como siempre lo era. Lo que le sorprendió era que el lento trabajo de reconstruir la fortaleza era exhilarante también.

Le daba una gran satisfacción caminar alrededor de la aldea del castillo y ver nuevos techos de paja en los tejados, leña recién cortada secándose al sol, y los campos de hierbas y pinos jóvenes dando paso a filas limpiamente labradas. Tan tarde en la temporada, los granjeros estaban limitados en lo que podían cultivar, pero habían plantado zanahorias y lechugas y alubias de arbustos bajos. Los pollos y aves de corral moteadas más pequeñas andaban alrededor de las casas, picoteando insectos descarriados, mientras que los conejos de orejas caídas en sus conejeras comían restos de la cocina y engordaban.

Comparado a la devastación removida alrededor de las ciudades de las Marcas Libres, era un idilio. Pero uno frágil. Isseya se permitió una hora al día para ver el progreso de la aldea, y luego continuaba con su auténtico trabajo.

Bajo los desgarradores muros de la Fortaleza Haine, ella y Ogosa estaban vaciando la montaña. Una red de pequeñas cuevas naturales se abría hacia una cara adyacente de la montaña, y estaba usando eso como un punto de inicio para tallar la Retirada.

La enana había mapeado dónde pensaba que podrían excavarse las porciones más débiles de la montaña sin amenazar los cimientos del castillo. Isseya, Calien y un puñado de otros magos usaron hechizos de fuerza cuidadosamente modelados para destrozar la piedra donde Ogosa les decía, sacarlas de las cuevas y usar una versión modificada de sus

araveles apoyados por magos para llevarse los escombros. Los trozos más grandes eran usados para construir muros y apoyos de vallas; los trozos más pequeños eran recogidos como gravilla y usados para llenar el camino a través de la aldea en expansión. Cuando los túneles mágicamente reventados estuvieron despejados, Ogosa y sus enanos entraron para refinarlos a mano y construir apoyos.

Trabajaron ágilmente, espoleados por relato tras relato detallando las pérdidas de los aliados. Cada día que pasaba parecía traer peores noticias.

Por todas las Marcas Libres, los Guardas Grises y sus aliados estaban siendo rechazados por los engendros tenebrosos. El Archidemonio había aparecido en los cielos sobre Tandervale y Kirkwall y Refugio Celeste, arrasando las maltrechas ciudades con llamas negras. La enfermedad de la Ruina asoló las tierras interiores, convirtiendo a los pocos ermitaños y resistentes supervivientes en necrófagos; había rumores de canibalismo entre ellos, y quizás entre los granjeros desesperados también.

En la Fortaleza Haine, bien alejada de las líneas del frente, había poco que pudieran hacer salvo trabajar… así que trabajaron, pese a la lluvia y la niebla, durmiendo tan escasamente como se atrevían. Ocasionalmente los Guardas Grises y los grifos heridos venían a la Fortaleza Haine para recuperarse, e Isseya los ponía a trabajar con los otros, dándoles todo lo que pudieran sin comprometer su recuperación.

En dos meses, habían excavado una serie de cavernas lo suficientemente grandes como para contener a la población huída de una pequeña ciudad. No podían dar soporte a esa población, aún así, por una única e irresoluble razón.

—Agua, —dijo Ogosa.

Estaban en las profundidades de la montaña, en un lecho de grava de piedra reventada por los magos. Sobre ellos pequeños huecos dejaban entrar la luz del sol y el aire fresco. Ogosa había ordenado a los Guardas que excavaran cuencas alrededor de los huecos de ventilación, luego las llenaran de tierra y compost para que los refugiados pudieran ser capaces de hacer crecer plantas a la luz del sol, u hongos si la luz demostraba ser demasiado débil para las plantas verdes. Por entonces, no había nada en las cuencas, pero Isseya podía ver el potencial. Y el problema.

—¿De dónde conseguiremos agua suficiente para dar soporte a miles de personas? —se preguntó la elfa en voz alta. Los ribetes plateados de nieve derretida que recorrían los picos de las Montañas Vimmark eran suficientes para su pequeño número actual, pero si la población se doblaba, secarían los arroyos bebiéndoselos… y el Refugio estaba construido para albergar a veinte veces la gente que Isseya tenía ahora.

—En Weisshaupt recolectamos la lluvia, —sugirió Ogosa.

Isseya sacudió la cabeza.

—No llueve tanto en las montañas en esta época del año, y no podemos esperar a las siguientes tormentas de verano. Pronto la lluvia se convertirá en nieve, y entonces… —Ella se calló, pensativa.

—¿Qué?

—Entonces se aferra a los picos blancos, —terminó la elfa. Ella chasqueó sus dedos—. Esa es la respuesta. Minaremos las montañas en busca de agua.

Ogosa retrocedió e inclinó su cabeza hacia la mujer más alta, intrigada pero escéptica.

—Podría funcionar. Volar hasta la nieve sólida, reventar trozos de hielo como habéis estado reventando estas cavernas, bajarlos en las plataformas que usamos para la gravilla…

—Podríamos hacer eso, —estuvo de acuerdo Isseya—, pero sería más lento que lo que quiero, y no sería una solución permanente. Si estamos bajo ataque, y necesito los grifos para defendernos, perderíamos nuestro suministro de agua. No, mi intención es almacenar agua suficiente como para que nos dure un siglo, si es necesario.

—¿Cómo propones hacer eso?

—Construiremos una cisterna dentro de la Retirada. Como las cuencas que has estado construyendo para los cultivos de emergencia, pero cien mil veces de ese tamaño. Entonces cavamos hasta la nieve sólida y la golpeamos con fuego y hechizos de fuerza, destrozando el hielo en una avalancha que pueda ir directamente hasta el lago. Eso debería darnos suficiente agua como para dar soporte a toda la población de la Retirada durante años.

—Es un buen plan, —dijo Ogosa—, excepto por una cosa.

—¿Qué?

—Quiero construir los túneles primero, —dijo la enana—. Será más fácil despejar los escombros si no tenemos que sacarlos del fondo de un lago gigante. Aparte de eso… es una locura, pero eso no es nada nuevo. Hagámoslo.

* * *

Tres semanas después Isseya se encontraba a sí misma en un vasto bloque de hielo azul con polvo de nieve. La boca de su túnel era una mota de negrura a cientos de yardas de distancia, pareciendo demasiado pequeña y distante como para contener la avalancha que iba a hacer caer por su garganta. Pequeñas banderas verdes ondeaban en finos postes dispersos alrededor del campo de nieve, indicando el camino por el que Ogosa quería que dirigiera el hielo roto.

Una cuerda firme rodeaba su cintura y la envolvía por los hombros en un arnés. El otro extremo estaba enganchado a Revas, de forma que el grifo negro pudiera elevar a su jinete fuera del peligro si Isseya tenía un error de cálculo y se mandaba a sí misma cayendo por el interior de la montaña junto a su avalancha. El grifo estaba posado en una espalda de roca desnuda sobre unos cincuenta pies por encima de la elfa, donde esperanzadamente estaría fuera del camino de las explosiones de la maga.

Nadie más estaba en la montaña. Calien y Lisme estaban abajo en la Retirada, esperando para convertir el hielo en agua con hechizos de fuego, pero Isseya se había negado a las ofertas de los otros magos para ayudar en la cuesta congelada. Si los cálculos de Ogosa eran correctos, tan sólo con el impacto de sus hechizos sería suficiente

para cortar el borde de la cima de hielo de la forma que querían. Sólo un fragmento relativamente pequeño de la corona escarchada de las Vimmarks necesitaba ser cincelado para suministrar agua fresca a la Retirada. Mandar demasiado hielo por el túnel correría el riesgo de inundar las cavernas que habían trabajado tanto por construir.

Esperaba que las medidas de la enana fueran precisas. Lo averiguarían lo suficientemente pronto.

El viento azotaba cristales de hielo por la cara de Isseya, haciendo que se doblara. Escupió una hebra de pelo rubio ceniza y alzó su bastón hacia el alto y brillante sol, encogiendo los ojos por la cuesta hasta la diminuta entrada de su túnel esperando.

Abriéndose al poder del Velo, tiró de una madeja de pura fuerza a través de su bastón. Se estiró en respuesta a su voluntad, extendiéndose y afinándose como cristal fundido en el fondo de la pipa de un soplador. Cuando obtuvo la fineza que necesitaba, Isseya se inclinó y disparó su lanza de fuerza hacia el más lejano de los postes con banderas que Ogosa había colocado.

El asta de la bandera se destrozó en astillas. Con un estruendo diáfano, el hielo de debajo se partió, dividiéndose en pedazos que chocaron los unos con los otros haciéndose más pequeños mientras caían hacia el túnel en espera. Gran parte del hielo destrozado cayó a través del agujero inmediatamente, sus choques haciendo eco desde las profundidades de la montaña vacía, pero varios trozos más grandes bloquearon el agujero un momento más tarde.

Eso, también, fue como Ogosa había predicho. Isseya golpeó el bloqueo con una segunda lanza de fuerza, rompiendo los trozos en fragmentos más pequeños que cayeron abajo y fuera de la vista tras un espray como de diamantes de nieve pulverizada. Cuando el último de los trozos brillantes se hubo ido, ella alzó la vista hacia la siguiente bandera verde y soltó una segunda lanza de fuerza a la nieve bajo su base.

El asta explotó, y la bandera se alejó rodando como una hoja atrapada en una tormenta de nieve. Cuando lo último de los escombros helados desapareció, Isseya golpeó la siguiente bandera, y luego la siguiente.

Casi dos tercios de la colina habían sido cincelados diez pies de su nivel original antes de que la elfa sintiera el hielo gruñir y moverse de repente, haciendo que se cayera hacia delante. Entre las reverberaciones de sus hechizos de fuerza y la pérdida del hielo que la apoyaba, lo que quedaba del saliente estaba lo suficientemente débil como para colapsar bajo su propio peso.

Incluso mientras el pensamiento cruzaba la mente de Isseya, el hielo se partió de nuevo y se deslizó bajo sus pies. Perdió el pie por completo y cayó con fuerza sobre su estómago, deslizándose hacia abajo hasta la boca del túnel. Su respiración se le escapó aceleradamente. Los trozos de hielo girando y el espray blanco cegador de nieve granulosa llenaron su visión; el sol era un resplandor de un dorado mareante que parpadeaba dentro y fuera de la vista. El hielo golpeaba sus extremidades y su cabeza. Desesperadamente, se aferró a su bastón con ambas manos.

Y entonces una presión repentina se cerró alrededor de su torso como el agarre del puño de un gigante, y ella estaba siendo levantada en el aire, revolviéndose indefensa en el extremo de una cuerda colgante.

Revas la había salvado. Se rió ante los restos de su pánico, atrapada por la alegría llena de adrenalina. La nieve y el hielo caían de la ropa de la elfa en cascadas brillantes mientras su grifo la alzaba más alto. Bien abajo, el saliente roto de hielo caía en la oscuridad traqueteante. Tomando puntería cuidadosamente a través del viento y su propio girar constante en el extremo de la cuerda, Isseya golpeó los peñascos más grandes con un par más de hechizos de fuerza, rompiéndolos en trozos más pequeños y lanzándolos junto a los otros.

Estaba hecho. La Retirada tenía agua. La elfa se relajó en el arnés y la euforia de su vuelo, observando a las montañas resplandecer mientras pasaba en campos de blanco y azul roto. Las colinas de piedra gris las reemplazaron, embarradas en las partes más altas, luego se suavizaron por una colcha de líquenes que pronto dio paso a los altos pinos oscuros.

Un wyverno toro de garganta dorada bramó un desafío a Revas mientras el grifo volaba pasándolo con su carga colgante. Isseya se tensó, temerosa de que el wyverno fuera tras ella, pero o el wyverno no logró reconocer a la elfa como una comida en potencia o había aprendido un respeto sano por los grifos, ya que no le dio caza.

Media hora más tarde, estaban descendiendo en la Fortaleza Haine. Revas nunca había sido particularmente cuidadosa acerca de aterrizar con un pasajero colgante, así que Isseya se envolvió en una esfera de escudo de fuerza mientras el grifo empezaba a declinar. Fue una decisión sabia: su esfera de fuerza rebotó contra los muros del castillo mientras Revas aterrizaba en los parapetos y dejaba colgar a su ama. Desprotegida, habría sido hecha pedazos.

Cuando el campo de fuerza finalmente descansó contra el muro de piedra e Isseya se sintió razonablemente a salvo, rechazó el hechizo y cuidadosamente salió del arnés de cuerda, luego cayó el último par de pies hasta el suelo. Se frotó sus doloridos brazos, que se le habían dormido del frío y la presión durante el vuelo. Mañana tendría moratones en el pecho y el antebrazo por la cuerda, lo sabía.

Ogosa ya estaba en el patio. El vapor crepitaba en los mechones sueltos de las trenzas rojas de la enana y empapaba los medallones de cobre de su collar. Unas perlas de agua perlaban sus botas de cuero enceradas.

Claramente la misión había tenido éxito. Aún así no había nada de la excitación que Isseya habría esperado en la cara de la enana.

—¿Qué ha ocurrido? —Preguntó la elfa mientras se cepillaba los últimos trozos rociados de nieve fundida de su ropa—. ¿Ha colapsado el túnel? ¿Qué ha ido mal?

Ogosa sacudió la cabeza.

—El túnel está bien. Lisme está allí abajo rompiendo los últimos trozos para llevarlos al lago, entonces los dejaremos derretirse por su cuenta. Tenemos suficiente, aún así. Suficiente para quinientos o cinco mil, tantos como el Primer Guarda quiera mandarnos.

—¿Entonces cuál es el problema?

—El primer Guarda quiere mandarlos *ahora*. —La enana exhaló y pateó gotas de agua de sus botas, una tras otra—. Será mejor que vayas dentro. Tu hermano te espera.

—¿Garahel? ¿Dejó el campo para venir aquí? —Se había despeinado durante el vuelo, pero no había tiempo para desenmarañarse los nudos. Isseya envolvió todo el desastre rubio castaño en su mano y ató una correa a su alrededor—. ¿Es tan urgente?

—Evidentemente, —dijo Ogosa—. Está en la sala de invitados.

Isseya se apresuró en entrar.

Su hermano estaba solo, hojeando una mohosa historia de Kirkwall que había pertenecido al antiguo Lord de la Haine. La dejó cuando ella entró, saludándola con una amplia sonrisa.

—Isseya. Siempre es un placer verte.

—Garahel. —La maga abrazó a su hermano brevemente y retrocedió. Se había vuelto incluso más delgado en las pocas semanas desde que le hubiera visto por última vez. Podía sentir sus huesos a través de la lana y el suave cuero de su ropa—. ¿Qué es tan urgente como para traerte aquí fuera?

—¿Qué es siempre? —Garahel se pasó los dedos a través del pelo. Las mechas plateadas se habían vuelto considerablemente más amplias—. Las Marcas Libres están en crisis. El Archidemonio ha tenido éxito al penetrar en las ciudades principales atacando a cada una de ellas esporádicamente y pretendiendo ser rechazado por sus ejércitos. Y está pretendiéndolo, Isseya, no te confundas con eso. Pero sus gobernantes se niegan a creer que es un ardid. No liberarán sus ejércitos, y por lo tanto están todos siendo reducidos lentamente mientras están paralizados en su sitio. En un par de meses no *importará* si finalmente deciden unirse bajo nuestro mando. No quedarán suficientes de ellos como para superar a los engendros tenebrosos.

—¿Qué quieres que haga yo al respecto? —preguntó Isseya, aunque tenía un fuerte presentimiento de que ya sabía cuál sería su respuesta.

—Necesitamos que evacúes las ciudades. Cumberland y Kirkwall probablemente son los mejores objetivos. Ya han perdido suficiente gente como para que puedas traer a la mayoría de los restantes a la Fortaleza Haine. Una vez que su población haya sido movida a la seguridad, sus gobernantes finalmente puede que vean el razonamiento. Pero tiene que ser ahora. Cada día el Archidemonio sangra sus fuerzas. No podemos permitirnos perder más.

—Supongo que no puedes permitirte mandar muchos soldados para ayudar a proteger los transportes de refugiados, tampoco, —dijo Isseya.

—Me temo que no. —Garahel puso una mueca—. El ejército de cada ciudad hará lo que pueda por cubrirte en la entrada y la salida, pero no pueden acompañarte por todas las Marcas Libres, y yo no tengo ningún Guarda Gris de sobra. Para la mayor parte del viaje, tendrás que confiar en tus propias fuerzas para que te escolten.

Isseya sólo pudo mirarle.

—Eso es una locura, —logró decir finalmente—. Tengo veintiún Guardas, de los cuales seis están demasiado heridos como para luchar. Tengo diez, *quizás* doce grifos capaces de tirar de caravanas, y sólo la mitad de ellos están en condiciones de enfrentarse a una batalla. El resto simplemente se excitarán demasiados y se herirán a sí mismos. Y ninguno de los refugiados es capaz de este tipo de misión. Es imposible, Garahel. Si quieres que evacúe las ciudades, bien, lo haré… pero necesito suficientes soldados como para que sea otra cosa distinta a un suicidio.

—No los tenemos, —repitió su hermano—. Pero tú sí.

—No, yo no. ¿Estabas escuchando algo de lo que te acabo de decir?

Él no respondió de inmediato. En su lugar extendió la mano hacia su capa y sacó una bolsa de tela ordinaria. Estaba sucia y manchada de sangre, obviamente sacada de los restos de alguna batalla.

Garahel la abrió y sacó un segundo saco, este de cuero suave y blasonado con el símbolo de los magos en oro. La tela bordada azul y dorada de su cordón le dijo a Isseya lo que había dentro: polvo de lirio. Debía haber casi toda una onza ahí, del valor de una fortuna.

Junto a la bolsa de polvo de lirio, puso una botella de cristal tallado de un fluido negro viscoso. El cristal estaba perfilado con la forma de caras de gárgolas y garras, unas decoraciones vistosas que no empezaban a expresar el auténtico horror del contenido de la botella… o su presencia en la habitación.

Isseya sacudió la cabeza, retrocediendo ciegamente hasta que chocó contra la pared tras ella. Difícilmente sintió la magulladura de su impacto.

—No, no, no.

—Es la única forma, —dijo su hermano. —No podía creer las palabras que estaba escuchando; por la mirada en su cara, él no podía creer que las estuviera diciendo. Pero seguían saliendo—. No tenemos elección. *Debemos* evacuar aquellas ciudades, y debemos hacerlo con una pequeña fuerza móvil. Tú no tienes muchos grifos, y la mayoría de ellos están heridos. Pero si puedes hacer con ellos lo que hiciste con Shrike, lucharán como diez veces su número, y sus heridas no importarán.

—No hay otra forma de salvar a las Marcas Libres, Isseya. No podía guardar tu secreto, no si significa que todos esos miles de personas morirían. El Primer Guarda ha dado la orden. Haz pasar a los grifos de la Fortaleza Haine por la Unión.

19
5:20 EXALTADA

Isseya fue a los corrales tan pronto Garahel se marchó.

Las lágrimas emborronaban sus ojos hasta que pareció que miraba a su mundo una vez familiar a través de un panel de cristal retorcido, fundido. El polvo de lirio y la sangre del Archidemonio la hacían hundirse como miles de onzas de cadenas de hierro. Los ronroneos y los crujidos ocasionales de los grifos descansando llenaron sus oídos mientras trepaba a la torre que clamaban como suya, e Isseya no sabía si quería glorificarse en el sonido o lamentar su pérdida inminente.

Una vez los grifos hubieran pasado por la Unión, todos los pequeños sonidos de sus vidas se desvanecerían. Sus bufidos de desdén, canturreos nocturnos, y su atusar orgulloso con el pico desaparecería; los únicos sonidos que tendrían serían gritos de rabia y odio, y toses ajadas mientras trataban inútilmente de expeler la contaminación de su sangre. No habría más silbidos, no más ronroneos.

La Ruina se lleva demasiado de nosotros.

Pero era imposible negarse. ¿Cómo podría? Este era el mismo propósito de sus vidas. Cada vez que salían al campo, los grifos y sus jinetes cortejaban a la muerte voluntariamente. Luchaban contra los engendros tenebrosos de corazón, y se arriesgaban al olvido libremente, para que otros pudieran sobrevivir a los horrores de la Ruina. Los Guardas Grises ya habían hecho el mismo sacrificio que estaba pidiendo a los grifos. ¿Era esto realmente tan diferente?

Sí.

Inteligentes como lo eran, los grifos eran animales. No podían hablar, no podían entender sus explicaciones, y no era posible que comprendieran las repercusiones de lo que estaba a punto de hacerles. La noción de que consintieran era una ilusión reconfortante… pero no había verdad en ello, e Isseya no podía mentirse a sí misma al respecto.

No importaba. Los forzaría a pasar por el ritual de todos modos. Si significaba la supervivencia de las Marcas Libres, y la posibilidad de que los Guardas Grises terminaran con la Ruina, entonces diez grifos de la Fortaleza Haine eran un pequeño precio a pagar.

Su torre corral estaba en silencio y ventilada. Lord de la Haine nunca había acabado la construcción de esta torre; permanecía sin amueblar y enormemente abierta al cielo, así que los Guardas se la habían dado a los grifos. Pese a su apertura, el olor leonino de las bestias era fuerte en la torre, junto con los olores de los ungüentos y cataplasmas usados para tratar a los animales heridos. Se menguaba con un tufo a sangre y carne vieja de sus comidas, y más pungente, el mal olor gatuno de la orina que los machos esparcían por el punto más alto de la pared de piedra. Sin atender, los grifos eran unas criaturas desastrosas.

Se preguntaba si aún lo serían después de que acabara.

La magia llegó a ella fácilmente. Isseya casi había esperado que fallara —que el don de la magia se le fuera, de algún modo, y apartara esta terrible elección de su consciencia— pero el Velo estaba esperando cuando ella se extendió hacia él, y un poder etéreo llenó su agarre. Giró una red de sangre y lirio y corrupción de engendro tenebroso, y trató de no mirar los ojos del grifo mientras la soltaba sobre cada una de sus mentes, una a una.

Ninguno de ellos se resistió hasta que fue demasiado tarde. La conocían y confiaban en ella, y aunque cada grifo reaccionó con el mismo shock y repulsión que Shrike, sólo lo hicieron después de que ella los hubiera envuelto en madejas de magia de sangre. Y como antes, Isseya ignoró sus luchas, terminando sus hechizos con una precisión implacable. En su interior, temblaba por su propio trabajo y lloraba y rabiaba junto a los grifos… pero ningún rastro de rabia o lástima marcaban sus hechizos.

Finalmente acabó. Su cabeza le dolía, sus piernas le dolían, y su corazón le dolía más que nada. Intranquila, la elfa inclinó una mano sobre un muro de piedra irregular y esperó a que su visión se despejara lo suficiente como para abandonar la torre.

Había usado sólo una fracción del lirio y la sangre del Archidemonio que Garahel le había dado, pero no quería pensar en lo que eso querría decir. Era mejor asumir que el Primer Guarda simplemente había escogido errar en exceso de generosidad, sin saber cuánto necesitaba realmente Isseya.

Diez de los grifos habían pasado por el ritual modificado. No había hecho pasar a Revas a través de él —eso habría sido demasiada traición— y había pasado por alto al Hunter de Lisme también.

Mientras Isseya finalmente se volvía para bajar las escaleras de la torre, aún así, se dio cuenta de que la maga andrógina estaba allí, observándola desde las sombras. No tenía ni idea de cuánto tiempo había estado observando Lisme.

—Has hecho la Unión a los grifos, —dijo la maga más alta. Se había quitado la guisa de hombre que había llevado cuando Isseya la vio por última vez. Hoy estaba vestida y maquillada como mujer, sus ojos tan densamente perfilados en kohl que parecía estar llevando la máscara de un bandido.

—Sí, —dijo Isseya.

—Aún así has pasado por alto a Hunter. ¿Por qué?

—Por el mismo motivo por el que pasé por alto a Revas, —dijo la elfa—. Por lo que pasan los grifos no es como nuestra Unión. Les afecta de forma diferente, y mucho peor. Tú estuviste en Hossberg; viste a Shrike.

Lisme inclinó su cabeza lentamente. No llevaba peluca hoy; en su lugar se había peinado la cabeza rapada con un entramado metálico de cobre, oscuro en las sombras y brillante al sol.

—Lo vi.

—Entonces ya sabes por lo que no se lo haría a Hunter.

—No. Entiendo por qué tomarías esa decisión por tu propio grifo. ¿Pero por qué eximir al mío?

—Porque eres mi amiga, —respondió Isseya, —y pensé que querría que Hunter permaneciera como está. La transformación le matará. Incluso si sobrevive a este viaje a las ciudades de las Marcas, y podría no hacerlo, la ponzoña de los engendros tenebrosos se mueve mucho más rápido en los grifos que en nosotros.

—¿Eso le hará más fuerte?

—Sí. Temporalmente. Pero sí.

El entramado rizado de cobre sobre la cabeza limpiamente afeitada de Lisme brillaba mientras se movía a la luz, cruzando la torre para estudiar al último grifo que Isseya había alterado. El grifo era una hembra vieja, sus alas marcadas y dobladas por las muchas batallas, su morro blanco por la edad. Había sido mandada a la Fortaleza Haine debido a que la edad y las heridas hacían imposible que continuara en el campo de batalla.

El hechizo de Isseya le había eliminado aquellos dolores, aún así, y mientras el grifo se recuperaba de los efectos desorientadores de la magia de sangre, se movía como una joven de nuevo. No estaba como lo había estado en su propia juventud. Como Shrike, y todos los otros que habían pasado por la Unión modificada, sus movimientos eran frenéticos y bruscos, demasiado rápido a veces y, en otros momentos, agarrada por extraños retrasos irregulares. Sacudió la cabeza y tosió, entonces se rascó el pico, tratando de librarse de la desconcertante ponzoña que había llegado a creer por el hechizo que era sólo un resfriado.

Pero el grifo era fuerte de nuevo. Pese a su blanco pelaje y a su tos, eso estaba bastante claro. Estaba fuerte, y estaba perdiendo el control.

La boca de Lisme se endureció mientras miraba a la bestia luchando.

—¿Necesitamos esta fuerza?

Isseya no podía mentir.

—Sí. Incluso con ella, podríamos fallar. Sin ella, no tenemos oportunidad.

La mujer asintió, sus entramados pintados brillando.

—Entonces házselo a Hunter. Lo que necesites, lo daremos. Somos Guardas Grises, ambos, y no dejaré que mi sentimentalismo sea el motivo de que esta misión fracase.

* * *

Dejaron la Fortaleza Haine bajo la neblinosa luz gris de la luna. El amanecer era la más mera sugerencia del zafiro en el horizonte este, la luz del día a al menos dos horas.

Isseya quería alcanzar y abandonar Kirkwall bajo todo el brillo del sol, y eso significaba salir en la oscuridad. Mientras que las nubes de tormenta perpetua de la Ruina proveían de cierto refugio para los engendros tenebrosos temerosos del sol, aún eran más débiles y más tímidos bajo la luz del día que por la noche, y quería explotar toda ventaja que pudiera.

Tenían un par de otras ventajas. Incluso con los grifos reforzados por la magia de sangre y la ira, a Isseya no le gustaban sus probabilidades. Los Guardas Grises tendrían que luchar para entrar en la ciudad asediada, entonces luchar para abrir una salida de

nuevo, esta vez cargados por las pesadas caravanas llenas de civiles. No sólo tenían que mantener a sus pasajeros a salvo, sino que no podían permitir mucho daño a los araveles… no si quería usar los navíos de nuevo.

Isseya había juntado los araveles en cuatro juegos de tres, cada uno tirado por un grifo escoltado por dos más. Revas y Hunter estaban en un arnés; Isseya estaba jugando con que el grifo gris unido a Lisme permitiera a la maga controlar su montura incluso a través de la niebla de la tensión y la rabia creada por la magia de la Unión.

Los otros dos los controlaba ella misma. Desvinculados de cualquier jinete, y sin estar dispuestos a aceptar ninguna rienda ordinaria, los grifos en una ira de sangre habrían estado completamente salvajes si se les dejaba a sus propios designios. Resoplaban y se erizaban en sus arneses, atacando a cualquiera que se acercara. Ya, la tos persistente de los grifos había irritado sus vías nasales sensibles de forma que cada resoplido estaba acompañado de una niebla de carmesí, la primera señal de muchas de que sus cuerpos estaban destruyéndose a sí mismos bajo la tensión irresoluble de la ponzoña.

La razón no tenía agarre sobre las criaturas, así que en su lugar Isseya los poseyó a ellos.

Le dolía robar incluso hasta la última onza de independencia de ellos, pero no había alternativa. Ella envolvió su mente alrededor de los dos grifos, tratando de ignorar el caos teñido de rojo de sus pensamientos. Una sensación de ira muda penetró, provocándole como el extremo de una enredadera venenosa en su alma, pero ella luchó para permanecer centrada en la tarea que tenían por delante. *La gente nos necesita*.

Calien estaba sentado tras ella, manteniendo el hechizo de fuerza que sostenía su propia fila de vehículos flotantes en el aire. Elevar a Revas mientras poseía a dos de los otros grifos era todo lo que Isseya podía manejas; necesitaba a un segundo mago para que manejara la caravana. Confiaba en Calien… y sabía que si el desastre golpeaba fuera de Kirkwall, el mago de sangre sería capaz de tomar el control de los grifos alterados y llevarlos de vuelta a la Fortaleza Haine.

—¿Preparado? —preguntó Isseya.

Lo terso de su tono provocó una ceja alzada de Calien, pero él sabía lo que ella estaba haciendo, y tras un pálpito simplemente asintió.

—Sí.

—¡Revas, *Elévate*! —En el mismo momento que gritó la orden, Isseya urgió a los grifos poseídos hacia el cielo. El Hunter de Lisme se alzó con ellos, y en una fila oscilante, los grifos partieron de la Fortaleza Haine.

Su descenso de las montañas fue un desastre de sobresaltos y sacudidas. Aunque los Guardas siguieron el camino más directo disponible hacia ellas, las amplias bases de sus conos de fuerza aplastaban a los pinos en astillas y se hundían precipitadamente siempre que los grifos volaban sobre un risco en la ladera de la montaña. Varias veces tuvieron que hacer un slalom frenético hacia un lado u otro para mantener las caravanas rectas. Para cuando alcanzaron las suaves cuestas de los pies de las colinas, todo el cráneo de Isseya le dolía del entrechocar de sus dientes. Los susurros de los demonios rodeaban sus

pensamientos, importunándola a través del Velo: *Déjanos entrar, déjanos llevarnos el peso de esos grifos. No necesitas poseerlos. Ábrelos a nosotros, y libérate de su peso*.

Ella los apagó, como hacía siempre, pero sus voces no podían ser silenciadas completamente —no mientras estaba tocando el Velo— y había un largo día por delante.

Una vez en el pie de las colinas, sin embargo, su humor mejoró considerablemente. El amanecer estaba rompiendo a través de las nubes del este, sus tonos rosa dorados aún más brillantes por el contraste de la tormenta de la Ruina tras él. La neblina plateada iba a la deriva a través de los valles por delante y coronaba los picos blancos de las montañas tras ellos. El verdor de los bosques se extendía bajo ellas, desenrollándose en una belleza pastoral perdida para el resto de las Marcas Libres. Incluso con la ira emponzoñada de los grifos vibrando en la parte posterior de su mente, Isseya estaba bañada en la paz de la primera hora de la mañana.

No duró mucho.

Pasando las colinas, la tierra se marchitó rápidamente. En el espacio de un par de millas, los árboles se convirtieron en palos muertos erguidos, mientras que la hierba y las zarzas a su alrededor se adelgazaban hasta convertirse en parches dispersos como mechones de pelo en un paisaje mancillado por la Ruina. Unas nubes grises taciturnas se acercaron por encima, atenuando la pureza del sol. Los únicos animales que encontraron fueron un conjunto de ciervos fatigados de tumores, que alzaban la mirada con bocas sangrientas por el cadáver de una vaca que habían estado devorando y sisearon a través de sus colmillos vacíos hacia los Guardas que pasaban.

La visión del ciervo arruinado espoleó un arrebato de furia de los grifos emponzoñados. Isseya, luchando por contenerlos, se mordió la lengua hasta que saboreó la sangre. Se sentía mal en su boca: más densa de lo que debería haber sido, más fría, una gelatina viscosa envenenada de corrupción.

Escupió.

Era sangre, sólo sangre. Isseya la vio volverse roja en el viento. Pero el sabor y la sensación y el *malestar* perduró, mucho después de que los ciervos se hubieran desvanecido tras ellos y la rabia de los grifos se hubiera sosegado de vuelta a ascuas apagadas. Los demonios conversaban en sus pensamientos, asustados o alegres, no podía decirlo y no le importaba.

La ponzoña de los engendros tenebrosos estaba haciéndose más fuerte en ella. Lo sintió con una seguridad fatalista. Se rumoreaba ampliamente entre los Guardas Grises que la corrupción en su sangre avanzaba más rápidamente durante una Ruina. Nadie lo sabía con seguridad, porque la ponzoña los afectaba a todos diferentemente y pocos se atrevían a hablar abiertamente de lo que les hacía… pero Isseya sentía la verdad del rumor en sus huesos, y cada hechizo de magia de sangre que lanzaba sobre los grifos emponzoñados parecía acelerar su extensión.

Ella trató, con un éxito limitado, de sacar el pensamiento de su mente. Kirkwall estaba acercándose rápidamente a la vista, y no podían permitirse el ser distraídos.

Mientras los grifos se acercaban, Isseya podía ver fuegos arder en braseros negros bajos alrededor de las fortificaciones de piedra de gran envergadura. Brillaban como una corona de espinas rojas en hierro. Diminutos magos se apiñaban alrededor de los muros, identificables desde esta distancia sólo por los altos perfiles de sus bastones y las cascadas ocasionales de llamas mágicamente amplificadas que hacían llover sobre los engendros tenebrosos desde aquellos braseros negros.

Aquellos torrentes rugientes de fuego rechazaban a los engendros tenebrosos, e incineraban a aquellos demasiado estúpidos o desafortunados como para huir, pero Isseya vio en un vistazo que nunca romperían el asedio de Kirkwall. No tenían el alcance de rechazar a los engendros tenebrosos más de un par de cientos de yardas de los muros, y debía haber miles de genlocks y hurlocks amasados fuera de la ciudad. Ninguna cabaña de refugiados punteaba la tierra ennegrecida alrededor de Kirkwall; si había habido alguna, había sido quemada hasta los cimientos hacía mucho tiempo.

Aún así, la vista de los braseros la alentó. Garahel había dicho que podrían despejar un camino para que entraran sus caravanas, y darles una oportunidad de marcharse. Ahora entendía lo que había querido decir.

Calien había visto lo mismo.

—Los engendros tenebrosos saldrán hacia delante cuando nos vean. Si podemos tirar de ellos hacia los muros lo suficientemente rápido…

—Aquellos braseros los harán arder en cenizas en segundos, —terminó Isseya—. Pero tendremos que llegar rápido y recto. Garahel dijo que los magos podían controlar las columnas de fuego hasta cierto punto, pero esos barridos no parecen lo suficientemente precisos como para que me sienta segura de que nos evitarán si nos acercamos esquivando.

—Entonces no lo hagamos. Tú eres la que los controla, —dijo el mago mayor.

—Sí, porque es así de fácil. —Resopló Isseya—. Simplemente prepárate para despejarnos un camino. —Ella se levantó en su silla de montar, haciendo un gesto para que volara hacia delante—. ¡Guardas! ¡A Kirkwall! Jinetes, despejad el camino. Lisme, prepárate para entrar rápido y recto. ¡Rápido y recto!

Los jinetes alzaron sus puños derechos, aceptando que habían oído sus órdenes, y se hundieron. Incluso mientras los engendros tenebrosos eran alertados de su peligro y se volvían para enfrentarse a los Guardas Grises con arcos y hondas, los Guardas lanzaron explosiones de fuego y hielo rompedor de huesos hacia ellos, cortando un camino evanescente a través de la horda reunida. Sus arqueros atravesaron a los descarriados con una precisión mortal.

Haciendo lo que podía por bloquear los aullidos persistentes de los demonios, Isseya reafirmó su agarre sobre las mentes de los grifos poseídos y los mandó corriendo por el angosto canal que sus compañeros habían despejado. El camino era efímero, como el camino de un remo cortado a través de un mar negro hirviente, y tan estrecho que las grandes alas grises primarias de los grifos frotaban los cuerpos de los genlocks chamuscados y congelados a cada lado. Pero las bestias volaron rectas y seguras, una

cazando a la otra, pico a cola hasta que ellos y sus torpes caravanas alcanzaron el refugio de los muros engalanados de fuego de Kirkwall.

Hunter no lo hizo.

Lisme había estado luchando con su grifo tan pronto los engendros tenebrosos surgieron a la vista, como todos los jinetes de las bestias emponzoñadas, pero su ruta la llevó más cerca de sus filas que los otros. Los magos y arqueros delante de ellos permanecieron tan altos como pudieron, tratando de evadir las armas de sus enemigos, y se hundieron más bajo sólo para lanzar oleadas de magia o flechas junto al camino de las caravanas. Esa distancia mayor, vio Isseya en un vistazo, fue el único frágil motivo por el que los grifos de los otros Guardas mantenían alguna similitud de cordura a través de las nieblas de la ira.

Hunter, atado a la caravana y limitado a la altura del cono de fuerza flotante de Lisme, estaba siendo forzado a estar mucho más cerca de los balbuceantes hurlocks y los genlocks en frenesí. Aullaron desafíos a la Guarda Gris y su montura, moviendo sus armas justo más allá del delicado límite de la muerte que sus compañeros habían hecho caer sobre ellos… y Hunter no podía negar su llamada.

Gritando de furia, el grifo se lanzó hacia una masa de engendros tenebrosos, mientras que Lisme estaba en su silla de montar y tiraba inútilmente de sus riendas. La cadena de vehículos tras ellos se hundieron mientras la concentración de la maga flaqueaba, entonces colapsó contra los engendros tenebrosos con un choque estruendoso. Veinte o más aullidos y hurlocks se desvanecieron en los escombros de madera, pero Hunter cayó también, arrastrado fuera del aire por su arnés. Los engendros tenebrosos entraron en enjambre, e Isseya los perdió de vista en el caos.

—No hay nada que puedas hacer, —dijo Calien abruptamente tras ella—. Necesitamos llegar a la ciudad.

Isseya asintió. Su mandíbula estaba fuertemente apretada contra la culpa que burbujeaba en su garganta como una bilis cáustica. No *había* nada que pudiera hacer, pero lo había habido antes, en la torre del corral, y ella lo había hecho, y había condenado a su amiga.

En silencio, mandó a Revas hacia delante.

El grifo negro agachó sus orejas y se lanzó a través del aire, rápidamente fijando su mirada en la mota menguante de la caravana ante ellos. Ya estaba casi bajo los muros de la ciudad, y los engendros tenebrosos se estaban acercando ágilmente a cada lado, pero Revas ignoró la horda que se acercaba como había ignorado los gritos airados de Hunter y los de pánico de Lisme. Los hurlocks gritaban desafíos desde los laterales. Calien los barrió con un abanico mortal de hielo, congelándolos tan rápidamente que sus cráneos se agrietaron por sus cerebros expandiéndose y unos témpanos negros salieron de sus ojos, pero no pudo silenciar a las filas tras ellos. Los genlocks golpeaban sus puños contra sus burdos escudos y aullaban obscenidades incoherentes desde detrás de los cuerpos de sus camaradas congelados.

Era enormemente difícil para el grifo dejar a un lado su naturaleza raptora y evitar la oportunidad de enfrentarse a sus odiados enemigos, Isseya lo sabía, pero Revas lo hizo. La horda de engendros tenebrosos se acercó tras ellos, pero habían logrado llegar a Kirkwall, y las lenguas de fuego de sus muros mantuvieron a los frustrados hurlocks a raya.

Y pese a todo lo demás que había ocurrido y estaba ocurriendo, Isseya sintió un arrebato de orgullo ante la fuerza de voluntad y la independencia del grifo. La elfa estaba demasiado exhausta, mágica y emocionalmente, como para haber guiado a Revas ella misma. En ese momento, había necesitado que su grifo pensara por su cuenta, y Revas lo había hecho tan hermosamente. Incluso con los aullidos de Hunter haciendo eco en sus oídos y los espíritus malignos del Velo tirando de su concentración, pudo sentir gratitud por ello.

Ella salió de la silla de montar. Los otros líderes de caravana estaban haciendo lo mismo, observando a los engendros tenebrosos alerta a través de los látigos siseantes de llamas que les alejaban de los muros. Los Guardas que los habían escoltado a través de la horda estaban fuera de la vista; habían volado sobre las defensas de Kirkwall y habían aterrizado en el castillo, donde reunirían a los civiles para sacarlos a través de una pequeña puerta secundaria y los cargarían en las caravanas. Isseya se preguntaba cómo decidirían quién se quedaría atrás, ya que la cadena de navíos de Lisme había sido destruida en la entrada. Como Comandante de Campo de la Fortaleza Haine, era probablemente su deber el tomar esa decisión, pero estaba demasiado cansada como para enfrentarse a esa elección ahora.

La diminuta puerta enfrente de ellos estaba abriéndose. Hombres y mujeres exhaustos, asustados, emergieron, parpadeando contra el caliente baño de luz de los hechizos de fuego. Muchos llevaban bebés en sus brazos o tiraban de pequeños niños de sus manos. No llevaban casi nada más. Isseya le había dicho al Campeón de Kirkwall que los Guardas no tenían sitio para bienes materiales en estos transportes. Habría comida y ropa en la Fortaleza Haine.

—Entren, —dijo uno de los otros Guardas Grises a los refugiados, guiándoles a una de las tres caravanas mientras cada transporte se llenaba. Los Marqueños obedecieron, sus caras tensas con un pánico apenas contenido. Algunos de los niños lloraban.

Isseya los ignoró. El esfuerzo de mantener sus hechizos requería todo lo que tenía; la elfa no podía permitirse ninguna lástima por sus cargas. Esperó hasta que el último de los araveles estuvo casi cargado y las formas de sus escoltas voladores fueron visibles por encima a través del sacudir del fuego de los muros. Cuando vio a los grifos dar una vuelta en el cielo, supo que los Guardas Grises estaban preparados para llevarlos fuera de Kirkwall.

—Preparad los quemacielos, —dijo a los Guardas a su alrededor, trepando de nuevo a la silla de montar de Revas—. Magos, alzad vuestras caravanas.

A una señal de los Guardas aéreos, la cortina feroz de defensa se separó y se apagó. Los engendros tenebrosos corrieron hacia delante, sólo para ser rechazados por estallidos

de fuerza conmocionadora y hielo elemental. Tiradas por los hechizos de sus magos, las caravanas se alzaron en el aire, luego saltaron por los engendros tenebrosos balbuceantes mientras sus grifos —dos poseídos, uno con libre voluntad— surgían en su rastro.

De nuevo persiguieron el camino evanescente trazado por su escolta. Pero esta vez, mientras los engendros tenebrosos se acercaban tras ellos, Isseya hizo una señal a la última caravana para que lanzara runas de lirio a su paso.

Los explosivos enanos eran demasiado imprecisos, y lanzaban demasiados escombros al aire, como para que su uso fuera seguro durante su entrada. Sus grifos no podían volar a través de las nubes asfixiantes de polvo y humo que las explosiones levantaron.

En la salida, sin embargo, eso no fue una preocupación. Y por lo tanto los Guardas Grises dispersaron devastación entre los engendros tenebrosos mientras se marchaban, propagando estallidos azures de muerte y confusión para cubrir su retirada. Los restos de los araveles accidentados de Lisme se desvanecieron en una explosión de esas, e Isseya se alegró y sintió lástima a la vez por verlos marcharse.

—Funcionó, —dijo Calien un par de minutos más tarde mientras cruzaban de vuelta a los límites más tranquilos de la Ruina. Sonaba mareado—. *Funcionó*. Podemos hacer esto.

—Quizás, —dijo Isseya. Estaban bastante lejos de Kirkwall como para juzgar que era seguro liberar su posesión sobre los grifos emponzoñados. Relajó su agarre lentamente, observando en busca de la primera señal de que las feroces bestias pudieran volverse hacia los engendros tenebrosos… pero no lo hicieron. Su suposición había estado clara: los grifos tenían menos interés una vez que la horda estaba fuera de la vista tras ellos, y el arduo viaje había sosegado su ira bajo un pesado manto de cansancio.

Agradecida, liberó su conexión al Velo. Las voces de los demonios finalmente se silenciaron en sus pensamientos. Isseya se volvió a hundir en su silla de montar, sólo entonces siendo consciente de que sus túnicas estaban empapadas de sudor frío. Había estado tan absorbida en su magia y en asegurarse de que las caravanas escapaban de Kirkwall intactas que ni siquiera se había dado cuenta.

—¿Quizás? —soltó Calien.

Isseya se frotó la sien. No hizo nada por aliviar el dolor palpitante tras sus ojos, pero ella lo intentó de todos modos.

—Si tenemos que poseerlos para evitar que se autoinmolen, no podemos hacer esto. Si tenemos que romper las mentes de otros grifos para hacer que toleren a los Unidos… No. No puedo. Es demasiado, Calien. No puedo hacerlo.

El mago de sangre se quedó en silencio durante un tiempo. Entonces, suavemente, ofreció:

—Yo puedo.

Y todo lo que Isseya pudo pensar, escuchando las palabras a través del correr del viento y el adormecimiento apagado de su cansancio fue: *Eso es lo que dijeron los demonios también*.

20
9:42 DRAGÓN

—¿Estás leyendo sobre engendros tenebrosos de nuevo? —Valya se detuvo en la salida de la biblioteca, habiendo visto a Sekah sentado de piernas cruzadas en el suelo con su espalda contra uno de los estantes. Un libro enorme de primer orden estaba abierto sobre el regazo del chico, y a veinte pasos pudo ver los terribles rostros de aullidos y hurlocks pintados en el pergamino.

—Por supuesto, —respondió Sekah, parpadeando inocentemente mientras alzaba la cabeza—. Eso es para lo que estamos aquí, ¿no?

—No a estas horas. Es pasada la media noche. —Valya alzó su bastón señaladamente. El brillo de su ágata azul, y el resplandor del propio bastón con punta de piedra lunar de Sekah, eran las únicas luces en la biblioteca. La noche había caído hacía horas, y los otros magos de Hossberg se habían retirado después de cenar. Eran los únicos en los oscuros pasillos silenciosos. Los Guardas les permitían un par de velas después del anochecer; la cera de abeja era cara, y se esperaba que los magos se proveyeran de su propia iluminación.

Valya entendía por qué los Guardas les habían pedido ahorrarse las velas, pero la penumbra silenciosa volvía la biblioteca distintivamente incómoda después de la puesta de sol. Uno o dos magos difícilmente eran suficientes para iluminar las cámaras cavernosas, y sus diminutas esferas de resplandor flotaban como solitarias volutas perdidas en la oscuridad con eco.

—¿Por qué te quedas aquí tan tarde? ¿No te incomoda este lugar? Está tan… vacío. Y están todos esos huesos en sus cajas, y armas en las paredes, y los cuernos del Archidemonio..

Sekah le lanzó otro parpadeo de búho. Volvió la página, sacando una representación horrorosa de una madre de camada y sus engendros deformes retorciéndose. Quien fuera que hubiera ilustrado ese tomo había poseído buenos modelos anatómicos y una mente perturbada retorcida.

—Es sólo una biblioteca.

—Una biblioteca llena de terrorífico terror, —murmuró ella—. No sé cómo puedes leer sobre engendros tenebrosos aquí y no tener pesadillas.

—El mago más joven se rió, una insignificancia intranquila.

—Supongo que es un poco… bueno, terrorífico, sí. De noche. Pero la única razón por la que se perturbaría mi sueño sería no poder terminar todos esos libros.

—¿Por qué? —preguntó Valya, perpleja. Leer el diario de Isseya fue más que suficiente como para oscurecer sus propios sueños. No podía imaginar buscar *más* horrores registrados para llenar el resto de sus horas de vigilia. Cuando no estaba trabajando, había desarrollado un gusto inesperado por los romances corteses y las historias acerca de perros. Incluso las comedias clásicas Antivanas eran ya demasiado violentas para una lectura de placer.

—Este es uno de los grandes repositorios de sabiduría de Thedas, —dijo Sekah. Tocó la página abierta, recorriendo el grueso hinchado de la madre de camada con un dedo—. Siglos de conocimiento acumulado acerca de los engendros tenebrosos, la ponzoña, los Viejos Dioses, todo ello. Aquí, en la punta de nuestros dedos. Y nosotros, un par de afortunados, tenemos la suficiente suerte como para estar aquí en un momento de paz, cuando tenemos el lujo de estudiarlo a nuestro placer, sin ser perturbados por guerras o Ruinas. No sé cómo el resto de vosotros puede desperdiciar tanto tiempo durmiendo.

—No estoy tan segura acerca de la carencia de guerras, —dijo Valya—. Oigo rumores perturbadores que llegan del sur, y más cada día.

—Pero esos problemas no conciernen a Weisshaupt. Los Guardas Grises siempre han sido neutrales.

—Tú no eres un Guarda Gris.

—Aún. —Sus ojos se centraron en los de ella bajo las luces gemelas de sus bastones. Sekah siempre había sido solemne para su edad; aunque era dos años más joven que Valya, a menudo sentía que él era el más viejo y sabio de ellos. La determinación que brillaba en su cara esta noche, sin embargo, era algo nuevo, y más allá de cualquier cosa que hubiera visto en él antes.

—De verdad quieres convertirte en un Guarda, —se maravilló ella.

—Lo quiero, —dijo Sekah—. Los Guardas Grises sirven a toda la gente de Thedas. No a los magos o los templarios, a los Qunari o los elfos, sino a todo el mundo. Por igual. Eso… Eso es importante para mí, Valya. —La determinación precoz se desvaneció, y él pareció medio niño de nuevo. Tragando, Sekah bajó la mirada de vuelta al monstruo similar a una babosa en su libro—. Quiero ser parte de algo que se esfuerce en unir a la gente. Quiero que recuerden su mejor naturaleza.

—No siempre han hecho cosas buenas, —dijo Valya, mirando a los siniestros trofeos que colgaban en alto en los muros de la biblioteca. Banderas de batalla, armas capturadas, cuernos de ogro… Cada uno era, en cierto modo, un monumento funerario al sufrimiento. Y los registros de Isseya no eran los únicos que traían decisiones cuestionables y costes funestos a las puertas de los Guardas. Durante los sangrientos años de la Cuarta Ruina, los héroes de Thedas habían cometido algunas hazañas decididamente no heroicas.

—Por supuesto que no, —dijo Sekah—. ¿Lo has hecho tú? No hay ningún imperio, ninguna fe, ninguna empresa o alma viva que haya sido *siempre* inmaculada. Lo importante es que lo hayamos intentado, y más importante, que hayamos tenido éxito.

—Supongo. —Valya se mordió el labio insegura—. Que puedes fracasar espectacularmente, intentándolo.

—No tan espectacularmente como si no lo intentas.

—Todo el mundo dice eso, pero no sé si es realmente cierto. —La elfa se encogió de hombros, tensando su agarre sobre el bastón mientras se movía de vuelta hacia la puerta. Bajo el arco de piedra de su umbral ella vaciló, mirando atrás una última vez—. ¿Recuerdas cuando llegamos aquí por primera vez, y dijiste que necesitábamos encontrar algo para demostrar a los Guardas que merecíamos que nos aceptaran?

—Sí.

—¿Y si… Y si yo lo hice, pero no es algo que esté segura que debieran tener?

La curiosidad brilló en la mirada oscura de Sekah, pero el chico contuvo la pregunta que tan llanamente quería hacer. En su lugar juntó sus dedos sobre el libro abierto, considerándolo.

—Preguntaría por qué te sientes así, y si alguien más sería un mejor custodio, y quizás si es algo que debiera pertenecer a alguien en absoluto.

—No conozco las respuestas a ninguna de esas, —murmuró Valya—. Sólo sé que cometieron un error la primera vez.

—Entonces supongo que todo lo que realmente necesitas decidir es si es probable que lo repitan.

—Eso lo sé, —dijo Valya—. Quizás. Gracias.

* * *

—¿Sabes cómo encontrar la Tumba de la Novia Roja? —preguntó Valya.

Caronel alzó una ceja, deteniéndose en mitad de quitarse su túnica empapada en sudor. Era una mañana fresca, vigorizante con el comienzo del invierno, y el vapor se alzaba de su cuerpo como los vientos de la montaña soplaban a través de las ventanas abiertas de la sala de entrenamiento. Había estado trabajando durante más de una hora, practicando golpes contra un muñeco de trapo con una de las cañas pesadas envueltas que los Guardas usaban para aumentar su fuerza.

—¿Has venido aquí para preguntarme eso?

—Necesito encontrarla, —dijo Valya incómoda. Ella retrocedió mientras el otro elfo cogía una toalla de lino del banco junto a ella, metía su esquina en una vasija de agua casi helada y se limpiaba el sudor de sus hombros—. Me dijeron que tú habías ido allí una vez.

Caronel resopló. Salpicó un puñado de agua en su pelo oscurecido por el sudor, se lo frotó, y lo sacudió con un espray brillante. Después de secarse la cabeza con la toalla, sacó una túnica nueva.

—Una vez es más que suficiente para cualquiera que cometa ese error. Si has oído la historia, sabes que fue un desastre. ¿Por qué podrías querer repetirla?

—No quiero, particularmente. Pero creo que hay algo importante allí. —Una brisa frígida golpeó las contraventanas de madera contra las ventanas. Al contrario que el otro elfo, Valya no había hecho nada más extenuante que caminar hasta la sala de entrenamiento, y eso había sido hacía un par de minutos. Temblando, se acercó la capa. Estaba simplemente perfilada de piel de conejo, ni de cerca tan cálida como las pesadas capas de piel de oveja y perfiladas de zorro de los Guardas, pero era todo lo que tenía.

—¿Qué podría ser lo suficientemente importante como para justificar el ir allí? Ese lugar está pululante de cadáveres, y lo digo literalmente.

—Lo sé.

La Tumba de la Novia Roja no siempre se había llamado así. Localizada en las profundidades de las Colinas Errantes, originalmente había sido conocida como el Santuario de la Novia Roja. Consistía en una serie de diminutas cavernas excavadas en el lateral de un desfiladero seco abruptamente amurallado, con un antiguo parecido erosionado de Andraste tallado en la fachada del risco entre las entradas.

Se decía que había inspirado a Nuestra Dama de los Anderfels, una escultura incluso más grande tallada en la piedra blanca del Merdaine, pero mientras que la Dama de los Anderfels aún era una piedra angular para los peregrinos de todo Thedas, la Novia Roja ya no atraía a admiradores. Ahora se decía que el lugar estaba maldito, y los Guardas Grises de Weisshaupt sabían que esos relatos eran más que un mero rumor.

Una vez, las cavernas que rodeaban a la Novia Roja habían albergado a una orden de monjes ascéticos que escogieron aislarse en las duras estepas de los Anderfels y meditar acerca de los trabajos del Hacedor. Una red de escaleras de cuerda y tablas les permitía dejar sus puestos cuando era necesario, y aceptar almas de los devotos peregrinos que hacían el largo viaje para visitar el lugar sagrado.

En los últimos años de la Era Bendita, el Santuario había estado bajo el ataque de los engendros tenebrosos, y tras un largo asedio, los monjes habían muerto en sus solitarias celdas. Aunque había hecho lo mejor que pudo por investigar la historia, Valya no había sido capaz de encontrar un registro claro de lo que les mató, exactamente; no estaba segura de si alguien lo sabía.

Uno o más de los monjes podría haber sido mago —no era poco común que los supersticiosos e ignorantes buscaran tales vidas de piedad aislada, rezando por la protección del Hacedor, al ver las primeras manifestaciones de sus dones mágicos— y era posible que tal mago desentrenado hubiera podido llamar a un demonio accidentalmente. O podría haberlo hecho intencionadamente en un intento desesperado de librarse de los engendros tenebrosos. Las historias permanecían en silencio en cuanto al asunto.

Todo lo que era seguro era que los monjes habían muerto, todos y cada uno, y que habían tomado medidas terribles en sus últimos días de sed y hambruna. Tanto si habían sido llamados por los monjes o no, los demonios habían sido atraídos al horror de su paso, y sus huesos no descansaron en paz en ese lugar una vez sagrado.

Esa era la historia que Valya sabía. También sabía que Caronel había sido parte de un pequeño grupo de Guardas que había sido forzado a buscar refugio en la base del risco durante una tormenta inesperada. Siete habían salido, tres habían vuelto. Así es cómo habían descubierto en lo que se había convertido el Santuario de la Novia Roja.

—Creo, —dijo Valya—, que si nosotros fuéramos cuidadosamente, preparados para lo que nos espera en el lugar, la Tumba de la Novia Roja podría no ser insuperable.

—Tú no estuviste allí, —dijo Caronel. Se detuvo, frunciendo el ceño, e inclinó su cabeza a un lado—. ¿Qué quieres decir con “nosotros”?

—No planeo ir sola. Esperaba que fueras conmigo.

El Guarda Gris cerró los ojos. Se inclinó contra la pared e inhaló, moviendo su mandíbula en silencio a través de un nudo de tensión, antes de hablar de nuevo.

—Valya. ¿Por qué querría volver *nunca* a ese maldito lugar? No hay nada dentro salvo demonios y cuerpos… incluyendo los cuerpos de mis amigos.

—Háblame de ello.

Caronel se apartó del muro y recogió sus palos pesados de práctica del banco donde los había soltado. Devolvió las cañas envueltas a su estante en la pared, golpeando cada una en sus pinzas con más fuerza de la necesaria. El enfado y la culpa tensaban sus hombros, pero él le respondió.

—Se suponía que estábamos cazando engendros tenebrosos. Había rumores de actividad inusual en el área, incluso avistamientos de ogros. El Primer Guarda los consideró lo suficientemente significantes como para justificar el mandar una compañía de Guardas Grises, aunque es posible que simplemente quisiera que saliéramos de Weisshaupt porque estaba entreteniendo a algunos invitados políticamente sensibles.

—En cualquier caso, fuimos. Una tormenta de arena nos atrapó en las Colinas Errantes. Pensamos que podríamos tomar refugio en las cuevas de los monjes. Como ya sabes, eso fue un error.

—¿Qué encontrasteis exactamente?

—Los muertos inquietos, ¿qué más? Esqueletos colmilludos, cuerpos marchitados con garras con hojas por manos, colecciones claqueteantes de huesos envueltas en las túnicas monásticas. Había sombras entre ellos también, y fue debido a aquellos espectros que tantos de mis hermanos murieron. Nos envolvieron en un sueño encantado, y para cuando despertamos y fuimos a por nuestras armas, los demonios y sus marionetas ya estaban entre nosotros. Huimos, y aún perdimos a más de la mitad de nuestros números.

—Si fuéramos con los ojos abiertos, tendríamos una mejor oportunidad.

—Sí, sí. —Los ojos de bordes dorados de Caronel eran agudos. Tiró de una capa de piel de oveja rizada beis sobre su túnica y la aferró tensamente alrededor de su garganta, entonces fue a cerrar las contraventanas que dejaban que el aire y el frío sol del invierno entraran a la sala de entrenamiento—. ¿Por qué estás tan predispuesta a ir a ese lugar? No hay nada *allí*, Valya. Sólo huesos y misterio antiguo y los demonios que los han clamado a ambos. Cuatro más ahora que antes. Sean cuales sean tus motivos, no merece la pena el viaje.

—Yo creo que sí, —dijo la joven elfa—. Creo que hay algo en la Tumba de la Novia Roja que podría cambiar el curso de la historia en Thedas.

—Oh, bueno, en ese caso déjame soltarlo todo, y correremos ahí fuera hoy. ¿Supongo que no planeas decirme lo que es?

Valya sacudió la cabeza infeliz. De todos los Guardas Grises de Weisshaupt, Caronel era el único con el que podía contar auténticamente como amigo. Los otros Guardas se mantenían apartados de los reclutas, o porque eran reluctantes a hacerse amigos de gente que podría morir o nunca pasara por la Unión o porque simplemente estaban demasiado absortos en sus propios asuntos como para hacer tiempo. Nunca habían sido maleducados con ella, no exactamente… pero una hermandad existía entre los Guardas que excluía a

los externos por completo, y mientras que Valya había llegado a entender algo de ese vínculo leyendo el diario de Isseya, aún no le abrazaba.

Eran amigos, sí, pero su mayor lealtad podría aún ser hacia la orden. Lo habría sido para Valya, si estuviera en su lugar. Y no quería arriesgarse a que los Guardas Grises la dejaran atrás para descubrir el secreto de Isseya por su cuenta.

—Te lo contaré después de que nos marchemos, —prometió Valya. Su voz sonaba diminuta, pero no flaqueó—. Simplemente no puedo decírtelo mientras estemos en Weisshaupt. Pero cuando nos vayamos, tienes mi palabra, te lo diré todo, y si no crees que sea motivo suficiente como para arriesgarnos a ir a la Tumba de la Novia Roja, volveremos. No me quejaré. Lo prometo.

—Entonces es un secreto que estás protegiendo de los Guardas Grises, no de mí, —dijo Caronel. Él apretó la última de las contraventanas y, finalmente, se volvió hacia ella. Su tono se había suavizado; una sombra de dolor recordado acechaba en sus profundidades, pero casi podía creer que era él de nuevo. Casi.

—No exactamente, —dijo Valya—. Simplemente preferiría saber si estoy en lo cierto acerca de esto antes de decírselo.

—¿Por qué podría ser eso, me pregunto?

—Llévame a la Tumba de la Novia Roja, —dijo ella—, y lo averiguarás.

21
5:24 EXALTADA

Fue después de Refugio Celeste que el pelo de Isseya empezó a caerse.

Las batallas por las Marcas Libres pasaron en un borrón para ella. Los aliados y los nuevos reclutas iban y venían más rápido de lo que podía marcar sus nombres en su memoria. Algunos eran llevados por la fiebre, algunos sucumbían a la locura de la ponzoña de los engendros tenebrosos, muchos caían ante las espadas y las flechas. Unos pocos —muy, muy pocos— sobrevivían lo suficiente como para escuchar y responder a la Llamada. Los Guardas Grises y sus camaradas en armas reclamaron las Marcas Libres, ciudad por ciudad, ciudad por aldea, pero cada milla que tomaban se compraba con sangre.

Amadis decía que estaban ganando, y Garahel decía lo mismo. Otros decían lo contrario: que pese a todo el territorio que habían reclamado en las Marcas, estaban perdiendo terreno en Orlais y los Anderfels, y quizás en el Imperio de Tevinter también.

Isseya no sabía a quién creer, y la mayoría de días no le importaba. La elfa se había olvidado hacía tiempo de qué aspecto debería tener una victoria.

Marcharon por lechos de ríos vacíos y bosques muertos y llanuras de tierra levantada con rastrojos de los tensos rastros de hierba. El polvo granizaba por la tierra enferma en una neblina lúgubre perpetua, mientras que por encima las nubes magulladas e hinchadas prometían una lluvia que nunca caía.

Los aliados llegaban a ellos. Algunos eran refugiados, deseando luchar a cambio de comida y un lugar semi-seguro en el que dormir. Otros eran soldados, mandados por príncipes agradecidos o capitanes ambiciosos o naciones menos afectadas que ofrecían sus fuerzas para mantener a la Ruina alejada de sus propias fronteras.

Muchos más, sin embargo, eran forajidos.

Garahel tenía un talento para atraer el apoyo de los distritos más improbables. Reunió a los enanos sin casta y exiliados bajo el estandarte de una montaña partida; se llamaban a sí mismos los Bastardos de la Piedra y luchaban por la oportunidad de que sus huesos se devolvieran a Orzammar y se restauraran a la Piedra tras sus muertes. Ganó la alianza de elfos rebeldes que habían asesinado a sus propietarios y habían huido del Imperio de Tevinter *hacia* la Ruina, reclamando el nombre de los Sin Amo y ofreciendo luchar por quien fuera que les diera armas. Y tomó al Círculo Roto, un grupo de magos apóstatas que se habían congregado hacia el lado de los Guardas Grises para escapar de las cazas de los templarios.

Sus alianzas no eran para ninguna nación humana, ni siquiera para la esperanza de destruir a la Ruina, sino para Garahel personalmente. Una y otra vez Isseya estaba al margen y, con un asombro silencioso, observaba a su hermano hacer su magia.

Él los inspiraba. Era así de simple, y así de complejo. Él era un elfo, el hijo abandonado de padres sin nombre en una elfería pobre y sucia. Y él era el héroe que había salvado Hossberg, ayudado a la gente de Kirkwall y Cumberland a encontrar la

seguridad en la Retirada, y había traído un ejército combinado de aliados improbables para rechazar a los engendros tenebrosos de Refugio Celeste.

Algunas de esas cosas, pensó Isseya, habían sido de ella. Originalmente. Pero se las había dado alegremente a su hermano, porque Garahel podía hacer más con la gloria que ella. Especialmente ahora, con la lenta muerte de la corrupción de los engendros tenebrosos transformándola en un monstruo.

Necesitaban aliados. Tenían demasiados enemigos como para no tenerlos.

Cada día, al parecer, traía otra batalla. Luchaban contra hurlocks, genlocks, ogros. Bandas de hombres desesperados, famélicos, que se habían vuelto al vandalismo y al canibalismo para prolongar su propia supervivencia en una tierra moribunda. Bereskarns y arañas corruptas y el ocasional necrófago desgraciado. Todos ellos mezclados en la memoria de Isseya, y todos ellos añadidos a la alfombra de huesos que seguía al paso del ejército por las Marcas Libres.

No era sólo la monotonía de la brutalidad la que hacía que Isseya se olvidara de las caras de sus enemigos. La ponzoña nublaba sus pensamientos un poco más cada mañana. Su diario, una vez una crónica detallada de los pensamientos de cada día, pasaba olvidado durante semanas, a veces meses. Estaba perdiendo la cabeza.

Ella no era la única, por supuesto. Se había vuelto más difícil distinguir la realidad de la Ruina de los horrores de sus sueños. A veces no estaba segura de a través de cuál caminaba, o con quién estaba luchando. La elfa había aprendido a reconocer la confusión que a veces pasaba por las caras de otros Guardas sénior. Ellos, también, escuchaban la canción del Archidemonio haciendo eco a través de sus cabezas, una pequeñez más fuerte cada noche. Ellos, también, luchaban para bloquearla y ocultar las señales de sus camaradas, porque, mientras que cada uno de ellos tendría que responder a la Llamada algún día, la guerra contra la Ruina era demasiado urgente como para que ese día llegara pronto.

Revas era su pilar para la cordura. El grifo negro estaba envejeciendo, y el peso de las heridas y el esfuerzo se mostraban en ella. Bajo circunstancias normales, habría sido retirada hacía uno o dos años. Pero una Ruina significaba que no había respiro para nadie, Guarda o grifo, y de todos modos, Isseya la necesitaba. Sin el grifo, estaría perdida.

Eso es por lo que Revas no había sido transformada, pese a su edad. La mayoría de los otros en su condición lo habían sido.

Al principio Isseya había usado el ritual de la Unión sólo con el diminuto puñado de grifos de la Fortaleza Haine. Pero otros habían visto sus grifos alterados cuando vinieron a evacuar Cumberland y Kirkwall y todas las otras ciudades Marqueñas en lucha, y habían sido testigos de la fuerza y la furia que las bestias hechizadas poseían.

Después de eso, las demandas habían sido limitadas, pero constantes e implacables. Mientras que todos los Guardas Grises reconocían que un grifo en su mejor estado de lucha era mejor que una de las bestias Unidas, la larga prueba de la Ruina les había dejado con muchos grifos en pobres condiciones. Un número significante de sus monturas era más viejo, malnutrido, herido, o estaba rompiéndose por el esfuerzo del

duro trabajo durante años. De aquellos grifos, la velocidad mejorada y el poder concedido por la magia de sangre superaba la pérdida de su inteligencia y voluntad, o la molestia horripilante de la espuma roja que empezaban a toser pocas horas tras la transformación.

Y así las órdenes llegaron de varios Comandantes de Campo, y a veces incluso del Primer Guarda en persona, para que un grifo u otro pasara por la Unión de forma que pudiera permanecer en la batalla. Y por cada grifo que unían, otros tres o cuatro tenían que ser alterados para que toleraran la presencia del compañero emponzoñado, o sino los grifos se destrozarían los unos a los otros.

Cada vez, si no había ninguna queja del jinete del grifo, Isseya obedecía sus órdenes y hacía la Unión, porque no había ninguna elección. Al principio había objetado, pero las objeciones siempre habían sido anuladas, hasta que finalmente abandonó. No tenía la fuerza para protestar por siempre, no cuando era tan transparentemente inútil. La desesperación hacía que su propia ponzoña acelerara más rápido, y quizás la corrupción de la magia de sangre lo hacía también; cuando ella y Garahel lucharon juntos en Refugio Celeste, parecía que hubiera estado sirviendo de Guarda durante veinte años más que su hermano.

Pero se había olvidado de cómo preocuparse, o por qué. Atrapada en la interminable Ruina, luchando día tras día sin final a la vista, no podía ver ningún motivo por el que eso importara. ¿Qué diferencia hacía si los grifos mantenían sus propias mentes o eran emponzoñados? ¿Qué importaba si la magia de sangre tenía que apilarse sobre la magia de sangre, y la posesión era necesaria para controlar su ira salvaje? Todos los Guardas habían aceptado sacrificios similares. Todos ellos estaban condenados.

A veces los Guardas sí protestaban contra las transformaciones de los grifos, y entonces Isseya casi rozaría un atisbo de por qué se había rebelado al principio… pero siempre lo perdía, ahogado en la ciénaga de confusión que la corrosión de los engendros tenebrosos envolvía alrededor de sus pensamientos.

Lo que recordaba —lo que se decía a sí misma, repitiéndolo cada noche como una oración— era que este era el precio por acabar con la Ruina. Rechazando a los engendros tenebrosos por las Marcas Libres. Silenciando la canción del Archidemonio. A un coste tremendo, sí, pero aún así… era una promesa. De que si pagaba, la pesadilla terminaría. Algún día.

Ella se aferraba a esa esperanza mientras su pelo se caía en mechones ajados y las manchas moradas negruzcas de la corrupción se extendían a través de su carne como magulladuras fluyendo a través de su sangre.

Era suficiente, hasta que no lo fue.

—Tenemos una oportunidad de acabar con esto, —dijo Garahel una noche en su tienda. Él y Amadis habían reunido un puñado de líderes militares y Guardas experimentados para una conferencia privada. Su escudero correteaba a su alrededor, encendiendo braseros llenos de madera de aroma dulce. Isseya pensaba que el humo perfumado era una frivolidad, pero Amadis insistió en sus pequeños lujos. Decía que eran

necesarios como recordatorios de la belleza en un mundo en ruinas, y era tanto su tienda como la de Garahel.

—Una oportunidad, —enfatizó Amadis, reclinándose en una silla plegable tachonada de pieles de oveja negra acolchada. El pelo de la capitán mercenaria había crecido hasta una caída de seda color ébano que casi le llegaba hasta la cintura, y se sacudía sobre las pieles rizadas mientras se inclinaba hacia el lateral para recoger un vaso de vino especiado de una bandeja que el escudero había sacado—. Si actuamos decididamente. —Hemos llevado a los engendros tenebrosos al borde de la destrucción, y ellos lo saben. Esta es nuestra oportunidad de sellar una victoria final.

—¿Qué propones? —preguntó Isseya. Los otros le dieron extrañas miradas, como a menudo lo hacía cuando hablaba en los días recientes. Llevaba una voluminosa túnica gris con la capucha bajada para ocultar las marcas de corrosión sobre ella, pero no podía ocultar su voz. Sonaba embarrada y perdida, las palabras distorsionadas por el gorgoteo. Sabía que era perturbador, y como resultado rara vez hablaba, aunque eso sólo hacía que las reacciones fueran más abruptas cuando lo hacía. Dos de los capitanes mercenarios más nuevos y un gentilhombre Orlesiano hicieron gestos supersticiosos cuando pensaban que no estaba mirando.

Garahel, sin embargo, permaneció perfectamente imperturbable.

—Un golpe a Antiva, —respondió él—. Estamos lo suficientemente cerca como para amenazarla ahora. Desafiaremos al Archidemonio en el corazón de su propio territorio.

—¿Crees que esta bestia responderá si le lanzas un guante? —se mofó el gentilhombre Orlesiano. Parecía mucho más grandioso que los Guardas Grises en sus armaduras de placas maltrechas y arañadas, y llevaba un aire de importancia a juego. Su coraza era una maravilla de oro intricado sobre acero brillante. Rosas perfiladas en plata, pulidas hasta que cada pétalo brillaba como un espejo, coronaban sus hombreras—. ¿Imaginas que tiene un honor que pueda ser ofendido?

Isseya conocía su nombre, pero luchó por que le viniera a la mente. Mon… Mond… Montfort, eso era. Había estado en la Fortaleza Haine; había llegado no mucho antes de que ella se marchara. Un hombre valiente, recordaba a duras penas. No un imbécil, pese a todos sus esfuerzos por parecerlo.

—Lo creo, en realidad, —dijo Garahel—. Orgullo, no honor, pero servirá igual de bien para nuestros propósitos. El Archidemonio responderá si traemos la lucha a su puerta.

—¿Por qué no lo haría? —Estuvo de acuerdo Amadis—. Ha sido rechazado demasiado como para tolerarlo. No, saboreará la oportunidad de aplastarnos ante sus tropas congregadas. —Ella dio unos golpecitos a los ornamentos en su brazalete. Los colmillos del ogro número cien que había matado, colgaban de una cuerda de cuero trenzado. Los dientes sonaron contra el borde de su copa. *Tic, tic, tic*, decían, marcando los segundos como temblores a través del líquido rojo sangre en su copa.

—Si podemos alcanzarlo, lo cual es donde todos vosotros entráis en juego, —dijo Garahel—. Los jinetes de grifos tendrán que liderar el golpe. Nadie más puede entrar lo

suficientemente profundo en Antiva como para sacar al Archidemonio. Pero necesitaremos apoyo.

—Yo iré, —dijo Montfort de inmediato, dando un paso al frente para barrer con una reverencia cortés—. Permíteme el honor de liderar la caballería en apoyo. —Su armadura brillaba brillantemente a la luz de la lámpara de la tienda. Un par de Guardas Grises intercambiaron miradas entretenidas tras su espalda.

Garahel, sin embargo, recibió su oferta con una dignidad solemne.

—Gracias. Se tomará nota de tu coraje.

—Tendrás a los Dracos Rubí también, por supuesto, —dijo Amadis. Después de eso, las otras compañías mercenarias competían por ser las siguientes, cada una exaltando su valentía y habilidades por encima de las otras. Garahel escuchó imperturbable a su jactancia y luego escogió a los que quería. Magos, arqueros, y a los Bastardos de la Piedra para construir un muro de acero a su alrededor. Casi todos eran elegidos de sus compañías de forajidos.

Aquellos que necesitan ser héroes, pensó Isseya, *y aquellos que no tienen nada a lo que volver en tiempos de paz.*

No estuvo sorprendida, entonces, cuando despachó a la mayoría de los Guardas Grises junto con los mercenarios al final de sus selecciones. Una vez más, aquellos que pedía que se quedaran eran aquellos a los que les quedaba muy poco fuera de la Ruina. Varios, como Isseya, estaban en las profundidades de la ponzoña de los engendros tenebrosos, y en tiempos más calmados ya podrían haber partido hacia sus Llamadas.

—No esperas que sobrevivamos, —dijo uno de aquellos Guardas cuando los otros estaban fuera de la tienda. Era un hombre sombrío, endurecido, de los Arderfels, con su cara bronceada por el sol y perfilada de arrugas. Las cicatrices rituales marcaban sus mejillas en líneas verticales blancas. Isseya pensaba que su nombre era Lehor, aunque no estaba segura.

Unos sacos morados ensombrecían la parte inferior de los ojos del Anderinos, pero todos los Guardas Grises sabían que no era el cansancio lo que había hecho esas marcas. Podrían no mencionárselo a sus aliados, que no necesitaban saber tales cosas, pero los Guardas Grises reconocían el comienzo de su Llamada. Había ido casi demasiado lejos como para tomar el control.

—Nunca esperé que *ninguno* de nosotros sobreviviera, —dijo Garahel con una ligereza artificial—, pero es cierto que las probabilidades serán bastante peores de lo habitual esta vez. Si eso te perturba, eres libre de hacerte a un lado.

—No lo haré, —dijo el hombre Anderino desdeñosamente—. No me intimida ninguna batalla.

—Bien, entonces está hecho. —El elfo caminó por la tienda y trazó una línea con su dedo por el mapa de batalla extendido en su escritorio plegable. Corría desde la localización de su campamento directamente al castillo dibujado que representaba la Ciudad de Antiva—. Esta es la ruta que tomaremos. Directamente sobre el grueso de su ejército, porque queremos que nos vean venir. Amadis liderará nuestras fuerzas de tierra

al Puesto de Arvaud; la colina debería darnos cierta ventaja sobre los engendros tenebrosos. Esperarán allí mientras nosotros tratamos de llevar al Archidemonio al alcance de las flechas.

—Es un vuelo largo, —dijo Lehor, cruzando para mirar por encima del hombro de Garahel—. Quizás demasiado largo como para volar a máxima velocidad.

—Es por eso por lo que sólo vamos a llevarnos a los grifos más fuertes, —respondió Garahel. Él miró a la esquina sombría donde Isseya se había retirado—. Los que no se cansan.

Lehor frunció el ceño, y algunos de los otros Guardas Grises intercambiaron murmullos inquietos—. ¿Quieres que montemos las bestias Unidas?

—A no ser que tu grifo sea lo suficientemente fuerte y ágil como para la tarea, sí.

—Están locos, —dijo directo Lehor, poniendo su mano extendida sobre el escritorio—. No pueden ser controlados. La ira es demasiada en ellos. Cerca de los engendros tenebrosos, pierden la cabeza. Saltan para atacar y no se les puede impedir. Montar tales bestias en la batalla contra el Archidemonio… es invitar a la muerte. Sólo resultará en desastre.

—Si pensara eso, no los usaría, —dijo Garahel—. Pero confío en mi hermana, y creo que nuestras probabilidades son mejores de esta forma. Puede que no seamos capaces de atraer al Archidemonio hacia nuestros aliados. Si no viene con nosotros, necesitaremos ser capaces de derrotarlo en el aire. Eso significa llevar grifos que puedan luchar bajo cualquier circunstancia y pese a cualquier herida, y que lo hagan.

Se volvieron para mirar a Isseya. Bajo su capucha, ella se encogió por sus miradas. Leía duda, y desconfianza, en las caras de los Guardas, y no había nada de la esperanza que brillaba en ellas cuando miraban a Garahel. *Soy un monstruo para ellos*.

No los culpaba. No quedaba mucho en ella de la elfa que había sido una vez.

Pero hay suficiente, pensó ella, *para que ellos lo consigan*. Para hacer su parte en hacer caer al Archidemonio. Una batalla más, y podría despedirse de esta marcha sin fin de lamentos y sacrificio. Una más, y podría dejar la carga aplastante del heroísmo a otros.

—Serán controlados, —dijo ella.

* * *

La noche había caído sobre su campamento mientras Garahel extendía sus planos.

Para cuando terminó, el sol hacía tiempo que se había ido, y Isseya caminó de vuelta a su propia tienda bajo el manto de la oscuridad. A su alrededor, las hogueras brillaban rubicundas en la penumbra negro-azulada, islas de luces y calor en un mar de soledad. Los ruidos de los caballos inquietos y los soldados roncando y los suspiros ocasionales y los gemidos de la gente consolándose con otros flotaban pasándola, tan familiares como las canciones nocturnas de los grillos lo habían sido en otra vida.

Su propia tienda era silenciosa. A Revas no le gustaba dormir en medio de multitudes y siempre buscaba sus propios corrales lejos de sus campamentos, y no había nadie más a

quien Isseya hubiera invitado a quedarse con ella. Especialmente con la corrosión reptando a través de su sangre, era más seguro y más cómodo yacer sola.

Esta noche, sin embargo, se encontraba inquieta. Casi sin darse cuenta, caminó pasando su tienda, moviéndose sin rumbo fijo a través del bosque de lona y picas y el flujo de las hogueras hasta que llegó a una visión familiar: la tienda de Calien, parcheada a partir de retales de verde y dorado porque había dicho que los colores ayudaban a mantener la Ruina fuera de sus sueños. La tela se había desgastado con los años, y la noche filtraba gran parte de su brillo restante, pero sin embargo destacaba entre las otras cúpulas apagadas.

Isseya se detuvo. *Si no hay luz,* se dijo a sí misma, *simplemente entraré.*

Pero había. El brillo dorado de la luz del fuego revelaba la solapa de la tienda, suave pero distinguidamente visible.

Quitándose la capucha, Isseya se aproximó y golpeó la puerta. Sus nudillos hicieron escaso ruido mientras tocaban la tela, pero Calien respondió:

—Entra.

—No pretendía molestarte, —dijo Isseya, bajando su cabeza para entrar.

—No lo haces, —dijo Calien. Estaba arrugado y sin afeitar, y unos círculos oscuros rodeaban sus ojos, pero logró dar una sonrisa cansada y lanzó una almohada de piel de caballo a Isseya. La elfa la colocó en el suelo y se sentó extrañamente junto a la única lámpara de aceite que iluminaba los confines estrechos de la tienda.

Un libro abierto descansaba cerca de la rodilla del mago. Isseya hizo un gesto hacia él.

—¿Leyendo hasta tarde?

—No podía dormir. Pensarías que ahora mismo habría aprendido la importancia de descansar antes de la batalla… pero de algún modo el pensar en salir volando para desafiar a un Archidemonio hace difícil que pueda cerrar los ojos. —Calien se encogió de hombros menospreciándose a sí mismo—. Pensé que un poco de lectura pía podría calmarme los nervios. O aburrirme hasta quedarme dormido, en cualquier caso.

—¿Es un libro sagrado? Eso no parece típico de ti. Pensé que estuvimos de acuerdo hace años en que tú habías pasado hacía tiempo el punto de las plegarias.

—Lo hicimos. Pero no todo el mundo lo sabe.

—Oh, ¿es un regalo? —Isseya miró al libro con renovada curiosidad—. ¿Quién te daría *a ti* un libro de plegarias? No debe conocerte muy bien.

—No, no realmente. —Calien cerró el libro y lo metió tras su saco de dormir, fuera de la vista.

Isseya captó una nota de dolor subyacente en su voz. Alzó una mano en disculpas.

—No pretendía…

—Lo sé. En realidad, no importa. No me he ofendido. Y tienes razón, no me conoce muy bien.

—¿Quién te dio el libro? —preguntó Isseya.

—La madre de una de mis víctimas, —respondió. Al ver su sorpresa, Calien sonrió secamente y se inclinó en el bulto de mantas apiladas de su arcón de viaje—. Ella no lo sabe. Ella ni siquiera sabe que él fue asesinado; cree que resultó que le golpeó una teja arrancada por el viento que cayó de un tejado dañado, y que yo simplemente era un extraño compasivo que se propuso ayudarla a través de una época de lamento.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque usaba el mismo perfume que mi madre. —Calien cogió el pequeño libro de nuevo y miró a su cubierta. El título estaba inscrito en dorado, y brillaba a la luz de la lámpara; Isseya captó el resplandor de su plata bañada por el fuego, aunque no podía ver las palabras—. No recuerdo casi nada de ella. Ni su cara, ni su nombre. Se marchó cuando era muy joven. Todo lo que queda conmigo es el aroma que llevaba… y ni siquiera sé lo que es. Algo dulce, como flores de limón, pero no es exactamente eso.

—Durante años me pregunté si tan sólo lo había imaginado, pero entonces lo capté de nuevo cuando estaba acechando al objetivo. No le habría dado importancia a su madre de otro modo. Era una noble Orlesiana, señora de un poderoso hombre y madre de su hijo, mientras que mi madre no era destacada, ciertamente ni poderosa ni rica. Pero llevaban el mismo perfume, de algún modo, y la noble era de la edad correcta, y algo en todo aquello me volvió desesperadamente estúpido.

—Terminé el trabajo, por supuesto. Los Cuervos de Antiva no fracasan en completar sus contratos, incluso cuando el objetivo es un crío cuyo único crimen es complicar los asuntos de sucesión. Pero cuando se acabó, permanecí en la ciudad más de lo que tenía que hacerlo, y organicé ofrecer a la madre plañidera cierto consuelo a través de sus lágrimas. Después empezamos una correspondencia. Durante los años nos volvimos cercanos. Ella nunca sabrá la verdad, por supuesto. Sólo sabe que he estado luchando con los Guardas desde que Antiva cayó.

—¿Y por eso te dio un libro de plegarias?

Calien inclinó la cabeza.

—Lo mandó desde Orlais. Uno de los Guardas Grises lo trajo hace un par de días. Su esperanza era que el Hacedor escuchara sus plegarias, cuidara de mí, y me guiara a salvo a través de la Ruina.

Isseya quería mofarse del sentimiento, pero algo en la expresión del mago la retuvo. Sí, había algo empalagoso sobre el concepto de que el Hacedor le protegiera a alguno de ellos contra el peligro que se avecinaba, y algo horroroso acerca de un asesino ofreciendo consuelo a una madre afligida tras asesinar a su hijo… pero había algo terriblemente *humano* en aquello también.

No podía envidiar a Calien por luchar por encontrar una conexión al fantasma sin rostro de su madre, ni podía culpar a la mujer de Orlais por encontrar un falso hijo para mitigar su pérdida. Ninguno realmente tenía lo que quería, pero habían aceptado un tipo diferente de amor en su lugar… y si era imperfecto, aún era más del que ella tenía.

—¿Está aún viva, entonces? —dijo la elfa.

—Sí. La Ruina no la amenaza aún, o en cualquier caso, no la amenaza más que empujar una marabunta de bandidos y refugiados sin blanca a la ciudad. —Calien exhaló un suspiro largo sin sonido—. Si el Hacedor quiere, nunca lo hará.

—No lo hará, —dijo Isseya. Ella empujó la almohada marrón rasposa al lado mientras se retiraba hacia la puerta—. Gracias.

—¿Por qué?

—Por recordarme por qué el mañana importa, —dijo la elfa, y se deslizó de vuelta a la noche.

22
5:24 Exaltada

Los Guardas Grises se reunieron al amanecer. Eran una visión gloriosa, incluso para los ojos cansados de Isseya: una procesión en arroyo de cincuenta jinetes de grifos en armaduras de placas bruñidas y en capas azules, sus lanzas aéreas terminadas en los penachos ondeantes de seda blanca como la nieve. La luz del amanecer se reflejaba en sus placas pectorales y hombreras, desafiantemente brillantes en su brillo rosado, pese al intento de las nubes de tormenta de atenuarlo. Los grifos, percibiendo la excitación de sus jinetes, brincaban y resoplaban en sus arneses. Incluso las bestias que habían pasado por la Unión parecían más ansiosas y menos enfadadas de lo habitual. Sus toses se habían sosegado en siseos de anticipación; no pocos de ellos se lamían la sangre de sus propios picos como si imaginaran que fuera la de sus enemigos.

Garahel cabalgaba en cabeza, resplandeciente en una rica capa azul y llevando un escudo redondo con el grifo heráldico de los Guardas Grises grabado en platino brillante. Iba con una armadura más ligera que la mayoría de los otros Guardas, evitando su armadura de placas pesada por un casco simple, avambrazos y placa pectoral sobre cuero endurecido. Crookytail ondeaba su cola peluda, de punta blanca, hacia los soldados reunidos, tan vivaz como si estuvieran trotando hacia un desfile. El grifo de aspecto extraño había resistido las interminables batallas de la Ruina sin ninguna disminución aparente de su espíritu; La punta ondeante de su oreja izquierda doblada saltaba con cada paso alto que daba hacia la batalla.

Isseya permaneció en la retaguardia. Su capucha estaba bien baja, y había envuelto bufandas firmemente alrededor de su parcheado cuero cabelludo y su pálida cara. El viento de su vuelo podría hacer volar su capucha, pero nadie vería las marcas de la ponzoña en ella.

Revas estaba irritable bajo su silla de montar, erizándose y agachando sus orejas hacia cualquiera que se acercara demasiado. Muchos de los grifos parecían igualmente agitados, e Isseya se preguntaba cuánta de la tensión de sus jinetes estaba siendo comunicada a través de las riendas hacia sus monturas. Pese a todo el estoicismo en las caras de los Guardas Grises, sabía que muchos de ellos tenían que estar sintiendo algún miedo.

Los grifos emponzoñados, sin embargo, no lo sentían. En su pensamiento sólo estaba la ira bullente y el deseo ardiente de ventilar esa ira sobre sus enemigos. Isseya los contenía con un agarre de hierro de posesión para evitar que actuaran con esa rabia. Ella controlaba a ocho de ellos y Calien contenía a cuatro más. Otros dos magos de sangre poseían a otra media docena de grifos entre ellos. Ella no les había contado los detalles de la Unión —eso era un pecado que Isseya no tenía intención de forzar a otros a compartirlo— pero había alistado su ayuda para controlar a las criaturas emponzoñadas.

Juntos con el resto de los Guardas Grises, tomaron el cielo de nubes moradas.

Volaron alto sobre el suelo marcado por la Ruina, dejando que la tormenta velara la tierra enferma de su vista. Los engendros tenebrosos habían sido rechazados hacia Antiva, casi hasta la costa donde yacía la ciudad caída, y durante una hora o más, Isseya no vio otra cosa salvo las marcas desalentadoras de su paso. Los cascarones de las granjas incendiadas y los muros en ruinas revoloteaban por debajo, lápidas de ciudades sin nombre. Los ríos entrecruzaban la tierra muerta, algunos lentos y reducidos y grises entre amplios bancos, otros lanzados a una furia blanca sobre un tumulto de piedras irregulares.

Entonces, abruptamente, los engendros tenebrosos estaban allí, reptando sobre el cadáver de Ayesleigh como gusanos negros con pinchos. Desde esta altura, Isseya no podía verlos claramente, excepto por los cuernos balanceándose de los ogros que se movían con pesadez sobre los otros. Incluso ellos sólo eran formas más grandes, indistintos entre la masa sin rostros.

Eso era suficiente para su objetivo, aún así. En cabeza de la bandada de grifos, el brazo de Garahel se alzó, sosteniendo una cinta de seda de un carmesí vívido al viento. Al ver su señal, los jinetes bajaron, dividiéndose en dos filas mientras se lanzaban hacia los engendros tenebrosos.

Justo por encima del alcance del arco, la bandada bajó, y los pasajeros de cada grifo empezaron a vaciar los saquitos que Garahel les había distribuido antes de que abandonaran el campamento. Docenas de pesadas esferas alargadas de arcilla cayeron a través del aire, cayendo sobre los engendros tenebrosos como una grumosa granizada gris. Al golpear las empedradas calles de la ciudad, explotaron, estallando en una variedad de nubes tóxicas, nieblas cáusticas y géiseres de tierra rota levantada por los quemacielos enanos. Las tiendas y casas vacías colapsaron en un trueno de rayos chisporroteantes y azulejos cayendo.

Impresionante como lo fue el fusilamiento, no era un ataque que los Guardas Grises pudieran sostener por mucho tiempo. Garahel había mencionado el precio de su artillería cuando había discutido su estrategia con Isseya… sólo una vez, y de pasada, pero el número se le había quedado. Podrían haber estado haciendo llover rubíes envueltos en oro sobre los engendros tenebrosos por el precio de aquellas bombas.

Los rubíes no habrían sido tan devastadores, aún así. Los gritos enfadados, agonizantes, de los engendros tenebrosos siguieron a los Guardas Grises mientras hacían girar a los grifos de vuelta hacia arriba a través de las nubes. Y pese a su inteligencia infernal, el Archidemonio que los controlaba no tenía entendimiento de las políticas o el comercio de Thedas. Ni el dracónico engendro tenebroso ni sus esbirros tenían ninguna forma de saber que los Guardas no podían permitirse repetir la oleada diez o veinte o mil veces. Y carecían de ninguna forma de enfrentarse a los grifos en el aire… excepto por mandar al Archidemonio.

La artimaña de Garahel era lo que ellos harían. Por lo que sabían los engendros tenebrosos, era su única esperanza de detener la oleada de los Guardas Grises.

La bandera roja se alzó de nuevo, y los Guardas se hundieron para una segunda pasada, esquivando a través del humo y la mugre levantados por su primer barrido. De

nuevo la tierra estalló en llamas envenenadas tras ellos, y de nuevo los aullidos de los engendros tenebrosos muriendo llenaron el aire. Unos vapores nauseabundos verdes salían de las ventanas de las pocas casas que no habían caído hechas escombros.

Pero esta vez el timbre de aquellos gritos cambó al paso de los Guardas, cambiando del terror al triunfo, e Isseya supo incluso antes de volverse en su silla de montar que el Archidemonio había venido a responder a su desafío.

Se alzó a través del infierno sobre Ayesleigh como una pesadilla hecha carne. La neblina miásmica de sus bombas rebotaba en sus escamas negras irregulares, fluyendo a través de las fisuras en su armadura y arrastrando como una capa venenosa.

Tres veces había visto Isseya al Archidemonio tras la caída de la Ciudad de Antiva, y cada vez le parecía que la criatura se había vuelto más grande y más terrible. Quizás algo en el curso de la Ruina le daba fuerzas, o quizás era un engaño de su imaginación afectada por la ponzoña… pero la visión del Archidemonio, terrorífica incluso al principio, ahora mandaba una onda de parálisis helada a través de su alma.

Muchos de los otros Guardas Grises estaban afectados de una forma similar. Despojados de la guía de sus jinetes, y momentáneamente libres del control de los aturdidos magos, sus grifos se resistían y se agitaban en confusión, deteniéndose durante unos preciosos segundos en lugar de huir de vuelta hacia su emboscada como habían planeado. Sólo un par, liderados por el tocayo de Crookytail de cola de plumas blancas, rompieron hacia donde sus aliados escondidos esperaban. Los otros permanecieron en confusión, sólo un segundo, pero un segundo fue demasiado.

Más rápido de lo que Isseya habría creído posible, el Archidemonio estaba sobre ellos. Golpeó a Revas a un lado con una bofetada de viento de sus alas y barrió pasándola, fijo en un grupo de Guardas densamente agrupados que había delante. El grifo negro luchó para recuperar su equilibrio, gritando enfadado.

Pasándoles, la enorme mandíbula huesuda del Archidemonio se abrió, ennegreciendo los cuernos corruptos del dragón y el borde de huesos rotos alrededor de su barbilla con el brillo infernal que llenaba su garganta. Entonces el tambaleo de Revas rompió la visibilidad de Isseya. Cuando volvieron arriba un instante más tarde, no había nada que ver salvo fuego violeta arremolinándose alrededor de un núcleo de un negro muerto absoluto, insonoro y rugiente al mismo tiempo.

La llama del Archidemonio cortó a través de la bandada desorganizada de Guardas Grises. Los grifos y los jinetes se alzaron como hojas secas lanzadas a una hoguera; Isseya vio su piel erizarse y sus bocas abrirse en agujeros negros abiertos, y entonces se fueron, en espiral a través de las nubes hinchadas hacia la masa de engendros tenebrosos que les esperaba.

Una de las magas se transformó mientras caía. Un fuego líquido estalló de su piel y fundió sus rasgos en aquellos de una abominación mientras perdía —o rendía— el control de su conexión al Velo. Isseya sólo tuvo el tiempo suficiente como para ver el horror, y entonces la ira inhumana, que retorció la cara de la maga antes de que la mujer

se tambaleara a través de la tormenta y fuera de la vista. Los restos ardientes de su túnica se sacudían a su paso, imposiblemente lentos.

Y entonces los grifos estaban volviendo a subir a través de aquellas nubes desgarradas, de bordes cenicientos, pareciendo incluso más horribles que la abominación que acababa de pasar cayendo.

No todos ellos volvieron. Ni siquiera la mayoría de ellos. Sólo los dos grifos Unidos que habían sido poseídos por la maga caída, y que ahora eran libres para perseguir su venganza desatada. Isseya contuvo la respiración, encogiendo los ojos a través del viento para observarlos.

Sus sillas de montar estaban torcidas, los anclajes plateados de sus arneses deslustrados a bultos de color carbón por el aliento corrosivo del Archidemonio. Ninguno llevaba a su jinete. Sus plumas estaban fundidas y moteadas con sangre negra alquitranada —la suya propia, retorcida más allá del reconocimiento— e Isseya escuchó el viento trinando a través de los agujeros en sus alas desgarradas. La cara de uno había sido reventada, dejando la mitad de su cráneo como una ruina destrozada de huesos expuestos y sangre ennegrecida; Isseya no pudo echar un buen vistazo a través de las nubes, pero vio lo suficiente como para saber que no quería.

Pero los grifos estaban vivos, imposiblemente. Estaban volando, imposiblemente. E, imposiblemente, atacaban.

El Archidemonio no los estaba mirando. El dragón corrupto había vuelto sus ojos ardientes hacia Garahel y a los restantes jinetes, que habían recuperado cierta similitud de organización y se estaban retirando hacia la emboscada que habían trazado.

Los grifos airados golpearon su tripa expuesta como un par de virotes de ballesta. El Archidemonio se lanzó hacia un lado, casi sin aire por la fuerza de su golpe. La sangre y las escamas negras llovieron de sus heridas, siseando mientras desgarraban agujeros a través de las nubes.

Uno de los grifos se había roto el cuello con el impacto; Isseya observó su cuerpo caer del cielo. El otro hundió sus garras en la tripa del Archidemonio y se aferró, desgarrando cualquier cosa que pudiera alcanzar. El dragón rodó a través del aire, sacudiendo todo su cuerpo hacia atrás y hacia delante en un intento de soltarse al grifo, pero no podía librarse de su enemigo.

Su lucha les llevó a través de otro grueso de nubes negras magulladas y sobre el agua de la bahía cercana, bien fuera de la vista de Isseya. Revas siguió volando, corriendo para atrapar a Garahel y a los otros. Sus amplias alas negras cortaban a través de la tormenta, y rápidamente se acercaron a los restantes Guardas.

—¿Qué ha ocurrido? —gritó Garahel mientras Isseya llegaba al alcance del oído. Él y el resto de la bandada habían estado demasiado lejos por delante como para ver lo que había provocado la distracción repentina del Archidemonio, aunque seguro que habían visto que había roto su persecución.

—¡Los grifos volvieron! —Gritó Isseya en respuesta—. Los emponzoñados. Atacaron. Uno murió, el otro aún está luchando.

—¿Solo? —La incredulidad de Garahel llegó claramente a través del viento—. ¿Está luchando contra el Archidemonio *solo*?

—Sí, —dijo Isseya, pero incluso mientras la palabra se le escapaba, la cabeza con púas del Archidemonio abrió las nubes tras ellos. Con cada golpe de sus alas, el inmenso dragón se acercaba a ellos tan inexorablemente como una nave de guerra cruzando un mar bravío. No había señal de los otros grifos, y no había ninguna indicación de que ninguna herida que hubiera infligido fuera a ralentizar del todo al Archidemonio.

Un hormigueo familiar recorrió la piel de Isseya. Tuvo justo el tiempo suficiente como para pensar, *¿Magia?* antes de que un vórtice giratorio de energía negra y violeta se abriera arremolinándose en medio de los Guardas.

Crookytail reaccionó primero. El grifo blanco y moteado plegó sus alas y cayó directamente hacia abajo, perdiendo altitud con un abandono temerario. Revas trató de hacer lo mismo, pero la edad y las heridas habían ralentizado los reflejos del grifo mayor, y no pudo caer lo suficientemente lejos o rápido.

Los otros grifos trataron de dividirse a la derecha o a la izquierda. Uno incluso trató, estúpidamente, de subir. El vórtice los agarró como paja en un huracán, arrancando a las bestias del cielo y lanzándolas las unas contra las otras. Isseya, aferrándose desesperadamente a las riendas de Revas, se dobló ante la percusión de los huesos partiéndose y la armadura de placas aplastándose que espolvoreaba el rugido diáfano de los vientos.

No podía ver nada. El viento le hacía daño en los ojos sin piedad; tuvo que cerrarlos contra el tornado de plumas y escombros sanguinolentos. Los susurros de los demonios del Velo se alzaron en una cacofonía estruendosa en su mente, pero incluso ellos no eran suficientes para apagar los gritos de miedo y dolor de los Guardas Grises a su alrededor.

El Archidemonio bombardeó a los Guardas desorientados con un estallido tras estallido de llamas corruptas. Isseya vio los rayos brillantes pintados contra sus párpados; sintió el indescriptible escalofrío extraño pasar a través de ella, estremeciendo su alma.

La abrumaba. No era posible que aguantara a todos los grifos enlazados por sangre en su red de posesión, no con Revas luchando desesperadamente por permanecer en el aire, no con el Archidemonio tan cerca, no con la corrupción de los engendros tenebrosos bombeando su respuesta a través de sus venas y los demonios del Velo aferrándose al interior de su cráneo.

Se dejó ir. Tres de los grifos poseídos se le escaparon de su agarre. Isseya vio la magia separarse en su mente como filamentos brillantes que habían resistido demasiado, lanzando chispas por una expansión sin límite de negrura. El resto los contuvo.

Los grifos libres se lanzaron hacia el Archidemonio, volando descuidadamente hacia dentro y a través de su río de fuego. Uno se alzó en un estallido de llamas moradas, lanzando plumas ardientes al vórtice con cada batir de sus alas; cuando el remolino atrapó el ala izquierda de Revas y la alejó girando, e Isseya ya no pudo ver más al Archidemonio.

Justo mientras estaba desesperada por escapar de su agarre, el vórtice se apagó.

Las plumas giraban en el aire vacío. Un extraño hueco de luz de sol flotó como una bendición en la tranquilidad entre ellos. Por un instante congelado, eterno, Isseya se sentó traspuesta por el lento baile de las plumas de las alas y la luz del sol donde habían estado dos docenas de Guardas.

Entonces el Archidemonio volvió a la vista, enredado con un par de los grifos emponzoñados que luchaban bien pasado el punto en el que debían haber muerto. Alrededor y alrededor daban volteretas en el aire, una bola de púas y escamas y plumas y pelo chamuscados. La sangre llovía desde ellos en lluvias estacato de rojo y negro, puntuadas por llamaradas de magia y arcos abreviados de llamas mientras el Archidemonio buscaba librarse de sus asaltantes y los Guardas Grises que habían evadido el vórtice lanzaban hechizos tan rápido como podían para hacer caer al Viejo Dios corrupto.

El dragón había anclado una de sus garras traseras en la tripa de un grifo emponzoñado, aún así la bestia más pequeña seguía luchando, demente, negándose a aceptar la muerte o la derrota incluso mientras las garras del Archidemonio hacían astillas sus costillas y partían el grueso cuero de su cintura. La silla de montar vacía se fue girando, y el grifo gritó y hundió su pico en garfio por el flanco del dragón.

El otro atacaba a la cabeza del Archidemonio. Descuidado de los dientes del dragón o sus llamas letales, el grifo gris acero hundía sus garras en los ojos del Archidemonio y desgarraba surcos crueles en su morro. Las escamas brillaban como una lluvia de gemas mientras se tambaleaban por el aire.

Encogiendo los ojos a través de un ojo bañado en sangre, el Viejo Dios cogió aliento poderosamente. Las plumas del grifo se lanzaron hacia delante con la fuerza de la inhalación del dragón.

Entonces exhaló, y el grifo fue arrasado por un muro de fuego.

Los demonios del Velo gritaban en la cabeza de Isseya, clamando venganza. Ella golpeó la parte trasera de su mano contra la sien, tratando de apagarlos. El mundo se emborronaba ante sus ojos, pero los demonios se callaron enfurruñados.

Segundos más tarde el otro grifo Unido se tambaleó en el cielo, lejos del reconocimiento entre las garras traseras del dragón. Libre, el Archidemonio rugió exultantemente y alzó su cabeza herida por las garras para perseguir a los restantes Guardas Grises huyendo… sólo para encontrar que ya habían vuelto para presionar con su propio ataque.

—¡Guardas! ¡Guardas a mí! —estaba gritando Garahel. Debía haber estado llamándoles al ataque durante un tiempo; el resto de la bandada ya estaba en formación de batalla tras él. Consumida por sus demonios, Isseya no había oído, ni se había percatado de la cada vez más frenética insistencia de Calien tras ella. Ella urgió a Revas hacia la formación, pero fue demasiado tarde para que ocuparan su lugar en la fila. Todo lo que pudo hacer fue observar desde cincuenta yardas de distancia mientras el resto de sus compañeros iban hacia su enemigo serpentino.

En un arroyo de acero y plata bañada por el sol, los Guardas volaron hacia el dragón. Sus arcos lanzaron una tormenta de flechas; sus bastones resplandecieron con las luces espirituales del Velo. Las nubes parecían separarse ante su carga, y en la claridad repentina de la luz del sol, Isseya vio que el Archidemonio estaba más malherido de lo que se había percatado. Un lateral de su mandíbula inferior estaba desgarrado, estirando sus fauces en una sonrisa cadavérica de hueso rojo desnudo. Su párpado derecho estaba caído, cortado por la garra de un grifo. La carne húmeda y el músculo encordado relucían a través de los desgarros en su cota escamosa, y un trozo de piel colgaba en su lateral.

El Archidemonio estaba lejos de estar derrotado, aún así, y respondió a la carga de los Guardas sobre Ayesleigh con otra columna de llamas. El lado izquierdo de la formación de grifos cayó con gritos y humo, cayendo a la Tierra en espirales de un gris neblinoso. El esfuerzo de los hechizos de Isseya se volvió repentinamente más ligero mientras varias de las bestias que había estado poseyendo perecían abruptamente.

Los Guardas restantes se arremolinaron alrededor del fuego y volvieron para otra pasada. Se había ido la limpia línea de su previa formación; ahora volaban dispersos, cada grifo lanzándose en maniobras mareantes que pretendían confundir a su presa mientras se acercaban. El riesgo, sabía Isseya, era que los grifos pudieran volar hacia las líneas de fuego de otros, pero había menos de quince jinetes en el cielo, quizás menos, y evidentemente su hermano percibió que sus números eran lo suficientemente bajos como para aceptar ese riesgo.

No estaba muy equivocado. Tres de los grifos cayeron en la confusión: uno que esquivó una colisión sólo para virar hacia el aliento del Archidemonio, otro agarrado por un cono de escarcha de forma que fue forzado a ir al suelo con las alas heladas y un tercero que Isseya vio sólo después de que ya estuviera cayendo, un cono de cenizas por el bajo vientre del cielo. Aterrizó en las ruinas de una catedral con un golpe seco que destrozó sus huesos.

El resto permaneció en pie, y lucharon.

El Archidemonio se lanzó hacia ellos como un perro mordiendo a las moscas. Se retorció hacia un grifo de pecho blanco, lo suficientemente cerca como para tirar de una bocanada de plumas de la cola de la bestia más pequeña. El golpe volvió el lado ciego del dragón hacia un arquero, aún así, y o por extraordinaria suerte o aún más extraordinaria habilidad, el arquero lanzó un tiro devastador. El asta de su flecha empujó a través de la red del ala izquierda del Archidemonio y se enterró con profundidad en la junta de la derecha, colapsando el ala como una vela en un mástil partido por la tormenta.

Girando su ala destrozada, el Archidemonio fue en espiral hacia un descenso regular. Calien lanzó una bola de fuego al dragón mientras su grueso enorme con púas volaba pasándoles. Revas se unió a la persecución, hundiéndose a través de su capa de humo acre que le seguía.

Bajando giraba a través de las nubes ocultadoras, y bajando ellos le dieron caza, por los muros maltrechos de la ciudad, hasta el alto esqueleto pétreo de la torre de una iglesia que se alzaba sola en el patio ennegrecido que sobrevolaba la bahía. Una neblina de humo

y niebla del mar ocultaban la base de la torre y se arremolinaba alrededor de las balaustradas de los muros ornamentales que rodeaban el cementerio cercano.

¿Esto es el fin? pensó Isseya, demasiado asombrada como para sentir incluso el triunfo mientras su grifo negro seguía al herido Archidemonio a través del cielo. *¿Puede realmente ser esto el fin?*

Así lo parecía. Ciertamente casi lo parecía. Gritos de júbilo se unieron a los virotes espirituales y flechas de plumas grises que los Guardas lanzaban al dragón en descenso. El Archidemonio plegó su ala buena mientras caía hacia la torre. Envalentonados por la cercanía de su victoria, los Guardas bajaron tras él.

Fuera del humo de abajo, un coro tamborileante les saludó. Un virote de punta negra salió de la garganta del Guarda a la derecha de Isseya; el hombre se sacudió hacia atrás en su silla de montar y cayó hacia un lado, la sangre borboteando por la parte delantera de su armadura en una pechera húmeda. Dos virotes más golpearon la tripa expuesta del grifo, y uno en la parte trasera de la pantorrilla izquierda de Isseya.

El shock del impacto la devolvió a sus sentidos.

A través del humo y la niebla que se aferraba, Isseya vio las formas emborronadas de los engendros tenebrosos perfilando las Alturas de las casas abandonadas por delante: genlocks, hurlocks, altos aullidos demacrados. Se agachaban a lo largo de alcantarillas caídas, en cuclillas entre las gárgolas desgastadas por el clima, miraban hacia arriba desde agujeros en techos venidos a menos por el descuido. No podía ver todas sus armas, pero en sus huesos sabía que todos llevaban arcos y ballestas preparadas. El Archidemonio había vuelto las propias tácticas de los Guardas en su contra: les había atraído tan expertamente como un pájaro fingiendo tener un ala rota, y ahora las mandíbulas de su emboscada se habían cerrado.

Revas presionó hacia arriba, gritando de miedo y rabia, y así lo hicieron los otros a su alrededor. Pero el daño ya había sido hecho. De los grifos que habían seguido a Garahel hasta la trampa del Archidemonio, sólo quedaban ocho. Ocho grifos, y quizás diez jinetes… demasiado pocos, bastante demasiado pocos, como para hacer caer a un Archidemonio. Incluso mientras Isseya contaba, otro grifo, mortalmente herido, se desvaneció en el remolino de humo y niebla.

—Libera a los airados, —dijo Calien tras ella. Su voz estaba tensa de miedo y dolor, pero su sugerencia llevaba la calma a través del caos.

Le llevó un momento a Isseya reconocer que era su viejo amigo el que había hablado, y no otro demonio del Velo; le llevó otro momento ver el sentido en sus palabras.

Un grifo emponzoñado había sido capaz de desafiar al Archidemonio. Dos habían sido capaces de herirlo. Tres o cuatro podrían ser capaces de acabar con él.

Tenía que esperar que así fuera, en cualquier caso. Cuatro grifos unidos era todo lo que les quedaba. E incluso si sobrevivían a esta batalla, los Guardas Grises no serían capaces de preparar otro golpe así en ningún momento pronto. Quizás nunca de nuevo.

Isseya cortó su hechizo. Las voces de los demonios del Velo se desvanecieron de su consciencia, dejándola sola con el silencio diáfano de sus propios pensamientos… y con los gritos de los grifos.

Eso no era ningún truco de los espíritus del Velo, aún así. Los gritos eran reales. Llenó los oídos de la elfa con una furia cruda y su sed de venganza… una sed que ahora eran libres de desatar.

Libres de sus ataduras mágicas, los grifos se lanzaron hacia el dragón que les esperaba. Las flechas de los engendros tenebrosos no les molestaban más que los mosquitos. Sus jinetes perecieron rápidamente, tal y como a Isseya le dolió ver, pero los grifos difícilmente parecían percatarse. Volaron a través de la oleada, llevando cadáveres en sus sillas de montar, y sacaron al Archidemonio de su profano promontorio.

El dragón de alas negras no había fingido del todo sus heridas, pero aún podía volar débilmente. Voló de la torre de la iglesia con los grifos Unidos en una ardua persecución, peinando hacia el este sobre las aguas gris plomizo de la Bahía Rialto hacia un conjunto de naves abandonadas, alineadas. Sus mástiles creaban un bosque sin hojas sobre el agua, y en ese bosque, el Archidemonio buscó refugio.

Ahí se posó sobre el pico vuelto hacia arriba de un galeón parcialmente hundido. Ningún atacante podría alcanzarlo desde la tierra o el mar, y la aproximación desde el aire era poco mejor: una ruta retorcida a través del cañón impredeciblemente cambiante de las velas y mástiles de las otras naves. La neblina del mar salado amplificaba el constante riesgo de colisión, e incluso donde un atacante lograra perfilar la ruta aérea con éxito, llevaba directamente al campo de fuego del Archidemonio.

Era imposible, y era la única oportunidad que tenían.

—Vamos a entrar, —le dijo Isseya a Calien—. Prepárate para escudarte. —Ella alzó su propia bandera roja para señalar a los otros jinetes que pretendía liderar un ataque. Mientras ellos caían en posición tras ella, ella urgió a Revas hacia delante.

Isseya soltó las riendas, dándole al grifo negro libertad para escoger su propia ruta, y se abrió al Velo de nuevo. La magia surgió en su agarre, y ella la giró convirtiéndola en fuerza y fuego mientras cruzaban sobre los engendros tenebrosos arqueros para alcanzar la Bahía Rialto. En el instante en que los hurlocks y genlocks llegaron al alcance, Isseya lanzó sus hechizos a sus pálidas caras de ojos muertos.

Las ondas de fuerza tumbaron a los genlocks y a las gárgolas por igual de los techos en ruinas de Ayesleigh. El fuego destrozó las flechas de los hurlocks en mitad del aire y partió las cuerdas de sus arcos en rizos fundidos. Los jinetes de grifos tras ella continuaron con la oleada, golpeando a los engendros tenebrosos con bolas de fuego y estallidos de hielo y peñascos aplastadores de cráneos. Un vapor al rojo vivo llenaba el aire mientras sus hechizos hervían los carámbanos que colgaban de los aleros de las casas vacías.

El vapor ayudaba a ocultarles de los arqueros, pero la fuerza hacía mejor de escudo. Como en respuesta al pensamiento de Isseya, Calien conjuró un globo de una energía azul levemente brillante que parpadeó en la existencia a su alrededor. Las pocas flechas

de los engendros tenebrosos que les alcanzaban a través de la niebla se astillaban contra la barrera hecha por el mago, y para cuando los arqueros encontraron pie entre la avalancha de hechizos y tenían nuevas astas ancladas, los Guardas Grises ya les habían pasado.

El cementerio chirriante de barcos se alzaba por delante. Revas esperó hasta el último momento posible para hundirse, entonces giró y dio vueltas a través del cordaje, hilando su camino pasando mástiles balanceantes y velas de lona cargadas de hielo. Las cuerdas sueltas les sacudían, rebotando contra el escudo de Calien. Cada vez que el mar se alzaba bajo los barcos, un poderoso coro de crujidos y gruñidos reverberaba a través de ellos, erizando la piel de Isseya con miedo de que todos aquellos mástiles a su alrededor pudieran colapsar bajo la próxima brisa que pasara. Los gritos de los engendros tenebrosos los siguieron, y la bofetada de agua fría sobre la madera y el hierro hacía eco a su alrededor.

Los gritos de los grifos airados se unieron a aquellos sonidos mientras Revas se disparaba a través del último arco de cuerdas enredadas y navegaba para alcanzar el reducto del Archidemonio. Enroscado alrededor de las puntas en pico lamidas por el agua, el inmenso dragón negro exhalaba gotas de un fuego de lenguas violeta hacia los dos grifos que rodeaban su cabeza. Los restos de barcos flotando a su alrededor habían sido reducidos a astillas humeantes, lanzando vapor; el agua por debajo llevaba una capa moteada de metralla flotante. Un ala doblada subía y bajaba en medio de aquellos trozos de madera, marcando el cementerio acuoso de un tercer grifo; el cuarto no estaba en ninguna parte visible.

Habían dejado una buena marca de sí mismos, aún así. Grandes agujeros estaban abiertos en las escamas del Archidemonio cuando se movía, su antebrazo derecho arrastrándose inútilmente contra la madera llena de balanos del pico inferior del barco. Ambas alas estaban destrozadas; aleteaban rotas contra su espalda coronada de púas, y las espinas de su propio cuerpo habían destrozado su red en trizas. Por primera vez en la memoria de Isseya, el Viejo Dios parecía una cosa que pudiera morir.

Pero aún no estaba muerto. Otro estallido de llamas moradas-negras finalmente le dio a uno de los grifos emponzoñados, lanzándole de espaldas contra una vela cubierta de hielo y bajando después hasta el agua en una lluvia de humo y trozos de escarcha brillantes. El último chirrió, un repique desgarrador de oídos, y saltó a la parte trasera del cuello del Archidemonio.

Los otros habían pasado la niebla ahora. Salieron del bosque neblinoso de restos de barcos como fantasmas hechos carne: Garahel sobre Crookytail, una joven enana llamada Edelys sobre el grifo de orejas negras que ella llamaba Wren… y nadie más. Eso era lo que quedaba de ellos. El resto de la gloriosa procesión de Guardas Grises se había ido, muertos y dispersos en alguna parte sobre las cenizas de Ayesleigh o perdidos en las grises aguas de la Bahía Rialto.

El hechizo de fuerza de Calien desapareció como una burbuja explotando.

—Acabemos con esto, —dijo él. Una luz azul resplandeció en el bastón del mago y golpeó al Archidemonio con un rayo conmocionador, pero antes de que pudiera lanzar otro, Garahel le gritó que parara.

—¡No! ¡Un Guarda… tiene que ser un Guarda Gris el que mate al Archidemonio! ¡Para tu mano, o todo esto será para nada!

—No me parece que esté a punto de morir, —murmuró Calien, pero recogió su bastón y dejó que su magia se apagara. Conocía los riesgos tan bien como el resto de ellos: si alguien que no fuera un Guarda Gris daba el golpe mortal, la esencia del Archidemonio simplemente saltaría al cuerpo del engendro tenebroso más cercano, y el Viejo Dios renacería, intacto, en una nueva carne. No era posible la muerte auténtica para tal ser, a no ser que llegara del extremo de la hoja de un Guarda Gris… y al precio de la vida de ese Guarda Gris.

Eso significaba que el deber recaía sobre Edelys, Garahel o Isseya. No había nadie más.

Y la enana no lo haría, vio Isseya de una vez. Por valiente que indudablemente era, y afortunada de haber sobrevivido donde tantos otros habían caído… pero era joven, muy joven, y verde como la hierba de verano. Había empezado esta batalla como un segundo jinete, no primero, y ahora se aferraba extrañamente a una silla de plomo manchada de sangre que había sido confeccionada para que se sentara un humano. Edelis no tenía la conexión casi telepática con su grifo que se necesitaba para navegar por una batalla como esta.

Incluso aunque la tuviera… ver la muerte marchar tan cerca tras ella había puesto un pánico congelado en la enana, y sus dedos temblaban tanto sobre su arco que cada tiro fallaba. Si lograba herir al Archidemonio, sería por pura chiripa ciega, e Isseya no creía que el Hacedor les amara tanto.

Así que sería Garahel o ella misma. La revelación le dio una sacudida de orgullo agridulce. Isseya reunió las riendas, preparándose para urgir a Revas a que bajara por última vez… pero su hermano alzó una mano para detenerla.

—Es demasiado estrecho, —gritó Garahel—. Chocaremos el uno contra el otro. Tengo que ir solo.

—Pero…

—Tengo que hacerlo. —Él ya estaba pasándola, empujando tan de cerca por el cordaje que las plumas del ala de sus grifos se tocaron. Blanco sobre negro, negro sobre blanco.

Garahel le sonrió, por encima del hombro. Había perdido su casco en alguna parte de Ayesleigh, y su pelo dorado estaba suelto en el viento cargado de neblina.

—Dale mi amor a Amadis, y mis armas a los Guardas, —dijo él—. E, Isseya, trátate bien a ti misma.

Entonces Crookytail batió sus alas blancas manchadas, y elfo y grifo barrieron hacia el dragón que les esperaba.

Isseya guió a Revas hasta una base sobre un mástil robusto. Las plumas del cuello del grifo se erizaron; quería estar en la batalla. Pero no era para ella, no más de lo que era para Edelys y Wren, que habían encontrado su propia base en el cordaje de otro barco. Estaban fuera del alcance del Archidemonio, y fuera del de sus propias armas también. Todo lo que les quedaba por hacer era observar.

La elfa rezó lo que pudo. El golpear rítmico de los restos de barcos empujados por la marea no sonaba más fuertes que el latir de su propio corazón.

El Archidemonio finalmente había destrozado al último grifo emponzoñado por el cuello y estaba estampando su cuerpo roto contra el casco vuelto del galeón cuando Garahel salió para desafiarle. La sangre y los trozos desgarrados de piel rodeada de escamas colgaban alrededor de los carrillos del dragón como la melena húmeda de un león. El hueso de su columna expuesto se veía a través de su carne menguada, no blanco sino de un negro basalto brillante.

Alzó su cabeza conforma Garahel se acercaba. La malicia resplandecía en los ojos del Viejo Dios corrupto como ascuas avivadas por el aire. Una llama violeta siseaba tras la jaula de sus largos dientes negros.

Crookytail se lanzó directo y con fuerza, sin ningún intento de evadirlo, justo como lo habían hecho los grifos rabiosos antes. Y justo como lo había hecho antes, el Archidemonio escupió un torrente ardiente de llamas para atrapar a su rival alado.

En el último segundo, cuando parecía físicamente imposible escapar, Crookytail cayó del cielo como una roca. Un instante y él estaba cayendo directamente hacia el geiser de muer del Archidemonio, al siguiente ya se había ido.

Y entonces se alzó de nuevo, elevándose a través de la neblina salada al lado derecho del Archidemonio, donde su ojo dañado lo dejaba casi ciego. No estaba volando; no había espacio para volar. Crookytail saltaba, revolviéndose por la curva de balanos del casco del galeón, hundiendo sus garras en la madera y el caparazón calcáreo para tener apoyo. Se movía más rápido así, y el grifo manchado estaba sobre el Archidemonio antes de que él lo viera.

No por mucho tiempo. Cuando finalmente vio al grifo desafiante, el Archidemonio se abalanzó, y Crookytail no trató de esquivar. Los dientes negros del dragón se hundieron en el pelaje blanco a rayas del grifo. Ágilmente, el Archidemonio alzó su cuello hacia arriba como un terrier con un ratón, entonces lo dejó ir. Sin un sonido, Crookytail se desvaneció en el mar moteado de restos flotantes.

Pero el sacrificio del grifo había servido para su propósito. Garahel había estado de pie en su silla de montar, esperando el ataque del Archidemonio, y cuando su cabeza se hundió, él saltó. Aferrándose a sus innumerables púas para tener agarre, el elfo trepó por el ceño del dragón. Sacudió su cabeza alrededor para soltárselo, pero Garahel mantuvo su agarre. Agarradera tras agarradera, cruzó el puente final de sus cuernos para alcanzar el hueco que los grifos emponzoñados habían desgarrado en la parte posterior del cuello del Archidemonio.

Colocándose contra las duras escamas del Viejo Dios, Garahel alzó su cuchillo curvado sobre el hueso expuesto de su columna, entonces apuñaló con él hacia abajo contra la base del cráneo del Archidemonio.

Hubo un instante de silencio eléctrico. Isseya vio los labios de su hermano moverse, levemente, pero si dijo alguna palabra, ella no pudo averiguarla. Vio un punto de sangre en su mejilla con un duro alivio, y una hebra de pelo dorado que se aferraba a ella. Por encima la tormenta de la Ruina se estaba rompiendo, o quizás simplemente *yéndose*, y la pura luz inmaculada del sol cayó sobre los barcos flotantes como rayos de oro en una de las grandes catedrales de la Capilla.

Entonces el estallido conmocionador de la muerte del Archidemonio los golpeó. El cedro y la madera amarilla estallaban a su alrededor; las lonas pesadas se desgarraron como sacos podridos. El hielo llovía en lluvias brillantes de las cuerdas y los cordajes. La onda de choque empujó a Isseya contra su silla de montar y presionó todo el aire de sus pulmones; si no hubiera estado atada a su silla de montar, con seguridad habría sido lanzada al mar.

El momento pareció durar una eternidad, removiendo todo el mundo tan violentamente como los mares de bordes blancos de la Bahía Rialto… Pero entonces se acabó, Revas estaba abriéndose paso con esfuerzo hacia el aire despejado sobre la tumba acuosa del Archidemonio, y el sol salió de nuevo. Isseya vio la pequeña forma brillante de su hermano, acurrucado lejos del bulto sin vida del Viejo Dios muerto. Había llegado a descansar en la costa del mundo que había reclamado.

Se había acabado. Habían ganado.

23
5:24 EXALTADA

Le dieron el funeral de un héroe.

Ningún elfo en Thedas había sido puesto a descansar con tal ceremonia como Garahel, Héroe de la Cuarta Ruina. Reyes y emperadores hicieron la travesía a través de las tierras vacías, invernales, de Thedas por el funeral, o mandaron a príncipes o magísteres en representación. Regalos de incienso o raras maderas fueron lanzados a la pira. Cuando finalmente llegó el día, el brillo y el frío y la desolación fuera de Refugio Celeste, parecía que cada dignatario del mundo conocido había encontrado una forma de hacer que se sintiera su presencia.

Le habían lavado y le habían dejado en un lino blanco como la nieve sobre la pira. Los encantadores y templarios y Guardas Grises, todos los antiguos camaradas de Garahel, rodeaban la procesión con una cara de dignidad de piedra. Los Bastardos de la Piedra y los Sin Amo y el Círculo Roto estaban allí, todos sobre el mismo suelo que aquellos que los habían desterrado. Y los Dracos Rubí, por supuesto, con Amadis con una armadura plateada y una capa negra de luto a su cabeza.

Crookytail se acurrucaba a los pies de su amo sobre el féretro. El grifo había sido cepillado y arreglado con sus alas manchadas y blancas plegadas sobre la peor parte de sus heridas, de forma que pareciera estar suavemente dormido. La punta caída de su oreja izquierda doblada estaba inclinada hacia arriba, como esperando órdenes que nunca llegarían.

Unos costosos aceites y hierbas dulces coronaban la madera seca a su alrededor. La mayor parte de los cuernos del Archidemonio habían sido colocados a modo de trofeo en la base de la pira, donde enmarcaban al campeón muerto en una extensión colosal de obsidiana. Se habían retirado antes de que la pira ardiera, sabía Isseya, y habían sido empacados hacia Weisshaupt junto con las armas y armadura de Garahel. Los Guardas Grises construirían un monumento funerario a su hermano allí: un santuario al coraje y al sacrificio y a cualquier otra virtud que sintieran que podían ligar a su nombre.

Alrededor de la pira, un coro entunicado estaba cantando alabanzas al Hacedor. Cierta dignataria de la Capilla de pelo gris estaba pronunciando palabras sagradas mientras balanceaba un incensario que expulsaba un denso humo azul. Isseya los observó sin ver, oyó sin escuchar.

Estaba sola en su dolor. Pese a todas las caras respetuosamente solemnes que se reunieron allí aquel día, el humor de Thedas era de alegría y júbilo, no de pena. El Archidemonio estaba muerto. La Cuarta Ruina había acabado. La gente había sobrevivido a su larga pesadilla, y la paz yacía por delante.

Incluso Amadis, que había sido más cercana a su hermano que nadie, tenía obligaciones que tiraban de ella hacia delante y esperanzas que templaban sus lágrimas. Refugio Celeste la necesitaba, los Dracos Rubí la necesitaban, y su grifo, Smoke, llevaba

una nidada de huevos que habían sido fecundados por Crookytail. Habría brillo en sus días por delante, como no lo habría para Isseya.

La muerte del Archidemonio no había hecho nada por ralentizar la dispersión de la ponzoña de engendro tenebroso en el cuerpo de la elfa. Lo último de su pelo se había caído, y unas manchas grises de corrupción parcheaban su cráneo. Los susurros de la locura que embrujaban sus pensamientos habían cambiado, se habían vuelto más suaves y sin forma, como los murmullos de un soñador distante en lugar de las llamadas urgentes que habían sido… pero aún estaban ahí, llenando sus horas tranquilas.

Pronto iría a responder a la Llamada. Ese pensamiento, que una vez había llenado a Isseya con tal temor, ahora sólo parecía ser bienvenido: la oportunidad de acabar con una carga imposiblemente pesada y llegar, al fin, a descansar.

Pronto. Isseya se aferraba a ese pensamiento mientras los portadores de las antorchas avanzaban y las llamas rojas se llevaban a su hermano. *Pronto*.

* * *

Un mes más tarde esa promesa de respiro parecía más deseable, y más distante, que nunca.

Isseya no quería otra cosa que abandonar en su lucha y rendirse a sus fantasmas, pero en su lugar se encontró a sí misma ensillando a Revas hacia Weisshaupt.

Eran los grifos. Tras el fin de la Ruina, habían estado actuando erráticamente, y ninguno de los Guardas sabía por qué. La extrañeza había comenzado con los pájaros originalmente estacionados en la Fortaleza Haine, se decía, así que el Primer Guarda había ordenado a Isseya que volviera a los Anderfels. Antes de que fuera liberada a su Llamada, la elfa les diría lo que pudiera acerca de los problemas de los grifos.

Isseya no esperaba tener mucho conocimiento que ofrecer. Fuera cual fuera el problema, se había extendido mucho más allá de las bestias de la Fortaleza Haine. Además, aparte de Revas, la mayoría de los grifos ahora reaccionaban a ella con una sospecha apenas oculta, ya que la ponzoña había progresado tanto en ella que les parecía casi tanto engendro tenebroso como Guarda Gris.

Pero ella fue igualmente, porque las órdenes eran órdenes, y a decir verdad, agradecía la oportunidad de ver a las grandes y gloriosas bestias una última vez.

Lo que encontró en Weisshaupt, sin embargo, era una funesta broma de lo que los grifos habían sido.

Los gallineros estaban casi vacíos. Parte de ello, sabía ella, era por las pérdidas sufridas durante los despiadados años de la guerra. Y parte era porque los Guardas Grises aún estaban dispersos por todo Thedas, trabajando para construir nuevos acuerdos entre naciones en la frágil paz emergente.

Pero aún así, el número de establos vacantes en los gallineros de la montaña de Weisshaupt le aturdió, y aún más sorprendentes fueron las noticias del maestro de gallineros acerca del por qué.

—Se están matando los unos a los otros, —le dijo él. Su nombre era Dunsaine; era un hombre pequeño, fornido con mejillas marcadas por la viruela y una sonrisa cortada a cuchillo, pero de buen trato aún así. El pico de un grifo hambriento se había llevado tres dedos y parte del pulgar de su mano izquierda cuando, como un joven y estúpido recluta hacía treinta años, había tratado de recuperar su salud alimentándole con sus propias manos. Pese a ese accidente hacía treinta años, su amor por las criaturas aladas nunca había disminuido. Dunsaine había entregado su vida a cuidar de los grifos de Weisshaupt, e Isseya nunca había visto tal dolor en el hombre como lo veía ahora.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella. La elfa llevaba su capucha agachada hasta las cejas y mantenía la mitad inferior de su cara envuelta en una bufanda azul oscuro. Parecía una leprosa tratando de ocultar su desfiguración, pero la verdad era peor, y no quería que su antiguo amigo lo viera. Incluso al final, Isseya se aferraba a esa vanidad.

—Ven. Te lo mostraré. —Él la llevó fuera y subiendo las escaleras barridas por el viento, sus sombras plateadas con la escarcha del invierno. La nieve granulada crujía bajo sus pies mientras trepaban hasta el alto muro que miraba a los terrenos de los comederos de grifos, un bol amplio y simple de piedra donde los Guardas llevaban cabras y ovejas para que las bestias las depredaran.

No había cabras ni ovejas ahora, aún así la sangre fresca trazaba arcos carmesís por la piedra gris pálida. Mientras Isseya encogía los ojos contra el brillo blanco del sol, vio dos grifos acercarse a los terrenos de los comederos, uno persiguiendo al otro en lo que ella inicialmente supuso que era un juego y entonces —cuando otro salpicón de sangre cayó del cielo— se dio cuenta de que no lo era para nada.

—¿Por qué están luchando? —preguntó ella.

Dunsaine sacudió la cabeza.

—No lo sé, —respondió él indefenso—. Los machos lo hacen, a veces, si hay una hembra en celo alrededor, pero no ha habido una de esas en los corrales desde hace semanas. A veces las madres luchan si sus jóvenes están cerca, pero no tenemos ninguno de esos tampoco. La comida no escasea lo suficiente como para que luchen por hambre, y todos saben que este es un territorio común. No conozco ninguna explicación que encaje. Pero luchan, todos ellos, y empeora cada día. Al principio sólo luchaban los unos contra los otros, pero en las últimas dos semanas han empezado a volverse contra la gente. Ya hemos tenido que sacrificar a casi una docena de las pobres bestias por heridas o violencia.

La aprensión puso un frío dedo sobre la espalda de Isseya.

—¿Puedo examinar a uno de ellos?

—Por supuesto. ¿Cuál te gustaría?

—Cualquiera servirá. —Ella se detuvo, reconsiderándolo—. No, espera. Si *todos* están luchando… déjame ver uno que nunca haya estado en la Fortaleza Haine. Por favor.

—Por aquí. —Ella le llevó de vuelta a través de los corrales cubiertos y por un pasillo lleno de paja hasta la cueva que daba al sur donde los corrales de convalecientes tenían a los corceles enfermos, heridos y ancianos. Los huevos se mantenían aquí también,

siempre que los Guardas Grises tuvieran alguno, pero en el presente estos nidos sólo tenían manchas viejas y telarañas.

—Tusk es nuestro grifo más viejo, —dijo Dunsaine, deteniéndose fuera de una pequeña puerta de madera. A través de la ventana abierta al nivel de los ojos, Isseya vio un corral muy similar a todos los otros: una porción interior refugiada con un cubo de agua, un nido superficial de paja y pellejos de carne de cabra viejos, y un amplio estante de piedra bañada por el sol que se abría hacia el interior de la montaña.

Un grifo muy viejo estaba estirado en esa piedra, sus alas extendidas en amplio para disfrutar del sol. Todo el pelaje de sus pezuñas y la bola de pelo en el extremo de su cola se había blanqueado con la edad, como las plumas alrededor de su pico y bajo la parte trasera de su cabeza. Las alas de Tusk estaban parcheadas, su cola harapienta. Parecía ser sordo, o casi; no reaccionó cuando Isseya abrió la puerta, y dejó escapar un forzado ruido de sorpresa cuando extendió la mano cuidadosamente para tocar su costado. Sus ojos brillaban con la neblina apagada de las cataratas, tan densa que dudaba que la pobre criatura pudiera volar con seguridad, o volar del todo, nunca más.

No sólo era viejo, sino que estaba enfermo. Costras de sangre seca rodeaban sus fosas nasales y las esquinas de su pico. Su pulso era peligrosamente rápido, y aún así su respiración era un lento gemido renqueante. Cada exhalación venía como un ronquido débil.

Más alarmante, tenía esquilado el pelaje y las plumas del interior de las cuatro extremidades, y las había lamido hasta convertirlas en puntos calientes supurantes. La carne a la vista, hinchada, tenía un brillo horrendo húmedo en su superficie, y mientras Isseya se acercaba, vio las manchas de tinta morada esparciéndose bajo la piel del viejo grifo.

Parecía como su propia carne. Parecía la corrupción de los engendros tenebrosos. Pero eso era imposible.

—¿Tusk? —murmuró ella, pero si el grifo anciano le había escuchado, no hizo ninguna respuesta.

Escudando el movimiento de Dunsaine tras ella, Isseya sacó una gota de sangre de su propio dedo y otra de la pezuña de Tusk. Era difícil creer que esta cosa anciana decrépita pudiera compartir algo como la ira que había visto en los dos grifos luchando por los terrenos de comederos vacíos… pero lo hiciera o no, sus hechizos pronto le mostrarían la verdad.

Ella agarró el Velo, y viajó a través de las corrientes de la sangre y la magia hasta deslizarse en la mente de Tusk.

Un odio rojo crudo la recibió. La mente del antiguo grifo era un mar de ira sangrienta, y aunque Tusk era demasiado viejo y débil para que ese odio se expresara en acción, la intensidad de la emoción nublando sus pensamientos no dejaba lugar a dudas de que los habría matado a todos si pudiera. A todos los Guardas, a todos los otros grifos, y finalmente a él mismo. Sentía una enfermedad ajena palpitando en sus músculos,

envolviéndose alrededor de sus huesos… y percibía sus ecos en los Guardas, en los otros grifos, en todo lo que quería destruir. El ansia le consumía.

Isseya se encogió por el shock. *Sabía* que nunca había tocado la mente de Tusk antes, nunca le había hecho pasar a través de la Unión o le había forzado a tragar sangre de Archidemonio. Aún así la rabia en él era aún más cáustica que cualquier cosa que hubiera sentido nunca en Shrike o en los otros que había alterado. Y, por mucho que esperara negarlo, el odio y la ponzoña en Tusk estaban conectados con la magia que había lanzado sobre los otros.

No era lo mismo, pero no era del todo diferente, tampoco. Las sombras y contornos de su trabajo original estaban ahí, apenas discernibles bajo el velo rojo de furia que nublaba la mente de Tusk. Había cambiado, se había convertido en otra cosa y se había envuelto de una nueva forma, como un bereskarn era distinto del hurlock que lo pudiera haber engendrado… pero no podía dudar de sus orígenes.

¿Cómo podía haber pasado esto? Sí, ella había doblegado las mentes de los otros grifos para que pensaran en su Unión como una enfermedad, y sí, habían tosido y resoplado sangre… pero no era una enfermedad, lo que había hecho. Eso sólo había sido un truco para hacer que aceptaran la transformación.

¿No era así?

Apenas sabes nada acerca de la magia de sangre. Calien apenas había empezado a enseñarle los aspectos más básicos del arte antes de que hubiera saltado a Unir a los grifos. ¿Y quién le decía que su maestro sabía mucho más? ¿Quién le decía que no había creado accidentalmente una enfermedad real mientras que pensaba que sólo estaba imitando sus formas?

La magia de sangre era un arte profundamente prohibido, y los pocos que la practicaban lo hacían a través de una niebla de ignorancia. Había *pensado* que estaba sirviendo a un bien mayor al violar esa rigidez… ¿pero no era eso lo que los estúpidos pensaban siempre en las historias de niños? Era, en cierto modo horroroso, completamente predecible que su jugueteo acabara en un desastre inesperado.

Pero tenía que estar segura. Alejándose cuidadosamente de Tusk, Isseya se limpió las manos de cualquier resto de sangre y volvió con Dunsaine al pasillo.

—¿Ha estado este grifo alguna vez en Refugio Celeste, o Ayesleigh? ¿En *cualquiera* de nuestras batallas?

El maestro del corral sacudió la cabeza.

—No, Señora. Tusk nunca luchó en ninguna de esas batallas, ni una sola. Su visión empezó a irse antes de que comenzara la Ruina, y no estaba seguro para volar. No había abandonado Weisshaupt desde antes de que Andoral despertara. Es asombroso que haya durado tanto.

Isseya asintió descontenta.

—¿Ha tenido algún contacto con los otros grifos?

—Sólo un poco, cuando volvieron por primera vez. Solíamos alimentar a Tusk con alguno de los convalecientes. Pero no podía ver lo suficientemente bien como para evitar

ofenderles, así que se irritaban con él, y él no necesitaba empezar peleas a su edad. Sus ronquidos me preocupaban también. Sé que el Primer Guarda siempre dice que no es nada, pero tan viejo como es Tusk, no quería correr riesgos. En cualquier caso, lo hemos mantenido separado durante años.

—¿Cuántos años?

El ceño de Dunsaine se arrugó mientras lo pensaba.

—Desde antes de Refugio Celeste… 5:21, quizás a primeros de 5:22. Ahí es cuando lo tuve por última vez con alguno de los otros.

Dos años. Quizás tres. Los pensamientos de Isseya eran un remolino sombrío. Si los datos de Dunsaine eran precisos, y Tusk había caído en esta condición tras una exposición limitada y años de una incubación sin detectar… entonces si su condición era una enfermedad, o funcionaba como una, tenía un largo tiempo para expandirse.

—Gracias, —dijo la elfa.

—¿Puedes ayudarle? ¿Sabes qué le pasa? —Dunsaine buscó su cara cubierta en busca de esperanza, y no encontró ninguna.

Isseya sacudió la cabeza.

—Debo investigar más. Consultarlo con mis compañeros. No hay nada que pueda hacer por él ahora.

—Entonces qué… ¿Qué hacemos?

—Lo que debas, —respondió ella, mirando indefensa al viejo grifo de morro blanco—. Lo que sea piadoso.

* * *

Tres meses después, escuchó Isseya, el Primer Guarda dio la orden formalmente: cualquier grifo que mostrara señales de "violencia irremediable" debía ser sacrificado. Aquellos que estaban tosiendo o supurando sangre, y habían servido en la Ruina, también iban a ser matados.

Isseya estaba en Antiva para entonces, pero las noticias le golpearon como una daga al corazón. Los Guardas Grises ya habían estado matando en silencio a los grifos que no podían controlar; el único motivo para hacer la orden pública era para hacer que las otras naciones supieran que lo estaban haciendo. Eso significaba que la plaga de la ira no estaba aislada en Weisshaupt, y que otros habían estado sufriendo por brotes de la misma enfermedad y habían acudido al Primer Guarda en busca de ayuda.

No llegaría tal ayuda. Los Guardas Grises no tenían una mejor solución que la muerte. Ese era el auténtico mensaje en la orden del Primer Guarda.

Y era por su culpa. Isseya aún no entendía exactamente cómo o por qué, pero sabía que era así. La enfermedad escarlata que estaba derrotando a los grifos estaba enlazada al ritual que había impuesto en alguno de los pájaros luchadores durante la Ruina… pero no entendía del todo qué les estaba haciendo, o cómo se estaba extendiendo, y no tenía ninguna pista de cómo efectuar una cura. Si era una enfermedad real, entonces su espuma

sangrienta podría ser el medio de transmisión. Pero *no era* una enfermedad real. ¿Lo era? ¿Cómo *podía* serlo, si ella lo había hecho?

Su búsqueda de respuestas había empezado en Weisshaupt. Los Guardas Grises tenían la colección más fina de sabiduría acerca de los grifos que se pudiera encontrar en toda Thedas, y una de las mejores bibliotecas de magia. Pero, como había esperado, Dunsaine y los otros Guardas ya la habían peinado en busca de respuestas y no habían encontrado ninguna, y la propia búsqueda de Isseya no fue más fructífera.

Tras acabar con las manos vacías en Weisshaupt, Isseya viajó a las Marcas Libres. Había mentido a Dunsaine, al menos en parte: no conocía otro mago de sangre que hubiera sobrevivido a la Ruina excepto ella misma y Calien. Los pocos que se habían unido a los Guardas Grises habían muerto en la lucha, muchos de ellos casi llenos de propósito, como si pretendieran que sus muertes redimieran los pecados del maleficarum. Pero ella creía que allí tenía que haber libros en alguna parte, diarios secretos, pergaminos codificados… *algo* que pudiera ofrecer respuestas, o por lo menos una dirección que pudiera seguir para encontrarlas.

Si tales escrituras existían, sin embargo, Isseya no pudo localizarlas en Refugio Celeste. Ni en Kirkwall, ni en Tantervale, o Ostwick o Ansburg. No encontró nada en el barro empapado de sangre de Cumberland o en las cenizas lamidas por el mar de Wycome.

Probó en el Imperio de Tevinter después. Era uno de los secretos peor guardados de todo Thedas que los magísteres de Tevinter toleraban, e incluso daban la bienvenida, a los magos de sangre entre ellos. Algunos rumores iban tan lejos como para clamar que *todos* eran magos de sangre, cada uno de ellos, y que eso era el por qué el Imperio de Tevinter, solitario entre las más grandes naciones del mundo, practicaba abiertamente la institución de la esclavitud: para alimentar el cruel apetito de sangre de sus magísteres.

Isseya nunca había creído tales rumores, pero la frialdad de su recepción en las fronteras de Tevinter casi le hizo cambiar de opinión. Sí, los Guardas Grises tenían un tremendo prestigio como los salvadores de Thedas; sí, sabían del valiente sacrificio de su hermano. Pero los Tevinteranos dejaron claro que el único privilegio del que disfrutaría Isseya sería el permiso de entrar en sus tierras sin ser inmediatamente vendida a la esclavitud. Apenas se le toleraba en sus bibliotecas abiertas; los libros de magia guardados en las bibliotecas de sus Círculos estaban cerrados para ella. Ningún mago le hablaba más allá de los cumplidos mundanos, e incluso esos eran gélidos. No había ni atisbos de que un soborno bien colocado pudiera suavizar su resistencia, ni sugerencias de que un intercambio de secretos subrepticio pudiera ser bienvenido. Sólo había un rechazo plano, intransigente.

Eso la enfurecía, y la derrotaba. Diez años antes, incluso cinco años, Isseya habría tomado el silencio de Tevinter como un desafío, y habría estampado su cabeza contra el muro de su cortesía de piedra hasta que él, o ella, se rompieran.

Pero ya no tenía las fuerzas para eso. No con los nuevos informes de los grifos enfermos llegando día tras día, la tasa de muertes acumulándose continuamente, y la

Llamada susurrando en sus sueños por la noche. Maldiciendo a los Tevinteranos por su terquedad, Isseya le dio la espalda a su imperio de miseria.

Su siguiente opción era su última opción.

Calien había vuelto a Antiva, para ayudar a sus paisanos a reconstruir las glorias destrozadas de su nación. Iba a paso lento: aún había bolsas de engendros tenebrosos y bestias corruptas en las tierras interiores, poca comida, pocos caminos transitables. Los demonios y los muertos inquietos embrujaban un par de los lugares de batalla más sangrientos. Mucha de la gente que había huido no había tenido intención de volver, no cuando podrían tener vidas mucho más fáciles en otras naciones.

La Ciudad de Antiva y las ciudades de la Bahía Rialto estaban demasiado idealmente situadas como para permanecer vacías para siempre, aún así, y un par de almas duras habían empezado el difícil trabajo de reclamarlas. Calien se había unido a los esfuerzos de inmediato tras el funeral de Garahel.

Isseya no había visto o había hablado con el otro mago desde aquel día. No había habido rencor en su partida, sólo una sensación de triste finalidad; ambos sabía que la elfa estaba cerca de su hora. Pero ahora, con la pena y la culpa aferradas a su pecho, no sabía de ningún otro sitio al que acudir a pedir ayuda. Calien le había advertido en contra de abrir la puerta a la magia de sangre, cierto, pero lo había hecho mientras le daba la llave.

No había querido cargarle con el peso del odio a sí misma que llevaba. Ninguno de ellos había soñado con esta posibilidad, y si hubiera alguna otra parte en Thedas donde Isseya pudiera haber encontrado sus respuestas, nunca habría molestado a Calien con el mismo remordimiento doloroso que ella tenía.

Pero no había otra opción, así que voló a la Ciudad de Antiva.

Calien estaba junto a la costa cuando llegó, usando hechizos de fuerza y fuego para despejar los restos de los puertos. La riqueza de Antiva siempre había estado ligada a sus puertos, y reabrir el comercio marítimo era la clave para reconstruir las fortunas de la nación rota.

Se había cortado el pelo bien corto, y se había dejado crecer una barba que era principalmente gris, pero le reconoció de inmediato. Las gaviotas aleteaban y graznaban al mago, culpándole de arruinarles la mañana. Isseya sonrió al verlas; había pasado mucho tiempo desde que contemplara cualquier cosa en Antiva tan inocente como pájaros disgustados. Esperó hasta que Calien hubiera acabado de desguazar el edificio derrumbado que había estado demoliendo, entonces caminó hacia delante hasta el siseo humeante.

—¿Aún sigues haciendo estallar cosas? Pensé que ya habrías tenido suficiente de eso.

—¡Isseya! —La sonrisa del mago mayor fue inmediata, genuina… y teñida con una sombra de preocupación. En los últimos días de invierno, el clima era lo suficientemente frío como para excusar las muchas capas que envolvían su cara y los guantes que escudaban sus manos, pero Calien la conocía lo suficientemente bien como para reconocer los auténticos motivos por los que Isseya llevaba tantos atavíos envolventes—. ¿Qué estás *haciendo* aquí?

—De visita. ¿Tienes tiempo para hablar?

—Por supuesto. —Calien hizo un gesto con su bastón hacia un edificio cercano que parecía más robusto que la mayoría de los otros. Madera recién cortada había sido clavada sobre sus ventanas, ofreciendo cierto respiro de lo peor de los vientos del final del invierno. Un letrero simple colgaba sobre su puerta, representando un pez azul llevando una corona; parecía una adición reciente—. El Rey Aletazul. Comemos aquí. El cocinero es mejor que la mayoría, especialmente ahora que los peces están empezando a volver. Hay incluso cerveza, y a veces vino.

—¿Hay habitaciones privadas?

—No creí que me echaras *tanto* de menos. —La broma se apagó en sus ojos cuando ella no logró reírse, aún así. Incómodo, buscando en su cara enmascarada alguna pista de su propósito, Calien asintió—. Las hay.

—Gracias. —Ella le siguió a la posada. Estaba ordenada, próspera, con un par de pescadores dentro en busca de una comida caliente y una tabernera barbuda tratando de revender al posadero una muestra de su mercancía. Los muebles eran todos restos desparejados, pero en buen estado de reparación. Isseya pensó que era un presagio prometedor de la recuperación de Antiva.

La tabernera y el posadero asintieron familiarmente a Calien mientras entraba, pero nadie dijo ni una palabra mientras subían las escaleras hacia una habitación privada. Quizás habían aprendido a hacer la vista gorda hacia algunos de los invitados del mago.

Arriba, Calien cerró la puerta tras ellos y soltó la llave en una mesa cercana.

—Ahora, ¿qué exige tal secretismo?

Isseya no veía ningún motivo para cortarse.

—Magia de sangre. —Darle voz a las palabras pareció minar las pocas fuerzas que tenía. Se deslizó sobre la pared más cercana, sentándose en el suelo con su cabeza inclinada hacia atrás contra el burdo enlucido. Sus ojos se cerraron; era más fácil que mirar a Calien mientras ella hablaba—. Lo que le hice a los grifos, la Unión… se ha extendido a los otros. Todos están cayendo enfermos. Es algo como la enfermedad de la Ruina, pero se extiende de forma diferente. A través del aire, quizás. O a través de la sangre. En cualquier caso, es una plaga en sus almas, y los está matando. No sé cómo detenerla. Vine aquí esperando encontrar ayuda.

Durante un largo rato, Calien no respondió. El silencio se extendió hasta que Isseya abrió los ojos y alzó su cabeza, e incluso entonces el mago mayor no dijo nada hasta que finalmente, tras lo que pareció una eternidad, suspiró y sacudió la cabeza.

—No.

—¿No?

—No puedo ayudarte. Incluso si pudiera, no sé lo que *podría*… pero eso no importa. No puedo.

—¿Por qué? —preguntó Isseya. Su felicidad inicial al ver a su antiguo amigo se había desvanecido, y en su lugar un vacío cansado había caído sobre ella: una sensación de que esto, también, era sólo un paso más hacia un final inevitable.

—El Hermano Vidulas de la Capilla escribió una vez que la magia tiene sus propias leyes y lógica, y que cada hechizo tiene un precio que necesita pagarse. El auténtico peligro de la magia de sangre, teorizó él, es que nació de los demonios, y por lo tanto su precio estaba oculto.

—El Hermano Vidulas no era un mago, —objetó Isseya—. Lo he leído también, todos tuvimos que hacerlo. Pero el hombre nunca lanzó un hechizo en toda su vida. Era un teólogo, no un encantador. Un hombre que hacía teorías para explicar las leyes de un mundo al que él nunca entró.

—Por mucho que así fuera, he pensado considerablemente en sus escrituras con los años. Sí, estaba elucidando, y quizás se equivocó… pero quizás no. Quizás hay algo de verdad en la idea de que el auténtico peligro de la magia de sangre no es que extraiga su poder del sacrificio, o que tiente a los codiciosos y los ambiciosos a usar el sufrimiento de otros para alimentar sus hechizos. Quizás el peligro es simplemente que no la *entendemos*, y esa falta de entendimiento invita al desastre incluso cuando nuestras intenciones son puras.

—Si tienes razón, y los grifos están muriendo por lo que hicimos durante la Ruina… y eso es un "si," Isseya; no sabes y no puedes saber con seguridad que sea realmente la causa… entonces nuestro intento de servir a un bien mayor es lo que hizo esto. El sacrificio que *pensábamos* que estábamos haciendo sólo fue el comienzo; el precio real era mucho más alto de lo que ninguno de nosotros imaginó.

—Si eso es así… y de nuevo, enfatizo, todo esto es pura conjetura… pero si eso es así, ¿cómo puedo esperar hacer algo mejor confiando en la magia de sangre de nuevo? ¿Por qué mis intentos no podrían simplemente empeorar el mundo de alguna forma nueva, inesperada? —De nuevo Calien sacudió la cabeza—. He renunciado a la magia de sangre. El Círculo está haciendo la vista gorda con los magos que ayudaron a los Guardas Grises durante la Ruina, pero esa contención se desvanecerá al instante si se sabe que soy un maleficarum. No he tocado el poder en la sangre desde que terminó la Ruina, y no tienen motivos para sospechar de mí… pero eso podría cambiar fácilmente. Están observándome, siempre. Así que no puedo ayudarte. Pero incluso si pudiera, no creo que lo hiciera. No podemos saber el precio de la magia de sangre hasta que seamos forzados a pagarlo, y nunca más haré un trato a ciegas.

Él se detuvo, viendo la mirada abatida en sus ojos.

—Lo siento…

Isseya se levantó torpemente, casi tropezando con su propia capa. Había sido una estúpida por preguntarle, una estúpida por venir aquí. Él estaba tratando de comenzar una nueva vida, y ella le había cargado con su propia carga de lamentos.

—No. No lo sientas. Si tú dices que no hay esperanza…

—Yo no he dicho eso. He dicho que *yo* no puedo ayudar. Y he dicho que la magia de sangre podría pedir un precio más alto del que quieres pagar, y no el precio que esperas. Pero eso no es lo mismo que decir que no hay esperanza.

—Sí, lo es. He mirado ya en todas partes. Weisshaupt, las Marcas Libres, incluso en el Imperio de Tevinter. Nadie tiene respuestas. Nadie tiene *esperanzas*. —La llave estaba en una mesa junto a la puerta. El posadero había encontrado una pequeña estatua decorativa en alguna parte: un cómico dragón de arcilla con rasgos bulbosos y una panza rolliza. El llavero estaba anclado alrededor de su morro vistoso. Isseya tiró de él, tirando al dragón al suelo.

Se destrozó en cientos de piezas de cerámica informe. Caminando sobre los trozos, Isseya metió la llave en la puerta, sólo para averiguar que Calien nunca la había cerrado.

Miró atrás hacia él con sorpresa. Malentendido en su mirada, ella se encogió de hombros.

—No te preocupes por ello. Yo lo limpiaré.

—No es eso, es…

—No es problema tuyo, —repitió Calien, firme pero gentilmente. Se dobló y empezó a recoger los trozos del dragón del suelo—. De todas formas, ¿qué importa si no puedes encontrar las respuestas en alguna otra parte? Siempre has hecho cosas que nadie más podía hacer. Las caravanas flotantes, la excavación de la Retirada… y sí, incluso la Unión de los grifos. Todos aquellos fueron hechizos de tu propia invención, e hicieron lo que otros pensaron que era imposible.

Isseya le miró con cuidado, una mano en el pomo de la puerta.

—¿Qué estás diciendo?

—Te dije por qué *yo* no podía ayudarte en este asunto. Pero mis motivos no tienen por qué ser los tuyos. Mis limitaciones no necesitan ser las tuyas. Nunca lo fueron antes, ¿por qué ahora? Podía pedirte que fueras consciente de los riesgos e inconvenientes de la magia de sangre… más consciente de lo que ninguno de nosotros pudo permitirse cuando el Archidemonio estaba lanzándose sobre nuestras gargantas… pero nunca intentaría detenerte.

—No busques magos de fuera en busca de respuestas. No busques libros o pergaminos o demonios. Busca dentro. Tú hiciste esto. ¿Cómo puedes esperar que alguien más lo deshaga?

24
5:24 EXALTADA

—La he tenido encerrada, —confesó silenciosamente Amadis, sin mirar a Isseya. Alzó su vaso de vino y le dio un sorbo, arrugando la nariz de forma casi imperceptible. No había muy buen vino que tomar tan pronto tras el fin de la Ruina… ni siquiera para la familia real de Refugio Celeste… y con la guerra acabada, y los Dracos Rubí acomodándose a un nuevo rol como la guardia real de facto, Amadis había sido forzada a abrazar reluctantemente ese aspecto de su identidad.

Mientras que la ciudad nunca había caído ante los engendros tenebrosos, y los sirvientes del castillo habían sido capaces de restaurar muchos de los arreos de la grandeza de Refugio Celeste en poco tiempo una vez que volvió la paz, doce años de durezas habían dejado su marca. Se mostraba en el amargo vino amarillo que el cocinero había tratado de endulzar con especias y miel, y se mostraba en cómo los Marqueños estaban tratando a Smoke.

—Se ha vuelto salvaje, —continuó la mujer humana con la misma voz suave. Estaban solos en la habitación de Amadis, sus sillas bien juntas al lado de un fuego bajo, pero aún así Isseya tuvo que esforzarse para escucharla—. No creo que ni siquiera sepa ya quién soy. O quizás *lo sabe* y simplemente no le importa, lo cual me rompería el corazón.

—¿Smoke ha herido a alguien? —preguntó Isseya tan suavemente como pudo.

Amadis asintió miserablemente.

—Hirió a uno de los chicos del establo y mató a otro. No en la misma vez. Fue después de que matara al segundo que hice que la enjaularan. Los conocía a ambos, Isseya. No eran extraños para ella, y ellos sabían que era mejor no provocarla. No tiene ningún sentido. —Ella miró a su vaso de vino por un momento, entonces vació todo el líquido hasta los posos de especias empapadas sin parecer saborear nada.

—¿Qué harás?

—Esperaba que tú me lo dijeras. —Amadis llenó su vaso vacío. Alzó la garrafa en una oferta silenciosa a Isseya, que una vez más sacudió la cabeza para declinar—. No sé lo que hacer con ella. Smoke era el último y mejor regalo de Garahel para mí, y está esperando ovadas de Crookytail. Dejando a un lado mi dolor personal… es un símbolo *enorme* para el prestigio y la moral de Refugio Celeste.

—Pero Smoke no es sólo un grifo heráldico pintado en un escudo. Ella es de carne y hueso. Tiene pensamientos, tiene sentimientos, conoce la felicidad y el dolor. Y honestamente creo que es miserable, encerrada en esa pequeña jaula, sin que se le permita nunca volar. —Los ojos de Amadis se llenaron de lágrimas. Ella se las limpió, bajando la mirada a su vaso de vino con un retorcer pequeño, enfadado, de su boca que no quería del todo ser una sonrisa—. Yo lo sería.

Un silencio cayó entre ellas. Los leños en la hoguera crepitaban y suspiraban, hundiéndose más profundamente en sus capas enmarañadas de cenizas.

Amadis vació su segundo vaso y lo inclinó de lado a lado enfrente de la hoguera, observando el brillo rojo rebotar en sus curvas claras.

—¿Por qué has venido aquí?

—Me estoy muriendo. —Dijo Isseya sin emoción. No *tenía* ya mucha emoción acerca de eso; era un hecho de su existencia, tan poco destacado como que el sol se pusiera por el oeste—. Quería hacer un intento de corregir los errores de mi vida antes de que acabe.

La mujer pelirroja se volvió para mirarla, un parpadeo de curiosidad en sus ojos hinchados de lágrimas.

—¿*Tus* errores? Dicen que es una plaga que llega a los grifos. Una enfermedad de los engendros tenebrosos de la Ruina, como la aflicción de los bereskarn.

Isseya se encogió de hombros.

—Esa es una forma de verlo.

—¿Tú tienes otra?

—Temo que los Guardas Grises los matáramos. Más exactamente, que yo lo hice, bajo las órdenes del Primer Guarda. Fue el ritual de la Unión, creo. Sus repercusiones. Ninguno de nosotros sabía que esto sería el resultado cuando empezamos a bajar por este camino, pero nuestra falta de intención no cambia nada. Esto es lo que hicimos, y esto es lo que se ha hecho. Los hemos matado.

Los dedos de Amadis se habían puesto blancos y tensos alrededor del culo de su vaso de vino. Muy deliberadamente, los desplegó e hizo a un lado el vaso. Caminó hacia una de las pequeñas ventanas de la habitación, apartó las pesadas cortinas de terciopelo que la ocultaban, y abrió las contraventanas de madera hacia el frío invierno. El viento sopló su largo pelo negro sobre sus hombros y espolvoreó su cara con una sugerencia de copos de nieve.

—¿Decías que puedes corregirlo?

—No lo sé, de verdad. Pero quiero hacer el intento. Si me lo permites.

—¿Cómo?

—No puedo salvar a Smoke. —Era mejor sacar esa pequeña esperanza del juego. Sabía que Amadis lo habría estado pensando, y ciertamente la boca de la otra mujer se tensó de una forma que le dijo a Isseya que había acertado—. Pero podría ser capaz de salvar la ovada que lleva.

—¿*Cómo*?

—La magia de sangre hizo esto. Supongo… *espero*… que sea posible que la magia de sangre lo deshaga, al menos en las mentes sin acabar de los nonatos. No puedo cambiar lo que se ha aferrado a los adultos. Sus pensamientos son demasiado complicaos, y su sangre corre demasiado rápido. No me quedan fuerzas para apartar la ponzoña y trenzar sus mentes de vuelta limpiamente, si es que acaso las he tenido alguna vez. Cualquier esperanza que tienen tendrá que venir de… la cuarentena de los pájaros enfermos, la separación de las bandadas sanas, algo así. Algo que no dependa de la magia, al menos no de la mía. Todo lo que puedo hacer, creo, es sacarla de los jóvenes que aún están en sus cascarones. Quizás.

Amadis vaciló, aferrando sus uñas contra las contraventanas de madera mientras lo pensaba. Entonces frunció el ceño.

—¿Qué será de ellos después de eso? Incluso si tienes éxito… ¿no sucumbirán simplemente a la misma enfermedad una vez que eclosionen? ¿Qué evitará que cojan la plaga como tantos otros lo han hecho?

—Nada, —admitió Isseya—. Nada salvo el tiempo. Me temo que hemos condenado a los grifos. Espero equivocarme, y que sea posible poner en cuarentena a los enfermos de los sanos. Pero si no me equivoco, los grifos se extinguirán. Ninguno de ellos es inmune. Algunos caen más rápido que otros, pero una vez estén expuestos… lo he sentido en cada uno que he tocado, incluso en Revas. Ella es fuerte, y lo esconde… pero está en ella, como lo está en todos ellos, y algún día la matará.

—Pero cuando mueran, la enfermedad morirá con ellos. Y si esa ovada no rompe sus cascarones hasta que los grifos emponzoñados no existan más, creo que podrían estar a salvo.

—*Quizás*. Tú *crees*. —Amadis se movió inquieta lejos de la ventana. Las cortinas volvieron a su lugar, alzadas en parte por las contraventanas abiertas, y enmarcadas por una franja de la ciudad envuelta en la noche. Bajo una pálida luna, las diminutas luces de los panaderos y los magos y otros trabajadores nocturnos de Refugio Celeste parpadeaban como un puñado de estrellas pequeñas y dispersas. En tiempos de paz, la ciudad era mucho más oscura de lo que lo había sido durante la interminable vigilia del asedio—. ¿Y si te equivocas?

—Nunca lo sabré. Estaré muerta. Probablemente nadie que esté hoy con vida lo sabrá. Si tengo éxito, no pretendo que los Guardas Grises lo sepan. Los Guardas mataron a los grifos; no merecen ser los sobrecargos de la especie. No ahora, en cualquier caso. No en esta generación. Quizás en cincuenta o cien o doscientos años desde ahora, cuando los grifos se hayan convertido en criaturas de leyenda. Quizás entonces serán más cuidadosos acerca de salvaguardar lo que estuvieron tan cerca de perder.

Ella miró firmemente a la mujer humana. La amante de su hermano, una de sus más viejas amigas. La única persona que podía saber lo que se había hecho.

—Te estoy pidiendo que mantengas esto en secreto. De los Guardas, de los Marqueños, de todo el mundo. No hay nadie vivo hoy a quien confiaría los últimos grifos del mundo.

—¿Qué pasará cuando eclosionen? —preguntó Amadis.

Isseya movió el agarre de su bastón. Su cabeza cristalina brilló levemente en respuesta, arremolinándose con los colores neblinosos, apagados, del Velo.

—No lo harán. No hasta que alguien los encuentre.

—¿Cómo sabes que será la persona *adecuada*?

—No lo sé. Pero si mantienes mi secreto, puedo tratar de asegurarme de que al menos pasen a alguien que entienda cuán fugaz y preciosa puede ser la libertad, y que honre el auténtico espíritu de los grifos.

—Ella fue su último regalo hacia mí, —dijo Amadis. Las palabras parecieron atragantarla—. Ella es mi amiga más hermosa. Mi fuerza. Mi libertad. El poder de cabalgar el viento… eso es lo que Garahel me dio. Y dices que está muriendo por algo que *tú* hiciste…

Isseya inclinó la cabeza sin palabras. Pensó que estaba por encima de sentir más culpa, pero cada una de las palabras de Amadis la golpearon como una piedra lanzada a su alma.

—Y no podrías estar más equivocada. *Fue* cosa de la Ruina, Isseya. Si los engendros tenebrosos no hubieran despertado a su Viejo Dios, si el Archidemonio no hubiera caído sobre nosotros, ninguno de nosotros hubiera tenido nunca que tomar las terribles decisiones a las que nos vimos forzados en aquellos días oscuros. Garahel siempre solía decir que el *heroísmo* era sólo otra palabra para el *horror*, y quizás una peor. Un héroe siempre siente que tiene que hacer lo que es correcto. A veces eso le lleva a atormentarse a sí mismo con dudas mucho después de cumplir su deuda. O a sí misma, —añadió la antiguamente mercenaria, señaladamente—. Tu hermano me dijo desde el principio que eras demasiado cruel contigo misma. Creo que tenía razón.

No había nada que Isseya pudiera, o quisiera, decir a eso. En su lugar se centró en la preocupación inmediata, la única lo suficientemente simple como para tratarla.

—¿Cuál es tu voluntad?

—¿Qué le ocurrirá a Smoke cuando te lleves sus huevos?

—Podría morir, —admitió la elfa—. Podría ser capaz de salvarla, pero…

—No. —La palabra salió vehementemente, y Amadis parpadeó como si estuviera asombrada por su propia fuerza. Sacudió la cabeza y continuó en un tono más comedido—. No lo hagas. Puedes hacer que sea una transición pacífica, ¿verdad? ¿Con magia? Algo tan suave como… un sueño.

—Puedo, —dijo Isseya. Los poderes de entropía del Velo nunca habían sido su concentración principal, pero podía lograrlo. Podía poner a Smoke a dormir de forma que no despertara.

—Entonces eso es lo que quiero. Que parezca que falleció de forma natural, y pacífica, y sin ninguna herida visible. ¿Puedes hacer eso?

—Sí.

—Bien. —Amadis se frotó los ojos una última vez y adoptó un aire determinado que Isseya conocía bien. Lo había visto por primera vez en el palacio Antivano el día que se habían conocido, y aunque eran ambas mayores y más cansadas, y de ninguna forma la misma gente que habían sido entonces, ese amaneramiento particular no había cambiado—. Si no hay cura para Smoke, puedo tener esa amabilidad. Se lo debo.

Y elimina tu dilema político. Refugio Celeste no necesita preocuparse por las implicaciones simbólicas de ejecutar el regalo de los Guardas Grises. No había amabilidad en decir eso, aún así. En su lugar Isseya asintió, y se abrió paso hacia la puerta.

—Lo haré esta noche.

—Espera. Por favor.

La elfa se volvió.

La cara de Amadis estaba profunda en las sombras, pero la luz del fuego captó sus manos e hizo que pareciera que llevaba guantes de oro. Ella las alzó hasta sus mejillas, imitando el alzamiento de una máscara.

—Quítate las envolturas antes de irte. Quiero verte una última vez, como eres realmente.

Lentamente, Isseya obedeció. Echó atrás su capucha, dejándola acomodarse sobre sus hombros antes de empezar a desenvolver las bufandas que cubrían su cara desfigurada. Gris paloma era la que estaba alrededor de su ceño; azul pálido, la de alrededor de su boca y barbilla. Ambas cayeron sin hacer ruido, desnudando su piel al frío aliento de la brisa nocturna. Cuando desaparecieron, y la cara destrozada de Isseya fue completamente revelada, Amadis inspiró suavemente, aturdida.

Levantando su capucha de nuevo, Isseya caminó a través de la puerta. No se molestó en ponerse las bufandas. Tras ella, mientras la madera pesada revestida de hierro se cerraba, escuchó a Amadis susurrar:

—Adiós, amiga mía. Gracias.

* * *

Los Marqueños habían enjaulado a Smoke en una prisión construida apresuradamente a la sombra del castillo, donde habían sido aprisionados los desertores y los amotinados durante la guerra.

Isseya se abrió paso hasta allí cuidadosamente, deslizándose de sombra a sombra. Una bolsa de lona amortiguaba la luz de la cabeza de su bastón. Su capa oscura se mezclaba con la noche, y había poco al descubierto para verla, pero aún así su corazón golpeaba en su garganta con cada paso.

No era el que la descubrieran lo que temía. Era el fracaso. Sólo tenía una oportunidad para esto.

Un único guardia solitario estaba sentado en una silla de madera inclinada sobre el lateral sotavento de la prisión, fumando de una pipa llena de las hierbas de olor acre que los Marqueños habían empezado a fumar a falta de nada mejor durante la Ruina. Su bol brillaba de un rojo cereza en la penumbra.

Él no podía ver la puerta desde allí, pero Isseya suponía que no lo necesitaba; si Smoke se soltaba, lo habría sabido desde donde se sentara.

El guarda no podía ver a Isseya aproximarse tampoco, pero ella no tenía intención de arriesgarse a que la descubrieran. Podría escucharla dentro, o cambiar de posición mientras ella trabajaba y pillarla mientras salía, y todo estaría arruinado.

Cuidadosamente, ella se extendió hacia el Velo, manteniendo un ojo sobre el fumador de pipa mientras observaba el resplandor de su bastón en la periferia. La piedra en forma de lágrima sobre la cabeza del bastón vibró silenciosamente mientras la magia empezaba

a fluir a través del conducto, pero la bolsa que había atado sobre ella era suficiente como para amortiguar su luz. No hubo ningún brillo revelador mientras Isseya dibujaba las formas de su hechizo dándoles vida, y no hubo ningún sonido mientras lo liberaba, entrelazando al guardia solitario en el sueño.

Cayó en su silla. La pipa se cayó de su boca, derramando sus ascuas sobre la tierra apretada en un arco ardiente que parpadeó y se oscureció. Isseya caminó sobre ellas, sacó la llave del guardia de su cinturón, y fue a la puerta de la prisión.

No estaba cerrada. Un poste de madera robusto, más grueso que su muñeca, cerraba las puertas. Había marcas de garras grabadas profundamente en las puertas, dejando agujeros astillados por los que Isseya podía ver a través, aún así pese a las marcas obvias de la ira del grifo, la propia Smoke no estaba a la vista.

Isseya alzó el poste de la barricada de sus ganchos, lo inclinó contra la pared, y abrió la puerta.

Smoke estaba agachada sobre un revuelto de mantas sucias, destrozadas, en el interior. Una pesada cadena de acero iba de un collar amplio como un grillete alrededor del cuello del grifo hasta un poste que había sido amartillado profundamente en la tierra. Un bozal oscuro de metal cerraba su pico, aplastando las plumas a su alrededor. Sus superficies superiores estaban llenas de sangre de las toses y estornudos del grifo. Grandes parches de su cuerpo habían sido desprovistos de pelos y plumas, y en la piel desnuda Isseya vio ecos de la corrupción que había afectado a Tusk en Weisshaupt.

Los ojos del grifo, negros y amarillos en la oscuridad, ardían con una ira que Isseya se doblaba del dolor al verlos. La cadena alrededor de su cuello claqueteaba con la intensidad de su odio. Un siseo se escapó del pico amordazado de Smoke mientras miraba a la elfa, apagándose en una serie de toses secas y estornudos que dejaron su bozal y mantas salpicados de una nueva neblina de sangre.

Los Marqueños habían roto los muros de madera entre las celdas individuales para ampliar el espacio para el grifo, pero la prisión seguía siendo estrecha y miserable, completamente indigna de su presencia. Incluso si Smoke no hubiera estado encadenada en el sitio, apenas tenía espacio para alzar la cabeza o extender las alas. El lugar apestaba a orina vieja y a enfermedad y desesperación, e Isseya no sabía a qué le tenía más lástima: a Smoke, por tener que estar aquí, o a Amadis, por no tener ningún lugar mejor para confinar a su atesorada amiga.

Pero acabaría pronto. Había un pequeño consuelo en eso.

—Estarás en paz, —murmuró Isseya, insegura de si estaba hablándole a los grifos o a sí misma. Tocó el Velo de nuevo, tirando de un esquife de magia tan etéreo como la niebla, y lo hizo girar en otro hechizo de sueño.

Smoke se resistió a él por un largo tiempo, luchando contra la magia por el puro hecho de tener algo contra lo que luchar, pero finalmente su voluntad se debilitó y el sueño encantado cogió agarre.

E Isseya, llevando un cuchillo y una infinidad de pena, fue hacia ella.

* * *

Se fue antes del amanecer. El guardia fumador de pipa aún estaba dormido en el suelo fuera, sus labios temblando suavemente con ronquidos. Dentro de la prisión, el cuerpo emplumado de Smoke era un bulto sin vida en la penumbra, drenado de la rabia y la tensión que habían envenenado sus últimos días. Isseya esperaba que el grifo hubiera encontrado la paz, donde fuera que hubiera ido su alma.

Los huevos eran una carga cálida anidada cerca contra su piel. Isseya los había atado en un trineo acolchado, muy similar al que los Dalishanos usaban para tirar de sus bebés mientras viajaban, y los cubrió bajo su capa. Pesaban sobre sus hombros, pero aligeraban su corazón.

No había ponzoña en ellos. El mayor temor de Isseya había sido que los huevos hubieran sido ya irrevocablemente corrompidos por la misma plaga que había afligido a su madre y a tantos de sus congéneres. Pero en aquellas vidas diminutas, durmientes, esa maldición hacía eco mucho más levemente, y ella creía que había tenido éxito al sacarla.

Lo había hecho atrayéndola hacia sí misma. No había, por lo que sabía Isseya, ninguna forma de destruir la ponzoña de los engendros tenebrosos una vez que tomaba agarre sobre una criatura viviente. Crecía y se extendía como el cáncer, y ella nunca había oído hablar de una cura. Sólo estaba la Unión, y eso sólo era un retraso.

Pero en los huevos —en esas criaturas sin formar, embriónicas— había poco que anclara la ponzoña, y había sido capaz de sacarla. No podía destruirla, pero podía transferirla de los grifos nonatos hacia su propio cuerpo. Y eso había hecho.

No la había hecho enfermar más. Isseya se había preocupado por que pudiera, y que pudiera no ser capaz de alcanzar el santuario donde había planeado esconder los huevos… pero sintió pocos efectos de enfermedad por la corrupción añadida. Sólo una pesadez persistente en su abdomen, como si se hubiera tragado algo grande que no pudiera digerir del todo, y un borrón de oscuridad aceitosa en las esquinas de su visión cuando volvía la cabeza demasiado rápido. Un frío adormecedor constante, hormigueante en sus extremidades; no parecía poder calentar sus manos o pies sin importar cuánto los frotara.

Pero no la frenaría, y eso era todo lo que importaba.

Revas estaba esperando en los muros de Refugio Celeste, en el mismo lugar en el que se había posado durante las guerras. Pero donde diez o más grifos habían peleado y se habían ignorado altivamente los unos a los otros, ahora el grifo negro era el único allí. Solo entre las almenas, se erguía en silueta contra el cielo iluminado.

Bajó en un resplandor de alas negras cuando vio a Isseya. Revas olfateó el saco de huevos, tensando las plumas de su nuca con curiosidad, pero cuando la elfa la rechazó, se enojó y esperó a que su jinete subiera.

Un dolor profundo de nostalgia se apoderó de Isseya mientras se alzaba hasta la silla de montar bien desgastada. Este podría ser, con toda probabilidad, su último vuelo.

Primero irían a los Anderfels, donde había buscado un refugio cuidadoso para los huevos de Smoke. Después de que los huevos fueran asegurados, ella y Revas volverían a Weisshaupt. Allí, Isseya pretendía esconder su diario, y sus doce años de secretos, tras una serie de encantamientos que nadie salvo un elfo desharía probablemente.

Lo que le había dicho a Amadis era cierto: no creía que el Primer Guarda mereciera tener el destino de los futuros grifos en sus manos. Él era el que le había ordenado que usara magia de sangre en los animales, una y otra vez. Él era el que había ignorado las advertencias de los no afligidos y había abierto las puertas a que la ponzoña de los engendros tenebrosos se convirtiera en un contagio. Y él era el que no sólo había actuado demasiado perezosamente para reforzar una cuarentena, sino que había ordenado a sus Guardas que volaran por todo Thedas para ayudar a construir la nueva paz… y a esparcir la plaga de los grifos a cada nación conocida. *Incluso si actúa esta noche*, pensó ella, *será demasiado tarde.* Este mismo segundo, era demasiado tarde.

Pero Isseya aún quería que los Guardas Grises fueran los que despertaran a los grifos, si llegaba y cuando llegara ese día. No quería que ese compañerismo se desvaneciera para siempre. Lo que ella había experimentado con Revas, y Garahel con Crookytail, y Amadis con Smoke… Esa era una amistad demasiado preciosa y poderosa como para que se perdiera completamente con los años.

Así que ocultaría sus tesoros, y dejaría su rastro, y entonces lo dejaría al destino para que decidiera qué sería de ellos.

Cuando estuvo hecho, ella y Revas abdicaron formalmente de sus deberes y se embarcaron en su Llamada. No serían el primer equipo en hacerlo juntos, ni el último. En los meses recientes, como la naturaleza y extensión de la plaga de ira había revelado, muchos de los Guardas Grises que habían pasado años junto a sus compañeros emplumados habían escogido partir de esa manera. La furia salvaje que se apoderó de las bestias fue vista como su versión de la Llamada, y los Guardas más leales escogieron luchar junto a sus veteranos grifos una última vez. Incluso si su propia Llamada aún no estaba sobre ellos, pocos querían vivir en un mundo sin grifos.

Isseya no quería. Y no lo haría.

Ella tocó el cuello de Revas ligeramente. Las plumas eran más pequeñas allí, y más suaves. En la juventud del grifo habían sido negras medianoche, y a veces brillaban con iridiscencia como el verde en la cabeza de un draco real. Ahora eran grises en la noche suave antes del amanecer, y serían blancas al sol, y se sentían desgastadas e insustanciales bajo sus dedos. El tiempo y la Ruina no habían sido amables con ninguna de ellas.

Pero hoy estaban aquí. Juntas. Hoy tendrían un último vuelo.

—Revas, —susurró ella—, *Elévate*.

25
9:42 DRAGÓN

—¿Estás diciendo que aún hay grifos en el mundo? —preguntó Caronel, aturdido.

—No con seguridad, —admitió Valya—. Su magia protectora podría haber fallado, o algún draco hambriento podría haber caído sobre los huevos y habérselos comido. Quizás Isseya no purificó la ponzoña de los huevos tan completamente como pensaba. Cuatrocientos años es mucho tiempo, y su cordura estaba fallando cuando los escondió, fue bastante clara acerca de eso. Muchas cosas podrían haber ido mal. Pero… creo que hay una posibilidad, sí. Sí que creo que hay una posibilidad.

Juntos se habían librado de las estepas polvorientas, embarradas, de los Anderfels: Reimas, Sekah, Caronel y Valya. Sus tres amigos habían aceptado acompañarla a la Tumba de la Novia Roja con la fuerza de su promesa de que les explicaría sus motivos tras abandonar Weisshaupt. Tras un viaje de casi un día, el Diente Roto era una sombra en receso sobre el horizonte sur, su lateral occidental pintado de rojo por un haz de atardecer, y Valya había decidido que era hora de revelar lo que sabía.

—Cuando Isseya escondió los huevos allí, aún no era un templo. La similitud con Andraste estaba ahí, tallada en la piedra por manos desconocidas, pero no había ningún monje. Los Anderfels estaban demasiado devastados por la Ruina como para que tal asentamiento hubiera sobrevivido. En esa época era la cueva de un dragón, e Isseya pensó que la bestia sería una buena guardiana para los huevos.

—¿No estaba preocupada por que se los comiera? —preguntó Reimas, con un toque de humor que sorprendió a Valya, viniendo de la melancólica templaria.

La maga elfa sacudió la cabeza.

—Ella los escondió. No sé cómo, específicamente. Supongo que lo averiguaremos cuando lleguemos allí. Todo lo que sé es que involucraba "muros de magia y muros de piedra"

—Y muros de huesos inquietos chamuscados, —dijo Caronel, imitando su entonación. Puso una cara irónica—. Lo siento. La poesía espontánea debería ser castigada a porrazos, lo sé. Pero el hecho sigue ahí: *hay* no-muertos en la Tumba de la Novia Roja. Mientras que ahora entiendo por qué querías ir allí, y estoy completamente de acuerdo en que la posibilidad de los grifos requiere una exploración, no va a ser fácil. ¿Estás bastante segura de que no quieres pedir apoyo al Primer Guarda?

—No, —dijo Valya, incluso mientras reconocía y agradecía internamente su cuestionamiento a su juicio—. No tengo ni idea de qué encontraremos allí. Sea lo que sea, aún así, sé que quiero que seamos los que decidamos qué se hará con ello. Nosotros cuatro. No el Primer Guarda, no el Alto Agente, ni el Chambelán de los Grises. No confío en que le hagan bien a los grifos por poder o política. Os pedí a vosotros tres que os unierais a mí porque *sí* confío en vosotros.

—Dos magos, un Guarda Gris y una templaria, —musitó Sekah en voz alta, toqueteando los tallados que se arremolinaban por la madera de ébano de su bastón. Sus

ojos oscuros, siempre sombríos, descansaron en cada uno de ellos por turnos como si gravemente midiera su valor. En ese momento, parecía más infantil de lo que Valya lo había visto nunca, y aún así más adulto también—. Suena como el comienzo de un mal chiste, pero hacemos una fuerza formidable. Deberíamos tener una oportunidad.

—No tienes ni idea de lo que hay en el Templo, —objetó Caronel.

La joven maga se encogió de hombros, volviéndose para mirar al elfo con la misma mirada solemne.

—¿Me equivoco?

El Guarda alzó las manos teatralmente. Su caballo relinchó y se sobresaltó, malinterpretando el gesto como de agitación genuina; Caronel tuvo que agarrar las riendas rápidamente para calmarlo de nuevo.

—Ni siquiera puedo manejar un caballo, —gruñó el elfo cuando estuvo adecuadamente calmado.

—No tengo mucho optimismo acerca de las sombras o los esqueletos mascullantes.

—¿De verdad mascullan? —preguntó Valya, curiosa sin querer.

—No puedo saberlo, —dijo Caronel—. No pude escuchar mucho por encima de nuestros gritos. Ciertamente tienen colmillos, aún así. —Él sacudió las riendas del caballo, urgiendo al caballo de color arena hacia el norte a un medio galope que pronto se distanció del resto.

—No era ni de cerca tan frívolo acerca de eso antes, —murmuró Valya cuando el otro elfo estuvo fuera del alcance de su oído.

Sólo Reimas estaba lo suficientemente cerca como para escucharla. La templaria se encogió de hombros, ajustando el escudo de acero redondo sobre sus hombros mientras su propio caballo trotaba sin prisas tras el de Caronel. Una vez había llevado la espada flameante de los templarios, pero había pintado sobre el sello original con un simple cheurón de azul sobre gris: los colores de los Guardas, si no su diseño.

—Todo el mundo trata con el miedo de una forma diferente. Algunos rugiéndole, otros riendo.

—Creo que prefiero el rugido, —dijo Valya—. La risa me pone nerviosa. —Ella empujó su propio gris moteado tras el Guarda. La luz estaba cayendo rápidamente, y estaban en un mal lugar para acampar. Las tormentas de arena eran una amenaza constante en invierno, y fácilmente podían demostrar ser fatales para los no refugiados.

Era una tierra sombría por la que viajaron. Weisshaupt había sido tallado en un terreno prohibitivo, y las estepas al norte de él pronto dieron paso a una corteza seca, agrietada, de tierra que se negaba a mantener siquiera las hierbas sueltas y la maleza espinosa que a duras penas tenía una insignificante existencia más cerca de la fortaleza. Una escarcha de blanco salino bañaba las placas rotas del suelo. Las pezuñas de sus caballos las golpearon hasta hacerlas polvo, y golpeaba ferozmente los ojos de Valya cada vez que el más ligero viento se levantaba.

Delante, una amplia franja de verde marcaba el flujo lejano del Río Lattenfluss. Habían encontrado cierto respiro allí, y sus caballos tendrían bastante que pastar… pero

entonces la tierra se volvería aún más dura. Alrededor de las Colinas Errantes, se decía, la tierra estaba teñida de un rojo indeleble por la sangre de todos aquellos que habían sufrido y muerto durante la Primera Ruina.

Valya pensaba que eso era un poco de adorno de bardo, pero no podía negar que dudaba un poco ante el pensamiento de cruzar aquellas colinas áridas. Muchos morían de exposición en las Colinas Errantes; muchos más se asfixiaban a muerte o se les desgarraba la piel en tormentas de arena. Otros se perdían tan desesperanzadamente que, como sugería el nombre del lugar, erraban infructuosamente entre sus cuestas mortalmente secas hasta que finalmente, inevitablemente, perecían.

—¿Qué pretendes hacer con los grifos? —preguntó Reimas mientras sus caballos trotaban hacia el verde alimentado por el río de delante. Estaba casi anocheciendo, y las formas de los árboles que perfilaban el Lattenfluss estaban desvaneciéndose en el borrón azul del anochecer—. Asumiendo que hay huevos, y que han sobrevivido todo este tiempo, y que la hermana de Garahel tuviera éxito al purgarlos de la ponzoña de los engendros tenebrosos… ¿Cuál es tu plan para ellos?

—No estoy segura, —confesó Valya—. Isseya creía que los Guardas Grises serían los mejores cuidadores, una vez que hubieran tenido el tiempo suficiente como para reflexionar y corregir los errores de una era anterior. No puedo pensar en nadie mejor. ¿Vosotros podéis?

—Quizás no necesitan un amo. Podrían salir en libertad, —dijo Reimas, barriendo una mano abierta sobre las estepas iluminadas por el crepúsculo.

Valya le dio a la templaria media sonrisa.

—¿Como recién nacidos? Morirán en horas. No, no son más capaces de tener ese tipo de libertad de lo que lo somos nosotros. Necesitarán comida, refugio, agua. Espacio de corral, y lugares para sus nidos, si viven lo suficiente como para tener descendencia. No sé dónde encontrar nada de eso fuera de Weisshaupt. No sé si hay alguna otra opción salvo esperar que los Guardas hayan aprendido la lección que Isseya rogaba que hubieran hecho, y confiar que todos tengan más cuidado de sus cargas esta vez.

—Podrían, —concedió Reimas—. Una cosa que nos enseñaron como templarios es que, en momentos de duda, siempre debes dar a la gente la oportunidad de hacer el bien. A veces te sorprenden. A veces no.

—¿Cuál es la sorpresa?

Ahora fue el turno de la templaria de ofrecer una sonrisa pequeña, sin acabar, apenas visible en la oscuridad.

—Que nadie realmente le da a nadie más la oportunidad.

* * *

Alcanzaron las Colinas Errantes una semana más tarde. Las colinas se alzaban irregularmente sobre una nube arremolinada de polvo rojo, que resaltaba por la tierra embarrada en una ventisca interminable, sofocante. Valya y sus compañeros habían

envuelto bufandas húmedas alrededor de sus narices y bocas para contener el polvo. La hacía sentir como si estuviera aproximándose al Santuario de la Novia Roja como lo había hecho Isseya, viéndolo a través de los mismos ojos como la otra elfa.

Ciertamente las colinas parecían intactas por el tiempo. Las Colinas Errantes parecían más una ficción de pesadilla del Velo que un lugar real en Thedas. Brillante y prohibitivas surcaban el cielo, y parecían marchar por siempre. El remolino sin cesar de vientos cargados de arena en su base hacía que pareciera que flotaban en un banco de neblina carmesí, libre de ningún ancla terrenal.

Se decía que la gente de Orth vivía en aquellas colinas, pero Valya no podía imaginar nada en aquellas piedras rojas que pudiera albergar vida. No había habido nada de hierba en millas, ni agua que hubiera visto. Rocas negras dispersas sobresalían de la tierra llana como costras sobre heridas ostentosas. La única cosa de belleza, en cualquier lugar a la vista, era el sereno rostro de Andraste tallado en un risco a media milla de distancia.

La cara de la Novia estaba apartando la mirada de ellos. Todo lo que podían ver desde aquí era la suave curva de su mantón, un bucle de pelo, y la sugerencia de una sonrisa paciente. Los pétalos de una lila de agua eran visibles, adornando el cuello de Andraste; Valya había leído en alguna parte que los primeros artistas en los Anderfels habían sido encantados por la idea de una tierra tan rica en agua que podría tener especies enteras de flores que flotaban en lagos. Les parecía un paraíso imposible, y por lo tanto lo incluían en sus descripciones de la Novia del Hacedor.

—Las cuevas están al otro lado, —dijo Caronel a través de la bufanda que cubría su cara. Durante los pocos días previos, su frivolidad se había drenado, y ahora que estaban a la vista de la Tumba de la Novia Roja, la tensión en la voz del Guarda era lo suficientemente densa como para agrietarse—. Tan pronto como entremos, los muertos vivientes atacarán.

—Entonces sólo tendremos que estar preparados para ellos, —dijo Valya. *Si podemos estarlo.*

Bajando sus cabezas contra la mugre que soplaba, rodearon y entraron entre las colinas que se alzaban hasta que alcanzaron aquella que perforaba el semblante de Andraste. Las aperturas hacia las cuevas de los monjes muertos abrían celdas en el tercio superior del muro regularmente erosionado como losas perdidas de un mosaico. En la base de la colina, una pequeña hendidura ofrecía cierto refugio del viento. Mientras que no protegería contra las auténticas tormentas de arena reales de los Anderfels, era suficiente como para que Valya se sintiera cómoda dejando atrás a los caballos por un par de horas. Si el Hacedor lo quería, no se irían más tiempo que eso.

Reimas, que era la trepadora más fuerte entre ellos, subió primero. La templaria apartó su pesado escudo, hacha larga, y placas, dejándolos anclados para que Caronel los llevara tras ella, y empezó el ascenso. Con pie seguro como una araña, trepó por la cara astillada del risco, y una red fina de cuerdas y pitones saltó tras ella.

Cuando estuvo a medio camino de las entradas de las cuevas, Caronel empezó a trepar tras ella. Sekah le siguió, y Valya subió la última.

La piedra estaba profundamente perforada, y las cuerdas hacían mucho más fácil subir la roca, pero un sudor arcilloso rompió en la espalda de Valya mientras trepaba. Un polvo rojo a la deriva pronto ocultó la tierra, y mientras que era en cierto modo piadoso no ver lo lejos que tendría que caer, el no tener nada sólido para saludar sus miradas hacia abajo no ayudaba para evitar su mareo. Varias veces el viento empujaba a la elfa en las cuerdas, y ella tenía que detenerse, apretar los ojos, y recordarse a sí misma que tenía que respirar antes de poder continuar hacia arriba.

Sus hombros estaban ardiendo y sus piernas temblando cuando llegó a la cima y Caronel tiró de ella hacia dentro de la caverna. Jadeando, Valya se sentó con su espalda presionada firmemente contra un muro y esperó a que su corazón dejara de correr. Cuando su respiración estuvo más o menos calmada, finalmente se atrevió a abrir los ojos.

Reimas había sacado una antorcha para iluminar la caverna, que cayó rápidamente en la oscuridad pasando su apertura. Valya sólo podía atisbar las redes de túneles de otras cuevas de monjes a veinte pies hacia el interior. Más atrás, sólo había negrura.

Ella no se percató al principio, aún así, porque su atención estaba secuestrada por una alfombra de pájaros muertos que se amontonaban en la entrada.

Debía haber habido cerca de cien de ellos. Iban de los buitres de cabeza calva hasta los ciprínidos de rocas come-insectos, y estaban dispersos por el suelo de la caverna en una fila oscilante que terminaba donde empezaba la oscuridad. Algunos eran tan viejos que quedaba poco de ellos salvo cascarones momificados de plumas cubiertas de polvo sobre los huesos; otros eran lo suficientemente frescos como para que aún olieran a carne podrida.

La nuca de Valya se erizó mientras se erizó mientras se daba cuenta de que los cuerpos de los pájaros recorrían el patrón del movimiento de la luz en la cueva. Donde siempre alcanzaba el sol, no había pájaros muertos. Pero donde la escasa luz del sol daba paso a las sombras, cambiando a lo largo del día, los cuerpos yacían densos… y estaban apilados en lo más alto donde la oscuridad nunca flaqueaba.

—Cazan en la oscuridad, —murmuró Sekah, alzando su bastón mientras miraba hacia los cuerpos emplumados—. Cazan en la oscuridad, y temen la luz.

—Quizás, —dijo Valya. Ella desató su propio bastón de su espalda e invocó una chispa de magia del Velo. Luz azul salió del ágata pálido del bastón, dirigiendo la penumbra de vuelta mucho más lejos de lo que podía hacerlo la antorcha de Reimas. La capa de polvo en las profundidades del túnel era más fina que cerca de la entrada, pero había suficiente como para mostrar los perfiles fantasmales de pies humanos en polvo rojo.

No, no humanos, pensó Valya. *Aquellos son los pasos de pies de cadáveres*.

Clavando su antorcha en una grieta en el muro de la cueva, Reimas se volvió a atar su armadura, ató su escudo en su brazo izquierdo, y alzó su hacha larga retorcida.

—¿Preparados?

—No importa, —dijo Caronel, caminando junto la luz de Valya y la llama humeante de la antorcha. Su mandíbula estaba bien apretada—. Estamos aquí.

Los percibió antes de verlos. La debilidad la alcanzó desde la oscuridad, absorbiendo el calor de su cuerpo y la fuerza de sus extremidades. Sombras.

Un susurro llenó los oídos de Valya: la lengua de pesadilla de los demonios. Se acercaba desde todas partes, aplastándola con claustrofobia, incluso aunque supiera —o *pensaba* que sabía— que sólo la luz del sol y el aire limpio estaban tras ella.

Esa luz bien podría haber estado al otro lado del mundo. Lo que la rodeaba ahora era el terror y la fragilidad y la muerte. Escuchó a Sekah jadear tras ella, y supo que él había sentido lo mismo.

—¡Salid, bastardos! —bramó Caronel hacia la oscuridad. Una sacudida chisporroteante de energía espiritual se reunió alrededor de su espada desnuda y aulló en la penumbra, chisporroteando mientras golpeaba algún enemigo que ninguno de ellos podía ver—. ¡Enfrentaos a nosotros si os atrevéis!

Lo hicieron.

Los cuerpos momificados vinieron tambaleándose primero, algunos en los restos de la armadura de los Guardas Grises, otros en los restos de las túnicas de los antiguos monjes, un par sin nada salvo sus huesos descoloridos. Su pelo y barbas colgaban en rastas deshilachadas con costras de polvo rojo ladrillo. Su piel amarilla pergamino, estirada tensamente sobre sus cráneos, había desgarrados sus bocas demoníacamente deformes. Aleteaba en bordes de papel alrededor de sonrisas colmilludas inmóviles. En los pozos negros de sus ojos, ardía la locura: la furia demente de los demonios que se habían atrapado a sí mismos inconscientemente en aquellos caparazones muertos.

Valya se tambaleó lejos de ellos, temblando con terror. Los pájaros muertos crujían bajo sus pies mientras ella tanteaba a ciegas de espaldas. Tras el muro de huesos tambaleantes, las sombras salían de las profundidades de la caverna. Una oscuridad aceitosa, fluyente, llenó sus formas alienígenas, dadas forma por tiras gruesas y capuchas hechas de algo que no era tela y no era cuero y podrían no haber sido sólidas en absoluto. Un único punto de luz espeluznante brillaba en el centro de cada cabeza de cada sombra, de algún modo sin iluminar nada.

—Luchad, —gritó Sekah junto a ella, empujando a la elfa en la espalda—. *Luchad,* a no ser que queráis uniros a ellos.

El grito y el empujón sobresaltaron a Valya sacándola de su parálisis. El miedo mantuvo sus garras profundamente en ella, pero ella alzó su bastón y se extendió, temblando, en busca del Velo. La magia la llenó, estallando a través del ágata del bastón mientras una serie de rayos espirituales incandescentes. Ella los lanzó a los esqueletos y a las sombras sin rostro a la deriva, y alrededor de ella la caverna se iluminó con los hechizos de los otros.

Reimas se abrió paso con los hombros pasando a los magos para tomar el frente, alzando su escudo contra el claqueteo de las dagas de los esqueletos. Algunos de los monjes llevaban cuchillos de bronce antiguos, y los Guardas tenían las armas con las que

habían muerto, pero otros esqueletos sólo tenían trozos de piedra y óxido en sus manos huesudas.

Parecían lo suficientemente letales, aún así, y dejaron largos surcos en la pintura del escudo de la templaria. Reimas luchó en un silencio sombrío, golpeando cráneos con su escudo y cortando sombras con poderosos barridos de su hacha larga. Caronel estaba junto a ella, rodeada de un escudo de fuerza arcana brillante que reflejaba o absorbía las puñaladas de los esqueletos. Su espada era una baliza brillante, toda su longitud de acero brillando tan brillante como el cristal de cualquier mago.

Una energía oscura se arremolinó alrededor de los dos, succionando la vida de sus cuerpos y atrayéndola hacia las sombras. Parecía restaurar a los demonios casi tan rápidamente como Reimas y Caronel podían herirles. Peor aún, les debilitaba y ralentizaba a ellos, forzándoles a bajar la guardia y a dejar que los muertos enfadados sacaran sangre con sus burdos cuchillos.

Los rayos espirituales no son suficientes. Valya se extendió en busca de un hechizo más fuerte. Sólo lo había probado un par de veces en el Círculo y no estaba segura de que pudiera controlarlo en el caos de la lucha, pero tenía que hacer algo antes de que sus amigos cayeran ante las sombras. La electricidad chisporroteó a su alrededor, alzando su pelo sobre sus extremos…

Y entonces algo enorme y oscuro y frío la golpeó en la espalda. Heló la sangre de sus venas, y el relámpago incipiente siseó hasta convertirse en inútiles chispas. Valya cayó de rodillas, jadeando en busca de aliento.

Otra sombra se había materializado tras ella. Ella alzó la mirada a través de un borrón de lágrimas de pánico hacia la oscuridad ardiente de su capucha. Su ojo sin párpados bajó la mirada hacia ella como una fría luna azul, inhumana y despiadada. Un vapor teñido emanaba de sus garras, y donde el vapor viajaba sobre su piel, la carne de la elfa se volvía blanca y débil.

Valya reptó por el suelo, tanteando en busca de su bastón. Lo había soltado cuando se había caído, y en el pánico no podía encontrarlo. Sólo los cuerpos de los pájaros muertos encontraron sus manos, aplastándose en plumas y huesos quebradizos, inútiles, cuando los agarraba.

La sombra graznaba en su lengua insignificante mientras se acercaba a ella, su aliento desagradable y extrañamente caliente contra el frío de su presencia. Desesperadamente Valya extendió el brazo hacia el pequeño cuchillo que escondía en sus túnicas, sabiendo que no le ayudaría contra una cosa como esta. Sus dedos temblorosos se cerraron alrededor de la empuñadura de cuerno y ella tiró, cerrando los ojos contra la seguridad de su propia perdición.

Cuando los abrió, la sombra estaba congelada sobre ella, arqueada tensamente con su pecho cruzado de tiras hacia fuera, como si hubiera sido apuñalada en la espalda. Un instante más tarde colapsó en un humo embarrado y desapareció.

Sekah se levantó tras ella, su bastón apuntando al espacio vacío donde la sombra había estado. Sus ojos eran enormes.

—¿Está muerta?

—Está muerta. —Valya reptó para ponerse en pie, escupiendo el sabor de su propio miedo. Su bastón yacía contra el muro de la caverna tras ella. Había estado al alcance de su brazo todo el tiempo. Ella lo atrapó, sacudiendo el polvo y las plumas que se aferraban a la madera nudosa.

Reimas y Caronel estaban espalda contra espalda. El elfo estaba sangrando de una docena de pequeñas heridas, y su escudo brillante se había adelgazado hasta ser tan insustancial como una burbuja de jabón. El sudor y la sangre lamían el pelo de la templaria hasta la frente, pero nunca bajó su hacha larga para limpiárselo. Los esqueletos a su alrededor se habían ido, reducidos a escombros de huesos en un burdo anillo alrededor de los dos, y la última de las sombras estaba cayendo.

En su lugar, un nuevo enemigo se había alzado: una criatura demacrada, retorcida, de cenizas que se alzaba sobre el Guarda y la templaria. Su cuerpo era un pilar retorcido de humo, su sección media una enorme boca perfilada de dientes al rojo vivo. El calor distorsionaba el aire alrededor de su cuerpo.

Un espectro de ceniza. Valya había leído de tales enemigos durante sus estudios en el Círculo, justo como había leído de las sombras y esqueletos, pero mientras que había pensado que podría luchar contra los demonios inferiores algún día, nunca había esperado de verdad enfrentarse a un espectro de ceniza.

Golpeó a Reimas y Caronel en un remolino cegador, sus garras emborronadas por su nube que le rodeaba de cenizas de forma que Valya no podía decir si realmente le habían crecido cuatro brazos más o sólo lo parecía por la agilidad de sus movimientos. Cuando el arrebato del espectro de ceniza cesó, el elfo estaba yaciendo insensible en un charco de su propia sangre, y Reimas se sacudió contra un muro, aferrando su escudo débilmente en busca de apoyo. Ambos parecían estar muriendo, y rápido.

Valya lanzó un estallido de frío invernal sobre la forma prona de Caronel, golpeando al espectro de cenizas y congelando una porción del infierno que conformaba su cuerpo fantasmal. Las cenizas ahogadas de escarcha cayeron en un siseo de vapor, y la criatura volvió los pozos brillantes de sus ojos sobre ella.

Se encogió y saltó con una velocidad imposible, comprimiéndose contra el techo de la caverna y bajando en un torrente de calor ampollante. Valya tuvo sólo el tiempo suficiente como para anclar una hebra del Velo en sí misma antes de que el espectro de cenizas aterrizara, aplastándola bajo su furia y peso.

Motas negras y rojas cayeron en aguanieve por su visión. Su pecho se hinchaba en agonía y sus pulmones se llenaron del hedor de la carne ardiendo… la suya propia, lo sabía, pero esa revelación parecía pequeña y poco importante. La única cosa que la mantuvo viva fue la delgada hebra de magia sanadora, zumbando a través de su centro y sanándola justo lo suficiente como para mantenerla a este lado de la muerte.

No podía levantarse, aún así. No tenía ocasión de defenderse a sí misma contra el espectro de cenizas. Ni siquiera tenía que *moverse* para acabar con ella; todo lo que tenía

que hacer era sentarse ahí y dejar que su calor abrasador y su grueso la aplastaran pasivamente hasta la muerte.

Pero se movió de todos modos. No hacia Valya, que parecía pensar que ya estaba muerta, sino en otro salto ágil hacia Sekah, la última en pie. Él se había retirado hasta la pálida franja de luz del sol que atravesaba la entrada a la caverna.

El joven mago no flaqueó ni vaciló mientras el salto del espectro de cenizas le lanzaba a las sombras. No trató de defenderse tampoco. Valya le observó con una incredulidad horrorizada mientras Sekah hacía girar una red de maná brillante en su lugar, acompasando a sus aliados caídos en una oleada de energía sanadora. La fuerza fluyó de vuelta al cuerpo de Valya, aliviando el dolor aplastante en su pecho y restaurando la sensación en sus extremidades. El metal claqueteaba contra el metal mientras Reimas se movía a otra parte fuera de la vista, y Valya escuchaba a Caronel maldecir poderosamente a sus heridas.

Entonces el espectro cayó sobre Sekah, y la magia murió con su hacedor.

Valya lanzó otro estallido de frío mientras era realmente consciente de lo que estaba haciendo. El hielo iba en cascada desde su bastón y su palma abierta, una y otra vez, más rápido y más poderoso que ningún hechizo que la elfa hubiera logrado nunca antes. Copos de nieve azotaban su pelo y escarchaban sus dedos alrededor de la madera del bastón, pero ella nunca los sintió a través de la fuerza de su rabia.

Caronel llegó a erguirse junto a ella, añadiendo sus propios hechizos a los de ella. Reimas caminó pasándolos, aplastando las piezas congeladas del cuerpo del espectro de cenizas con su hacha larga. Golpeó hacia la templaria, pero ella apartó sus garras con el escudo y continuó su asalto.

En unos momentos en espectro desapareció, reducido a trozos de hielo fundido y una corriente final de humo lleno de cenizas, y el cuerpo aplastado de Sekah surgió a la vista donde había estado.

Estaba muerto. Lo que quedaba había sido golpeado y quemado casi más allá del reconocimiento, y Valya ahogó un sollozo audible cuando lo vio. Había pensado que había estado preparada para correr el riesgo de aventurarse en la Tumba de la Novia Roja… pero nunca había profundizado en que ninguno de ellos pudiera morir haciendo esto. Ella entendía, ahora, el horror que Isseya había sentido cuando había visto por primera vez a sus compañeros morir ante el Archidemonio.

De repente la promesa de los grifos parecía infinitamente menos tentadora. Y más importante, porque Valya no podía soportar el pensamiento de vivir si Sekah hubiera muerto para nada.

Reimas bajó su hacha larga cansada. Dejando caer su escudo, la templaria limpió la sangre y el sudor de su cara. Hizo una señal pía sobre el cuerpo de Sekah y, moviéndose pasándolos, bajó la mirada hacia el túnel desde el que habían venido las sombras y los esqueletos.

—Ese fue el último. No creo que venga ninguno más.

Caronel limpió su espada con su propia tela y la envainó.

—Le honraremos en Weisshaupt, —le dijo a Valya. El Guarda presionó una mano contra las peores de sus heridas restantes, sellándolas con una oleada menor de magia. Atendió también a Reimas, y a Valya, aunque no había pedido sus atenciones y no las quería particularmente. *Merecía* hacer el resto de este viaje adolorida.

Pero, planamente, lo que la gente merecía no importaba, o habría sido ella y no Sekah la que estuviera en esa piedra salpicada de sangre.

Valya aceptó la sanación con un asentimiento mudo de agradecimiento. Había una capa de repuesto en su mochila, y ella la extendió sobre su amigo caído para cubrirle lo mejor que pudo.

Entonces ella se irguió, cuadrando sus hombros. Hablando rápidamente para evitar ahogarse en su propia pena, dijo:

—Los huevos fueron escondidos en la guarida de un dragón. Isseya pensó que una madre dragón lo suficientemente formidable como para proteger sus propios huevos serviría bien como una guardiana inconsciente para los de los grifos, también. No hay muchos pasadizos en este lugar lo suficientemente grandes como para admitir a un alto dragón, así que imagino que solo tenemos que encontrar uno y ese nos llevará a la guarida.

Reimas asintió, aunque la seria compasión en la cara de la templaria le dijo a Valya que la humana no había sido engañada por su intento de un brusco tono directo.

—Entonces eso es lo que buscaré, —dijo ella, alzando otra antorcha para reemplazar a la que había sido destrozada durante su pelea. Sosteniendo el hierro en alto, la templaria les llevó más profundo hacia el altar abandonado de los monjes.

Era un lugar extraño, triste. El hedor levemente especiado de la muerte del seco desierto llenaba sus salas sin iluminar. Marcas de devoción cubrían sus muros: alcobas para velas de plegarias hacía tiempo extintas, fuentes vacías que una vez habían tenido aguas de lavado, mosaicos destruidos representando la primera Marcha Exaltada y el martirio de Andraste en Minrathous. Los mosaicos habían sido finamente construidos, pese a ser hechos de materiales simples como conchas y cerámicas pintadas, y debía haber llegado a un extraordinario coste en esta tierra pobre y remota. Tras generaciones de abandono, sin embargo, muchas de las losas se habían soltado, mientras que otras se habían atenuado con una patina de polvo seco.

Menos de una hora después de que empezaran su exploración, Reimas se detuvo ante un pasillo vastamente más amplio que ninguno de los que habían visto antes. Ella alzó la antorcha en alto, señalando a los otros que se acercaran hacia delante.

Donde los otros pasillos habían estado derrumbados y diminutos, como uno esperaría de túneles cincelados de piedra sólida por parte de humildes monjes con herramientas simples, este era lo suficientemente amplio como para que dos caminaran lo suficientemente amplia y altamente como para que quedaran dos pies de espacio vacío sobre la cresta del casco de Reimas. Aquí los mosaicos en los muros habían sido diseñados con losas de cristal horneado y piedras de colores costosos, y las alcobas para las velas de oración aún tenían tocones de preciosa cera de abeja.

—Lo convirtieron en una capilla, —jadeó Valya, dándose cuenta de lo que habían hecho los monjes.

—Por supuesto que sí, —dijo Reimas mientras caminaba por el pasillo. Diminutos reflejos, fragmentados de su antorcha brillaban en el cristal como joyas de los mosaicos—. Era la parte más grande de este lugar. Debieron haber pensado que su existencia era una señal de Andraste.

—Siempre que el dragón no estuviera aún viviendo aquí cuando lo encontraron, —notó Caronel. Él y Valya cayeron tras ella, abriendo la boca ante el arte ornamental. Había incluso mosaicos en el techo, representando a los Discípulos de Andraste sobre cuadrifolios azul y dorados.

—No puedo imaginar ningún monje que hubiera sobrevivido para contar el relato. —La templaria se detuvo de nuevo mientras llegaba al final de la sala. Su antorcha se consumió en una corriente. Delante, una enorme cámara se abría, sus recesos lejanos perdidos a las sombras que la antorcha vacilante no podía romper.

Lo que pudieron ver, sin embargo, fue una maravilla de expresión religiosa que parecía imposible en la dureza de los Anderfels. Ni un centímetro de la caverna de piedra se había quedado desnudo. Casi todo estaba bañado en unos tallados dolorosamente detallados, escena tras escena sagrada embebida en la roca con tal precisión minuta que Valya sentía que había diminutas personas atrapadas en la piedra, atrapadas perfectamente entre un latido y el siguiente. Bandas de intricados pergaminos separaban cada escena jeroglífica.

—¿Dónde vas a encontrar los huevos en *esto*? —Logró decir Caronel tras un momento de increíble silencio—. No puede quedar ninguna de las marcas originales.

—Nunca hubo ninguna, —respondió Valya—. Isseya no quería arriesgarse a que se encontraran—. Ella se abrió al Velo de nuevo, como lo había hecho en la biblioteca en Weisshaupt en lo que parecía como hacía mil vidas.

Y justo como entonces, mil vidas antes, el brillo azul verdoso del lirio captó su mirada. No en una caligrafía ornada, como lo había sido en el mapa en Weisshaupt, sino en sólo un borrón leve, irregular, en la pared, tal alto como el brazo de una mujer baja pudiera alcanzar. Quizás una vez había llevado algún mensaje escrito, pero los monjes habían tallado tanto que sólo un borrón troceado permanecía allí.

—Ahí, —dijo Valya, extrayendo más magia y canalizándola en el lirio. El brillo se intensificó hasta que tuvo que encoger los ojos para protegerse de su luminosidad—. Tras la piedra.

—¿Simplemente… la aplastamos? —preguntó Caronel. El resplandor azul intenso se reflejaba en la nariz y mejillas del Guarda elfo mientras alzaba la mirada perplejo.

—No. Debería haber una forma mejor. —Alzando el bastón, Valya continuó para encontrarlo.

Isseya había escondido bien los huevos. Los monjes que habían colonizado el Altar debían haber pasado semanas tallando una representación del Discípulo Havard robando las cenizas de la pira de la Bendita Andraste directamente sobre la piedra marcada en

lirio, aún así no parecía que se hubieran percatado nunca de que hubiera nada raro en esa sección del muro de la caverna.

Pero entonces, sólo estaban mirando con ojos ordinarios, y el compartimento secreto era invisible sin maná fluyendo en sus marcas. Incluso con el lirio mostrándole el camino, Valya apenas podía entrever las líneas, obscurecidas como estaban por los tallados sobre ellas.

Cuando ella extendió la magia hacia la piedra, sin embargo, vibró silenciosamente y cedió hacia delante un centímetro, destrozando la nariz rocosa del Discípulo Havard mientras se movía. La sección era lo suficientemente grande como para que una persona reptara a través, y demasiado pesada como para que los tres la trataran físicamente, pero salió libre al primer toque de la magia de Valya y se deslizó hacia un lado, revelando un pasadizo cortado tan suavemente en la roca que sus bordes brillaban como espejos.

—¿Cómo estás haciendo eso? —preguntó Caronel asombrado.

—Yo no lo estoy haciendo, —respondió Valya, tan sorprendida como él lo estaba—. Apenas lo estoy tocando. Debe ser el hechizo de Isseya.

—¿Después de cuatrocientos años?

—Era una gran maga, —dijo Valya—. Mayor de lo que me había dado cuenta—. Ella apuntó el ágata brillante de su bastón al pasadizo recién revelado y, liderando con la luz, caminó dentro.

No fue lejos. Valya había pensado que habría trampas o guardas o quizás algún tipo de acertijo para probar si el buscador era digno del tesoro de Isseya… pero no encontró ninguna de esas cosas. Quizás la Guarda moribunda había estado demasiado cansada, en sus últimos extremos, como para añadir más salvaguardas a aquellas que ya había escogido, o quizás había pensado que el secretismo y lo remoto y el alto dragón que había vivido allí una vez eran suficientes guardianes.

Tras veinte pies, el túnel terminaba en una alcoba redonda. Un orbe brillante, traslúcido, de fuerza flotaba sobre un anillo de runas pintado de lirio brillante sobre el centro del suelo de la alcoba. Dentro del orbe, Valya vio un manojo envuelto de grandes grumos redondos.

Los huevos. Su corazón dio un vuelco con excitación. ¿Podrían ser *reales*? La pena y el cansancio desaparecieron; una sacudida de adrenalina circuló por sus venas. Con manos temblorosas, Valya extendió la mano para tocar la esfera de magia.

Vibró bajo sus dedos, cálida y blanda como la carne viva. Una onda recorrió sus palmas, y entonces el orbe bajó hasta el suelo y se abrió como una flor, los pétalos desplegándose desde arriba hacia abajo. Capa tras capa desplegada, mareantemente compleja, todas abriéndose tan ágilmente que Valya no podía ni empezar a seguir la magia que contenían. Aquí un eco de campo de fuerza, allí una variación centelleante de un hechizo sanador, más alá de ellos una capa de maná crudo para sostener a los otros hechizos… y entonces desaparecieron, en el parpadeo de un ojo, antes de que ella pudiera comprender lo que Isseya había hecho. Y los huevos yacían desprotegidos ante ella, ya sin estar en estasis.

Conteniendo el aliento, Valya extendió el brazo para alzar la esquina de la manta que los ocultaba. Ella, también, estaba cálida. La lana gris se había desgastado en una suavidad pelumbrosa, y aún llevaba un leve aroma de olor animal almizclado que vagamente recordaba a un gato herrumbroso. *El aroma de los grifos*. Ella era la primera persona en siglos en experimentarlo.

Bajo la manta estaban los huevos. Trece de ellos. Eran hermosos: de un blanco perla azulado, espirado con remolinos irregulares de negro y suavemente afilados en un extremo. Cada uno era lo suficientemente grande como para llenar ambas manos suyas juntas. Valya contuvo su aliento, mirándolos.

Ella alzó la mirada, deleitada y ligeramente aterrorizada, mientras Reimas y Caronel se erguían tras ella.

—¿Están… Están a salvo? —preguntó el otro elfo. Los Guardas Grises podían percibir la ponzoña de los engendros tenebrosos, y si había alguna sugerencia de ella en los huevos…

Pero Caronel sonrió, sacudiendo la cabeza suavemente.

—No percibo ninguna corrupción en ellos. Ni rastro.

—Entonces están a salvo, —dijo Valya, escasamente atreviéndose a creer en sus propias palabras.

—Están a salvo.

Ella volvió a mirar los huevos. Uno de ellos se estaba moviendo. Una grieta apareció en el cascarón de manchas negras, luego otra. Fue estruendoso en el silencio repentino. Los tres se apiñaron alrededor, todos rápidamente concentrados en el huevo eclosionando. Valya agarraba su bastón tan fuertemente que sus dedos se durmieron en la madera. Nerviosa y ansiosa, quería ayudar al grifo, y aún así estaba aterrorizada por que cualquier movimiento erróneo pudiera matar al precioso polluelo.

Una eternidad pareció pasar antes de que otra grieta apareciera, partiendo la primera más ampliamente. La punta de un pico robusto, coronado por la diminuta punta de un diente de huevo, apareció a través del agujero. Un atisbo de plumas mojadas se movió bajo el cascarón fragmentado. Entonces el huevo saltó de nuevo, y otra grieta partió el cascarón azul brillante.

Los otros huevos estaban empezando a moverse también. Pronto el túnel reverberó con la cacofonía de los cascarones rompiéndose. Continuó durante horas, y aún así ninguno de los compañeros se movió ni habló, y Valya estaba segura de que ninguno de ellos quería que el tiempo pasara más ágilmente. Estaban presenciando la historia, los tres juntos y solos en este altar que se había convertido en testigo de uno de los mayores milagros del Hacedor, y la magia del momento la electrificó.

Finalmente una cabeza gacha emergió del primer cascarón. Su pelaje húmedo era blanco en algunos sitios, a tiras grises en otros. Las protuberancias planas de sus orejas estaban cerca contra su cráneo, y sus alas eran tallos absurdamente manchados. Valya no podía decir qué partes del pelaje indistinto del polluelo se convertirían en pelo y cuáles se convertirían en plumas, pero sabía a qué —a *quién*— estaba mirando.

—Es Crookytail, —murmuró ella—. Este es el Crookytail de Garahel.

Los otros estaban eclosionando también. Uno a uno emergieron hambrientos y extraños de sus huevos, sacudiéndose los trocitos de cascarón y membrana pegajosa. Salieron en los colores del humo y el carbón, algunos claros como la niebla de la mañana, uno de un negro puro, intacto. Trece grifos en sombras de gris, cada uno de ellos distinto, todos imposiblemente frágiles y perfectos.

—¿Qué *hacemos* con ellos? —se preguntó Reimas.

—Nos los llevamos a casa, —respondió Valya—. Nos los llevamos a casa.